
LAURELL K. HAMILTON
THE KILLING DANCE
AN ANITA BLAKE, VAMPIRE HUNTER, NOVEL
ePUB

Estos últimos días de mi vida son una mezcla entre una telenovela paranormal y una película de acción. El primer asesino a sueldo intentó matarme en mi casa, lo cual debería ir contra las reglas. Después vino un segundo intento, y un tercero. Poco después averigüe unos curiosos rumores que corrían por toda la ciudad. Anita Blake, experta en lo paranormal y Ejecutora de vampiros, valía medio millón de dólares… viva o muerta.

Así que, ¿qué es lo que puede hacer una chica salvo acudir a los hombres de su vida para que la ayuden? En mi caso son un lobo alfa y el Señor de los vampiros. Con asesinos profesionales tras mi espalda no es mala idea tener toda la protección posible, sea humana o no. Aunque empiezo a preguntarme si dos monstruos son mejor que uno.



Laurell K. Hamilton

The Killing Dance

Anita Blake, Cazavampiros-6

ePUB v1.0
fenikz 13.03.13

Título original: *The killing dance*

Traducción «NO OFICIAL».

Editor original: fenikz (v1.0)
ePub base v2.1



UNO

El cadáver más hermoso que había visto alguna vez se sentaba tras mi escritorio. La camisa blanca de Jean-Claude resplandecía con la luz de la lámpara del escritorio. Un voluminoso encaje colgaba en su parte delantera, atisbando desde el interior de su chaqueta de terciopelo negra. Me mantenía de pie tras él, mi espalda contra la pared, los brazos cruzados sobre mi abdomen, lo que dejaba agradablemente cerca de la pistolera de la Browning mi mano derecha. No iba a usarla con Jean-Claude. Era el otro vampiro quien me preocupaba.

La lámpara del escritorio era la única luz de la habitación. El vampiro había solicitado que las del techo fueran apagadas. Su nombre era Sabin, y se mantenía de pie contra la pared contraria, amparado en la oscuridad. Estaba cubierto de la cabeza a los pies por una capa negra con capucha. Parecía salido de una vieja película de Vincent Price. Nunca había visto a un auténtico vampiro vestido así.

El último miembro de nuestro pequeño y feliz grupo era Dominic Dumare. Estaba sentado en una de las sillas para clientes. Era alto, delgado, pero no débil. Sus manos eran grandes y fuertes, lo suficientemente grandes como para esconder mi cara en su palma. Estaba vestido con un traje negro de tres piezas, como un chofer, excepto por el alfiler de diamante de su corbata. Una barba y un bigote finos delineaban los fuertes huesos de su cara.

Cuando entró en mi oficina, le sentí como una ligera brisa psíquica a mi espalda. Sólo me había encontrado con otras dos personas que tenían ese estilo. Una había sido la sacerdotisa vudú más poderosa con la que me había encontrado alguna vez. El segundo, había sido el segundo sacerdote vudú más poderoso con el que me había encontrado alguna vez. La mujer estaba muerta. El hombre trabajaba para Inc, Reanimators, igual que yo. Pero Dominic Dumare no había venido para solicitar trabajo.

—Sra. Blake, por favor, siéntese —dijo Dumare—. Sabin encuentra de lo más ofensivo sentarse cuando una señora aun está de pie.

Eché un vistazo a Sabin por detrás de él.

—Me sentaré si él se sienta —indiqué.

Dumare miró a Jean-Claude. Éste emitió una sonrisa suave, condescendiente.

—¿Tiene usted tan poco control sobre su siervo humano?

No tuve que ver la sonrisa de Jean-Claude para saber que estaba allí.

—Ah, está en lo correcto con *ma petite*. Es mi sierva humana, así declarado ante el consejo, pero no responde ante nadie.

—Parece orgulloso de ello —dijo Sabin.

Su voz sonaba a británica y propia de la clase alta.

—Es una Ejecutora y ha realizado más ejecuciones de vampiros que cualquier otro humano. Es una nigromante de tal poder que usted ha recorrido medio mundo para consultarle. Es mi siervo humano, pero sin ninguna marca para mantenerla a mi lado. Sale conmigo sin la ayuda del encanto vampírico. ¿Por qué no debería estar orgulloso?

Oyéndole hablar, habrías pensado que todo eso era idea suya. Lo cierto era que había intentado marcarme y yo había logrado escapar. Salíamos juntos porque me había chantajeado. O salía con él, o mataba a mi otro novio. Jean-Claude había conseguido que todo funcionara a su favor. ¿Por qué no estaba sorprendida?

—Hasta que ella muera, usted no puede marcar a ningún otro humano

—dijo Sabin—. Se ha negado a sí mismo mucho poder.

—Soy consciente de lo que he hecho —expuso Jean-Claude.

Sabin se rió, y era asfixiantemente amarga.

—Hacemos cosas extrañas por amor.

Lo habría dado todo por ver la cara de Jean-Claude en aquel momento. Todo lo que podía ver era su largo pelo negro esparcido sobre su chaqueta, negro sobre negro. Sus hombros se pusieron rígidos, sus manos se deslizaron a través del papel secante de mi escritorio. Estaba completamente silencioso. Esa quietud tan desesperante que sólo los vampiros antiguos tienen, como sí, si lo hicieran durante el tiempo suficiente, ellos simplemente desaparecerían.

—¿Es eso lo qué le ha traído aquí, Sabin? ¿Amor? —La voz de Jean-Claude era neutra, vacía.

La risa de Sabin cortó el aire como un cristal roto. Sentí cómo el sonido dañaba algo profundamente dentro de mí. No me gustó.

—Basta de juegos —indiqué—. Acaben.

—¿Es siempre tan impaciente? —preguntó Dumare.

—Sí —afirmó Jean-Claude.

Dumare sonrió, brillante y vacío como una bombilla.

—¿Le dijo Jean-Claude por qué deseábamos verla?

—Me dijo que Sabin contrajo algún tipo de enfermedad al tratar de pasar el *mono*.

El vampiro se rió otra vez, arrojándolo como un arma a través del espacio.

—*Mono*, muy bien, Sra. Blake, muy bien.

La risa me cortó como pequeñas cuchillas. Nunca había experimentado nada así sólo con una voz. En una pelea, habría sido molesto. Mierda, era molesto en este momento. Sentí que como un fluido se deslizaba por mi frente. Levanté mi mano izquierda. Mis dedos se separaron manchados de sangre. Saqué la Browning y me separé de la pared. Apunté a la negra figura a través de la habitación.

—Haga eso otra vez, y le pego un tiro.

Jean-Claude se levantó despacio de la silla. Su poder fluyó sobre mí como un viento fresco, poniéndome la piel de gallina en los brazos. Levantó una pálida mano, casi translúcida, con poder. La sangre fluyó por aquella piel reluciente.

Dumare se quedó en su silla, pero también sangraba por un corte casi

idéntico al mío. Dumare se limpió la sangre, pero todavía sonreía.

—El arma no será necesaria —respondió.

—Ha abusado de mi hospitalidad —dijo Jean-Claude.

Su voz llenó el cuarto de ecos siseantes.

—No hay nada que pueda decir para pedir perdón —expresó Sabin—. Pero no tuve intención de hacerlo. Estoy usando tanto mi poder para mantenerme, que no tengo el mismo control que una vez tuve.

Me moví despacio, alejándome de la pared, con el arma todavía apuntando. Quería ver la cara de Jean-Claude. Tenía que ver cuánto daño le habían hecho. Rodeé el escritorio hasta que pude verle por el rabillo del ojo. Su cara estaba ilesa, impecable y reluciente como el nácar.

Él levantó su mano, una delgada línea de sangre todavía se deslizaba hacia abajo.

—Eso no fue ningún accidente.

—Acércate a la luz, amigo —dijo Dumare—. Debes dejarles ver, o no lo entenderán.

—No quiero ser visto.

—Está muy cerca de acabar con toda mi buena voluntad —indicó Jean-Claude.

—La mía, también —añadí.

Esperaba que pudiera pegarle un tiro a Sabin o poder soltar el arma pronto. Incluso en una postura de disparar a dos manos, si es mantenida indefinidamente, tus manos comenzaban a vacilar un poco.

Sabin se deslizó hacia el escritorio. La capa negra se derramó alrededor de sus pies como un fondo oscuro. Todos los vampiros eran elegantes, pero este era ridículo. Comprendí que no andaba en absoluto. Levitaba dentro de aquella oscura capa.

Su poder fluyó sobre mi piel como agua helada. Mis manos estaban, de repente, estables una vez más. Nada mejor que un vampiro de varios cientos de años avance hacia ti para avivar tus nervios.

Sabin se detuvo en el lado contrario del escritorio. Usaba poder para moverse, simplemente para estar ahí, como un tiburón, como si muriera al dejar de moverse.

Jean-Claude se pasó a mí lado. Su poder danzó sobre mi cuerpo, levantando el pelo de detrás de mi cuello, haciendo contraerse mi piel. Se detuvo casi al alcance del otro vampiro.

—¿Qué le ha pasado, Sabin?

Sabin se mantuvo de pie al borde de la iluminación. La lámpara debería haber arrojado alguna luz sobre la capucha de su capa, pero no lo hacía. El interior de la capucha era tan liso, negro y vacío como una cueva. Su voz salió de aquella nada. Me hizo saltar.

—Amor, Jean-Claude, el amor fue lo que me pasó. Mi amor sembró conciencia. Dijo que estaba mal alimentarse de personas. Después de todo, una vez fuimos humanos. Por amor a ella traté de beber sangre fría. Lo intenté con sangre de animal. Pero no era suficiente para mantenerme.

Miré fijamente aquella oscuridad. Seguí apuntando con el arma, pero comenzaba a sentirme tonta. Sabin no parecía en absoluto asustado de ella, eso me aterraba. Tal vez no le preocupaba. Eso también asustaba.

—Ella le hizo ser vegetariano. Genial —dije—. Usted parece bastante poderoso.

Él se rió, y con la risa, las sombras de su capucha se desvanecieron lentamente, como la subida de una cortina. La arrojó hacia atrás con un rápido floreo.

No grité, pero jadeé y di un paso atrás. No pude evitarlo. Cuando comprendí lo que había hecho, me paré y me hice retroceder ese paso, y encontrar sus ojos. Sin sobresaltos.

Su pelo era espeso, liso y dorado, caía como una brillante cortina sobre sus hombros. Pero su piel… su piel se había podrido en media cara. Parecía lepra en una fase avanzada, pero peor. La carne estaba cubierta por póstulas gangrenosa, y debería haber apestado a rayos. La otra mitad de su cara era todavía hermosa. El tipo de cara que los pintores medievales habían tomado prestadas para los querubines, una dorada perfección. Un cristalino ojo azul rodaba en su cuenta putrefacta con peligro de rodar por su mejilla. El otro ojo estaba seguro y me miraba a la cara.

—Puedes guardar el arma, *ma petite*. Fue un accidente, al fin y al cabo —dijo Jean-Claude.

Bajé la Browning, pero no la guardé. Me llevó más esfuerzo del normal hablar de forma tranquila.

—¿Eso fue lo que ocurrió porque dejó de alimentarse de humanos?

—Eso creemos —dijo Dumare.

Aparté mi mirada fija de la cara devastada de Sabin y miré hacia atrás, a Dominic.

—¿Piensa que puedo ayudarle a curarlo? —No pude esconder la incredulidad en mi voz.

—Oí de su reputación en Europa.

Arqueé mis cejas.

—No sea modesta, Sra. Blake. Entre los que perciben tales cosas, tiene cierta notoriedad.

Notoriedad, no fama. Hmmm.

—Guarda en su sitio el arma, *ma petite*. Sabin ha sido todo lo… —¿Cuál fue su palabra?—… grandilocuente que ha podido esta noche. ¿No es así, Sabin?

—Eso me temo, parece ir tan mal ahora.

Enfundé el arma y sacudí mi cabeza.

—Sinceramente, no tengo la más mínima idea de cómo ayudarle.

—Si usted supiera cómo, ¿me ayudaría? —preguntó Sabin.

Le miré y afirmé con la cabeza.

—Sí.

—Incluso aunque sea un vampiro y usted una Ejecutora.

—¿Ha hecho algo en este país por el cual merezca una ejecución?

Sabin se rió. La piel podrida se estiró, y un ligamento reventó con un húmedo chasquido. Tuve que apartar la mirada.

—Aún no, Sra. Blake, aún no. —Su cara se ensombreció rápidamente; el humor desapareció repentinamente—. Ha instruido su cara para no mostrar nada, Jean-Claude, pero vi el horror en sus ojos.

La piel de Jean-Claude había vuelto a su lechosa perfección habitual. Su cara aún era encantadora, perfecta, pero al menos él había dejado de brillar. Sus ojos azul medianoche ahora sólo eran ojos. Todavía era hermoso, pero era una belleza casi humana.

—¿No merece esto un poco de horror? —preguntó.

Sabin sonrió, y lamenté que lo hiciera. Los músculos del lado podrido no funcionaban, y su boca colgó torcida. Aparté la mirada, luego me obligué a mirar hacia atrás. Si él podía estar atrapado en esa cara, podría mirarla.

—¿Entonces me ayudará?

—Le ayudaría si pudiera, pero es a Anita a la que usted ha venido a preguntar. Ella debe dar su propia respuesta.

—¿Bien, Sra. Blake?

—No sé cómo ayudarle —repetí.

—¿Comprende lo extremo de mi circunstancia, Sra. Blake? El verdadero horror, ¿lo llega a comprender usted?

—La putrefacción, probablemente, no le matará, pero es progresivo, ¿verdad?

—Ah, sí, es progresivo y virulento.

—Le ayudaría si pudiera, Sabin, pero ¿qué puedo hacer que Dumare no pueda? Él es un nigromante, tal vez tan poderoso como yo, tal vez más. ¿Por qué me necesita usted?

—Comprendo, Sra. Blake, que no conoce ninguna solución expresa para el problema de Sabin —dijo Dumare—. Por lo que pude descubrir, él es el único vampiro que ha sufrido alguna vez tal destino, pero pensé que si veíamos a otro nigromante tan poderoso como yo mismo —sonrió modestamente—, o casi tan poderoso como yo, quizás juntos podríamos encontrar un hechizo para ayudarle.

—¿Un hechizo? —Eché un vistazo a Jean-Claude.

Él emitió ese maravilloso encogimiento de hombros galo que significaba todo y nada.

—Sé poco de nigromancia, *ma petite*. Tú sabrías si tal hechizo es posible más que yo.

—No es sólo su capacidad como nigromante lo que nos ha traído —dijo Dumare—. También ha actuado como un foco para al menos dos reanimadores diferentes, creo que es la palabra americana para lo que usted hace.

Asentí.

—Es la palabra, pero ¿dónde oyó que podía actuar como foco?

—Venga, Sra. Blake, la capacidad de combinar los poderes de otro reanimador con los suyos propios y así ampliar ambos poderes es un talento raro.

—¿Puede usted actuar como un foco? —pregunté.

Trató de parecer humilde, pero realmente se vio contento consigo mismo.

—Debo admitir que sí, puedo actuar como un foco. Piense en lo que podríamos hacer juntos.

—Podríamos levantar un infierno de zombis, pero eso no curará a Sabin.

—Cierto. —Dumare se adelantó en su silla.

Su cara delgada y hermosa enrojeció impaciente, un verdadero conversor buscando discípulos.

Nunca fui una seguidora.

—Ofrecería enseñarle verdadera nigromancia, no ese vudú superficial que ha estado haciendo.

Jean-Claude emitió un suave sonido, a medias entre una risa y una tos.

Fulminé con la mirada la divertida cara de Jean-Claude, pero dije:

—Me va bien con este vudú superficial.

—No quise insultarla, Sra. Blake. Pronto necesitará un profesor de algún tipo. Si no a mí, entonces debe encontrar a otro.

—No sé de qué me habla.

—Control, Sra. Blake. El simple poder, no importa cuán impresionante sea, no es lo mismo que el poder usado con gran cuidado y control.

Sacudí mi cabeza.

—Le ayudaré si puedo, Sr. Dumare. Participaré incluso en un hechizo si hablo primero con una bruja local que conozco.

—¿Tiene miedo que intente robarle su poder?

Sonreí.

—No, salvo que me mate, lo máximo que usted o cualquier otro puede hacer es pedirlo prestado.

—Es muy sabia para su edad, Sra. Blake.

—Usted no es mucho mayor que yo —dije.

Algo cruzó su cara, un diminuto parpadeo, y lo supe.

—Usted es su siervo humano, ¿verdad?

Dominic sonrió, extendiendo sus manos.

—*Oui*.

Suspiré.

—Creo que dijo que no intentaba esconderme nada.

—El trabajo de un siervo humano es ser los ojos y los oídos de su amo durante el día. Le sería inútil a mi amo si los cazadores de vampiros pueden descubrir qué soy.

—Yo le descubrí.

—Pero en otra situación, sin Sabin a mi lado, ¿podría?

Pensé en ello durante un momento.

—Tal vez. —Sacudí la cabeza—. No lo sé.

—Gracias por su honestidad, Sra. Blake.

—Estoy seguro que nuestro tiempo ya ha finalizado. Jean-Claude dijo que tenía un compromiso urgente, Sra. Blake. Mucho más importante que mi pequeño problema —dijo Sabin. Había una pequeña punzada en eso último.

—*Ma petite* tiene una cita con otro galán.

Sabin contempló a Jean-Claude.

—Entonces, es cierto que le permite salir con otro. Pensé que al menos eso debía ser un rumor.

—Muy poco de lo que oiga sobre *ma petite* será un rumor. Crea todo lo que oiga.

Sabin se rió entre dientes, tosió, como si luchara por impedir que la risa se escapara de su arruinada boca.

—Si creyera todo lo que oí, habría venido con un ejército.

—Vino con un siervo porque sólo le permití uno —dijo Jean-Claude.

Sabin sonrió.

—Demasiado cierto. Venga Dominic, no debemos quitarle a la Sra. Blake más de su valioso tiempo.

Dominic se levantó obedientemente, alzándose sobre nosotros. Sabin tenía más o menos mi altura. Por supuesto, no estaba segura si sus piernas aún permanecían allí. Él podría haber sido más alto en otro tiempo.

—No me gusta usted, Sabin, pero nunca dejaría voluntariamente a otro ser de la forma en la que usted está. Mis planes de ésta noche son importantes, pero si creyera que podríamos curarle inmediatamente, los cambiaría.

El vampiro me miró. Su color azul, sus ojos azules eran como mirar fijamente el agua clara del océano. No había tirón en ellos. Tampoco era que se estuviera comportando o, como la mayoría de los vampiros, no podía hacerme apartar los ojos.

—Gracias, Sra. Blake. Creo que usted es sincera. —Extendió una mano enguantada desde su voluminosa capa.

Vacilé, luego la tomé. Me apretó muy ligeramente y me costó mucho no retirarla. Me obligué a sujetar su mano y sonreír, dejarla separarse y no limpiar mi mano en la falda.

Dominic también me estrechó la mano. Su toque era fresco y seco.

—Gracias por su tiempo, Sra. Blake. Me pondré en contacto con usted mañana y hablaremos de más cosas.

—Esperaré su llamada, Sr. Dumare.

—Llámeme, Dominic, por favor.

Asentí con la cabeza.

—Dominic. Podemos hablar de ello, pero lamento coger su dinero cuando no estoy segura de poder ayudarle.

—¿Puedo llamarte Anita? —preguntó.

Vacilé y me encogí de hombros.

—Por qué no.

—No se preocupe por el dinero —dijo Sabin—, tengo demasiado para todo el bien que me ha hecho.

—¿Cómo lleva la mujer a la que ama el cambio de aspecto? —preguntó Jean-Claude.

Sabin le miró. Y no fue una mirada amistosa.

—Lo encuentra repulsivo, igual que yo. Se siente culpable. Ni me ha abandonado, ni está conmigo.

—Usted ha vivido durante, aproximadamente, setecientos años —comenté—. ¿Por qué echarlo a perder por una mujer?

Sabin se giró hacia mí, una gota de lodo se escurrió por su cara como una lágrima negra.

—¿Me pregunta si ella se lo merecía, Sra. Blake?

Tragué y sacudí mi cabeza.

—No es asunto mío. Siento preguntar.

Colocó la capucha sobre su cara. Se apartó de mí, oscuridad de nuevo, una sombra donde su cara debería haber estado.

—Ella me iba a abandonar, Sra. Blake. Pensé que sacrificaría cualquier cosa por mantenerla a mi lado, en mi cama. Me equivoqué. —Giró aquella oscuridad hacia Jean-Claude—. Le veremos mañana por la noche, Jean-Claude.

—Lo espero ansiosamente.

Ningún vampiro ofreció estrecharse la mano. Sabin se deslizó hacia la puerta, el traje se arrastraba tras él, vacío. Me pregunté cuánto de su parte inferior había desparecido y decidí que no quería saberlo.

Dominic estrechó mi mano otra vez.

—Gracias, Anita. Nos has dado esperanza. —Sostuvo mi mano y miró fijamente mi cara como si pudiera leer algo—. Y piense en mi oferta de enseñarla. Hay muy pocos que seamos verdaderos nigromantes.

Retiré mi mano.

—Pensaré en ello. Ahora, realmente me tengo que ir.

Él sonrió, sostuvo la puerta para Sabin, y se fueron. Jean-Claude y yo nos mantuvimos un momento en silencio. Yo lo rompí primero.

—¿Se puede confiar en ellos?

Jean-Claude se sentó en el borde de mi escritorio, sonriendo.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué permitiste que vinieran?

—El consejo ha declarado que ningún Maestro Vampiro de Estado Unidos peleará hasta que esa repugnante ley que está revoloteando sobre Washington desaparezca. Una guerra de no muertos y la campaña anti vampiros incitaría a la ley a convertirnos en ilegales otra vez.

Sacudí mi cabeza.

—No creo que la Ley Brewster tenga ninguna posibilidad de crecer como una bola de nieve. Los vampiros son legales en Estados Unidos. Si estoy de acuerdo con ello o no, no creo que eso vaya a cambiar.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Es algo duro decirles a un grupo de seres vivos que tienen unos derechos, luego cambiar de opinión y decir que el asesinato de estos es legal otra vez. La Unión Americana de Libertad Civil haría su agosto.

Él sonrió.

—Quizás. Independientemente de eso, el consejo ha forzado una tregua entre todos nosotros hasta que la ley sea decidida de una u otra forma.

—Entonces puedes dejar entrar a Sabin en tu territorio, porque si se comporta mal, el consejo le perseguirá y le matará.

Jean-Claude asintió.

—Pero aún así, tú estarías muerto —dije.

Él extendió sus manos, elegantes y vacías.

—Nada es perfecto.

Me reí.

—Supongo que no.

—Ahora, ¿no llegas tarde a tu cita con *Monsieur* Zeeman?

—Estás siendo terriblemente civilizado con esto —comenté.

—Mañana por la noche estarás conmigo, *ma petite*. Sería un pobre… competidor si envidiara su noche a Richard.

—Por lo general, eres un mal competidor.

—Ahora, *ma petite*, eso es injusto. Richard no está muerto, ¿verdad?

—Sólo porque sabes que si le matas, te mato. —Levanté una mano antes de que él pudiera decirlo—. Trataría de matarte, y tu tratarías de matarme, etc. —Era una vieja discusión.

—De éste modo, Richard vive, tu sales con los dos y yo soy paciente. Más paciente de lo que alguna vez he sido con nadie.

Estudié su rostro. Es uno de esos hombres que es hermoso más que

atractivo, pero la cara es masculina; no le encontrarías nada femenino, incluso con el pelo largo. De hecho, había algo terriblemente masculino en Jean-Claude, no importaba cuánto encaje usara.

Podía ser mío: encierro, reclusión y colmillos. No estaba segura de que lo quería.

—Me tengo que ir —dije.

Se apartó de mi escritorio. De repente estaba de pie y lo suficientemente cerca para tocarme.

—Entonces vete ya, *ma petite*.

Podía sentir su cuerpo a centímetros del mío como una energía deslumbrante. Tuve que tragar antes de poder hablar.

—Ésta es mi oficina. Tienes que irte.

Tocó mis brazos ligeramente, un roce con las yemas de sus dedos.

—Disfruta de tu tarde, *ma petite*.

Sus dedos se cerraron alrededor de mis brazos, justo debajo de los hombros. No se inclinó o me acercó ese último centímetro. Simplemente sostuvo mis brazos y me miró fijamente.

Encontré sus oscuros ojos; azul oscuro. Hubo un tiempo, hasta hace poco, que no hubiera podido mirarle fijamente sin caer en ellos y perderme. En este momento podía hacerlo, pero de todas formas, estaba como perdida. Me puse de puntillas, acercando mi cara a él.

—Debería haberte matado hace tiempo.

—Has tenido tus oportunidades, *ma petite*. Pero sigues salvándome.

—Un error —dije.

Se rió, y el sonido se deslizó por mi cuerpo como piel desnuda contra piel desnuda. Me estremecí en sus brazos.

—Para —dije.

Me besó ligeramente, un roce de labios, así no podía sentir sus colmillos.

—Me echarías de menos si no estuviera, *ma petite*. Admítelo.

Me aparté de él. Sus manos se deslizaron por mis brazos, sobre mis manos, hasta que aparté mis dedos de sus manos.

—Me tengo que ir.

—Ya lo dijiste.

—Vete, Jean-Claude, ya basta de juegos.

Su cara se ensombreció al instante como si una mano la hubiera limpiado.

—No más juegos, *ma petite*. Vete con tu otro amante. —Era su turno de levantar la mano y decir—: Sé que vosotros no sois realmente amantes. Sé que te resistes a los dos. Bravo, *ma petite*. —Un destello de algo, tal vez enfado, cruzó su cara y se fue como una ola perdida en oscuras aguas.

—Mañana por la noche estarás conmigo y, será el turno de Richard de sentarse en casa y preguntarse. —Sacudió la cabeza—. Incluso por ti, no habría hecho lo que hizo Sabin. Incluso por tu amor, hay cosas que no haría. —De repente me contempló de forma feroz, la cólera llameaba en sus ojos, su cara—. Lo que hago ya es suficiente.

—No vayas de mártir conmigo —dije—. Si tú no hubieras interferido, Richard y yo ya estaríamos comprometidos, tal vez más.

—¿Y qué? Estarías viviendo en una casa con una valla blanca, con dos niños cualesquiera. Creo que te mientes más a ti que a mí, Anita.

Siempre era una mala señal cuando usaba mi verdadero nombre.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa, *ma petite*, que probablemente te gusta la vida domestica tanto como a mí.

Con eso, se deslizó hacia la puerta y se marchó. La cerró silenciosamente, pero con firmeza, tras él.

¿Felicidad doméstica? Quién, ¿yo? Mi vida era una mezcla entre una telenovela sobrenatural y una película de aventuras y acción. Del tipo *As the Casket Turns* encuentra a *Rambo*. Las vallas blancas no entraban. En eso Jean-Claude tenía razón.

Tenía todo el fin de semana libre. Era la primera vez en meses. Había estado esperando esta tarde con mucha ilusión toda la semana. Pero sinceramente, ahora no era la perfecta cara de Jean-Claude la que me invadía. Seguía apareciéndome la cara de Sabin. Vida eterna, dolor eterno, horror eterno. Una agradable vida después de la muerte.



DOS

Había tres clases de personas en el banquete de Catherine: los vivos, los muertos, y los que, ocasionalmente, eran peludos. Éramos ocho incluyéndome, seis eran humanos, y no estaba segura de los otros dos.

Llevaba puesto pantalones negros, una chaqueta de terciopelo negra con solapas de satén blancas, y un chaleco blanco demasiado grande para una camisa. Realmente, la Browning 9 mm hacía juego con el equipo, pero la mantuve escondida. Esa era la primera fiesta que Catherine había realizado desde su boda. El centelleo de un arma podía malograr las cosas.

Me había tenido que quitar la cruz de plata que siempre llevo puesta y la puse en mi bolsillo porque había un vampiro, el cual estaba de pie ante mí y la cruz comenzó a brillar cuando él entró en la habitación. Si hubiese sabido que iba a haber vampiros en la fiesta habría llevado puesto un cuello lo bastante alto como para esconderla. Por lo general, sólo brillan cuando están expuestas.

Robert, el vampiro en cuestión, era alto, musculoso, bien parecido, del tipo perfecto con cuerpo de modelo. Había sido un artista del striptease en *Placeres Prohibidos*. Ahora manejaba el club. De trabajador a director: el sueño americano. Su pelo era rubio, rizado y corto, completamente corto. Llevaba puesta una camisa de seda color café que se le ajustaba perfectamente y hacía juego con el vestido que su pareja llevaba puesto.

El bronceado del spa de Mónica Vespucci se había decolorado un poco, pero su maquillaje era todavía perfecto, su pelo castaño rojizo cortado a la moda estaba en su lugar. Estaba sumamente embarazada para quien no lo hubiese notado y lo bastante feliz sobre ello para ser irritante.

Me sonrió gloriosamente.

—Anita, ha pasado mucho tiempo.

Lo que quería decir era «No el tiempo suficiente…». La última vez que la había visto, me había traicionado con el Maestro Vampiro local. Pero Catherine pensaba que era su amiga y era difícil desilusionarla sin contar la historia entera. La historia entera incluía una pequeña matanza no sancionada, un poco de ella efectuada por mí. Catherine era abogada y una persona quisquillosa del orden público. No quería ponerla en una posición donde tuviera que comprometer sus principios para salvar mi culo. Entonces, Mónica era su amiga, lo que significaba que tenía que ser cortés hasta el final de la comida, del aperitivo al entremés, hasta el postre. Sería cortés principalmente porque Mónica se sentaría al final del otro lado de la mesa. Ahora, lamentablemente, nos mezclábamos en la sala de estar y no podía intentar sacudirla.

—No me parece demasiado —dije.

—Ha sido casi un año. —Sonrió a Robert. Se tomaban de las manos—. Nos casamos. —Tocó con su vaso la parte superior su vientre—. Quedamos embarazados. —Se rió tontamente.

Les contemplé a ambos.

—No puedes quedar embarazada de un cadáver centenario. —Bien, había sido cortés el tiempo suficiente.

Mónica me sonrió abiertamente.

—Puede si la temperatura del cuerpo es elevada durante mucho tiempo y tienen sexo muy a menudo. Mi obstétrico piensa que la bañera caliente nos ayudó.

Eso era más de lo que quería conocer.

—¿Te han hecho la *amnio*?

La sonrisa se borró de su cara, dejando hechizados sus ojos. Sentí haberle preguntado.

—Tenemos que esperar otra semana.

—Lo siento, Mónica, Robert. Espero que la prueba sea positiva.

No mencioné el síndrome Vlad, pero las palabras quedaron colgadas en el aire. Era raro, pero no tan raro como solía ser. Tres años de vampirismo legalizado y el síndrome Vlad era el defecto de nacimiento creciente más alto en el país. Podía dar como resultado algunas incapacidades realmente horribles, sin mencionar la muerte para el bebé. Con tanto en juego, pensarías que la gente sería más cautelosa.

Robert la acercó contra él, y toda la luz había desaparecido de su cara. Tenía mal semblante. Me sentí como una canalla.

—Las últimas noticias eran que un vampiro de más de cien es estéril —dije—. Deberían actualizar su información, supongo. —Pensé en eso para confortarla, como que ellos no habían sido descuidados.

Mónica me miró, y no hubo ninguna suavidad en sus ojos cuándo dijo:

—¿Preocupada?

Clavé mis ojos en ella, toda pálida, embarazada, y quería agarrarla a bofetadas de todos modos. No dormía con Jean-Claude. Pero no iba a estar allí y justificarme ante Mónica Vespucci, o a cualquier otro respecto a eso.

Richard Zeeman entró en la habitación. En realidad no lo vi entrar. Lo sentí. Me di la vuelta y lo observé caminar hacia nosotros. Medía 1,86 metros, casi 30 centímetros más alto que yo, 30 centímetros más y podríamos besarnos sin una silla. Pero habría valido la pena el esfuerzo. Se mezcló entre los otros invitados, diciendo una palabra aquí y allá. Su sonrisa destelló blanca y perfecta en su piel permanentemente bronceada cuando se dirigió a esos nuevos amigos que había manejado con encanto en la cena. No con atractivo sexual o poder, sino con buena voluntad. Era el boy-scout más grande, el compañero del saludo original. Le gustaba la gente y era un maravilloso oyente, dos cualidades que son muy subestimadas.

Su traje era marrón oscuro, su camisa de un profundo dorado anaranjado. La corbata era de un naranja más brillante con una línea de pequeñas figuras hacia abajo. Tenías que estar frente a él para darse cuenta de que las figuras eran historietas de los Hermanos Warner.

Había atado su pelo tras sus hombros en una versión de trenza francesa, lo que daba la ilusión que el cabello era cortísimo. Eso dejaba libre y muy

visible su cara. Sus pómulos eran perfectos, esculpidos, altos y elegantes. Su cara era masculina, hermosa, con un hoyuelo para suavizarlo. Era el tipo de cara que me habría hecho echarme para atrás espantada, en la escuela secundaria.

Me sintió mirándole y sonrió. Sus ojos marrones centellearon alegres llenándose de calor que no tenía nada que ver con la temperatura de la estancia. Le observé caminar los últimos pasos, y el calor subió desde mi cuello a mi cara. Quería desnudarle, tocar su piel, ver lo que había bajo aquel traje. Quería eso, pero no era lo correcto. No, porque tampoco dormía con Richard. No dormía con el vampiro o ni con el hombre lobo. Richard era el hombre lobo. Esa era su única falta. Bien, tal vez tenía otra: nunca había matado a nadie. Aquella última falta podía matarle un día.

Deslicé mi brazo izquierdo alrededor de su cintura por debajo de la chaqueta desabotonada. Su denso calor palpitó pulsante contra mi cuerpo. Si no teníamos sexo pronto, iba a explotar. ¿Cuánto valía la moral?

Mónica clavó los ojos en mí, estudiando mi cara.

—Es un collar maravilloso. ¿Quién lo compró para usted?

Sonreí y negué con la cabeza. Llevaba puesta una gargantilla negra de terciopelo con un camafeo ribeteado con filigrana de plata. Oye, hacía juego con el conjunto. Mónica estaba bastante segura de que Richard no me lo había dado, lo que significaba para ella que había sido Jean-Claude. La buena y vieja Mónica. Nunca cambiaría.

—Lo compré para combinar con el traje —dije.

Ella agrandó con sorpresa sus ojos.

—¿Oh, de verdad? —Como si no me creyera.

—De verdad. No gasto demasiado en regalos, sobre todo en joyería.

Richard me abrazó.

—Es la verdad. Es una mujer muy difícil para echar a perder.

Catherine se unió a nosotros. Su pelo cobrizo ondeaba alrededor de su cara en un conjunto ondulado. Era la única que conocía con el pelo más rizado que el mío, pero su color era más espectacular. La mayoría de las personas consultadas la describieron por su cabello. El delicado maquillaje escondía las pecas y desviaba la atención hacia sus ojos verde pálido y grisáceos. Su vestido era del color de las hojas nuevas. Nunca la había visto mejor.

—El matrimonio parece sentarte bien —dije sonriendo.

Me sonrió de vuelta.

—Lo deberías intentar algún día.

Negué con la cabeza.

—Te lo agradezco.

—Tengo que llevarme a Anita durante un momento.

Al menos no dijo que necesitaba ayuda en la cocina. Richard habría sabido que era mentira. Era mucho mejor cocinero que yo.

Catherine me llevó de regreso a la habitación libre donde estaban amontonados los abrigos. Había un abrigo de piel auténtico cubierto por el montón. Apostaba que sabía a quién pertenecía. A Mónica le gusta estar cerca de cosas muertas.

Tan pronto como la puerta estuvo cerrada, Catherine agarró mis manos y se rió tontamente, lo juro.

—Richard es maravilloso. Mis profesores de ciencia en la escuela media nunca se vieron como él.

Sonreí, y era una de esas sonrisas grandes y tontas. La clase ridícula que desde tu punto de vista sería de atroz lujuria si no es amor, tal vez ambos, y te sientes bien aunque sea estúpida.

Nos sentamos en la cama, empujando los abrigos a un lado.

—Es hermoso —dije, mi voz tan neutra como podía serla.

—Anita, no me hagas esto. Nunca te he visto enrojecer por alguien.

—No enrojezco.

Me sonrió abiertamente e inclinó la cabeza.

—Sí, lo haces.

—No lo hagas —dije, aunque es difícil parecer malhumorada cuando quieres sonreír—. Bien, me gusta mucho. ¿Feliz?

—Has salido con él durante casi siete meses. ¿Dónde está el anillo de compromiso?

La miré ceñudamente.

—Catherine, sólo porque estás felizmente casada no quiere decir que todos los demás también tengamos que estar casados.

Se encogió de hombros y rió.

Miré fijamente su cara resplandeciente y sacudí mi cabeza. Tenía que haber más en Bob de lo que veía a simple vista. Era, aproximadamente, catorce kilos más pesado de lo que debería ser, parcialmente calvo, con gafas pequeñas y redondas en una cara bastante indescriptible. Tampoco tenía una personalidad brillante. Estaba a punto de concederle los pulgares hacia abajo hasta que vi el modo en que miró a Catherine. La miraba como

si fuera el mundo entero, y era un mundo encantador; seguro y maravilloso. Mucha gente es hermosa, y la respuesta sutil e inteligente está en cada televisor, pero la seriedad es extraordinaria.

—No traje a Richard para conseguir tu sello de aprobación; sabía que te gustaría.

—Entonces, ¿por qué lo mantuviste en secreto? He tratado de quedar una docena de veces.

Me encogí de hombros. La verdad era porque sabía que ella tenía esa luz en sus ojos. Ese destello maníaco que tus amigos casados muestran cuando uno no está casado y sales con alguien. O peor aún, sin citas, y tratan de conseguirte una. Catherine tenía esa mirada ahora.

—¿No me digas que planeaste esta reunión exclusivamente para conocer a Richard?

—En parte. ¿De qué otra forma iba a enterarme alguna vez?

Hubo un golpe a la puerta.

—Entre —dijo Catherine.

Bob abrió la puerta. Todavía me parecía común, pero por la luz de la cara de Catherine, veía algo más. Él le sonrió. La sonrisa hizo resplandecer su cara y lo hacía parecer algo elegante. El amor hace a hermosos todos.

—Lamento interrumpir la conversación de chicas, pero hay una llamada telefónica para Anita.

—¿Dijeron quiénes eran?

—Ted Forrester, dice que son negocios.

Mis ojos se agrandaron. Ted Forrester era el alias para un hombre al que conocía como Edward. Era un asesino a sueldo que se especializó en vampiros, *licántropos* o lo que no fuera completamente humano. Yo era una cazadora de vampiros autorizada. De vez en cuando nuestros caminos se cruzaban. Teníamos un cierto grado de amistad, tal vez llegáramos a ser amigos.

—¿Quién es Ted Forrester? —preguntó Catherine.

—El caza recompensas —respondí.

Ted, alias Edward, era un caza recompensas con papeles para probarlo, simpático y legal. Me levanté y caminé hacia la puerta.

—¿Pasa algo? —preguntó Catherine.

No le contaba mucho sobre mi pasado, era uno de los motivos por los que la evitaba cuando me encontraba con el culo metido en aguas profundas. Era lo bastante lista para entender las cosas al vuelo, pero no

lleva un arma. Si no puedes defenderte, eres carne de cañón. Lo único que impedía a Richard ser carne de cañón es el que sea un hombre lobo. Su rechazo a matar a la gente le convierte casi en carne de cañón, *cambiaforma* o no.

—Esperaba no tener que hacer ningún trabajo esta noche —dije.

—Pensé que tenías el fin de semana libre —contestó.

—También yo.

Tomé el teléfono que estaba en la oficina central. Habían dividido el cuarto por la mitad. Una estaba decorada al estilo campestre con ositos de felpa y mecedoras de guingán en miniaturas, la otra mitad era masculina con dibujos de cacerías y un barco en una botella sobre el escritorio. El compromiso era lo mejor.

Cogí el teléfono.

—¿Hola?

—Soy Edward.

—¿Cómo conseguiste éste número?

Guardó silencio durante un segundo.

—Un juego de niños.

—¿Por qué me seguiste la pista, Edward? ¿Qué está pasando?

—Interesante juego de palabras —comentó.

—¿De qué hablas?

—Me ofrecieron un contrato por tu vida y el suficiente dinero para captar mi interés.

Era mi momento de estar intranquila.

—¿Lo aceptaste?

—¿Te llamaría si lo hubiera hecho?

—Tal vez —dije.

Se rió. Cierto, pero no iba a aceptarlo.

—¿Por qué no?

—Por amistad.

—Inténtalo otra vez.

—Creo que conseguiré matar a más protegiéndote. Si acepto el contrato, sólo conseguiré matarte a ti.

—Consolador. ¿Dijiste protección?

—Estaré en la ciudad mañana.

—¿Estás seguro de que alguien más aceptará el contrato?

—No abro mi puerta por menos de cien de los grandes, Anita. Alguien

lo aceptará, y será alguien bueno. No tan bueno como yo, pero bueno.

—¿Algún consejo hasta que llegues a la ciudad?

—No les he dado mi respuesta aún. Eso los atrasará. Una vez que diga que no, tardarán un poco para contactar a otro asesino a sueldo. Deberías estar a salvo esta noche. Disfruta completamente de tu fin de semana.

—¿Cómo supiste que me tomé el fin de semana?

—Craig es un secretario muy comunicador. Muy útil.

—Tendré que hablar de ello con él —dije.

—Lo debes hacer.

—¿Estás seguro que no habrá un asesino esta noche en la ciudad?

—Nada en la vida es seguro, Anita, pero no me gustaría el que un cliente intente contratarme y después le dé el trabajo a alguien más.

—¿Pierdes a muchos de los clientes que tienes en tus manos? —pregunté.

—Sin comentarios —respondió.

—Así que es mi última noche a salvo —indiqué.

—Probablemente, pero ten cuidado de todas formas.

—¿Quién paga por el ataque contra mí?

—No lo sé —respondió Edward.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes? Tienes que saber quien quiere pagarte.

—Paso por intermediarios la mayoría de las veces. Evita la posibilidad de que el siguiente cliente sea un poli.

—¿Cómo encuentras clientes caprichosos si te disgustan tanto?

—Puedo encontrarlos, pero lleva tiempo. Anita, si tienes a un asesino realmente bueno tras tu culo, tiempo es algo que no tendrás.

—Oh, eso es reconfortante.

—No se suponía que fuera consolador —dijo—. ¿Sabes de alguien que te odie tanto y tenga esa cantidad de dinero?

Pensé en ello durante un minuto.

—No. La mayor parte de la gente que encajaría con suficiente dinero está muerta.

—El único enemigo bueno es un enemigo muerto —comentó Edward.

—Sí.

—Oí el rumor de que estás con el *Amo de la Ciudad*. ¿Es verdad?

Vacilé. Comprendí que me avergonzada admitir la verdad ante Edward.

—Sí, es verdad.

—Tenía que oírtelo decir. —Casi podía oírle negar con la cabeza al otro lado del teléfono—. Maldición Anita, tienes mejor criterio que ese.

—Lo sé —dije.

—¿Se deshizo de Richard?

—No.

—¿Con cuál de los monstruos estás esta noche, la sanguijuela o el devorador?

—Ninguno es de tu maldita incumbencia —respondí.

—De acuerdo. Elige al monstruo de esta noche, Anita, y pasa un buen rato. Mañana comenzaremos a intentar mantenerte con vida. —Colgó el teléfono.

Si hubiera sido alguien más, habría dicho que estaba cabreado conmigo por salir con un vampiro. O quizás decepcionado sería la palabra.

Colgué el teléfono y me senté durante unos minutos, dejando que todo profundizara en mí. Alguien trataba de matarme. Nada nuevo, excepto lo de contratar ayuda profesional. Eso sí era nuevo. Nunca antes había tenido a un asesino tras mi culo. Esperaba que el miedo me inundara, pero no sucedió. Oh, tenía miedo de una forma imprecisa, pero no como debería tenerlo. No es que no creyera que pudiera pasar. Lo creía realmente. Más bien era que después de todo lo que me había sucedido el año pasado, no estaba tan excitada aún. Si el asesino apuntaba y comenzaba a disparar, trataría con ello. Tal vez más tarde hasta tendría un ataque de nervios. Pero no conseguiría muchos ataques más de nervios. Una parte de mí se entumecía como un veterano de guerra. Cuando había demasiado para recoger, entonces dejas de recogerlo. Casi lamentaba no estar asustada. El miedo te mantiene con vida; la indiferencia no lo hace.

En alguna parte, allí fuera, por la mañana, alguien tendría mi nombre en una lista de quehaceres. Recoger la ropa de la tintorería, comprar suministros, matar a Anita Blake.



TRES

Volví a la sala de estar, y Richard se percató de que estaba lista para volver a casa. En cierta forma, saber que había un asesino allí fuera, o pronto lo estaría, había estropeado la tarde.

—¿Qué anda mal? —preguntó Richard.

—Nada —dije. Sí, lo sé, tenía que decírselo, pero ¿cómo le dices a tu amorcito que hay alguien que intenta matarte? No en una habitación llena de personas. Quizá en el coche.

—Sí, lo hay. Tienes esa tensión en el entrecejo, lo que significa que tratas de no fruncir el ceño.

—No, no lo estoy haciendo.

Me pasó el dedo entre los ojos.

—Sí, lo estás.

Le fulminé con la mirada.

—No lo estoy.

Sonrió.

—Ahora tienes el ceño fruncido. —Y la cara seria—. ¿Qué pasa?

Suspiré. Me acerqué, no en plan romántico, sino por privacidad. Los vampiros tienen una audición increíble y no quería que Robert se enterara. Se lo contaría a Jean-Claude. Si quisiese que Jean Claude lo supiera, se lo diría yo.

—Era Edward, por teléfono.

—¿Qué quiere? —Richard, ahora también tenía el ceño fruncido.

—Alguien intentó contratarle para matarme.

Una mirada de total asombro apareció en su cara y me alegré que diera la espalda a la habitación. Cerró y abrió la boca, y finalmente dijo:

—Diría que bromeas, pero sé que no. ¿Por qué querría alguien matarte?

—Hay mucha gente a la que le gustaría verme muerta, Richard. Pero ninguno de ellos posee la cantidad de dinero que están ofreciendo por el trabajo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—¿Solucionaría algo si estuviera histérica?

Negó con la cabeza.

—No es eso. —Pensó durante un segundo—. Es que no estás indignada porque alguien esté intentando matarte. Simplemente lo aceptas, casi como si fuera algo normal. No lo es.

—Los asesinos no son normales, incluso para mí, Richard —dije.

—Sólo los vampiros, los zombis y los hombres lobos —contestó.

Sonreí.

—Sí.

Me abrazó fuertemente y susurró:

—Cariño, algunas veces puedes ser muy aterradora.

Le rodeé la cintura con mis brazos, apoyé la cara contra su pecho. Cerré los ojos durante un momento y aspiré su olor… Era más que la loción para después del afeitado, era el olor de su piel, su calor. *Él*. Durante un momento me hundí contra él y lo dejé todo fuera. Dejó que sus brazos fueran mi refugio. Sabía que una bala bien colocada destruiría todo esto, pero durante unos segundos me sentí segura. A veces, la ilusión es lo único que nos mantiene cuerdos.

Me aparté de él con un suspiro.

—Démosle el pésame a Catherine y salgamos de aquí.

Me colocó la mano sobre la mejilla suavemente, examinándome los

ojos.

—Podemos quedarnos si quieres.

Apoyé la mejilla contra su mano, y negué con la cabeza.

—Si la mierda me golpea mañana, no quiero pasar esta noche en una reunión. Prefiero volver a mi apartamento y abrazarnos suavemente.

Me concedió esa sonrisa que me caldeaba hasta los dedos de los pies.

—Me gusta como plan.

Hice una mueca porque no podía devolverle la sonrisa.

—Iré a hablar con Catherine.

—Cogeré los abrigos —dijo.

Hicimos nuestras respectivas tareas y nos marchamos temprano. Catherine me sonrió, cómplice. Lamentaba que no tuviera razón. Retirarnos temprano para saltar sobre los huesos de Richard era lo más alejado de la verdad. Mónica nos observó marcharnos. Sabía que ella y Robert informarían a Jean Claude. Maldición. Sabía que salía con Richard, no le había mentido a nadie. Mónica era una abogada en la firma de Catherine, horrible lo mires cómo lo mires, así que tenía una razón legítima para ser invitada. Jean-Claude no lo habrá preparado, pero no me gusta ser espiada, sin importar como sea.

El paseo al coche fue exasperante. De repente, cada sombra era un potencial escondite. Cada ruido, un paso. No saqué el arma, pero mi mano deseaba hacerlo.

—Rayos —dije suavemente. El entumecimiento comenzaba a desaparecer. No estaba segura de que fuera una mejora.

—¿Qué? —preguntó Richard. Súbitamente, estaba escudriñando la oscuridad sin mirarme mientras hablaba. Las fosas nasales se hinchieron sólo un poco, y comprendí que analizaba el viento.

—Sólo nervios. No veo a nadie aquí fuera, pero repentinamente me veo demasiado malditamente expuesta.

—No huelo a nadie cerca de nosotros, pero pueden estar a favor del viento. La única arma que huelo es la tuya.

—¿Puedes oler mi arma?

Asintió con la cabeza.

—La has limpiado recientemente. Puedo oler el aceite.

Sonreí y negué.

—Estás destrozando la normalidad, algunas veces olvido que te vuelves peludo una vez al mes.

—Conociendo lo buena que eres descubriendo a los *licántropos*, es un auténtico cumplido —sonrió—. ¿Crees que los asesinos caerían de los árboles si te diese la mano ahora?

Sonreí.

—Creo que por el momento estamos a salvo.

Cubrió con su mano la mía, y un cosquilleo ascendió por mi brazo, como si hubiera tocado un nervio. Movió él pulgar en pequeños círculos en el dorso de mi mano y respiró profundamente.

—Es casi agradable saber que este asunto del asesino también te ha asustado. No te quiero aterrorizada, pero a veces es difícil ser tu hombre cuando pienso que puedes ser más valiente que yo. Suena a mierda machista, ¿verdad?

Me quedé con la mirada fija en él.

—Hay mucha mierda machista ahí, Richard. Al menos sabes que es mierda.

—¿Puede besarte este macho lobo machista?

—Siempre.

Bajó la cara y me puse de puntillas para encontrar su boca, con la mano libre contra su pecho para equilibrarme. Podríamos besarnos sin que me pusiera de puntillas, pero a Richard le daría un calambre en el cuello.

Fue un beso más rápido de lo normal porque tenía ese cosquilleo en mitad de la espalda, entre los omóplatos. Sabía que era mi imaginación, pero me sentía demasiado expuesta al aire libre.

Richard lo notó y se apartó. Caminó hacia el lado del conductor y abrió la puerta, inclinándose para abrir la mía. No me abrió la puerta, lo pensó mejor. Yo podía abrirme mi propia maldita puerta.

El coche de Richard era un viejo Mustang, sesenta y algo, un Mach Uno. Lo sabía porque me lo había dicho. Era anaranjado con una franja negra. Los asientos acolchados eran de cuero negro, pero el asiento delantero era tan pequeño que podíamos darnos la mano cuando no estaba usando la palanca de cambios.

Richard se dirigió por la 270 Sur. El tráfico del viernes por la noche fluía a nuestro alrededor en un destello brillante de luces. Cada uno tratando de disfrutar el fin de semana. Me pregunté cuantos tendrían a asesinos tras ellos. Apostaba que era una de la minoría.

—Estás silenciosa —dijo Richard.

—Sí.

—No preguntaré en qué piensas. Puedo adivinarlo.

Le miré. La oscuridad del coche nos envolvió. Los coches por la noche parecen un mundo propio, privado, silencioso, oscuro e íntimo. Las luces de tráfico que venían en sentido contrario barrieron su cara, resaltándola, para después dejándonos en la oscuridad.

—¿Cómo sabes que no estoy pensando en cómo te verías sin ropa?

Me sonrió.

—Bromista.

Sonreí.

—Lo siento. Nada de insinuaciones sexuales a menos que quiera brincar sobre tus huesos.

—Esa es tu regla, no la mía —apuntó Richard—. Soy un chico grande. Hazme todas las insinuaciones sexuales que quieras, lo puedo soportar.

—No me parece justo si no voy a dormir contigo.

—Déjame a mí preocuparse por eso —contestó.

—¿Por qué, Sr. Zeeman, me invita a hacerle comentarios sexuales?

La sonrisa se ensanchó, una blancura en la oscuridad.

—Ah, por favor.

Me incliné hacia él todo lo que el cinturón de seguridad me permitía poniendo una mano en el respaldo de su asiento y acerqué mi rostro a escasos centímetros de la extensión lisa de su cuello. Inspiré profundamente y lo solté despacio, cerca de su piel. Mi propio aliento me regresó como una nube cálida. Le besé la curva del cuello, recorriendo ligeramente de arriba abajo su piel con mis labios.

Richard hizo un sonido leve, satisfecho.

Doblé las rodillas sobre mi asiento, tirando del cinturón de seguridad para poder besarle el pulso de su cuello, la curva de la mandíbula. Acercó la cara hacia mí. Nos besamos, pero mis nervios no estaban bien. Le aparté la cara.

—Mira la carretera.

Cambió la velocidad, su brazo rozándome los pechos. Suspiré contra él, poniendo mi mano sobre la suya, sujetándola en la palanca de cambios, manteniendo el brazo presionado contra mí.

Permanecimos congelados durante un segundo, luego se movió contra mí, rozándose. Me escabullí de debajo de su brazo, regresando a mi asiento. No podía respirar debido al pulso de mi garganta. Temblé, abrazándome. La sensación de su cuerpo contra el mío hizo que algunas

zonas de mi cuerpo se oprimieran.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz baja y suave.

Negué con la cabeza.

—No podemos continuar haciendo esto.

—Si te detuviste por mí, estaba disfrutándolo.

—También yo. Ese es el problema —dije.

Richard tomó un aliento profundo y suspiró.

—Es sólo un problema porque lo conviertes en uno, Anita.

—Bravo, genial.

—Cásate conmigo, Anita, y todo *esto* puede ser tuyo.

—No quiero casarme sólo para poder acostarme contigo.

—Si sólo fuera sexual, no querría que te casaras conmigo —contestó Richard—. Pero *esto* es abrazarnos en el sofá mientras vemos *Cantando bajo la lluvia*. Es pedir comida china y saber que hay que añadir un pedido extra de cangrejo Rangún. Puedo hacer el pedido para los dos en la mayoría de los restaurantes de la ciudad.

—¿Me estás diciendo que soy previsible?

—No hagas eso. No le quites importancia —dijo.

Suspiré.

—Lo siento, Richard. No quise hacerlo, simplemente…

No supe qué decir porque estaba en lo cierto. Mi día era más completo por haberlo compartido con Richard. Le compré una taza que simplemente vi en una tienda. Tenía lobos, y decía «En la justicia de Dios está la esperanza del mundo. La gran tierra salvaje, pura, sin reclamar». Era una cita de John Muir. No era una ocasión especial; sencillamente lo vi y supe que a Richard le gustaría. Una docena de veces al día oía algo por la radio, o en una conversación, y pensaba que debía recordarlo para contárselo a Richard. Fue él quien me llevó a mi primer viaje de ornitología desde la universidad.

Tenía un título en biología; biología preternatural. Una vez había pensado que pasaría mi vida como una bióloga de campo, como una versión preternatural de Jane Goodall. Había disfrutado de la ornitología, por una parte porque él estaba conmigo, por otra porque había disfrutado de ella en el pasado. Fue como si me hubiese olvidado que había vida fuera del cañón del arma, o del lado oscuro. Había estado profundamente hundida, hasta el cuello, en sangre y muerte durante tanto tiempo; después llegó Richard. Richard que también estaba profundamente hundido hasta el

cuello en cosas extrañas, salvo que lograba tener una vida.

No podía pensar en nada mejor que despertarme a su lado, acariciándole a primera hora de la mañana, sabiendo que volvería a casa por él. Escuchando su colección de Rodgers y Hammerstein, observando su cara mientras miraba comedias musicales de Gene Kelly.

Casi abrí la boca y le dije: «hagámoslo, casémonos». Pero no lo hice. Amaba a Richard, me lo podría conceder, pero no era suficiente. Tenía a un asesino tras mi pista. ¿Cómo pude involucrar a un amable maestro de escuela secundaria en este estilo de vida? Él era uno de los monstruos, pero no lo aceptaba. Estaba en una batalla por el liderazgo de la manada local de hombres lobos. Le había ganado dos veces al líder actual de la manada, Marcus, y dos veces había rehusado matarle. Si no le mataba no podría convertirse en líder. Richard siguió sus principios. Aferrado a valores que sólo funcionan cuando la gente no intenta matarte. Si me casaba con él, desaparecería su posibilidad de tener cualquier tipo de vida normal. Vivía en una especie de zona de tiro libre. Richard merecía algo mejor.

Jean-Claude vivía en el mismo mundo que yo. No tenía ninguna esperanza en la bondad de los desconocidos, o de alguien más, en realidad. El vampiro no se escandalizaría por las noticias de un asesino. Sólo me ayudaría a planear qué hacer con ello. Eso no lo sacudiría, o no demasiado. Había noches en las que pensaba que Jean-Claude y yo nos merecíamos el uno al otro.

Richard llegó a Olive. Pronto íbamos a estar en mi apartamento y el silencio se hacía un poco denso. Los silencios normalmente no me molestan, pero éste lo hizo.

—Lo siento Richard. De verdad lo siento.

—Si no supiera que me amas, sería más fácil —dijo—. Si no fuera por ese maldito vampiro, te casarías conmigo.

—Ese maldito vampiro nos presentó —apunté.

—Y lo lamenta, no creas que no —respondió Richard.

Le miré.

—¿Cómo lo sabes?

Negó con la cabeza.

—Todo lo que tienes que hacer es fijarte en su cara cuando estamos juntos. Puede que no me guste Jean-Claude, y odio el pensar en ti junto a él, pero aquí no somos los únicos que sufrimos. Esto es un trío, no creas otra cosa.

Me acurruqué en mi asiento, sintiéndome desgraciada de repente. Casi le habría dado la bienvenida a un asesino a sueldo su hubiera aparecido en la oscuridad. La muerte la entiendo. Las relaciones me confunden. Admitámoslo, esta relación era aún más confusa que la mayoría.

Richard entró en el parking de mi edificio de apartamentos. Aparcó el coche y apagó el motor. Nos quedamos sentados en la oscuridad, la única iluminación era el distante resplandor de un poste de alumbrado eléctrico.

—No sé qué decir, Richard. —Me quedé con la mirada fijada hacia fuera mirando a un lado del edificio a través del parabrisas, demasiado cobarde para mirarle mientras hablaba—. No te culparía si dijeras «al diablo con esto». No aguantaría esta clase de indecisión en ti, y no te compartiría con otra mujer. —Le miré al fin. Mantenía la mirada fija al frente, sin mirarme.

Mi corazón se aceleró. Si fuera realmente tan valiente como creía ser, le habría dejado ir. Pero le amaba y no era tan valiente. Lo mejor que podía hacer era no acostarme con él. No dejar que nuestra relación avanzara al siguiente paso. Era muy difícil. Incluso mi autocontrol no era ilimitado. Si estuviéramos planeando la boda, podría haber esperado. Con un final a la vista, mi autocontrol habría parecido infinito, pero no había ningún final a la vista. La castidad funciona mejor si no la pones a prueba tantas veces.

Desabroché el cinturón de seguridad y abrí la puerta. Richard me tocó el hombro antes de que pudiera salir.

—¿No vas a invitarme a entrar?

Solté el aliento que no sabía que contenía, y me volví hacia él.

—¿Quieres entrar?

Asintió con la cabeza.

—No sé porqué me aguantas —dije.

Sonrió. Se inclinó sobre mí, un roce ligero de labios.

—A veces ni yo mismo estoy seguro.

Salimos. Richard me tendió la mano y la tomé.

Un coche llegó detrás de nosotros, aparcó al lado de mi propio Jeep. Era mi vecina, la Sra. Pringle, y llevaba una enorme caja de televisión atada a su maletero.

Caminamos hacia la acera y esperamos a que saliera. Era una mujer alta, pero se movía con dificultad por la edad. El pelo blanco como la nieve estaba recogido en un moño detrás de la cabeza. Custard, su Pomerania, bajó del coche y nos recibió con ruidosos ladridos. Parecía una bola dorada

con pequeños pies de gato. Fue dando brincos hacia delante con las piernas rígidas. Olfateó el pie de Richard, y le observó lanzándole un pequeño gruñido. La Sra. Pringle tiró de la correa.

—Custard, compórtate.

El perro se calmó, pero creo que fue más el constante resplandor de Richard, que las reprimendas de la Sra. Pringle. Ella nos sonrió. Tenía la misma luz en los ojos que había tenido Catherine. A ella le gustaba Richard, y no hizo ningún comentario sobre ello.

—Bien, me viene como anillo al dedo. Necesito unos brazos fuertes y jóvenes para subir por las escaleras esa monstruosa televisión.

Richard le sonrió.

—Contento de ayudar. —Caminó hacia el maletero y comenzó a intentar deshacer los nudos.

—¿Qué hizo con Custard mientras estuvo comprando? —pregunté.

—Le llevé conmigo. Ya antes he gastado una gran cantidad de dinero en esa tienda. Los dependientes salivan cuando atravieso las puertas, en seguida me complacen.

Tuve que sonreír. Se escuchó un sonido vibrante y agudo, cuando las cuerdas se rompieron.

—Ayudaré a Richard. —Retrocedí hacia él. La cuerda tenía 3 centímetros de grosor, y estaba rota en el suelo. Levanté las cejas hacia él y susurré—. Por mi abuelita, que manos tan fuertes tienes.

—Podría llevar la televisión solo hasta arriba, pero también podría despertar sospechas.

Era una pantalla de 76 centímetros de ancho.

—¿De verdad podrías llevarla hasta arriba solo?

—Con facilidad —respondió.

Negué con la cabeza.

—Pero no lo vas a hacer porque eres un afable profesor de ciencia, y no un hombre lobo alfa.

—Por lo que te toca ayudarme —concluyó.

—¿Tiene problemas para deshacer la cuerda? —preguntó la Sra. Pringle. Caminaba hacia nosotros, con Custard a su lado.

—No —contesté, mirando a Richard—, la tenemos.

Si la gente averiguara que Richard era un *licántropo*, perdería el trabajo. Era ilegal discriminar, pero siempre ocurría. Richard enseñaba a niños. Sería calificado como un monstruo, y la mayoría de la gente no

quería monstruos cerca de sus niños.

La Sra. Pringle y Custard nos precedían. Subí detrás, estabilizando la caja, pero Richard cargó todo el peso. Subió por las escaleras como si la caja no pesara nada, empujando con las piernas, esperándome para subir otro escalón. Me hizo una mueca, tarareando silenciosamente bajo el aliento como si estuviera aburrido. Los *licántropos* son más fuertes que un ser humano normal y corriente. Lo sabía, pero recordarlo aún era algo inquietante.

Logramos llegar al vestíbulo y me dejó cargar una pequeña cantidad de peso. La caja era pesada, pero me afiancé y nos mantuvimos en movimiento hasta el apartamento de la Sra. Pringle, que estaba a la derecha del mío cruzando el pasillo.

—Ya he abierto la puerta —nos dijo.

Estábamos ante ella, comenzando a maniobrar, cuando Custard se lanzó entre nosotros, bajo la caja y arrastrando la correa. La Sra. Pringle quedó atrapada detrás de la televisión.

—Custard, vuelve aquí.

Richard levantó la caja con los antebrazos, tomando todo el peso.

—Tráelo, puedo meter la caja dentro.

Le dejé fingir luchar dentro del apartamento y fui a por el perro. Esperaba no tener que perseguirlo por el pasillo, pero estaba olisqueando mi puerta, lloriqueando. Me arrodillé y agarré el final de la correa, tirando para que volviera. La Sra. Pringle estaba en su puerta, sonriendo.

—Veo que atrapaste al pequeño bribón.

Le di la correa.

—Tengo que sacar algo de mi apartamento. Richard puede ayudarle a conectar la TV.

—Muchísimas gracias —gritó Richard desde el interior del apartamento.

La Sra. Pringle se rió.

—Os traeré un poco de té helado, a menos que tengáis mejores cosas que hacer.

—Una mirada conocedora asomó a esos ojos azules que me hizo sonrojar. Me guiñó un ojo.

Cuando la puerta estuvo cerrada del todo, con ella y Richard al otro lado, caminé hacia mi apartamento. Avancé tres puertas y crucé el pasillo. Saqué la Browning y quité el seguro. Retrocedí de nuevo hacia mi puerta.

Tal vez estaba siendo paranoica. Quizás Custard no había olido a nadie en mi apartamento. Pero nunca antes había lloriqueado en mi puerta así. Posiblemente la llamada telefónica de Edward me puso nerviosa. Pero mejor nerviosa que muerta. Era totalmente paranoico.

Me arrodillé en la puerta y respiré, soltándolo despacio. Saqué las llaves del bolsillo de la chaqueta con la mano izquierda. Me incliné hacia adelante agachándome, tan bajo como podía para tener aún una postura decente de disparo. Si hubiera un tipo malo allí dentro, probablemente dispararía al nivel del pecho. Arrodillada era más baja que ese nivel.

Empujé la llave dentro de la cerradura. No pasó nada. Seguro que el apartamento estaba vacío, excepto por mi pez que estaría preguntándose qué demonios hacía. Giré el pomo y empujé la puerta hacia dentro; un agujero estalló hacia fuera a través de la puerta, tronando sobre mi cabeza como un cañonazo. No escuché nada durante un segundo. La puerta se balanceó por la fuerza del disparo y por el agujero en ella vi a un hombre con una escopeta en el hombro. Disparé una vez por el agujero. La puerta aún estaba balanceándose por la explosión de la escopeta. Me lancé a un lado, con el arma apuntada a través de la puerta abierta.

La escopeta disparó otra vez, cubriendo el pasillo de trozos de madera. Disparé dos veces más, dando ambas al hombre en el pecho. Se tambaleó, la sangre empapó su abrigo y cayó directamente hacia atrás. La escopeta cayó sobre la alfombra, a sus pies.

Me puse de rodillas, apoyé la espalda contra la pared cercana a la pequeña cocina. Todo lo que podría oír era un rugido en los oídos, la sangre atravesando a toda velocidad mi cabeza.

Richard estaba, de pronto, en la entrada, como un objetivo.

—¡Agáchate! ¡Puede no estar solo! —No estaba segura de cuán alto gritaba. Mis oídos todavía tronaban.

Richard se agachó a mi lado. Creo que dijo mi nombre, pero no tenía tiempo para él. Me incorporé, la espalda contra la pared, el arma aferrada con las dos manos. Él comenzó a levantarse.

—Quédate abajo —dije.

Lo hizo. Punto para él.

Podía ver que no había nadie en mi apartamento. A menos que hubiera alguien escondido en el dormitorio, el asesino a sueldo estaba solo. Me acerqué a él, lentamente, apuntándole con el arma. Si se hubiera movido, habría disparado otra vez, pero no se movió. La escopeta estaba al lado de

sus pies. Nunca había visto a nadie usar un arma con los pies, así que la dejé ahí.

Estaba acostado boca arriba, con un brazo extendido sobre la cabeza. La cara fláccida por la muerte, los ojos dilatados y sin ver. No necesitaba revisar su pulso, pero lo hice de todas formas. Nada. Tenía tres agujeros en el pecho. Le había dado con el primer disparo, pero no le había matado. Eso casi me había costado la vida.

Richard se colocó detrás de mí.

—No hay nadie más en el apartamento, Anita.

No discutí con él. No pregunté si lo sabía por el olor o el oído. No tuve el maldito cuidado. Revisé el dormitorio y el cuarto de baño sólo para ser minuciosa, y regresé para encontrar a Richard mirando fijamente al hombre muerto.

—¿Quién es? —preguntó.

Me di cuenta de que podía oír otra vez. Punto para mí. Todavía tenía un repiqueteo apenas perceptible en los oídos, pero pasaría.

—No lo sé.

Richard me miró.

—¿Era el… asesino?

—Creo que sí.

Había un agujero en la puerta lo bastante grande como para pasar por él. Estaba todavía abierto. La puerta de la Sra. Pringle estaba cerrada, pero la jamba estaba astillada, como si algo le hubiese dado un gran mordisco. Si ella hubiera estado allí, habría muerto.

Oí el gemido distante de las sirenas de la policía. No podía culpar a los vecinos por llamarlos.

—Voy a hacer algunas llamadas telefónicas antes de que llegue la policía.

—¿Y después qué? —preguntó.

Le miré. Estaba pálido, el blanco de sus ojos asomaba un poco.

—Luego acompañamos a los agradables oficiales de policía a la comisaría, para responder sus preguntas.

—Fue en defensa propia.

—Sí, pero aún así está muerto sobre mi alfombra. —Caminé por ella y entré al dormitorio, buscando el teléfono. Tenía un pequeño problema, intentaba recordar donde lo había dejado, como si alguna vez se moviese del aparador. El shock siempre dura un poco.

Richard se apoyó en la entrada.

—¿A quién vas a llamar?

—A Dolph, y tal vez a Catherine.

—A un amigo policía lo entiendo pero ¿por qué a Catherine?

—Es abogada.

—Ah —contestó. Echó un vistazo detrás, al muerto, que estaba chorreando sangre por todas partes sobre la alfombra blanca—. Admito que tener una cita contigo nunca es aburrido.

—Y peligroso —añadí—, no lo olvides. —Marqué de memoria el número de Dolph.

—Nunca olvido que eres peligrosa, Anita —contestó Richard. Me observó y los ojos se volvieron ámbar, el color de los ojos de un lobo. Su bestia se deslizaba tras aquellos ojos, mirando detenidamente. Probablemente era por el olor a sangre fresca. Miré fijamente aquellos extraños ojos y supe que no era la única persona peligrosa en la habitación. Por supuesto, estaba armada. El muerto podía dar fe. La risa cosquilleó en mi garganta. Intenté tragármela, pero salió, y reía nerviosamente cuando Dolph contestó al teléfono. Reírse es mejor que llorar, supongo. Aunque no estoy segura de que Dolph estuviese de acuerdo.



CUATRO

Me senté en una silla con el respaldo recto ante una mesa pequeña llena de cicatrices en una sala de interrogatorios. Oh, lo siento, la sala de las entrevistas. Así lo llamaban. Llamadlo como queráis, todavía era apestoso como sudor, orín de caballo y cigarrillos viejos con una superpuesta capa de desinfectante. Bebía a sorbos mi tercera taza de café, y mis manos estaban todavía frías.

El detective y sargento de policía Rudolph Storr se apoyaba en una pared alejada. Sus brazos estaban cruzados sobre su pecho y trataba de ser discreto, pero cuando mides más de dos metros y estás constituido como un luchador profesional, eso es difícil. No había dicho ni una sola palabra durante la entrevista; sólo observaba.

Catherine estaba sentada a mi lado. Se había colocado una chaqueta de sport negra sobre su vestido verde, había traído su maletín y se había colocado su máscara de abogado.

El detective Branswell se sentó en frente de nosotros. Estaba a mediados de los treinta, pelo negro completamente oscuro, con unos ojos tan negros como su pelo. Su nombre era inglés, pero parecía mediterráneo, como si se acabar de bajar de un barco. Su acento era del centro de Missouri.

—Ahora, Sra. Blake, cuéntemelo de nuevo, por favor, una vez más. —Equilibró la pluma sobre su cuaderno de apuntes como si lo fuera a ponerlo todo por escrito otra vez.

—Habíamos ayudado a mi vecina a llevarle al departamento su televisión nueva.

—Sra. Edith Pringle, sí, ella confirma todo eso. ¿Pero por qué fue usted a su apartamento?

—Iba a coger un destornillador para ayudar a instalar la televisión.

—¿Guarda usted muchas herramientas, Sra. Blake? —Escribió algo en su libreta.

Aposté a que era un garabato.

—No, detective, pero tengo un destornillador.

—¿Le pidió la Sra. Pringle que le consiguiera ese destornillador?

—No, pero ella lo usó cuando compró su equipo estéreo. —Lo que era cierto.

Estaba intentando mantener al mínimo las mentiras.

—Así que asumió que ella lo necesitaría.

—Sí.

—¿Entonces qué? —preguntó como si nunca antes hubiera oído la respuesta.

Sus ojos morados eran serios y vacuos, ilegibles e impacientes al mismo tiempo. Llegábamos a la parte que él no creía.

—Abrí mi puerta y se me cayeron las llaves. Me puse en cuclillas para recogerlas y la primera explosión de la escopeta retumbó sobre mi cabeza. Respondí al ataque.

—¿Cómo? La puerta estaba cerrada.

—Disparé por el agujero que la escopeta había hecho. En la puerta.

—Le disparó a un hombre a través de un agujero en su puerta y le acertó.

—Era un agujero enorme, detective, y no estaba segura de darle.

—¿Por qué no la alcanzó el segundo disparo, Sra. Blake? No había suficiente espacio donde esconderse tras la puerta. ¿Dónde estaba usted,

Sra. Blake?

—Ya le he dicho, la explosión sacudió la puerta hacia dentro. Caí al suelo, sobre un lado. El segundo disparo pasó sobre mí.

—Y usted le disparó dos veces más en el pecho —dijo el Detective Branswell.

—Sí.

Me miró por un largo período, estudiando mi cara. Le miré a los ojos sin sobresaltarme. No era tan duro. Estaba entumecida, vacía y distante. Todavía tenía un zumbido en mis oídos por estar tan malditamente cerca de dos explosiones de escopeta. El zumbido se desvanecería. Normalmente lo hacía.

—¿Conoce al hombre al que mató?

Catherine tocó mi brazo.

—Detective Branswell, mi cliente ha sido más que útil, le ha dicho varias veces que ella no reconoció al fallecido.

Revisó su cuaderno de apuntes.

—Tiene razón, abogada. La Sra. Blake ha sido de ayuda. El muerto era James Dugan, Jimmy *Shotgun*. Tiene un expediente más largo que lo que usted es de alta, Sra. Blake. Es la fuerza local. Alguien al que se llama cuando se quiere un trabajo barato y rápido, y no se preocupa de qué cuan sucio es.

Clavó los ojos en mí mientras hablaba, estudiando mis ojos. Pestañeé.

—¿Conoce a alguien que la quiera muerta, Sra. Blake?

—No en estos momentos —contesté.

Cerró su cuaderno de apuntes y se puso en pie.

—Voy a recomendar homicidio no culpable a la DA. Dudo que vea el interior de una sala de tribunal.

—¿Cuándo recuperaré mi arma? —pregunté.

Branswell me observó.

—Cuando balística acabe con ella, Sra. Blake. Y estaría malditamente agradecido que usted la recupera. —Negó con la cabeza—. He oído historias sobre usted de algunos de los policías que acudieron a la última llamada a su apartamento. El mismo que el de los dos zombis asesinos. —Negó con la cabeza otra vez—. No tome esto a mal, Sra. Blake, pero ¿ha considerado mudarse a una nueva dirección?

—Mi propietario, probablemente, va a sugerir lo mismo —comenté.

—Apostaré a que lo hace —dijo Branswell—. Abogada, Sargento

Storr.

—Gracias por dejarme participar en esto, Branswell —indicó Dolph.

—Dijo que era una de los suyos. Además, conozco a Gross y a Brady. Ellos fueron los primeros oficiales en llegar a la escena de los zombis. Dicen cosas buenas sobre ella. He hablado con media docena de oficiales que dicen que la Sra. Blake salvó su trasero o estuvo de pie, hombro con hombro, con ellos bajo fuego y no parpadeó. Eso nos quita un montón de trabajo, Blake, pero esa temporada baja no es ilimitada. Cuide su espalda y trate de no fusilar a cualquiera presente e inocente. —Con eso, se marchó.

Dolph se quedó con la mirada fija en mí.

—Te llevaré de regreso a casa.

—Richard me está esperando —dije.

—¿Qué pasa, Anita?

—Le dije a Branswell todo que sé.

Catherine se puso de pie.

—Anita ha contestado a todas las preguntas que va a contestar ésta noche.

—Es un amigo —expliqué.

—También es policía —indicó Catherine. Sonrió—. ¿No es correcto, Sargento Storr?

Dolph la observó durante un minuto.

—Es cierto, Sra. Maison-Gillette. —Se apartó de la pared. Me miró—. Hablaré contigo más tarde, Anita.

—Lo sé.

—Vámonos —dijo Catherine—. Salgamos de aquí antes de que cambien de opinión.

—¿No me crees? —pregunté.

—Soy tu abogada. Por supuesto que te creo.

La miré. Me miró. Me levanté. Salimos. Me preguntaba si Richard me creería. Probablemente no.



CINCO

Richard y yo caminamos hacia su coche por el aparcamiento de la comisaría de policía. No me había dicho ni una palabra. Estrechó la mano a Catherine y se dirigió hacia el coche. Entró en su lado. Me deslicé por el lado de pasajeros. Richard encendió el motor y sacó el pase del aparcamiento.

—Estás cabreado por algo —dije.

Condujo cuidadosamente por la calle. Siempre conducía cuidadosamente cuando estaba cabreado.

—¿Sobre qué podría estarlo? El comentario sarcástico era lo bastante grueso como para comerlo con una cuchara.

—¿Crees que sabía que tenía al asesino en mi apartamento?

Me dirigió una mirada que era pura furia.

—Lo sabías y dejaste que entrara e instalara esa maldita TV. Me sacaste del camino.

—No estaba segura, Richard.

—Te apuesto a que sacaste tu arma antes de que él disparara.

Me encogí de hombros.

—Maldición, Anita, pudiste haber muerto.

—Pero no lo estoy.

—Esa es tu respuesta para todo. Si sobrevives, está bien.

—Es la mejor alternativa —comenté.

—No bromees —dijo él.

—Mira, Richard, no salí a cazar a ese tipo. Vino a mí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y qué habrías hecho? ¿Pasar el primero a través de la puerta? Habrías terminado con el pecho lleno de perdigones, y habrías sobrevivido. ¿Cómo explicarías eso? Te hubieran expulsado por *licántropo* y perdido tu trabajo, por lo menos.

—Podríamos haber llamado a la policía.

—¿Y decirle qué? ¿Qué Custard olió la puerta? Si hubieran investigado, habrían conseguido un tiro. El tipo estaba nervioso como el demonio. Disparó por la puerta, ¿recuerdas? No sabía a quién disparaba.

Cambió de dirección en Olive, negando con la cabeza.

—Me lo deberías haber dicho.

—¿Qué habría cambiado eso, Richard? Excepto tal vez que habrías tratado de jugar al héroe, y si sobrevivías, habrías perdido tu carrera.

—Maldición…, maldición.

Golpeó con sus manos el volante repetidas veces. Cuando me miró, sus ojos habían cambiado a ámbar.

—No necesito que me protejas, Anita.

—Lo mismo digo.

El silencio llenó el coche como agua helada. Nadie, sólo el tipo malo, había muerto. Había hecho lo correcto. Pero era difícil de explicar.

—No es el que arriesgaras tu vida —dijo Richard—, es que te deshiciste de mí antes de que lo hiciera. No me diste una oportunidad. Nunca he interferido cuando cumples con tu trabajo.

—¿Lo habrías considerado parte de mi trabajo?

—Se asemeja más a tu descripción de trabajo que a la mía —dijo.

Pensé en ello durante un minuto.

—Tienes razón. Uno de los motivos por lo que todavía salimos es porque no tiras mierda machista sobre mí. Me disculpo. Te debería haber

advertido.

Me echó un vistazo, todavía con aspecto pálido y lobuno.

—¿Gané una disputa?

Sonreí.

—Admití que estaba equivocada. Es lo mismo.

—Exactamente lo mismo.

—Entonces anótate un punto.

Me sonrió abiertamente.

—¿Por qué no puedo permanecer disgustado contigo, Anita?

—Eres una persona muy permisiva, Richard. Uno de los dos tiene que serlo.

Estacionó en mi aparcamiento por tercera vez esta noche.

—No puedes quedarte en tu casa. La puerta está hecha pedazos.

—Lo sé.

Si me hubieran dado una patada fuera de mi apartamento porque lo estaban pintado, tenía amigos con los que podía quedarme, o un hotel, pero los malos habían demostrado que no se preocupaban a quién hicieran daño. No podía arriesgar la vida nadie, ni siquiera la de unos desconocidos de la habitación siguiente de un hotel.

—Ven a casa conmigo —dijo. Estacionó en un espacio vacío, el más cercano a la escalera.

—No creo que sea una buena idea, Richard.

—La explosión de la escopeta no me habría matado. Me habría curado porque no era de plata. ¿Cuántos de tus otros amigos pueden decir eso?

—No muchos —contesté silenciosamente.

—Tengo casa con patio. No arriesgarás a personas presentes e inocentes.

—Sé que tienes un patio, Richard. He pasado muchas tardes dominicales allí.

—Entonces sabes que tengo razón.

Se inclinó hacia mí y sus ojos habían regresado a su color normal; marrones.

—Tengo una habitación de huéspedes, Anita. No tiene que ser más que eso.

Le contemplé a escasos centímetros de mí. Podía sentir su cuerpo como una fuerza natural fuera de alcance. Eso no era la energía de su lobo. Era la energía de nuestra pura atracción física. Era peligroso ir a casa de Richard.

Tal vez no por mi vida, sino por otras cosas.

Si Jimmy *Shotgun* hubiese tenido esta noche un socio dentro del apartamento, estaría muerta. Había estado tan ocupada concentrada en matarle que un segundo asesino podría haber matado a tiros. Edward le habría dicho a su contacto que no a esa hora y llevaba un poco de tiempo encontrar a otro asesino del calibre de Edward. De ese modo, en vez de esperar, contrataron lo barato y del barrio, asumiendo la posibilidad de contratar a muchos y ahorrarse varios magníficos cientos. O tal vez me querían muerta lo más rápidamente posible por alguna razón que no entendía. De una u otra forma, me querían muerta. Normalmente, cuando alguien te quería muerto con tantas ganas tenía éxito. No esta noche o mañana, pero a menos que Edward y yo llegásemos a averiguar quién había pagado por el contrato, la cola de talentos seguiría llegando.

Clavé la mirada en la cara de Richard, tan cerca que podría besarlo. Pensé en no volver a verle otra vez. En no tocarle otra vez. En no satisfacer ese hambre tan creciente que perfumaba el aire siempre que estaba con él. Toqué su cara, ligeramente, recorriendo con mis dedos bajo de su mejilla.

—Bien.

—Te ves tan seria. ¿En qué piensas, Anita?

Me incliné y lo besé.

—Sangre, muerte y sexo. ¿Qué más hay?

Salimos del coche. Llené el alimentador automático de la pecera con suficiente comida para una semana. En una semana, si el asesino estaba todavía tras de mí, y si todavía seguía con viva, tendría que regresar. Todo lo que tenían que hacer era mantener bajo vigilancia mi acuario y me tendrían si eran lo suficientemente pacientes. En cierta forma, no creía que lo fueran.

Embalé algunas cosas, incluso mi pingüino de peluche Sigmund, cada arma que poseía, algo de ropa, un traje para mi cita de mañana con Jean-Claude. Sí, probablemente no iría, pero no quería volver al apartamento, de ninguna manera. Dejé un mensaje en el contestador de Ronnie. Normalmente nos entrenamos juntas el sábado por la mañana, pero no quería a Ronnie en la línea de fuego. Era detective privado, pero Ronnie no era una tiradora, no como yo. Tenía un cierto respeto por la vida que podía matarla.

Richard esperó mientras me cambiaba. Vaqueros negros, una camisa de polo azul marino, calcetines blancos de deporte con una franja azul, Nikes

negros, y me sentía más yo misma. Coloqué la pistolera de la Browning en mi maleta. La Browning era mi arma principal, y la había perdido. Me hacía falta. La había perdido en circunstancias normales, pero mi mano ansiaba el arma.

Supuse que para eso son las armas de respaldo. La Firestar 9 mm es un buen arma y encaja bien en mi mano. Mis manos son bastantes pequeñas y muchas 9 mm son demasiado grandes. La Browning está al límite de un agarre cómodo. Llevaba puesta la Firestar en la funda del cinturón, al frente de mis pantalones, lo que quería decir que se podía ver el arma. No me preocupaba ni me importaba esa noche.

Me coloqué las fundas de la muñeca y ambos cuchillos. Esos eran los últimos dos de un cuarteto que había hecho a medida para mis manos, con el mayor contenido posible de plata en el acero. Había tenido que reemplazar dos de ellos, los monstruos se los habían comido. Puse los dos nuevos cuchillos en la maleta cerca del borde. Eran bonitos y lo suficiente afilados como para cortar tu piel si pasaras el pulgar por el filo.

Mientras sustituía los cuchillos perdidos, había pedido uno nuevo. Era casi de 30 centímetros de largo, parecía más una espada que un cuchillo. Había mandado hacer un arnés de cuero que me dejaría llevarlo a lo largo de mi columna vertebral con la empuñadura bajo mi pelo. No lo había usado antes, pero lo había visto en un catálogo y no había podía resistirme.

Tenía una Derringer, una recortada, dos de tamaño normal, escopetas correderas, una del calibre doce, y una mini Uzi. La Derringer, la Uzi, y la recortada, eran todas regalos de Edward. No por Navidad o regalos de cumpleaños. No, cazaríamos vampiros juntos, y él me daría un nuevo juguete. Había pedido la escopeta.

Las escopetas de tamaño normal no cabían en las maletas o las bolsas de deporte. Las puse en sus estuches individuales con correas. Las bolsas de deportes contenían mi equipo para cazar vampiros y mi parafernalia para zombis. Coloqué la munición extra en ambos bolsos para cargarlas temporalmente. ¡Caray!, también metí munición extra en la maleta. Una nunca tenía demasiado.

Me miré momentáneamente en el espejo. El arma era bastante obvia contra el azul brillante de la camisa. Finalmente me coloqué una chaqueta negra sobre ella, lo que llaman una chaqueta de novio, porque es algo grande para los hombros y el cuerpo. Las mangas enrolladas exponían el sedoso forro. Me gustaba la chaqueta, y con un botón abrochado escondía

la Firestar, aunque no completamente. Todavía podías verla si me movía, pero la mayoría de las personas no correrían gritando.

Me sentía desnuda sin la Browning, lo que era gracioso considerando que tenía una Uzi en mi maleta. Pero oye, dormía con la Browning.

Richard no dijo ni una palabra sobre las dos escopetas. Tal vez se habría quejado del resto si las hubiera visto, pero cogió una maleta, puso una bolsa sobre su hombro, una escopeta que llevaba en el mismo hombro y me dejó llevar mi parte.

—¿Puedes llevar ambas maletas? —pregunté.

—Sí, pero me impresiona que me lo preguntes. La vez pasada que traté de llevar algo sin preguntártelo, casi me diste con la cesta en la cabeza.

—Quiero tener una mano libre para mi arma.

—Ah —dijo—, por supuesto.

Tomó la otra maleta sin otra palabra. Ciertamente, era un hombre muy sabio.

La Sra. Pringle salió cuando nos marchábamos. Tenía a Custard en sus brazos. Él gruñó brevemente a Richard y ella le hizo callar.

—Pensé que te había oído aquí fuera. ¿Estás bien, Anita?

Recorrí con la mirada el hueco de la puerta.

—Estoy bien. ¿Cómo se encuentra usted?

Abrazó a Custard, levantando el diminuto cuerpo peludo cerca de su cara.

—Estaré bien. ¿Presentarán cargos en tu contra?

—No lo harán.

—Bueno.

Echó un vistazo a las maletas. Una para ropa, una para armas.

—¿Adónde vas?

—Creo que soy demasiado peligrosa para estar por los alrededores en estos momentos.

Buscó mi cara como si estuviese tratando de leer mi mente.

—¿Cómo de malo es este lío, Anita?

—Bastante —dije.

Tocó mi pelo con suavidad.

—Ten mucho cuidado allí fuera.

Sonreí.

—Siempre. Cuídese también.

—Custard y yo tendremos cuidado el uno del otro.

Acaricié a Custard frotando sus pequeñas orejas de zorro.

—Te debo una caja de golosinas para perros, bola de pelo.

Lamió mi mano con una lengua diminuta y rosada.

—Cuando puedas, dame tu nuevo número de teléfono —pidió ella.

—Cuando pueda, regresaré.

Sonrió, pero sus ojos pálidos permanecieron preocupados.

Salimos porque teníamos que hacerlo. Mi imaginación siempre había sido demasiado buena para mi paz mental. Tenía una imagen muy clara de la Sra. Pringle contra la pared, su cara tan preciosa, envejecida, salpicada de sangre. Si ella hubiese abierto la puerta en el momento inoportuno, no quería imaginarlo. Demasiado cerca, malditamente demasiado cerca.



SEIS

La casa de Richard era una finca de ladrillos de una planta. Parecía una casa para niños, mientras mamá hornea galletas en la cocina. Hasta que no accedí por el camino de entrada, no me di cuenta de que tenía una valla a ambos lados, y que el patio de atrás era un inmenso bosque. Podías mirar a cada lado de la casa y desde la parte trasera, y no ver a ningún vecino; excepto en invierno, cuando los árboles desnudos revelan visos distantes a través del valle. Desde el ventanal podías ver la esquina de la siguiente casa medio oscurecida por arbustos que habían crecido demasiado. No vivía nadie en ella desde que empecé a ir. El lugar estaba un poco aislado. A Richard eso le gustaba, y quisiera o no, lo necesitaba ahora.

El lugar parecía invitar a una emboscada, pero los vecinos habrían sido carne de cañón. Los chicos malos tratan de no involucrar a testigos inocentes. No se trata de una cuestión moral, sólo es malo para el negocio. La policía tienden a cabrearse si atentas contra testigos.

Richard pulsó el control remoto para abrir la puerta de garaje y aparcó el Mustang. Su 4x4 estaba dentro. Le seguí en mi Jeep. Me detuve en la calle desierta, esperando a que moviera el todoterreno para poder aparcar dentro. Dejar mi Jeep frente a su casa me parecía facilitarle el trabajo a los tipos malos. Lo movió. Lo metí. Aparcó detrás de mí en la calzada y caminó hasta el garaje. Descargué las maletas, y pulsó el botón de la puerta interior.

La puerta nos llevó al interior de la casa, la cocina. Las paredes estaban cubiertas de reproducciones de Hogarth, imágenes de perros y escenas de modernas cacería. Un juego de tazas de la Warner Brothers, Bugs Bunny y Tweety, estaba colocado sobre los armarios grisáceos. Las puertas eran de un color perlado. Los armarios iluminaban la madera de roble color miel. Había una pila de platos secándose en un paño en el fregadero, aunque Richard tenía lavavajillas. Un vaso, un plato hondo y una cuchara; esa mañana había lavado los platos del desayuno antes de ir al trabajo. Los había fregado y dejado en el fregadero. Por supuesto, yo nunca desayuno.

Richard caminó por la sala de estar llevando la maleta. Le seguí, llevando la de las armas. También llevaba las dos bolsas de deporte.

La sala de estar tenía una alfombra verde oscura y paredes en amarillo pálido. Unas litografías de dibujos animados colgaban en la pared contraria. Pegado a la pared estaba colocado el centro de entretenimiento de madera que el mismo Richard había construido. Había una TV de pantalla gigante, un sistema estéreo en miniatura que hacía sonar al mío como si tocara con un peine, librería y, unas puertas cerradas que escondían parte de la extensa colección de vídeo y parte de los CDs. El resto de los libros estaban en el sótano, colocaos en estanterías a lo largo de cada pared. Aún tenía cajas que no había desempaquetado porque se quedó sin espacio en las baldas.

Había un sofá grande y una mesa de centro de madera maciza. El sofá era verde y marrón, cubierto con una manta amarilla que su abuela había tejido. Tenía un pequeño armario colocado en la pared contraria. No había ningún otro mueble en la sala.

Había puesto la maleta en el dormitorio más pequeño. Ésta tenía dos camas individuales, una mesilla y una lámpara. Las paredes, las cortinas y los edredones eran blancos, como si realmente no hubiese decidido aún qué hacer con la habitación.

Puse las bolsas en una cama, la maleta en el suelo, y los observé. Mi

vida cabía en los pequeños bolsos sobre la alfombra. Me parecía que deberían ser más.

Richard se acercó y me abrazó, con los brazos rodeándome los hombros.

—Creo que ahora es cuando pregunto qué va mal, pero sé la respuesta. Siento que esos tipos invadieran tu casa.

Era eso exactamente. No se supone que ellos vengan a casa contigo. Debería ir contra las reglas. Sabía que no era así, había pasado antes, pero no como esto. No con la certeza de que no podría regresar a casa. Incluso cuando terminara, no podía arriesgar de nuevo a la Sra. Pringle y a mis otros vecinos.

Giré en sus brazos, me soltó para que pudiera hacerlo. Le abracé por la cintura.

—¿Cómo sabías que era exactamente lo qué me molestaba?

Sonrió.

—Te amo, Anita.

—No es una respuesta.

Me besó en la frente.

—Sí, lo es. —Me besó suavemente en los labios y retrocedió—. Voy fuera. Ponte el pijama si quieres.

Se marchó cerrando la puerta tras de sí. La abrí y le llamé.

—¿Puedo usar el teléfono?

Contestó desde su dormitorio.

—Siéntete como en tu casa.

Tomé eso por un sí y entré en la cocina. El teléfono estaba en la pared. Saqué una tarjeta de la riñonera que me había obligado a llevar como monedero. No puedes cerrar la chaqueta sobre la riñonera y la chaqueta abierta mostraría el arma.

La tarjeta era blanca con un número impreso en negro, sólo un número. Marqué y hablé con el contestador automático veinticuatro horas de Edward. Dejé un mensaje diciendo «llámame en cuanto puedas», y el número de Richard.

El contestador automático de Richard se encontraba en un estante con el teléfono fijado a la pared. La luz de los mensajes parpadeaba, pero como no era mi aparato, no los revisé.

Richard entró en la cocina. El pelo le caía sobre los hombros en ondas definidas y sueltas. Su pelo es castaño, pero la luz, cualquier clase de luz, le

da toques dorados como si fuera bronce pulido. Llevaba puesta una camisa de franela verde oscura con las mangas dobladas por encima de los codos, mostrando los finos músculos de los antebrazos. Había visto la camisa antes, era franela de calidad, suave como una manta, hecha para tocar. Llevaba vaqueros sin calcetines. Avanzó con los pies descalzos hacia mí.

El teléfono sonó. Era cerca de la una en punto de la madrugada. ¿Quién más podría ser salvo Edward?

—Espero una llamada —comenté.

—Cógelo.

Contesté y era Edward.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Le conté.

—Alguien te quiere muerta y rápido.

—Sí. Cuando dijiste que no, fueron y contrataron un poco de talento barato de barrio.

—Se consigue lo que se paga —dijo Edward.

—Si hubieran sido dos, Edward, no estaría aquí.

—No va a gustarte mis noticias.

—¿Pueden ser aún peor? —pregunté.

—Contesté un mensaje justo antes del tuyo. Aumentaron la oferta a quinientos mil dólares, si mueres dentro de las próximas veinticuatro horas.

—¡Jesús!, Edward, no valgo esa cantidad de dinero.

—Se enteraron que mataste a su tirador, Anita. Sabían que el golpe había fallado.

—¿Cómo? —pregunté.

—Aún no lo sé. Intento averiguar quién es el que tiene el dinero, pero me llevará algo de tiempo. Las medidas preventivas que me mantienen apartado protegen también al cliente.

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué veinticuatro horas para el golpe?

—Sucederá algo, algo grande, y te quieren fuera del camino.

—¿Pero qué?

—Sabes lo que es, Anita. Tal vez no seas consciente de que lo sabes, pero lo sabes. Algo que vale esa cantidad de dinero y que podrías detener. No puede haber muchas opciones.

—No puedo pensar en una sola cosa, Edward.

—Piensa más —contestó—. Estaré allí mañana tan pronto como pueda.

Cuida tu espalda. No conduzcas tu coche.

—¿Por qué no?

—Bombas —dijo.

—Bombas —repetí.

—Por medio millón de dólares, Anita, conseguirán a alguien bueno. Muchos profesionales lo harán desde una distancia cómoda y segura. Una bomba, un rifle de alta potencia.

—Me asustas —dije.

—Bueno, tal vez así tendrás cuidado.

—Siempre tengo cuidado, Edward.

—Perdón. Tienes razón, pero ten más cuidado. No creo que intenten un ataque normal.

—Estás preocupado —indiqué.

Estuvo callado durante un segundo.

—Podemos seguir sacando a los jugadores, pero al final llegaremos al tipo con el dinero. Mientras el contrato éste ahí, alguien lo aceptará.

—Es demasiado dinero para renunciar —apunté.

—Muchos profesionales no aceptarán un trabajo con límite de tiempo —sugirió—. Algunos de los mejores están fuera de combate debido a la fecha final. Yo no aceptaría un trabajo en circunstancias especiales.

—Oigo un «pero» —dije.

Rió silenciosamente.

—Por medio millón de dólares, la gente romperá sus reglas.

—No me consuela.

—No se supone que tenga que hacerlo —contestó—. Estaré donde Richard mañana temprano.

—¿Sabes dónde es?

—Podría encontrarlo, pero no quiero jugar a las adivinanzas. Dame la dirección.

Lo hice.

—Te aconsejaría que te quedaras dentro, pero has visto a Richard durante meses. Un buen tirador será capaz de encontrarte. No sé si dentro, o en movimiento.

—Traeré armamento adicional y seré más paranoica que de costumbre.

—Bien. Te veré mañana. —Colgó y me quedé sosteniendo el teléfono en la mano.

Richard me observaba.

—¿Oí que decías veinticuatro horas para el ataque?

Colgué el teléfono.

—Temo que sí.

Pulsé el botón de mensajes de su contestador. Zumbó cuando se rebobinó la cinta.

—Por Dios, ¿por qué? —preguntó Richard.

—Lamento no saberlo.

—Mencionaste el dinero dos veces. ¿Cuánto?

Se lo dije.

Se sentó en una de las sillas de la cocina, parecía impresionado. No podía culparle.

—Anita, no me interpretes mal. Para mí mereces esa cantidad de dinero, pero ¿por qué pagaría alguien medio millón de dólares por matarte?

Para alguien que no conoce nada sobre asesinos, había comprendido rápidamente la gran pregunta. Caminé hacia él. Metí los dedos por su pelo.

—Edward dice que debo conocer el gran acontecimiento. Que no merecería esta cantidad de dinero con una fecha, a menos que estuviera implicada en esa situación.

Alzó la vista hacia mí.

—Pero no caes, ¿verdad?

—Ni una pista.

Me puso las manos a ambos lados de la cintura, atrayéndome hacia él, envolviendo los brazos por completo a mí alrededor.

El contestador automático hizo *clic* volviendo a la vida y nos sobresaltó. Nos reímos nerviosamente, no sólo por el miedo. Cuando me miró, tenía una pasión en la mirada que me hizo sonrojar, o querer besarle. No había decidido qué hacer.

Dos mensajes, su hermano menor Daniel.

—Lo siento, Richard, han anulado la escalada de mañana.

Me incliné hacia él. Sus labios eran los más suaves que había besado alguna vez. Su gusto; embriagador. ¿Cómo podía pensar en dejarle?

El último mensaje comenzó a sonar:

—Richard, soy Stephen. Oh, Dios, contesta. Por favor, contesta. Por favor, que estés ahí.

Nos congelamos, escuchando.

—Intentan conseguir que haga una de esas películas. Raina no me dejará escapar. Richard, ¿dónde estás? Vienen. Tengo que ir. Oh, Dios,

Richard.

El teléfono hizo *clic* final. Una voz mecánica dijo: «Fin de los mensajes».

Richard se levantó y le dejé.

—Pensé que Raina había dejado de hacer películas pornográficas —comenté.

—Prometió no hacer más películas *snuff*, nada más.

Escuchó de nuevo el mensaje. Marcaba las doce y tres minutos de la noche.

—Hace menos de una hora —dije.

—No puedo dejarte aquí sola esta noche. ¿Y si viene otro asesino? —Caminó realizando un pequeño círculo—. Pero no puedo abandonar a Stephen.

—Iré contigo —contesté.

Negó con la cabeza mientras se dirigía al dormitorio.

—Puedo sobrevivir a los juegos de la manada, Anita. Tú eres humana, te despedazarán.

—A ti también, Richard.

Sólo siguió andando.

—Puedo manejarlo.

—¿Al menos llamarás a alguien de la manada que te apoye? ¿Buscarás ayuda?

Se sentó en la cama, poniéndose los calcetines. Me echó un vistazo, luego sacudió la cabeza.

—Si llevo a mi gente, se convertirá en una guerra. La gente morirá.

—Pero si vas solo, eres el único que se pone en peligro, ¿verdad?

Me miró.

—Exactamente.

Sacudí la cabeza.

—¿Y qué le pasará a Stephen si vas y mueres? ¿Quién le rescatará?

Esto le detuvo durante un segundo. Frunció el ceño, sacando los zapatos de debajo de la cama.

—No me matarán.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque si Marcus me mata fuera del círculo de desafío, no conseguirá el mando de la manada. Parecería una trampa. La manada le rechazaría.

—¿Y si por casualidad murieras en una lucha con alguien más?

De repente se quedó muy concentrado atándose los zapatos.

—Puedo manejarlo.

—Es decir, que si alguien más te mata en una lucha legítima, Marcus sería el vencedor, ¿verdad?

Se levantó.

—Supongo.

—Raina es la compañera de Marcus, Richard. Tiene miedo de que vayas a matarle. Es una trampa.

Negó con la cabeza tercamente.

—Si llamo a los lobos que me apoyan y llegamos en masa, les matarán. Si voy solo, puedo ser capaz de hacerme oír.

Me apoyé contra el marco de la puerta y quise gritarle, pero me contuve.

—Voy contigo, Richard.

—Tienes tus propios problemas.

—Stephen arriesgó su vida una vez para salvar la mía. Se lo debo. Si quieres jugar al político, bien, pero quiero tener a salvo a Stephen.

—Ir a donde el asesino pueda encontrarte no es una idea inteligente, Anita.

—Hemos salido durante meses, Richard. Si un asesino profesional llega a la ciudad, no le llevará mucho tiempo encontrarme aquí.

Me fulminó con la mirada, la mandíbula tan apretada que podía ver el pequeño músculo del lateral.

—Matarás a alguien si te llevo.

—Sólo si es necesario.

Sacudió la cabeza.

—Ningún asesinato.

—¿Incluso para salvar mi vida? ¿Incluso para salvar a Stephen?

Miró tras de mí, la cólera giraba en los oscuros ojos, casi negros.

—Por supuesto que puedes defenderte.

—Entonces voy.

—De acuerdo, por el bien de Stephen. —No le gustó decirlo.

—Iré por una chaqueta. —Saqué la mini Uzi de la maleta. Era extraordinariamente pequeña. La podía disparar con una mano, pero para ser precisa, necesitaba las dos. Aunque la precisión y las ametralladoras se excluyen mutuamente. Únicamente apunta un poco más bajo de donde se

piensa dar y en el blanco. Munición de plata, por supuesto. Deslicé la correa sobre el hombro derecho. Tenía un pequeño gancho que até al cinturón de la espalda. El gancho impide que la Uzi se deslice para todos lados, pero esta lo bastante suelto como para deslizar el arma y dispararla. El arma iba sujeta a la espalda, lo que era irritante, pero no importaba lo que le dijera a Richard, estaba asustada y quería llevar conmigo al menos dos armas. La policía tenía la Browning. No tenía una pistola lo suficiente pequeña y poderosa, sin contar que era ilegal. ¿Pensaría en eso y no en la ametralladora? Tenía permiso para llevarla, pero no daban permisos para llevar armas automáticas; no a civiles, de cualquier forma. Si me pillaban con ésta, podría terminar en los tribunales.

Me coloqué la chaqueta y me giré. La chaqueta era lo bastante ancha como para disimularla. Asombroso. La Firestar se notaba más en la pistolera de la parte delantera.

El pulso me golpeaba tan fuerte que podía sentirlo martilleando contra mi piel. Estaba asustada. Richard iba a jugar a la política con un puñado de hombres lobos. Los *cambiaformas* no juegan mucho a la política, simplemente te matan. Pero se lo debía a Stephen y no confiaba en Richard para salvarle. Haría lo que tuviese que hacer para salvarle, Richard no. Richard vacilaría. Seguramente eso haría que le mataran un día. Esta noche, por primera vez, comprendí que podía conseguir que me mataran.

De ninguna manera deberíamos ir a uno de los pequeños espectáculos de Raina sin más compañía. De ninguna manera. Jean-Claude nunca habría tolerado los juegos de Marcus y Raina. Ya estarían muertos y todos a salvo. Habría confiado mi espalda a Jean-Claude esta noche. No dudaría. Por supuesto, habría traído a su propio pequeño ejército de vampiros y lo convertiría en una verdadera batalla. La mierda podría golpearnos esta noche y acabar antes de la mañana. Richard iría, rescataríamos a Stephen, sobreviviríamos, nos escaparíamos y Raina todavía estaría viva. Nada estaría decidido. Puede ser civilizado, pero es una mala forma de mantenerse vivo.

Richard esperaba en la puerta principal, llave en mano, impaciente. No podía culparle.

—Stephen no dijo dónde estaba. ¿Sabes dónde hacen las películas?

—Sí.

Le miré interrogándole con la mirada.

—Raina me llevó para observar el rodaje un par de veces. Pensó que

superaría la timidez y participaría.

—No lo hiciste.

No era una pregunta.

—Por supuesto que no. Vayamos por Stephen.

Me sostuvo la puerta y sólo por esta vez no le dije que no.



SIETE

Esperaba que Richard condujera hasta algún depósito de mala reputación en una zona sórdida de la ciudad. En cambio, condujo hasta el condado de Jefferson. Viajamos por la Vieja Carretera 21 entre suaves rodantes y plateadas colinas a la luz de la luna. Estamos a principios de mayo y los árboles están cargados de hojas.

Los bosques envolvían los lados del camino. Alguna casa esporádica se percibía entre los árboles, pero en su mayor parte, estábamos solos en la oscuridad, como si el camino se estirara para siempre y ningún otro humano hubiese puesto alguna vez un pie en él.

—¿Cuál es el plan? —pregunté.

Richard me echó un vistazo, después miró atrás, hacia el camino.

—¿Plan?

—Sí, un plan. Si Raina está allí, no estará sola y no le gustará que te lleves a Stephen.

—Raina es la hembra alfa, la *lupa*. No tengo permiso para luchar contra ella.

—¿Por qué no?

—Un macho alfa se hace *Ulfric*, el rey de los lobos, matando al viejo líder, pero el ganador elige a la *lupa*.

—¿Entonces Raina no tuvo que luchar por su posición?

—No tuvo que luchar para ser *lupa*, pero sí tiene que luchar para ser la mujer más dominante de la manada.

—Una vez me dijiste que la manada me considera un dominante. ¿Cuál es la diferencia entre ser un dominante y ser una hembra alfa? Quiero decir, ¿puedo ser una alfa?

—De cierta forma, el alfa es el equivalente a ser un maestro vampiro —explicó.

—Entonces, ¿qué es ser un dominante?

—Alguien que no es de los nuestros, no es un *Lukoi*, pero que se ha ganado nuestro respeto. Jean-Claude es un dominante. No puede serlo más, a menos que se una la manada.

—Entonces eres un alfa, pero no eres el líder de la manada.

—Tenemos aproximadamente media docena de alfas, machos y hembras. Fui el segundo al mando de Marcus, su *Freki*.

—*Freki* es el nombre de uno de los lobos de Odín. ¿Por qué sería nombrado el segundo lobo como un ser mitológico?

—La manada es muy antigua, Anita. Entre nosotros mismos, somos *Lukoi*. Puede haber dos segundos, *Freki* y *Geri*.

—¿Por qué la lección de historia y el nuevo léxico?

—Para los terceros, usamos el método sencillo. Pero quiero que conozcas quiénes y lo qué somos.

—*Lukoi* es griego, ¿verdad?

Sonrió.

—¿Pero sabes de dónde es?

—No.

—El rey Lykaon de Arcadia era un hombre lobo. No lo soportó y lo escondió. Nos llamamos *Lukoi* en su memoria.

—Si ya no eres *Freki*, ¿qué eres?

—*Fenrir*, un rival.

—El gigantesco lobo que mató a Odín en el Ragnarok.

—Estoy impresionado, no muchos conocerían eso.

—Dos semestres de religión comparativa —comenté—. ¿Puede una mujer ser *Ulfric*?

—Sí, pero es raro.

—¿Por qué?

—Tendría que ganar una interminable pelea física. Todo el poder del mundo no detendrá a nadie golpear tu cara contra la tierra.

Me habría gustado discutir, pero no lo hice. Tenía razón. No porque fuese mujer. Los hombres bajitos también patean sus culos. El tamaño importa si ambos están igual de bien entrenados.

—¿Por qué no pueden las alfas hembras pelear para ascender en la escala dominante?

—Porque el *Ulfric* y su *lupa* son emparejados, Anita. No quiere quedar ligado a una hembra que no pueda resistir.

Le miré.

—Espera un momento. Eres el siguiente en la línea para conducir la manada. Si sucedes a Marcus, ¿tienes que acostarte con su *lupa*?

—Técnicamente, sí.

—¿Técnicamente? —pregunté.

—No elegiré una. No dormiré con alguien sólo para que la manada pueda sentirse segura.

—Me alegra oírlo —indiqué—, ¿pero no pone en peligro tu posición en la manada?

Respiró profundamente y le oí exhalar.

—Tengo mucho apoyo entre la manada, pero a algunos les molestan mis principios. Piensan que debería escoger a una compañera.

—Y tú no quieres porque… ¿por mí?

Me echó un vistazo.

—Tiene gran parte de esto. No sería una sola vez, Anita. Una pareja alfa se liga de por vida. Se parece a un matrimonio. Por lo general, se casan el uno con el otro en la vida real, no sólo en la manada.

—Puedo entender por qué el líder de la manada escoge a su compañera.

—He escogido a mi compañera —dijo Richard.

—Pero no soy un *licántropo*.

—No, pero la manada te considera un dominante.

—Sólo porque maté a unos cuantos de ellos —dije.

—Bien, realmente, eso tiende a impresionarlos.

Redujo la velocidad. Había una línea de pinos a la izquierda del

camino, demasiado corriente y demasiado denso para ser natural. Se dirigió a una calzada de grava en mitad de ellos.

La calzada se curvaba cuesta abajo y al fondo de un valle poco profundo había un cortijo. Recias colinas arboladas envolvían la casa. Si alguna vez hubo un campo, el bosque lo había reclamado.

La calzada se abría hasta un pequeño solar de grava atestado de coches, al menos una docena de ellos. Richard llevó el suyo hasta el parque y estuvo en la puerta antes de que pudiera desabrochar mi cinturón de seguridad. Tuve que correr para alcanzarle y estar tras su espalda cuando se arrojó al interior por la puerta abierta del granero. Había un muralla de tela colgando dentro, no era una cortina, más bien era como una barrera. Richard la retiró y la luz nos inundó alrededor. Caminó con paso solemne bajo aquella luz y fui detrás de él.

Había luces por todas partes, colgando de las vigas como frutas grandes y desagradables. Aproximadamente unas veinte personas estaban de pie alrededor del amplio interior del granero. Dos cámaras colgaban de un set, formado por dos paredes y una cama enorme. Dos operadores esperaban escondidos tras las cámaras. Una mesa larga y robusta estaba colocada cerca de la entrada, con bolsas para llevar y pizza fría. Más de una docena de personas estaban amontonadas alrededor de la comida. Nos echaron un vistazo cuando entramos. Unos cuantos humanos retiraron rápidamente la mirada y comenzaron a retroceder poco a poco. Los *licántropos* nos miraron fijamente, con ojos casi inmóviles y atentos. De repente supe lo que debía sentir una gacela cerca de una manada de leones.

Al menos las dos terceras partes de las personas del granero eran *cambiaformas*. Probablemente, no todos eran hombres lobos. Sólo observándolos no podía decir qué tipo de animales podían ser, pero sabía que todos era *cambiaformas*. Sus energías crepitaban en el aire como una descarga de rayos. Incluso con la Uzi, si las cosas fallaban, estaría en problemas. De repente estaba cabreada con Richard. No deberíamos haber venido solos. Demasiado imprudente para expresarlo en palabras.

Una mujer se apartó del grupo. Llevaba lo que parecía un equipo de maquillaje tamaño industrial colgado de su hombro. Su pelo oscuro estaba afeitado hasta su coronilla, dejando ver una cara muy bonita y limpia, sin una gota de maquillaje.

Se movió insegura hacia nosotros como si tuviera miedo de ser mordida. El aire vibró a su alrededor, un brillo invisible, como si la

realidad fuera un poco menos firme de lo que debería alrededor de ella. Licántropo. No estaba segura de que posición tenía, pero realmente no importaba. Independientemente de la posición, eran peligrosos.

—Richard —dijo.

Caminó lejos del gentío vigilante, sus pequeñas manos recorrían de arriba a abajo la correa de su bolsa.

—¿Qué haces aquí?

—Sabes por qué estoy aquí, Heidi —respondió—. ¿Dónde está Stephen?

—No van a hacerle daño —comentó—. Quiero decir, su hermano está aquí. Su propio hermano no dejaría que lo dañaran, ¿verdad?

—Suena como si trataras de convencerte a ti misma, no a nosotros —insinué.

Sus ojos me recorrieron de arriba abajo.

—Usted debe ser Anita Blake. —Echó un vistazo por detrás, a los observadores tras su espalda—. Por favor, Richard, sólo vete.

El aura de energía alrededor de ella vibraba más consistente en el aire, casi como un brillo visible. Eso hormigueó a lo largo de mi piel.

Richard extendió la mano hacia ella.

Heidi se estremeció, pero mantuvo su posición.

Richard pasó su mano suavemente sobre su cara, sin llegar a tocar su piel. Cuando movió su mano, la energía de ella se aquietó, como agua calmándose.

—Está bien, Heidi. Comprendo la situación en la que Marcus te ha puesto. Quieres unirte a otra manada, pero él tiene que dar permiso. Para conseguirlo haces lo que te dice o estás atrapada. Pase lo que pase, no te guardaré rencor.

Su ansiedad fluyó poco a poco. Su etérea energía se calmó hasta que apenas se sintió en absoluto. Podía haber pasado por humana.

—Muy impresionante.

Un hombre avanzó hacia nosotros. Medía al menos 1,95 m, tal vez unos centímetros más, su cabeza era calva como un huevo, sólo sus cejas eran oscuras sobre unos pálidos ojos. Su camiseta negra se tensaba sobre los músculos de sus brazos y pecho, como si ésta fuera la piel de un insecto a punto de separarse y dejar suelto al monstruo. La energía fluyó de él como el calor del verano. Se movía con el paso confiado de un matón, y el poder que ascendía lentamente sobre mi piel me dijo que podía serlo.

—Él es nuevo —afirmé.

—Es Sebastian —explicó Richard—. Se unió a nosotros después de que muriera Alfred.

—Es el nuevo sicario de Marcus —susurró Heidi y retrocedió, a mitad de camino entre los dos hombres, regresando a la cortina por la que habíamos entrado.

—Le desafío, Richard. Quiero ser *Freki*.

Como si nada, la trampa fue lanzada.

—Somos ambos alfa, Sebastian. No tenemos que hacer nada para demostrarlo.

—Quiero ser *Freki*, y tengo que pelear contigo para serlo.

—Soy *Fenrir* ahora, Sebastian. Puede ser el *Freki* de Marcus sin luchar contra mí.

—Marcus dice que no, dice que tengo que pasar por usted.

Richard avanzó un paso.

—No luches contra él —dije.

—Tengo que contestar el desafío.

Contemplé a Sebastian. Richard no era un macho pequeño, pero parecía pequeño al lado de Sebastian. Richard no se echaría atrás para salvarse. Pero por alguien más…

—Y si mueres, ¿dónde me deja eso? —pregunté.

Entonces me miró, me miró de verdad. Se giró hacia atrás, a Sebastian.

—Quiero paso seguro para Anita.

Sebastian sonrió abiertamente y negó con la cabeza.

—Es dominante. Nada de paso seguro. Correrá el riesgo como el resto de nosotros.

—No puede aceptar el desafío, es humana.

—Cuando usted esté muerto, la haremos una de las nosotras —señaló Sebastian.

—Raina nos ha prohibido hacer *Lukoi* a Anita —comentó Heidi.

La deslumbrante mirada que Sebastian le concedió la hizo encogerse de miedo contra la puerta de cortina. Sus ojos estaban redondeados por el miedo.

—¿Es verdad? —preguntó Richard.

—Es verdad —gruñó Sebastian—. Podemos matarla, pero no convertirla. —Sonrió abiertamente, mostrando un breve destello de dientes —. Entonces, sólo la mataremos.

Saqué la Firestar, usando el cuerpo de Richard para protegerme del movimiento de los *licántropos*. Estábamos en problemas. Incluso con la Uzi, no podría matarlos a todos. Si Richard mataba a Sebastian, podíamos salvar la situación, pero intentaría no matarlo. Otro *cambiaformas* nos miró con ojos impacientes. Ese había sido el plan desde el principio. Tenía que haber una salida.

Tuve una idea.

—¿Todos los sicarios de Marcus son idiotas?

Sebastian se giró hacia mí.

—¿Es un insulto?

—Si tiene que preguntar, entonces lo es.

—¿Anita? —preguntó Richard en un murmullo—, ¿qué rayos haces?

—Defendiéndome —contesté.

Sus ojos se agrandaron, pero no retiró la mirada del gran hombre lobo. Richard lo entendió. No teníamos tiempo para discutir. Sebastian dio un paso al frente con sus manos cerradas en puños. Trató de pasar a Richard para llegar hasta mí. Richard se colocó ante él. Levantó su mano con la palma extendida como hizo con Heidi y la energía fluyó de ella derramándose como el agua en una taza rota. Nunca había visto nada como eso. Calmar a Heidi era una cosa. Obligar a un *licántropo* tragar tal poder era algo más.

Sebastian dio un paso hacia atrás, casi asombrado.

—Bastardo.

—No eres lo suficientemente fuerte para desafiarme, Sebastian. Nunca lo olvides —puntualizó Richard.

Su voz todavía sonaba tranquila, con una cólera indirecta por debajo. Era una voz razonable, una voz negociadora.

Me mantuve tras Richard con la Firestar sostenida en mi mano, tan discreta como podía serlo. La lucha había terminado y mi pequeño espectáculo de alarde no había sido necesario. Había subestimado el poder de Richard. Le pediría perdón más tarde.

—Ahora, ¿dónde está Stephen? —preguntó.

Un hombre negro y delgado caminó con paso pomposo hacia nosotros, moviéndose como un bailarín bañado por el brillo de su propia energía. Su cabello estaba trenzado hasta sus hombros con cuentas de colores insertadas en múltiples trencitas. Sus rasgos eran pequeños y bien cuidados, su piel era de un rico e integro color moreno.

—Puede ser capaz de dominarnos uno a uno, Richard, pero no a todos a la vez.

—Le echaron a patadas de su última manada por ser un alborotador, Jamil —dijo Richard—. No cometa el mismo error dos veces.

—No voy a hacerlo. Marcus ganará esta lucha porque eres un jodido corazón blando. Todavía no lo entiende, Richard. No somos los Jóvenes Republicanos. —Jamil se detuvo a dos metros y medio aproximadamente —. Somos una manada de hombres lobos y no somos humanos. A menos que lo acepte, va a morir.

Sebastian retrocedió para quedar al lado de Jamil. El resto de *licántropos* se acercó hasta los dos hombres. Su energía combinada fluyó hacia el exterior, llenando la habitación como agua caliente con pirañas en ella. El poder fluyó a través de mi piel como diminutas sacudidas eléctricas. Eso se elevó por mi garganta hasta que fue difícil respirar y el pelo se me encrespó.

—¿Te cabrearás si mato algunos? —pregunté.

Mi voz sonó oprimida y áspera. Me acerqué a Richard, pero tuve que retroceder. Su poder manó sobre mí como algo vivo. Era impresionante, pero había veinte *licántropos* al otro lado y no era tan impresionante.

Un grito rompió el silencio y brinqué.

—Anita —dijo Richard.

—Sí.

—Ve a por Stephen.

—¿Era quien gritó? —pregunté.

—Ve a por él.

Miré a la masa de *licántropos* y dije:

—¿Puedes manejar esto?

—Puedo sujetarlos.

—No puede sujetarnos a todos —indicó Jamil.

—Sí —dijo Richard—, puedo hacerlo.

El grito se escuchó otra vez, más alto, más urgente. El sonido vino de lo más profundo del granero donde había sido dividido en habitaciones. Había un vestíbulo provisional. Avancé hacia allá, luego vacilé.

—¿Te cabrearás si mato a algunos?

—Haz lo que tengas que hacer —respondió.

Su voz sonó grave, con un borde de gruñido en ella.

—Si mata a Raina con un arma, no será su *lupa* —dijo Jamil.

Eché un vistazo atrás, a Richard. No sabía que estaba siendo considerada para el puesto.

—Ve, Anita, ahora.

Su voz se redujo progresivamente hasta convertirse en un gruñido. No tenía que insinuar que me apresurara. Conocía esa parte. Podía ser capaz de detenerlos, pero no podría luchar contra todos ellos.

Heidi caminó hacia mí, por detrás de Richard. Él no le prestó ninguna atención, como si no la considerara un peligro en absoluto. ¿No era poderosa?, pero no tienes que ser poderoso o hasta fuerte para apuñalar a alguien por la espalda, garra o cuchillo, qué importaba. La apunté con el arma. Pasó a centímetros de Richard y él no hizo nada. Mi arma era lo único que protegía su espalda. Incluso en ese momento, confió en Heidi. Exactamente en ese instante no debía haber confiado en nadie, sólo en mí.

—Gabriel está con Raina —expresó ella.

Dijo su nombre como si tuviera miedo de él.

Gabriel no era un miembro de la manada. Era un hombre-leopardo. Sin embargo, era uno de los actores favoritos de Raina. Había aparecido en sus películas y hasta en una película *snuff*. Casi le pregunté a quién le temía más, a Raina o Gabriel. Pero no importaba. Estaba a punto de enfrentarlos.

—Gracias —dije a Heidi.

Asintió.

Fui por el vestíbulo hacia el origen de los gritos.



OCHO

Entré al vestíbulo y seguí los sonidos de las voces hasta la segunda puerta a la izquierda. Oí al menos dos diferentes voces masculinas, suaves, murmurando. No podía entender las palabras, que pronto se convirtieron en gritos.

—Detente, por favor, para. ¡No!

También había un hombre. A menos que torturasen a más de una persona esta noche, tenía que ser Stephen.

Respiré profundamente, lo dejé salir, traté de alcanzar la puerta con la mano izquierda y el arma en la derecha. Lamenté no saber la distribución de la habitación. Stephen gritó.

—¡Por favor, no lo hagas!

Fue suficiente. Abrí la puerta golpeándola de un empujón contra la pared para asegurarme que no había nadie tras ella. Pensé en abalanzarme dentro de la habitación, pero lo que vi en ella me congeló, como una

especie de pesadilla retenida en el tiempo. Stephen estaba acostado boca arriba, con una túnica blanca abierta que revelaba su cuerpo desnudo. La sangre le caía por el pecho en finas tiras escarlatas, aunque aparentemente no hubieran heridas. Gabriel sostenía los brazos de Stephen asidos por debajo del cuerpo detrás de la espalda, como si estuvieran atados. El cabello rubio de Stephen, largo hasta la cintura, se derramaba sobre el regazo de Gabriel, que vestía un pantalón de cuero negro. Gabriel estaba desnudo de la cintura para arriba, con un piercing de plata en el pezón derecho. Su rizado pelo negro caía sobre los ojos, y cuando me observó, parecía ciego.

Un segundo hombre estaba arrodillado frente a Stephen. El cabello rubio le caía hasta la cintura. Llevaba puesta una túnica blanca idéntica, pero cerrada. Cuando miró hacia la puerta, su delgada cara, casi bonita, era el espejo de la de Stephen. Tenía que ser su hermano. Sujetaba un cuchillo de acero, estaba usándolo cuando atravesé la puerta. Sangre fresca fluyó de la piel de Stephen.

Éste gritó.

Una mujer desnuda se doblada sobre el cuerpo de Stephen. Sentada a horcajadas sobre la parte inferior de su cuerpo inmovilizándole las piernas. El largo pelo castaño cobrizo le caía como una cortina, tapando donde la espalda pierde su nombre. Raina levantó la cabeza de la ingle de Stephen. Sus labios llenos se abrieron en una sonrisa. Le había trabajado hasta conseguir una erección. Aun con protestas, su cuerpo había continuado sin él.

Me llevó un segundo ver todo eso, como si fuera a cámara lenta. Sentí un movimiento a mi derecha e intenté cambiar de dirección, pero fue demasiado tarde. Algo cubierto de piel y medio humano se estrelló contra mí. Choqué lo bastante fuerte contra la pared contraria como para sacudirla. La Firestar cayó dando vueltas y me deslicé atontada al suelo. Un lobo del tamaño de un pony apareció sobre mí. Abrió las mandíbulas lo suficientemente grandes como para aplastarme la cara y gruñó, un sonido bajo y lo bastante profundo como para detenerme el corazón.

Podría moverme otra vez, pero aquel rostro estaba a centímetros de mi mejilla; sentí el aliento en mi cara. Una línea de saliva le cayó de la boca para deslizarse por la comisura de la mía. Bajó el hocico los últimos centímetros, con el hocico hacía atrás como si fuera a dar un pequeño mordisco. La Uzi estaba atrapada entre mi espalda y la pared. Pensé en uno

de mis cuchillos, pero sabía que nunca lo conseguiría.

Unos brazos humanos se abrazaron alrededor del lobo y lo apartaron de mí. Raina estaba de pie, sujetando al lobo que luchaba, como si no le requiriera ningún esfuerzo. Su hermoso cuerpo desnudo se tensaba con músculos que no se veían hasta que eran flexionados.

—Te dije que no derramases su sangre.

Lanzó al lobo contra la otra pared. Ésta se agrietó y se hundió. El lobo quedó inmóvil, sus ojos se quedaron en blanco al desmayarse.

Me dio el tiempo que necesitaba. Tiré de la Uzi por la correa. Cuando Raina giró de nuevo hacia mí, la apuntaba.

Se mantuvo de pie sobre mí, desnuda, perfecta y delgada, con curvas en las zonas apropiadas. Pero ya que le había visto esculpir su cuerpo a voluntad, no estaba tan impresionada. Cuándo uno puede manipular su cuerpo como ella, ¿quién necesita cirugía plástica?

—Podría haberle dejado matarla, Anita. No parece muy agradecida.

Me senté en el suelo apoyada contra la pared, sin estar completamente segura aún de poder ponerme de pie. Pero sujetar la Uzi entre los dedos era agradable.

—Muchas gracias —dije—. Ahora retrocede lentamente o te cortaré por la mitad.

Raina se rió, un sonido bajo y jovial.

—Es tan peligrosa. Tan excitante. ¿No piensas igual, Gabriel?

Gabriel se acercó para quedar de pie a su lado, ambos miraban hacia abajo. Fue demasiado, así que usé la pared para apoyarme y ponerme de pie. Pude mantenerme. Genial. Comenzaba a pensar que hasta podría caminar. Mejoraba.

—Retroceded —repetí.

Gabriel dio un paso a su alrededor, poniéndose lo suficientemente cerca como para extender la mano y tocarme.

—Es perfecta para alguien que esté sufriendo y tenga deseos de morir. —Extendió la mano como para recorrerme la mejilla con los dedos.

Apunté la ametralladora a su cintura, porque recularía hacia arriba. Si apuntas demasiado alto, puedes fallar.

—La última vez que me enfrentaste, Gabriel, todo lo que llevaba encima era un cuchillo. Sobreviviste al destripamiento, pero hasta tú no puedes curarte de una ráfaga de metralleta. A esta distancia, te cortaré por la mitad.

—¿De verdad me matarías sólo por tratar de tocarte? —Parecía divertido, sus extraños ojos grises brillaban, mirándome detenidamente por entre su pelo enredado.

—Después de lo que acabo de ver, puedes apostarlo. —Me aparté de la pared—. Retrocede, o averiguaremos cuánto daño puedes aguantar.

Retrocedieron. Me quedé casi desilusionada. La Uzi con la munición de plata haría exactamente lo que había dicho que haría. Podría reducirlos, matarlos, sin complicaciones, sin alborotos, sólo un desorden infernal. Les quería muertos. Les miré durante un segundo y lo pensé, pensé en apretar el gatillo y salvarnos todos de una buena cantidad de problemas.

Raina retrocedió llevando a Gabriel con ella. Me observó conforme se retiraba hacia la pared, donde el lobo del tamaño del pony se tambaleaba a sus pies. Raina me miró y vi el reconocimiento en su cara de cuan cerca había estado. Creo que hasta ese momento no se había dado cuenta de que podía matarla y no perder el sueño. Infiernos, dejarla viva me costaba más el sueño.

Un rugido llegó desde la otra habitación. El aullido vibró a través del granero. Hubo un momento de silencio, jadeos, luego gruñidos, gritos. El suelo se estremeció con el impacto de cuerpos lanzados. Richard luchaba sin mi ayuda.

Raina se rió de mí.

—Richard te necesita, Anita. Vete. Nos encargaremos de Stephen.

—No, gracias.

—Richard puede estar muriéndose mientras pierdes el tiempo.

El miedo se deslizó sobre mí como una corriente fresca. Tenía razón. Le habían traído hasta aquí para morir. Negué con la cabeza.

—Richard me dijo que liberase a Stephen, y eso es lo que voy a hacer.

—Creía que no aceptabas bien las órdenes —contestó.

—Sólo las que me gustan.

Stephen se había doblado sobre un lado, deslizando la túnica sobre su cuerpo. Su hermano se sentaba a su lado, alisándole el pelo y murmurando:

—Está bien, Stephen. No estás herido.

—Le cortasteis, hijo de puta.

Extendió la túnica de Stephen, exponiendo el pecho. Stephen, débilmente, intentó cerrarla. Su hermano le golpeó las manos suavemente. Las pasó a través del pecho ensangrentado. La piel estaba perfecta. El corte ya se había curado, lo que quería decir que toda la sangre era de Stephen.

—Apártate de él ahora mismo, o te mataré a tiros.

Se apartó. Me creyó. Lo que era bueno, porque era cierto.

—Ven Stephen. Salgamos de aquí.

Levantó la cabeza y me miró, las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No puedo ponerme de pie. —Trató de avanzar lentamente, pero cayó al suelo.

—¿Qué le dieron? —pregunté.

—Algo para relajarle —respondió Raina.

—Perra.

Sonrió.

—Exactamente.

—Aléjate y ponte con ellos —le dije al hermano.

El hombre giró el rostro hacia mí, tan igual al de Stephen que era alarmante.

—No les dejaba hacerle daño. Hubiera disfrutado de esto si se hubiese relajado.

—¡Está muy herido, hijo de puta! Ponte ahí ahora mismo, o te mataré. ¿Me entiendes? Te mataré, y estaré muy contenta con ello.

Se puso de pie y fue a colocarse al lado de Gabriel.

—Me aseguré que nadie le lastimase —dijo suavemente.

Las paredes se estremecieron. Hubo un sonido de madera astillada. Alguien había sido lanzado contra la pared de la habitación contigua. Teníamos que salir de allí.

Tenía que llegar a Richard. Pero si no caminaba con precaución, nunca lo conseguiría. Richard no era el único que se arriesgaba a una garganta arrancada.

Con tantos *licántropos* en un espacio tan pequeño, estaban demasiado cerca. Podrían saltar sobre mí si intentaba ayudar a Stephen a ponerse en pie, pero con una ametralladora en la mano, apostaba que la mayoría estarían muertos antes de que me alcanzaran. Era un pensamiento consolador.

Divisé la Firestar en la otra esquina. La recogí y la enfundé sin tener que mirar. Práctica, práctica y práctica. Mantuve apuntada la ametralladora. Al instante me sentí mejor.

Me arrodillé a por Stephen sin apartar la vista de los demás. Fue duro no huir de la habitación, pero estaba malditamente cerca a ellos. El lobo había sido increíblemente rápido y no creía que Raina me salvara una

segunda vez. Tuve suerte, no me quería herida. Coloqué el brazo alrededor de la cintura de Stephen y consiguió ponerme los brazos alrededor del cuello. Me puse de pie y era casi un peso muerto, pero ambos logramos incorporarnos y, con mi ayuda, Stephen se mantuvo de pie. Me alegré que midiera casi lo mismo que yo. Si hubiera sido más grande, me habría resultado aún más difícil. La túnica abierta se movió y él me quitó un brazo del hombro para intentar cerrarla. Pero no podía. Comenzó a retirar el otro brazo de mis hombros.

—Déjalo, Stephen, por favor. Tenemos que irnos ahora.

—No quiero que la gente me vea. —Me observó con el rostro a escasos centímetros del mío. La mirada estaba cargada y desenfocada por las drogas, pero una lágrima se arrastró por la esquina de su ojo azulado—. Por favor —añadió.

Mierda. Le abracé con fuerza por la cintura y dije:

—Continúa.

Observé a Raina mientras él ataba la túnica torpe y lento por las drogas que le había dado. Gemía en voz baja mientras lo hacía.

—En algunas cosas eres tan sentimental como Richard —comentó ella —. Pero podrías matarnos, a todos, hasta al hermano de Stephen, y no sentir nada.

Le sostuve la mirada y le contesté:

—Sentiría algo.

—¿Qué? —preguntó.

—Seguridad —respondí.

Retrocedí hasta la puerta abierta y tuve que mirar atrás para asegurarme que nadie saltaría sobre mí. Cuando les miré, Gabriel se había movido hacia adelante, pero Raina le puso una mano en el brazo, deteniéndole. Me miraba como si realmente nunca me hubiera visto antes. Como si la hubiese sorprendido. Supongo que era mutuo. Sabía que era retorcida, pero ni en mis sueños más salvajes le habría acusado de violar a uno de los suyos.

Stephen y yo salimos al pasillo, y respiré hondo, sintiendo que algo se me aflojaba en el pecho. Los sonidos de la lucha se precipitaron sobre nosotros. Quise correr hacia la pelea. Richard estaba vivo o todavía no estarían luchando. Había tiempo. Tenía que haberlo.

Grité a Raina:

—No salgas fuera hasta que nos hayamos ido u os pegaré un tiro.

No hubo respuesta desde la habitación. Tenía que llegar hasta Richard.

Stephen tropezó y casi consiguió que nos cayéramos. Se colgó de mis hombros, los brazos presionándome el cuello, después consiguió estabilizarse.

—¿Estás conmigo, Stephen?

—Estoy bien. Sólo sácame de aquí. —La voz sonaba débil y temblorosa, como si estuviera a punto de perder el conocimiento.

No podía cargarle y disparar, o por lo menos, no quería intentarlo. Le apreté más fuerte por la cintura.

—Quédate conmigo, Stephen, y te sacaré.

Asintió con la cabeza, el cabello le caía por la cara.

—Bien. —Esa única palabra fue casi demasiado suave para oírla por encima de la pelea.

Salí al cuarto principal, y era un caos. No podía ver a Richard. Había sólo una masa de cuerpos, brazos y piernas. Una forma a la que arañaban se elevó por encima del resto, un hombre lobo de casi dos metros veinte de alto. Se inclinó y sacó a Richard del lío, las garras rasgándole el cuerpo. Richard se apartó y lanzó una mano demasiado larga para ser humana, y lo bastante peluda como para ser lobuna, hacia la garganta del hombre lobo. La criatura respiró fuertemente y con dificultad, escupiendo sangre.

Un lobo casi tan alto como Richard le saltó sobre la espalda. Richard se tambaleó, pero no cayó. La boca le hundió los dientes en el hombro. Garras cubiertas de piel y manos humanas le agarraron de ambos lados. Coño. Disparé al suelo de madera. Habría sido más impresionante si le hubiera disparado a las luces del techo, pero las balas bajan a la misma velocidad con la que suben, y no quería recibir mi propio rebote. Sujetar una ametralladora con una mano fue una odisea. Me estabilicé y lancé un rocío de balas sobre la cama. Terminé con el arma apuntando al grupo que luchaba. Todo el mundo se había congelado, se habían sobresaltado. Richard salió gateando del desorden, sangrando. Se puso de pie, balanceándose un poco, pero avanzando por sí mismo. No habría podido salvarles a ambos si no hubiera llevado la ametralladora.

Se detuvo delante de la cortina, esperando que me acercara. Stephen se dobló sobre mí, con los brazos sueltos. Creo que se había desmayado. Fue un paseo tormentosamente lento hasta Richard. Si tropezaba y caía, saltarían sobre mí. Me observaron moverme, ojos humanos y lobunos, pero nada con lo que podría haberme comunicado. Me observaron preguntándose qué sabor tendría y cómo disfrutarían probándome.

El lobo gigantesco habló, las palabras humanas resultaban extrañas dichas por unas mandíbulas peludas y anchas.

—No nos puedes matar a todos, humana.

Tenía razón. Levanté la ametralladora un poco.

—Cierto, pero ¿quién va a ser el primero?

Nadie más se movió mientras caminaba. Cuando alcancé a Richard, me quitó a Stephen, acunándole entre las manos como si fuera un niño. La sangre de un corte en la frente le cayó por la cara. Le cubría casi hasta la mitad, como una máscara.

—Stephen nunca debe regresar aquí, jamás —dijo Richard.

El hombre lobo habló otra vez.

—No eres un asesino, Richard. Esa es tu debilidad. Aunque volvamos a traer a Stephen, no nos matarás por ello. Nos lastimarás, pero no nos matarás.

Richard no dijo nada. Probablemente era cierto. Maldito.

—Te mataré —dije.

—Anita, no sabes lo que estás diciendo —señaló Richard.

Le recorrí con la mirada, luego volví a los cuerpos expectantes.

—El asesinato es todo lo que entienden, Richard. Si no estás dispuesto a matarles, Stephen no estará a salvo. Quiero que esté seguro.

—¿Lo suficiente como para matar por ello? —preguntó Richard.

—Sí —contesté—. Lo suficiente como para matar por ello.

El hombre lobo clavó los ojos en mí.

—No eres de los nuestros.

—No me importa. Stephen está fuera de los límites. Dígale a Raina que si le arrastra aquí de nuevo, la haré personalmente responsable.

—Dímelo tú misma. —Raina estaba de pie en el vestíbulo, desnuda y completamente cómoda, como si llevara puesta la seda más fina.

Gabriel estaba detrás de ella.

—Si alguien vuelve a traer a Stephen aquí e intenta forzarle en un rodaje, te mataré.

—Incluso si no tengo nada que ver con ello.

Sonreí, como si la creyera.

—Aún así. No me importa quién lo hace, porqué tu culo será el primero de la lista.

Asintió con entusiasmo con la cabeza, casi haciendo un arco.

—Así sea, Anita Blake. Pero debes saber esto, me has desafiado delante

de mi manada. No puedo dejar sin contestar el desafío. Si fueras otro *cambiaformas*, nos batiríamos en duelo, pero el que seas humana es un problema.

—Ya lo sabes, perra. Soy humana, así que si esperas que deje caer el arma y luchar contra ti cuerpo a cuerpo, estás chiflada.

—¿Y eso no sería justo?

—No creía que te preocuparas mucho de ser justa, después de lo que vi ahí detrás.

—Oh, eso —contestó—. Stephen nunca ascenderá dentro de la manada. No habrá más desafíos para él. Es la carne de alguien que está por encima de él en la manada.

—Nunca más —dije.

—¿Le ofreces tu protección? —preguntó.

Se me había hecho antes esta pregunta una vez, y sabía que significaba más de lo que parecía, pero no me importó. Quería a Stephen a salvo y lo conseguiría fuese como fuese. Matando o convirtiéndome en objetivo. Infiernos, el asesino probablemente terminaría conmigo pronto, de cualquier forma.

—Sí, está bajo mi protección.

—Él ya está bajo mi protección, Anita —apuntó Richard.

—Hasta que estés dispuesto a matar para protegerle, eso no significa nada para esta gente.

—¿Matarás para mantener la reivindicación de protección de Richard? —preguntó Raina.

—Ella no entiende lo que le preguntas —señaló Richard—. No es una pregunta justa, a menos que la entienda.

—Entonces explícaselo, Richard, pero no esta noche. Se hace tarde y si queremos conseguir terminar cualquier filmación, debemos apresurarnos. Toma a tu pequeña humana y explícale las reglas. Explica cuán profundamente ha metido la pata. Cuando las comprenda, llámame. Y pensaré en un modo de realizar un duelo entre nosotras tan justo como sea posible. Quizás podría vendarme los ojos, o atar un brazo a mi espalda.

Comencé a decir algo, pero Richard contestó:

—Vámonos Anita. Tenemos que irnos ahora.

Tenía razón. Podría matar a muchos, pero no a todos. No había traído un cargador de repuesto para la ametralladora. No había pensado que lo necesitaría. Que tonta.

Llegamos a la puerta mientras caminaba de espaldas, lista para pegar un tiro a cualquiera que asomase la cabeza. Nadie nos siguió. Richard sacó a Stephen a la noche primaveral y no miró hacia atrás, como si supiese que no nos seguirían.

Abrí la puerta y colocó a Stephen en el asiento trasero.

—¿Puedes conducir a casa? —preguntó.

—Sí, ¿cómo de mal estás?

—No tan mal, pero me gustaría estar con Stephen por si se despierta.

No iba a discutirlo. Conduje. Estábamos a salvo. De hecho, aún estábamos todos vivos. Pero si nos hubiesen presionado, no lo estaríamos. Ahora que estábamos a salvo, podía enfadarme.

—Bien, sobrevivimos. No gracias a tu pequeño plan —apunté.

—Y nadie murió, gracias a mi pequeño plan —dijo Richard.

—Sólo porque fui mejor armada que de costumbre.

—Tenías razón —comentó—, era una trampa. ¿Feliz?

—Sí, estoy feliz —respondí.

—Me alegro de oírlo. —Sonó cansado bajo el comentario sarcástico. Lo podía oír en su voz.

—¿Qué se supone que me tienes que explicar, Richard? —Eché un vistazo por el espejo retrovisor, pero no podía verle la cara en la oscuridad.

—Raina respalda las órdenes de Marcus. Ella es su *lupa*. La usa para hacer cosas que no aprueba, como la tortura.

—Entonces me convertí en tu *lupa*.

—Sí, soy el *Fenrir*. Normalmente, ya habría elegido una *lupa*. La manada está dividida, Anita. Le he dado protección a mis seguidores para que si Marcus intenta herirles, ir tras él; o mis seguidores actuarán para protegerse los unos a los otros con mi bendición. Sin un *Fenrir* o un líder de manada para mantenerlo, ir en contra de las órdenes del líder de la manada es una especie de motín.

—¿Cuál es la pena por eso?

—Muerte o mutilación.

—Pensé que podíais curaros de cualquier corte mortal.

—No si usas metal ardiendo. El fuego purifica y detiene el proceso de curación, a menos que vuelvas a abrir la herida.

—Eso también funciona con vampiros —comenté.

—No lo sabía —contestó, pero no parecía que le importase.

—¿Cómo has ascendido en la manada si no has matado a nadie? Has

tenido que luchar en muchos duelos para alcanzar la cima del grupo.

—Sólo la lucha para ser *Ulfric* es a muerte. Todo lo que hice con los demás fue herirles.

—Que es por lo que tomas clases de karate y levantas pesas. Así serás lo suficientemente bueno para ganarles.

Habíamos tenido esa conversación cuando le pregunté si no era redundante levantar pesas cuando podía levantar un coche. Me había contestado que no si contra quién peleas puede levantarlo también. Tuvo un buen punto.

—Sí.

—Pero si no matas, tu amenaza no tiene mucho efecto. Se queda sólo en palabras por más que lo intentes.

—No somos animales, Anita. Sólo porque es así como siempre se ha hecho en la manada, no significa que las cosas no puedan cambiar. Aún somos personas, y eso significa que podemos controlarnos. Maldición, debe de haber un camino mejor que matarnos entre nosotros.

Negué con la cabeza.

—No le eches la culpa a los animales. Los verdaderos lobos no se matan los unos a los otros por dominarse entre sí.

—Sólo los hombres lobo —dijo. Sonó cansado otra vez.

—Admiro tus objetivos, Richard.

—Pero no estás de acuerdo.

—No, no lo estoy.

Su voz llegó desde la oscuridad del asiento trasero.

—Stephen no tiene ninguna herida. ¿Por qué gritaba?

Mis hombros se encorvaron y me senté derecha. Giré en la Vieja Carretera 21, y traté de pensar en un modo delicado de explicárselo, pero no había nada delicado en una violación. Le conté lo que había visto.

El silencio en el asiento trasero duró demasiado tiempo. Casi en el desvío a su casa dijo:

—¿Y crees que si hubiera matado a algunos a lo largo del camino, esto no habría ocurrido?

—Creo que están más asustados de Raina y Marcus que de ti.

—Si destruyes mi amenaza con tu matanza, destruirás todo lo que he tratado de hacer.

—Te amo Richard, y admiro lo que tratas de hacer. No quiero debilitarte, pero si tocan a Stephen otra vez, haré lo que dije que haría. Les

mataré.

—Son mi gente, Anita. No les quiero muertos.

—No son tu gente, Richard. Sólo son un puñado de desconocidos que resulta que comparten una enfermedad. Stephen es tu gente. Cada *cambiaformas* que te apoya y se arriesga contra la cólera de Marcus, es tu gente. Han arriesgado todo por ti, Richard.

—Cuando Stephen se unió a la manada, fui yo quien le dijo a Raina que no podía tenerle. Siempre le he apoyado.

—Tus intenciones son buenas, Richard, pero no le protegieron esta noche.

—Si dejara que mataras por mí, Anita, es como si lo hiciera yo mismo.

—No te pedí permiso, Richard.

Se inclinó sobre el respaldo del asiento y me di cuenta que no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Comencé a pedirle que se lo pusiera, pero no lo hice. Era su coche y podría sobrevivir a un viaje a través del parabrisas.

—Quieres decir que si cogen a Stephen otra vez les matarás porque dijiste que lo harías, no por mí.

—Una amenaza no vale nada si uno no está dispuesto a llevarla a cabo —contesté.

—Matarías por Stephen. ¿Por qué? ¿Por qué te salvó la vida?

Negué con la cabeza. Era difícil de explicar.

—No sólo eso. Cuando le vi esta noche, lo que le hacían… lloraba, Richard. Fue… Oh, demonios, Richard es mío ahora. Hay un puñado de personas por las que mataría para mantenerlas seguras, mataría para vengarlas. El nombre de Stephen fue añadido a la lista esta noche.

—¿Está mi nombre en esa lista? —preguntó apoyando la barbilla en mi hombro sobre el asiento. Frotó su mejilla contra mi cara y pude sentir un débil atisbo de barba, áspera y real.

—Sabes que lo estás.

—No comprendo cómo puedes hablar tan ligeramente de matar.

—Lo sé.

—La petición de convertirme en *Ulfric* sería más fuerte si estuviera dispuesto a matar, pero no estoy seguro de que valiese la pena.

—Si quieres sacrificarte por altos ideales, de acuerdo. No me gusta, pero lo acepto. Pero no martirices a las personas que confían en ti. Valen más que cualquier par de ideales. Casi resultas muerto esta noche.

—Simplemente no crees en algo cuando es fácil, Anita. El asesinato está mal.

—De acuerdo —contesté—, pero esta noche casi conseguiste que me mataran también. ¿Lo entiendes? Si nos hubiesen presionado, no lo habríamos conseguido. No caeré en fuego cruzado porque quieras jugar a Gandhi.

—Puedes quedarte en casa la próxima vez.

—Maldición, no se trata de eso y lo sabes. Tratas de vivir en el mundo de *Ozzie y Harriet*, Richard. Tal vez antes la vida solía ser así, pero ya no. Si no desistes con esto, vas a conseguir que te maten.

—Si en realidad pensase que tengo que convertirme en un asesino para sobrevivir, creo que prefiero no hacerlo.

Le miré. Su expresión era pacífica, como la de un santo. Pero sólo consigues llegar a santo si mueres. Miré hacia atrás, a la carretera. Podría dejar a Richard, pero si le abandonaba, terminaría muerto. Esta noche habría ido allí sin nadie y no lo habría conseguido. Las lágrimas ardieron a mis ojos.

—No sé si sobreviviría si murieras, Richard. ¿No te importo?

Me besó la mejilla y algo caliente se filtró por mi cuello.

—Yo también te amo.

Eran sólo palabras. Iba a terminar muerto. Iba a hacer todo, salvo suicidarse.

—Estás chorreándome sangre —dije.

Suspiró y se reclinó en la oscuridad.

—Sangro mucho. Demasiado. Que mal que Jean-Claude no esté aquí para lamerlo. —Su garganta hizo un sonido bajo.

—¿Necesitas un doctor?

—Llévame a casa, Anita. Si necesito a un doctor, conozco una *mujer-rata* que hace visitas a domicilio. —Sonaba cansado y rendido, como si no quisiese hablar más. No sobre las heridas, la manada o sus altos ideales. Dejó crecer el silencio y no supe cómo romperlo. Un suave sonido llenó la tranquila oscuridad y me di cuenta de que Richard lloraba.

—Lo siento, Stephen. Lo siento tanto —susurró.

No dije nada porque no tenía nada bueno que decir. Últimamente había notado que podía matar a la gente sin parpadear. Ningún ataque de conciencia, ninguna pesadilla, nada. Era como si alguna parte de mí se desactivara.

No me molestaba el ser capaz de matar tan fácilmente. Lo que me molestaba era que no me molestara. Pero tenía su utilidad, como esta noche. Creo que hasta el último peludo había creído que lo haría. Algunas veces, era bueno dar miedo.



NUEVE

Eran las 4:40 de la madrugada cuando Richard llevó a un Stephen, todavía inconsciente, a su dormitorio. La sangre se había secado dejando una mancha en la parte trasera de la camisa de Richard.

—Acuéstate, Anita. Me encargaré de Stephen.

—Tengo que mirar tus heridas —dije.

—Estoy bien.

—Richard…

Me miró, la mitad de su cara estaba cubierta de sangre seca, sus ojos eran casi salvajes.

—No, Anita, no quiero tu ayuda. No la necesito.

Aspiré un aliento profundo y lo solté.

—Bien, sigue con tus cosas.

Esperé a que se disculpara por intentar morderme, pero no lo hizo. Sólo entró en la otra habitación y cerró la puerta. Me quedé en la sala de estar

durante un minuto, sin estar segura de qué hacer. Había lastimado sus sentimientos, tal vez hasta había ofendido su sentido del honor, propio de los hombres. Coño. Si él no podía aceptar la verdad, que se jodiera. La vida de las personas estaba en juego. No podía darle reconfortantes mentiras a Richard cuando podría morir gente.

Entré en el cuarto de huéspedes, cerré con llave la puerta y me fui a la cama. Me puse una camisa playera demasiado grande con una caricatura de Arthur Conan Doyle en ella. Había empacado algo un poco más sexy. Sí, lo admito. Podía haberme ahorrado el problema. La Firestar abultaba bajo la almohada. La ametralladora estaba a mano bajo la cama. Coloqué una recarga adicional a su lado. Nunca pensé que necesitaría tanta potencia de fuego, pero entre los intentos de asesinato y las manadas de hombres lobos, comenzaba a sentirme un poco insegura.

Cuando deslicé los cuchillos de plata bajo el colchón exactamente hasta la mitad, y podía llegar a ellos, comprendí cuán insegura me sentía. Pero omití los cuchillos. Mejor insegura y paranoica que muerta.

Cogí mi pingüino de peluche, Sigmund, de la maleta y me acurruqué bajo las sábanas. Había tenido la vaga idea de que pasar la noche en casa de Richard podía ser romántico. Mostraba cuánto sabía. Habíamos tenido tres peleas en una noche, un record hasta para mí. Probablemente no era un buen signo de la duración de la relación. Aquel último pensamiento hacía que mi pecho se oprimiese, pero ¿qué se suponía que haría? ¿Entrar a la otra habitación y disculparme? ¿Decirle que estaba en lo correcto cuando no era así? ¿Decirle que estaba bien que se dejase matar y a nosotros con él? No estaba bien. No estaba ni casi bien. Abracé a Sigmund hasta que estuvo cerca de partirse en dos. Me rehusé a llorar.

Pregunta: ¿Por qué estaba más preocupada por perder a Richard que por asesinos?

Respuesta: El asesinato no me molestaba; perder a Richard lo hacía. Me quedé dormida sujetando a mi pingüino y preguntándome si Richard y yo aún seguíamos saliendo. ¿Quién lo mantendría vivo si yo no estaba por allí?

Algo me despertó. Parpadeé en la oscuridad buscando bajo mi almohada la Firestar. Cuando la tuve segura en mi mano, escuché. Un golpe, alguien llamaba a la puerta cerrada con llave del dormitorio. Suave, indeciso. ¿Era Richard para disculparse? ¿Venía para pedir perdón? Sería demasiado conveniente.

Arrojé hacia abajo las sábanas, lanzando a Sigmund al suelo. Le devolví a la maleta bajando la tapa sin cerrarla y caminé descalza hacia la puerta. Me quede de pie a un lado y pregunté:

—¿Quién es?

—Soy Stephen.

Solté el aliento que no sabía que retenía y crucé al lado contrario de la puerta con el arma lista. La abrí lentamente, mirando, escuchando, intentando asegurarme de que sólo era Stephen.

Llevaba puesto un pantalón corto de entrenamiento de Richard que colgaba casi hasta sus tobillos. Una camiseta prestada cubría sus rodillas. Su pelo rubio estaba despeinado, como si hubiese estado durmiendo.

—¿Qué pasa?

Bajé el arma a mi lado y observó cómo lo hacía.

—Richard salió y tengo miedo de quedarme solo.

Sus ojos no me miraban a la cara cuando dijo lo último, asustado como si le diese miedo lo que pudiera ver en mi cara.

—¿Qué quieres decir con que salió? ¿A dónde?

—Al bosque, dijo que estaría de guardia por los asesinos. ¿Se refiere a Raina? —Entonces alzó la vista, sus asombrosos ojos azules estaban ampliados por el pánico que se deslizaba por su cara.

Toqué su brazo, pero no estaba segura de que debiera hacerlo. Algunas personas no quieren ser tocadas después de un ataque sexual. Pareció consolar a Stephen. Pero echó un vistazo tras él, hacia la vacía sala de estar, frotándose las manos a lo largo de sus desnudos brazos.

—Richard me dijo que permaneciera en la casa, dijo que debía descansar. —No alzó la vista esta vez—. Tengo miedo de estar solo, Anita. Yo… —Agachó su cabeza, su cabello largo se derramó como una cortina que escondió su rostro—. No puedo conciliar el sueño. Sigo oyendo ruidos.

Puse un dedo bajo su barbilla y levanté su cara cariñosamente.

—¿Me estás pidiendo dormir aquí dentro, conmigo?

Sus ojos se clavaron en mí, amplios y llenos de dolor.

—Richard dijo que podía.

—Cuéntamelo otra vez —dije.

—Le dije que no aguantaría estar sólo en la habitación. Me dijo «Anita está aquí, ella te protegerá». Ve a acostarse con ella. —Me miró, parecía incomodo. Algo debí mostrar en mi cara—. Ahora estás molesta. No te culpo. Lo siento… Voy a… —Comenzó a marcharse dando media vuelta y

aferré su brazo.

—Está bien, Stephen. No estoy molesta contigo. Richard y yo tuvimos un… desacuerdo, eso es todo, no quise que durmiera conmigo. La cama es demasiado pequeña para dos personas, y si tenía que compartirla con alguien, habría preferido a Richard, pero eso no va a ocurrir. Quizás nunca tal y como iban las cosas.

—Puedes quedarte dentro.

No añadí que mantuviera las manos quietas. Sus facciones eran toscas, con una necesidad que no tenía nada que ver con el sexo. Necesitaba estar abrazado, que le dijeran que el monstruo bajo la cama no estaba de verdad allí. No le podía ayudar en lo último. Los monstruos eran reales. Salvo la primera parte, podía manejar esto. La asesina a sangre fría que era tal vez pudiera compartir mi pingüino de peluche con él.

—¿Podrías conseguir una almohada extra de la habitación de Richard? —pregunté.

Asintió con la cabeza y la fue a buscar, la sujetó contra su pecho como si prefiriera dormir con ella que sobre ella. Tal vez el pingüino no fuera una idea tan mala.

Cerré con llave la puerta tras nosotros. Podía haberme ido a la habitación de Richard. Tenía una cama más grande, también una ventana panorámica con cortinas y un balcón. El cuarto de huéspedes sólo tenía una ventana pequeña. Más fácil de defender. A menos que quisiese salir por ella, ambas estaban selladas, por lo que permanecimos en el cuarto más seguro. Además, habría tenido que mover todas las armas y me habría dado el alba antes de terminar de hacerlo.

Retiré las sábanas y dije:

—Tu primero. —Si algo atravesara la puerta, quería ser la primera en saludarlo, pero no lo dije en voz alta. Stephen estaba bastante nervioso.

Subió a la cama con su almohada, presionándola contra la pared, porque no había espacio para dos almohadas de tamaño normal. Se puso boca arriba, dejando su mirada fija en mí, su rizado pelo rubio caía por su cara y hombros como la Bella Durmiente. No solía ver a muchos hombres con el pelo más largo que el mío. Es uno de esos hombres que son bellos en vez de apuestos, preciosos como una muñeca. Mirándome con sus ojos azules parecía tener doce años. La mirada de su cara era temerosa, como si esperase que le diera una patada y me dejase porque no me podría detener. Comprendí en ese momento lo que Raina había querido decir sobre él

siendo el pedazo de carne de alguien. No había nada de dominante en Stephen y me hacía preguntarme sobre su trasfondo. Los niños maltratados algunas veces tienen esa apariencia tosca en sus ojos. Y aceptarían el abuso, porque era normal.

—¿Qué anda mal? —dijo Stephen.

Me había quedado mirándolo fijamente.

—Nada, sólo pensaba.

Esa noche no era la indicada para preguntar si su padre le había pegado. Pensé rápidamente en ponerme un pantalón vaquero, pero habría sido incómodo, sin mencionar caluroso. Era primavera, el calor no se había asentado. Hacían sólo 20° C, pero no hacía el suficiente fresco como para llevar pantalones vaqueros, especialmente si tenía a alguien más en la cama. Además, no estaba segura cómo lo tomaría Stephen si me vistiera para acostarme a su lado. Quizás se sentiría insultado. Era demasiado complicado para mí. Apagué la luz y subí en la cama. Si cualquiera de nosotros hubiese sido mucho más grande, nunca hubiéramos cabido. Stephen tenía que ponerse de lado para caber ambos.

Se recostó contra mi espalda, apretando su cuerpo contra el mío, colocó un brazo alrededor de mi cintura, como si fuese un muñeco de peluche. Me puse rígida, pero Stephen no pareció notarlo. Sepultó su cara en mi espalda, y soltó su aliento en un suspiro. Yací en la oscuridad y no podía dormir. Después de que casi muriera a manos de un vampiro hacía dos meses, tuve problemas para dormir. El estar tan cerca de un no muerto era más de lo que podía soportar. Pero lo superé. Había dormido muy bien, muchas gracias, hasta este momento. Apreté el botón de mi reloj de pulsera mirando el resplandor. Eran sólo las 5:30 a.m. Había dormido aproximadamente una hora. Genial.

La respiración de Stephen se hizo más profunda y su cuerpo se relajó contra mí. Lloriqueó suavemente en sueños, apretando su brazo a mí alrededor, después el sueño pasó y se quedó inmóvil y tranquilo.

Me quedé dormida abrazando con suavidad el brazo de Stephen alrededor de mi cuerpo. Estaba casi tan bien como con un peluche, aunque ciertamente, tenía una tendencia a moverse en momentos extraños.

La luz del día se derramó por las finas cortinas blancas y al principio pensé que la luz me había despertado. Me desperté rígida, en la misma posición en la que me había quedado dormida, como si no me hubiera movido en absoluto durante la noche. Stephen todavía estaba enrollado a

mí alrededor, su pierna sobre las mías junto con un brazo, como si estuviese intentando estar tan cerca de mí como podía, aún soñando.

Yací allí durante un momento con su cuerpo envuelto a mí alrededor, y me percaté de que nunca antes me había despertado con un hombre. Había tenido un novio en la universidad y había hecho el amor con él, pero nunca había pasado la noche. Nunca había pasado la noche en la misma cama con un hombre. Era extraño. Estar rodeada por el cálido cuerpo de Stephen y deseando a Richard.

Tenía un vago sentimiento de que algo me había despertado, ¿pero qué? Aparté las sábanas y me alejé del cuerpo pegajoso de Stephen. Se dio la vuelta al lado contrario, suspirando, haciendo pequeños ruidos de protesta. Metí las sábanas a su alrededor y saqué la Firestar de bajo mi almohada.

Según mi reloj de pulsera, eran casi las 10:30 a.m. Había dormido aproximadamente cinco horas. Me puse rápidamente un pantalón vaquero, cogí de la maleta mi cepillo de dientes, unos calcetines y ropa interior limpia. Doblé todo sobre una camiseta limpia y abrí la puerta. Mantuve la Firestar en mi mano y la coloqué sobre la tapa del inodoro mientras me aseaba. Habría hecho lo mismo en casa.

Alguien pasó hablando por delante de la puerta. Dos voces, una de ellas femenina. Dejé la ropa en el suelo, quité el seguro del arma y coloqué mi mano izquierda en la manija de la puerta.

—¿Fue el *clic* del seguro de un arma lo que oí? —preguntó un hombre al otro lado de la puerta.

Reconocí la voz.

Volví a colocar el seguro, guardé el arma en el frontal de mi pantalón y deslicé la camiseta sobre ella. Armada, pero no visible, abrí la puerta. Jason estaba allí, sonriéndome abiertamente. Era de mi altura. Su cabello rubio, tan fino como el de un bebé, le llegaba a los hombros. Sus ojos eran azules como el cielo en primavera, pero su mirada no tenía nada de inocente, miró detenidamente a mí alrededor y a Stephen, que todavía se encontraba enroscado en la cama.

—¿Mi turno es el siguiente? —preguntó.

Suspiré, recogí mi ropa, la metí bajo mi brazo y cerré la puerta tras de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí, Jason?

—No pareces contenta de verme.

Llevaba puesta una camiseta de red. Su pantalón vaquero estaba

descolorido y con un agujero en la rodilla. Tenía veinte años y había sido universitario antes unirse a la manada. Ahora era el lobo de Jean-Claude, ser guardaespaldas y plato fuerte del desayuno para el Maestro Vampiro de la Ciudad parecía ser su único trabajo.

—¿No es demasiado temprano para llevar puesto eso? —señalé el enrejado.

—Espera para ver lo que llevaré puesto en la gala de esta noche, la inauguración del club de baile de Jean Claude.

—Tal vez no pueda hacerlo —dije.

Alzó sus cejas.

—Pasas una noche bajo el techo de Richard y rompes tu cita con Jean-Claude. —Negó con la cabeza—. No creo que sea una buena idea.

—Mira, ninguno de los dos es mi dueño, ¿vale?

Jason dio un paso atrás, con las manos en alto, rindiéndose.

—Oye, no le dispares al mensajero. Sabes que Jean-Claude se enfadará y pensará que dormiste con Richard.

—No lo hice.

Echó un vistazo a la puerta cerrada.

—Lo sé y estoy impresionado, Anita, por tu elección de compañero de cama.

—Cuando le digas a Jean-Claude que dormí con Stephen, te asegurarás de que sepa que sólo compartimos la cama y nada más. Si Jean-Claude hace pasar un mal rato a Stephen por tus juegos de palabras, me cabrearé. Y no querrás verme cabreada, Jason.

Me miró durante un segundo o dos. Algo se deslizó tras sus ojos, su bestia se agitó, sólo a un paso de liberarse. Jason tenía un pequeño problema, de lo que Gabriel tenía un gran problema. Una fascinación con el peligro y el dolor, y era un grano en el culo todo el tiempo. Jason era soportable, en el fondo no era un tipo ruin. Gabriel era un pervertido. Pero a pesar de todo, era un pequeño defecto de personalidad. Después de lo que había visto anoche, me preguntaba que habría pensado Jason sobre la diversión. Estaba casi segura que lo habría desaprobado, pero no segura al cien por cien por algo que había dicho Jason.

—¿De verdad apuntaste anoche con una ametralladora a Raina y a Gabriel?

—Sí, lo hice.

Una mujer salió del dormitorio de Richard con una montón de toallas.

Medía aproximadamente 1, 71 cm, con el corto pelo castaño tan rizado que tenía que ser natural. Llevaba puesto un pantalón suelto azul marino y un suéter de manga corta. Unas sandalias completaban su atuendo. Me miró de arriba a abajo, desaprobándome o quizás, decepcionada.

—Usted debe ser Anita Blake.

—¿Y usted es?

—Sylvie Barker. —Me ofreció una mano y la tomé.

En el momento en que toqué su piel, supe lo que era.

—¿Está con la manada? —pregunté.

Me devolvió la mano y parpadeó.

—¿Cómo puede saberlo?

—Si está intentando pasar por humana, no toque a alguien que sepa qué buscar. Su poder hormiguea en mi piel.

—No perderé el tiempo intentando ocultarlo. —Su poder se cayó sobre mí fluyendo como una ráfaga de calor, como cuando se abre la puerta del horno.

—Impresionante —dije, contenta de que mi voz siguiera siendo firme.

Me mostró una pequeña sonrisa.

—Es un verdadero cumplido viniendo de usted. Ahora tengo que llevar éstas toallas a la cocina.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Sylvie y Jason intercambiaron miradas. Negó con la cabeza.

—¿Sabe que Richard resultó muy herido? —preguntó.

Mi estómago se comprimió con fuerza.

—Me dijo que estaba bien.

—Lo estará —indicó ella.

Sentí que empalidecía.

—¿Dónde está?

—En la cocina —contestó Jason.

No corrí, no estaba lejos, pero quería hacerlo. Richard estaba sentado en la mesa de la cocina, sin camisa, de espaldas a mí. Su espalda era una masa de recientes rasguños de garras. Había una marca de mordisco en su hombro izquierdo donde faltaba un pedazo de carne.

La Dra. Lillian limpiaba la sangre de su espalda con un paño de cocina. Era una mujer pequeña a mitad de los cincuenta, con un estilo corto en su pelo entrecano, práctico. Había tratado mis heridas dos veces anteriormente, una vez cuando era peluda y parecía una mujer rata gigante.

—Si anoche hubieras pedido asistencia médica, no tendría que hacer esto, Richard. No me gusta causar dolor a mis pacientes.

—Marcus estaba de guardia anoche —contestó Richard—. Dadas las circunstancias, pensé que era mejor estar fuera.

—Pudo dejar que alguien limpiara y vendara las heridas.

—Sí, Richard, podrías haberme dejado ayudarte —dije.

Echó un vistazo sobre su hombro, su pelo cayó sobre su cara. Había una venda en su frente.

—Tuve bastante ayuda por una noche.

—¿Por qué? ¿Por que soy una mujer, o porque sabes que tengo razón?

Lillian usó un pequeño cuchillo de plata con una marca de garra en la parte inferior. Hizo un corte bajo la herida, reabriéndola. Richard tomó un aliento profundo y lo expulsó.

—¿Qué está haciendo? —pregunté.

—Los *licántropos* se curan, pero algunas veces, sin la asistencia médica quedarán con cicatrices. La mayor parte de las heridas se curarán, pero algunas son tan profundas que necesitan un poco de sutura antes de que la piel comience a cerrar, así que tengo que volver a abrir algunas heridas y añadir unas puntadas.

Sylvie le dio las toallas a la Dra. Lillian.

—Gracias, Sylvie.

—¿Se trata de una pelea de enamorados? —preguntó Sylvie.

—Dejaré que Richard conteste, si quiere.

—Anita está de acuerdo contigo —dijo Richard—. Piensa que debería empezar a matar a la gente.

Caminé hasta donde pudiera verme sin esforzarse. Me apoyé contra la encimera e intenté mirar su cara en vez del cuchillo de Lillian.

—No quiero que comiences a matar indiscriminadamente a la gente, Richard. Sólo que respaldes tu amenaza. Mata a uno y el resto se echará atrás.

Me fulminó indignado con la mirada.

—¿Quieres decir que use a uno como ejemplo?

Dicho de aquella forma parecía a sangre fría, pero la verdad era la verdad.

—Sí, eso es lo que quiero decir.

—Ah, ella me gusta —comentó Sylvie.

—Sabía que te agradaría —intervino Jason.

Intercambiaron una mirada que no entendí del todo, pero parecía divertirlos.

—¿Me pierdo algo gracioso?

Ambos negaron con sus cabezas.

Lo dejé pasar. Richard y yo aún estábamos peleados, y empezaba a pensar que esta pelea no tendría final. Él hizo una mueca cuando la doctora abrió otra herida. Ella sólo añadía una puntada, pero había más de las que me gustaría tener sobre mi piel. No me gustan las puntadas.

—¿Sin analgésico? —pregunté.

—La anestesia no funciona bien en nosotros. La metabolizamos demasiado rápido —explicó Lillian. Limpió el cuchillo de plata en una de las toallas limpias y añadió—: Una de las garras desgarró bajo el pantalón vaquero. Quítatelo y así podré echarle un vistazo.

Miré a Sylvie. Ella me sonrió.

—Sin problema. Me gustan las chicas.

—Eso es de lo qué se reían —dije a Jason.

Asintió con la cabeza sonriendo felizmente.

Negué con la mía.

—Los demás pronto estarán aquí para la reunión. No quiero que mi culo se airee a vista cuando pasen por la puerta. —Richard se puso de pie —. Lo terminaremos en el dormitorio. —Había un círculo de pinchazos bajo su clavícula. Recordé al medio lobo con sus garras.

—Podrías haber muerto —dije.

Me recorrió con la mirada.

—Pero no lo estoy. ¿No es eso lo que siempre dices?

Odié que mis propias palabras regresaran golpeándome.

—Pudiste haber matado a Sebastian o a Jamil y el resto no habría saltado sobre ti.

—Ya has decidido a quién debería matar. —Su voz sonaba tensa por la cólera.

—Sí —dije.

—Ella toma decisiones bastante buenas —dijo Sylvie.

Richard giró sus oscuros ojos hacia ella.

—Tú te mantienes apartada de esto.

—Si sólo fuese una riña de amantes, Richard, lo haría —expresó ella. Fue a ponerse de pie ante él—. Pero Anita no te ha dicho nada que no te haya dicho yo. Lo que la mayoría de nosotros te hemos rogado que hagas.

Durante unos meses quise seguir tu ejemplo. Esperaba que tuvieses razón, pero esto no funciona, Richard. O eres el alfa o no lo eres.

—¿Es un desafío? —preguntó.

Su voz se había vuelto muy serena. El poder fluyó por la habitación como una brisa cálida.

Sylvie retrocedió un paso.

—Sabes que no lo es.

—¿Lo sé? —inquirió.

El poder aumentó en la estancia como un chispazo eléctrico. Los vellos de mis brazos se erizaron.

Sylvie dejó de andar marcha atrás, sus manos formaban puños a ambos lados.

—Si pensase que podría derrotar a Marcus, lo haría. Si pudiera proteger a todos nosotros, lo haría. Pero no puedo hacerlo, Richard. Tú eres nuestra única posibilidad.

Richard se irguió sobre ella. No sólo era tamaño físico. Su poder fluyó sobre ella, inundó la habitación hasta ser casi asfixiante.

—No mataré sólo porque pienses que debo hacerlo, Sylvie. Nadie va a forzarme. Nadie.

Fijó su mirada en mí y me costó aguantar sus ojos. Había fuerza en ellos, un peso abrasador. No era el poder opresor de un vampiro, pero era algo. Mi piel se estremeció con su poder, su energía, y no me giré.

Contemplé las heridas bajo su cuello y supe que estuve cerca de perderle. Eso era inaceptable.

Caminé más cerca, hasta que podría extender la mano y tocarle. Su energía etérea bulló sobre mí hasta que fue difícil respirar.

—Necesitamos hablar, Richard.

—No tengo tiempo para eso, Anita.

—Haz tiempo —dije.

Me fulminó con la mirada.

—Habla conmigo mientras Lillian termina, la gente llegará para la reunión en quince minutos aproximadamente.

—¿Por qué una reunión? —pregunté.

—Para discutir la situación de Marcus —explicó Sylvie—. Programó la reunión antes de la aventura de la pasada noche.

Richard la miró y no era una mirada amistosa.

—Si hubiera querido que ella supiera acerca de la reunión, se lo habría

dicho.

—¿Qué más no me has dicho Richard?

Fijó esos ojos enojados en mí.

—¿Qué no me has dicho tú a mí?

Parpadeé auténticamente desconcertada.

—No sé de qué me hablas.

—Una escopeta dispara sobre tu cabeza dos veces y no sabes de lo que te hablo.

Ah eso.

—Hice lo correcto, Richard.

—Siempre tienes la razón, ¿verdad?

Miré el suelo y negué con la cabeza. Cuando volví a mirarlo todavía estaba cabreado, pero mi cólera estaba decayendo. En primer lugar, esto iba a ser *la pelea*. La que lo acabaría. No estaba equivocada. Nada de lo que habláramos lo cambiaría. Pero si íbamos a terminar la relación, nos jugaríamos el todo por el todo.

—Terminemos con esto, Richard. Querías ir al dormitorio.

Se puso de pie, su cuerpo rígido por una cólera que era más intensa de lo que podía comprender. Era furia controlada y no entendía de dónde venía. Era una mala señal.

—¿Estás segura que puedes soportar verme desnudo?

Su voz sonaba completamente amarga y no sabía el por qué.

—¿Qué te pasa, Richard? ¿Qué hice?

Negó con la cabeza enérgicamente, estremeciéndose cuando su hombro se movió.

—Nada, nada.

Salió andando de la estancia. Lillian me miró, pero le siguió. Suspiré y me uní a ellos. No deseaba enfrentarme a los próximos minutos, pero no iba a acobardarme. Nos diríamos todas las cosas desagradables y lo haríamos tan suciamente como fuera posible. El problema era que no tenía ninguna cosa desagradable que decir. Hacía la pelea mucho menos divertida para mí.

—Ve, Anita, ve —susurró muy suavemente Jason cuando pasé a su lado.

Me hizo sonreír.

Sylvie me observó con ojos fríos.

—Buena suerte.

No sonó completamente sincera.

—¿Tienes algún problema?

Prefería luchar con ella que con Richard.

—Si él no saliera contigo, podría escoger a una compañera. Eso nos ayudaría.

—¿Quieres el puesto? —pregunté.

—Sí —respondió ella—, lo quiero, pero el sexo es completo y no estoy lista para ello.

—Entonces no estoy en tu camino —indiqué.

—No, en el mío no —dijo ella.

Lo que implicaba que había otros, pero no daba una mierda, no hoy.

—Es condenadamente temprano para la política peluda. Si alguien anda buscando bronca conmigo, diles que vayan al final de la fila —ironicé.

Ella irguió su cabeza hacia un lado, como un perro curioso.

—¿Es una fila larga?

—Últimamente, sí.

—Pensé que todos tus enemigos estaban muertos —comentó Jason.

—Continuo haciendo nuevos —dije.

Sonrió.

—Lo imaginaba.

Negué con la cabeza y dirigí mis pasos hacia el dormitorio. Preferiría afrontar a Raina otra vez en vez de a Richard. Casi esperaba que el asesino saliera de improviso y me diese algo a lo que dispararle. Dolería menos que terminar mi relación con Richard.



DIEZ

La habitación de Richard estaba pintada en un verde pálido, una brillante alfombra estaba extendida frente a la cama, como una pieza de una exposición. La cama tenía cuatro grandes postes, e incluso herido, hizo la cama, extendiendo la colcha roja sobre ella. Tenía tres colchas que alternaba sobre la cama; verde, azul y roja. Cada color reflejaba uno de los diferentes colores de la alfombra y de la pintura sobre la cama. La pintura era de lobos en una escena invernal. Los lobos miraban directamente hacia fuera de la pintura como si uno hubiese salido detrás de un árbol y los hubiese sorprendido. Había un ciervo sangrando sobre la nieve, con la garganta arrancada. Era una extraña elección para una habitación, pero calzaba de alguna forma. Además, me gustaba. Tenía la calidad de las buenas pinturas, como si cuando se dejaba la habitación, la pintura se moviese; vida suspendida y capturada en lienzo. La colcha verde enfatizaba los árboles de hojas perennes, la azul capturaba el azul lavado del cielo y

las sombras azuladas, el rojo capturaba la mancha de sangre en la nieve.

Richard yacía sobre su estómago sobre la tela carmesí. Estaba totalmente desnudo, sus vaqueros habían sido lanzados a una esquina de la cama. Su bronceado cuerpo lucía oscuro y suave e increíblemente tangible contra la tela roja. Sentí cómo el calor subía a mi rostro mientras mis ojos seguían la curva de su cuerpo, sobre la suave extensión de su trasero. Lillian había terminado de coser la herida de una garra que había desgarrado la piel de su trasero. Miré a lo lejos.

Había visto desnudo a Richard una vez cuando lo conocí, pero nunca más desde aquel día. Ni siquiera habíamos pensado en salir juntos en ese momento. Tenía que mirar a otra parte, principalmente porque quería mirar. Quería verlo así, y era demasiado embarazoso para expresarlo. Estudié el contenido de las estanterías de su habitación, como si las memorizara. Trozos de cuarzo, un pequeño nido de pájaros. Había un trozo de coral fosilizado tan grande como mi mano, de un rico color oro con rayas de cuarzo blanco. Lo había encontrado en un viaje de acampada y se lo había dado porque él coleccionaba trozos y piezas, y yo no. Toqué el trozo de coral, no quería girarme.

—Dijiste que querías hablar, entonces habla —indicó Richard.

Miré atrás. Lillian cortó el hilo negro que estaba usando para cerrar su piel.

—Listo —dijo—. Ni siquiera deberías tener una cicatriz.

Richard dobló sus brazos sobre la cama, descansando la barbilla en sus antebrazos. Su cabello se extendió alrededor de su cara, espumoso y palpable. Sabía que era tan suave como parecía.

Lillian nos miró a los dos.

—Creo que los dejaré solos. —Comenzó a guardar las cosas en su bolso, que era de cuero marrón y se veía más como una caja de artículos de pesca que como otra cosa. Miró a Richard y de nuevo a mí—. Acepta un consejo de una anciana. No la cagues.

Se fue, mientras Richard y yo, los dos, la mirábamos fijamente.

—Puedes vestirte ahora —dije.

Miró sus vaqueros arrugados, moviendo sólo sus oscuros ojos. Estos volvieron a mí, y estaban más molestos de lo que nunca los había visto.

—¿Por qué?

Me concentré en esos ojos cabreados y traté de no mirar fijamente su cuerpo. Era más difícil de lo que admitiría en voz alta.

—Porque es difícil pelear contigo cuando estás desnudo.

Se alzó sobre sus codos, el cabello cayó sobre sus ojos, me miró a través de una cortina de cabello castaño y dorado. Me recordaba a Gabriel, y eso me desconcertaba como el demonio.

—Sé que me quieres Anita. Puedo olerlo.

Oh, eso me hacía sentir mejor. Me sonrojé por segunda vez en cinco minutos.

—Bien, eres hermoso. ¿Y qué? ¿Qué diablos tiene que ver?

Se levantó sobre sus rodillas y manos. Miré lejos tan rápido que me mareé.

—Por favor, ponte tus vaqueros.

Lo oí bajarse de la cama.

—Ni siquiera puedes mirarme, ¿no es cierto?

Había algo en su forma de decirlo que me hacía querer mirar su cara, pero no podía girarme. Tan sólo no podía. Si esa era la última pelea que tendríamos, no quería el recuerdo de su cuerpo impreso en mi mente. Sería demasiado cruel.

Lo sentí pararse detrás de mí.

—¿Qué quieres de mí, Richard?

—Mírame.

Sacudí mi cabeza.

Tocó mi hombro y me aparté bruscamente.

—¿Ni siquiera puedes soportar que te toque, no es así? —Por primera vez oí dolor en su voz, crudo e hiriente.

Me giré en ese momento. Tenía que ver su rostro. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas, bien abiertos para que no cayesen. Apartó el cabello de su cara, pero ya se estaba deslizando hacia adelante otra vez. Mis ojos viajaron a través de su musculoso pecho, y deseé mover mis manos a sus pezones, sobre su esbelta cintura, y más abajo. Alcé mis ojos de nuevo a su cara tan sólo por la fuerza de mi voluntad, mi cara pálida ahora en vez de sonrojada. Tenía problemas para respirar. Mi corazón estaba latiendo tan rápido, que era difícil oír.

—Adoro cuando me tocas —dije.

Me miró fijamente, sus ojos llenos de sufrimiento. Creo que prefería la rabia.

—Solía admirarte por decirle que no a Jean-Claude. Sé que lo deseas, y sigues negándote. Pensaba que era muy ético de tu parte. —Movió su

cabeza, una lágrima se derramó por la esquina de su ojo, deslizándose lentamente por su mejilla.

Limpié la lágrima de su cara con la punta de mi dedo. Atrapó mi mano en la suya, sosteniéndola, un poco demasiado fuerte, pero sin hacerme daño, sólo sorprendiéndome. Era mi mano derecha y sacar el arma con la mano izquierda iba a ser muy difícil. No era que pensase realmente que necesitase la pistola, pero él estaba actuando muy extraño.

Richard habló, mirándome.

—Pero Jean-Claude es un monstruo y no duermes con ellos. Sólo los matas. —Más lágrimas se derramaban desde sus ojos y las dejé caer—. Tampoco duermes conmigo porque también soy un monstruo. Pero puedes matarnos, ¿no es así, Anita? Únicamente no puedes follarnos.

Me alejé bruscamente y él me dejó. Podía haberme tirado sobre la pesada cama, pero me dejó apartarme. No me gustaba mucho esta situación.

—Lo que has dicho es muy feo.

—Pero es verdad —afirmó.

—Te deseo Richard, y lo sabes.

—También deseas a Jean-Claude, así que eso no es muy halagador. Me dijiste que matara a Marcus, como si fuera tan fácil. ¿Crees que no me molestaría matarlo porque él es un monstruo o porque yo lo soy?

—Richard —dije.

Esta era una pelea. No la había visto venir. No sabía qué decir, pero tenía que decir algo. Estaba parado ahí, con lágrimas en su rostro. Incluso desnudo y delicioso, se veía perdido.

—Sé que te molestaría matar a Marcus. Nunca dije que no fuera así —indiqué.

—Entonces ¿cómo puedes instarme a hacerlo?

—Creo que es necesario —expliqué.

—¿Podrías hacerlo tú? ¿Podrías matarlo?

Pensé sobre eso por un momento, entonces asentí.

—Sí, sí podría.

—¿Y eso no te molestaría? —preguntó.

Lo miré fijamente, miré fijamente sus ojos llenos de dolor, y contesté:

—No.

—Si lo dices en serio, eso te hace un monstruo más grande que yo.

—Sí, supongo que así es.

El movió su cabeza.

—¿No te molesta, no es así, saber que podrías tomar una vida humana? —Se rió y sonó amargo—. ¿O no consideras a Marcus un humano?

—El hombre al que maté anoche era humano —respondí.

Richard me miró, el horror creció en sus ojos.

—¿Y dormiste bien, no es así?

Asentí.

—Muy bien, considerando que enviaste a Stephen a mi cama.

Una extraña mirada pasó por sus ojos, y por un segundo lo vi dudar.

—Jesús, me conoces mejor que eso.

Él miró hacia abajo.

—Lo sé. Es sólo que te deseo tanto, y tú sigues diciendo que no. Me hace dudar de todo.

—Mierda. No voy a acariciar tu ego en mitad de una pelea. Mandaste a Stephen conmigo porque estabas molesto. Dijiste que podría protegerlo. ¿Se te ha ocurrido que nunca antes he dormido, sólo dormido, en la misma cama con un hombre?

—¿Qué hay de tu prometido en la universidad?

—Tuve sexo con él, pero no me quedé a pasar la noche —respondí—. La primera vez que despertara una mañana con un hombre acurrucado a mi lado, quería que fueras tú.

—Lo siento Anita. No lo sabía. Yo…

—No pensaste. Genial. Ahora, ¿qué hay con lo de no llevar ropa? ¿Qué está sucediendo Richard?

—Viste la pelea anoche. Viste lo que hice, lo que puedo hacer.

—Algo de eso, sí.

El movió su cabeza.

—¿Quieres saber por qué no asesino? ¿Por qué siempre me detengo antes? —La mirada en sus ojos era casi desesperada, salvaje.

—Dime —dije suavemente.

—Lo disfruto, Anita. Amo la sensación de mis manos, mis garras cortando la piel. —Se abrazó a sí mismo—. El sabor de la fresca sangre caliente en mi boca es excitante. —Movió su cabeza más fuerte, como si pudiera borrar la sensación—. Anoche quería destrozar a Sebastián. Podía sentirlo, como un dolor en mis hombros, en mis brazos. Mi cuerpo quería matarlo, de la forma en que te deseo. —Me miró fijamente, aún abrazándose a sí mismo, pero su cuerpo estaba hablando por él. El

pensamiento de matar a Sebastián sí lo excitaba, realmente lo excitaba.

Tragué fuertemente.

—¿Tienes miedo que si te dejas ir y matas también te guste?

Me miró fijamente, y ese era el horror que se reflejaba en sus ojos, el miedo de que fuera un monstruo, el temor de que yo tenía razón en no tocarlo, en no dejarlo tocarme. No follas con los monstruos, sólo los matas.

—¿Disfrutas matando? —preguntó.

Tuve que pensarlo por un segundo, o dos. Finalmente, negué con la cabeza.

—No, no lo disfruto.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Nada. No siento nada.

—Tienes que sentir algo.

Me encogí de hombros.

—Alivio de no ser yo. Triunfo de ser más rápida, más malvada. —Me encogí de hombros de nuevo—. No me molesta matar a la gente, Richard. Sólo es eso.

—¿Te molestó alguna vez?

—Sí, solía molestarme.

—¿Cuándo dejó de importarte?

—No lo sé. No a la primera muerte, o a la segunda, pero cuando llegas al punto en que no puedes contarlas, o deja de molestarte o te buscas otro tipo de trabajo.

—Quiero que me preocupe, Anita. Matar debería significar algo más además de sangre y excitación, o siquiera supervivencia. Si no es así, entonces me equivoco, y sólo somos animales. —Su cuerpo también reaccionó ante ese pensamiento. Y no lo encontró excitante. Parecía vulnerable y asustado. Quería decirle que se vistiera, pero no lo hice. Él eligió estar desnudo muy deliberadamente, como para probar de una vez por todas que yo no lo deseaba, o que sí lo hacía.

No me gustan mucho las pruebas, pero era difícil ser una perra con el miedo en sus ojos. Se había alejado para detenerse frente a la cama. Frotaba una mano arriba y abajo por su brazo opuesto, como si tuviere frío. Era mayo en Saint Louis. No tenía frío, al menos no esa clase de frío.

—Vosotros no sois animales, Richard.

—¿Cómo sabes lo que soy? —Y sabía que estaba haciendo esa pregunta más para sí mismo que para mí.

Caminé hacia él. Tomé la Firestar del frente de mis pantalones y la puse sobre la mesita de noche al lado de su lámpara de cristal tallado. Me vio hacerlo, sus ojos se mostraban cautelosos. Casi como si esperara que lo hiriera. Iba a intentar muy intensamente no hacerlo.

Toqué su brazo amablemente, donde se estaba frotando. Se congeló bajo mi toque.

—Eres una de las personas con más moral que he conocido. Puedes matar a Marcus y no convertirte en una bestia voraz. Lo sé porque te conozco.

—Gabriel y Raina matan, y mira lo que son.

—Tú no eres como ellos Richard. Créeme.

—Qué tal si mato a Sebastián o a Marcus, y lo disfruto. —Su hermosa cara estaba llena del crudo terror de ese pensamiento.

—Tal vez te sientas bien. —Agarré su brazo más fuerte—. Pero si es así, no hay vergüenza en ello. Tú eres lo que eres. No lo escogiste. Te escogió a ti.

—Cómo puedes decir que no hay vergüenza en disfrutar asesinando. He cazado venados y lo he disfrutado. Amo la caza, la matanza, y comer la carne hecha. —Como antes, el pensamiento lo excitó. Mantuve mis ojos en su cara el mayor tiempo posible, pero me estaban distrayendo.

—Todo el mundo tiene diferentes cosas que los enciende. Las he oído peores. Demonios, las he visto peores.

Me miró como si quisiera creerme, pero como si tuviese miedo.

—Peor que esto. —Liberó su mano derecha del agarre a su brazo, sostuvo su mano ante mi cara. Su poder hormigueó sobre mi piel, por mi brazo, hasta que jadeé. Era sólo la fuerza de voluntad lo que mantuvo mi mano en su brazo.

Sus dedos se alargaron, estirándose imposiblemente, largos y delgados. La uñas se convirtieron en pesadas garras. No era la mano de un lobo, sino el cambio a una garra. Nada más había cambiado que pudiera ver. Sólo esa mano.

Tuve problemas para respirar, por diferentes razones a las de antes. Miré fijamente la mano convertida en garra, y por primera vez me di cuenta de que él tenía razón. Ver como se estiraban y reventaban los huesos de su mano me enfermaba, me asustaba.

Mantuve mi mano en su brazo, pero estaba temblando. Encontré mi voz y también tembló.

—Vi a Raina hacer eso una vez. Pensé que no era una habilidad común.

—De la manada, sólo Raina, Marcus y yo podemos hacerlo. Podemos cambiar parcialmente a voluntad.

—Así fue como apuñalaste a Sebastián anoche.

El asintió, sus ojos exploraron mi rostro. Estaba luchando por mantener mi cara en blanco, pero lo que él vio no era lo suficientemente tranquilizador. Se alejó de mí, y no tuve que ver sus ojos para sentir el dolor.

Tomé su mano y envolví mis dedos alrededor de esos largos y delgados huesos. Sentí bajo mis manos músculos que nunca habían estado antes en las de Richard. Me costó mucho sostener esa mano. Tocarlo de esa forma. Todo. El esfuerzo me dejó temblando y sin poder encontrar sus ojos. No confiaba en lo que vería en los míos.

Tocó mi barbilla con su otra mano y me giró lentamente para enfrentarlo. Me miró fijamente.

—Puedo saborear tu miedo, y me gusta. ¿Lo entiendes? Me gusta.

Tuve que aclarar mi garganta para hablar.

—Lo noté —dije.

Tuvo la gracia de sonrojarse. Se dobló lentamente para besarme. No traté de detenerlo, pero tampoco ayudé. Habitualmente me levantaba sobre la punta de mis pies para encontrarnos a medio camino. Me quedé ahí, demasiado asustada para moverme, forzando a doblarse su alto cuerpo para acomodarse a mí. La larga mano de dedos delgados que yo sujetaba se estremeció, las garras jugaron ligeramente sobre mi desnudo brazo.

Me tensé, y su poder se derramó sobre mí. Sostuve su mano mientras sus músculos y huesos se deslizaban a su lugar. Me sostuve con ambas manos mientras su mano se reformaba bajo la mía. Mi piel tembló cuando se derramó su poder.

Sus labios rozaron los míos y lo besé, casi meciéndome. Deje ir su mano, mis dedos barrieron su pecho desnudo jugando sobre sus endurecidos pezones. Sus manos se deslizaron alrededor de mi cintura, sus dedos rozando hacia arriba sobre mis costillas, por mi columna vertebral. Él susurró en mi boca:

—No estás usando nada bajo esa camiseta.

—Lo sé —dije.

Sus manos se deslizaron por debajo de la camiseta, acariciando mi espalda, presionando nuestros cuerpos. Su cuerpo desnudo me tocó, e

incluso a través de los vaqueros, me hacía estremecer. Deseaba tanto sentir su piel desnuda contra la mía que podía sentirlo como un necesidad sobre mi piel. Me quité la camiseta y él emitió un sonido de sorpresa.

Miró mis pechos desnudos, y no era el único excitado. Posó sus manos sobre mis pechos y cuando no lo detuve, se puso de rodillas frente a mí. Me miró, sus ojos marrones llenos de una luz oscura.

Lo besé mientras se arrodillaba ante mí, como si fuera a comérmelo. La sensación de él contra mi piel casi desnuda era demasiado.

Rompió el beso y recorrió con su boca mis pechos. Eso trajo un gemido de sorpresa desde mi garganta.

Hubo un golpe en la puerta. Nos congelamos. La voz de una mujer que no reconocí dijo:

—No he venido desde tan lejos para escucharlos besuquearse, Richard. Me gustaría recordarte que todos tenemos oídos increíblemente buenos.

—Por no mencionar el sentido del olfato. —Ese era Jason.

—Maldición —dijo suavemente, su cabeza enterrada en mí.

Incliné mi cabeza sobre él, enterrando mi cara en su cabello.

—Creo que saldré por la ventana.

Me abrazó por la cintura y se levantó, pasando sus manos sobre mis pechos una última vez.

—No puedo decirte por cuánto tiempo he deseado hacer esto.

Alcanzó sus vaqueros y su ropa interior aún sobre la cama. Toqué su brazo, atrayendo de nuevo su atención sobre mí.

—Te deseo, Richard. Te amo. Quiero que lo creas.

Me miró, su cara se puso solemne y extraña.

—No me has visto aún cambiar a lobo. Necesitas verlo antes de que vayamos más lejos.

El pensamiento no me excitaba y estaba feliz de ser la chica, así no se notaba.

—Tienes razón, aunque si juegas bien tus cartas, quizás tengamos sexo primero.

—No sería justo para ti.

—Me estás diciendo que incluso si hubiésemos estado solos te hubieras detenido y cambiado.

Asintió.

—¿Por qué no sería justo que durmieras conmigo hasta que hubiese visto todo el paquete?

—Exactamente.

—Eres todo un boys-cout, Richard.

—Creo que perdí una de mis insignias al mérito —dijo.

La mirada en su rostro trajo una ola de calor a mi cuello.

Sonrió burlonamente y se puso su ropa interior. Usaba calzoncillos. Se puso los pantalones y fue cuidadoso subiendo el cierre. Lo vi vestirse con un aire de posesión. Un aire de anticipación.

Tomé la camiseta del suelo y me la puse de nuevo. Richard se colocó por detrás, deslizó sus manos bajo la camiseta tomando un pecho en cada mano, acariciándolos. Me apoyé en él. Fue él quien se detuvo, abrazándome por la cintura y levantándome unos centímetros del suelo. Me giró y me dio un rápido beso.

—Cuándo te decides a hacer algo, de verdad lo haces, ¿cierto?

—Siempre —dije.

Tomó un profundo aliento por la nariz, soltándolo por la boca.

—Trataré de que sea una reunión rápida, pero…

—Edward pronto debería estar aquí, así que no importa.

Asintió, su rostro flaqueando.

—Casi olvidé que alguien intenta matarte. —Rodeó mi cara con sus manos y me besó, sus ojos estudiando mi rostro—. Se cuidadosa.

Toqué el vendaje en su hombro.

—Tú también.

Sacó una camiseta negra del cajón y se la puso. La metió en sus vaqueros y me obligué a mi misma a alejarme de él mientras luchaba con su cierre.

—Únete a nosotros después de que te vistas.

Asentí.

—Seguro. —Se fue, cerrando la puerta tras él.

Suspiré y me senté en el borde de la cama. Maldición. No quería perder a Richard. De verdad que no quería. Quería dormir con él. No estaba segura de cómo me sentiría acerca de verlo cambiar completamente a su forma animal. Lo de la mano me había molestado lo suficiente. ¿Qué pasaría si no podía soportarlo? ¿Qué pasaría si era demasiado repulsivo? Dios, esperaba que no fuera así. Esperaba ser mejor persona. Una persona más fuerte.

Richard tenía miedo que si empezaba a matar, seguiría haciéndolo. No era un miedo completamente irracional. Me abracé firmemente a mí misma.

La sensación de su cuerpo contra el mío se aferraba a mi piel. La sensación de su boca sobre mi… temblé, y no era de miedo. Era estúpida por amar a Richard. Tener sexo con él lo haría peor. Iba a morir pronto si no mataba a Marcus. Así de simple. Jean-Claude nunca se habría puesto a sí mismo en peligro de esa forma. Nunca. Siempre podías confiar en que Jean-Claude sobreviviría. Era uno de sus talentos. Estaba casi segura de que no era uno de los de Richard. Anoche debería haberme probado más allá de ninguna duda que debería dejarlo. O que él debería dejarme a mí. Podías aceptar no estar de acuerdo en política, o incluso religión, algunas veces, pero o matabas gente o no lo hacías. Un asesinato no era algo en lo que podías ser neutral.

A Jean-Claude no le importaba matar a la gente. Hacía tiempo habría pensado que eso lo hacía monstruoso. Ahora estaba de acuerdo con él. ¿Querría, por favor, el verdadero monstruo ponerse de pie?



ONCE

Finalmente me había vestido; jersey rojo, vaqueros negros, zapatillas deportivas negras, y la Firestar 9mm en la pistolera dentro del pantalón. El arma era bastante visible bajo el jersey rojo, pero oye, ¿por qué tratar de esconderla? Además, podía sentir la ola de poder justo detrás de la puerta. *Cambiaformas*, y no todos felices. Las emociones fuertes les hacía más difícil esconder su poder. Richard era uno de los mejores en esconderlo que había conocido. Me había engañado durante un rato haciéndome pensar que era humano. Nadie más había sido capaz de hacer eso.

Me miré en el espejo y me di cuenta de que enfrentarme a una habitación llena de *licántropos* no era lo que me molestaba, era enfrentar una habitación llena de gente que sabía que Richard y yo nos habíamos estado besuqueando. Prefería el peligro a la vergüenza en cualquier momento. Estaba acostumbrada al peligro.

El baño estaba fuera de la sala de estar, así que cuando abrí la puerta,

todos estaban allí, apiñados en el sofá o cerca de él. Todos me miraron mientras salía del baño y yo saludé con un movimiento de cabeza.

—Hola.

—Hola, Anita —dijo Rafael.

Era el Rey Rata, el equivalente al líder de la manada de las ratas. Era alto, oscuro y guapo, con fuertes rasgos mexicanos que hacían parecer severa su cara. Sólo sus labios insinuaban que había más sonrisas que ceños fruncidos en él. Estaba usando una camisa de vestir de manga corta que dejaba desnuda la marca en su brazo. La marca tenía forma de corona y era la marca de la monarquía. No había un símbolo equivalente entre los lobos. Ser un *licántropo* significaba cosas diferentes, dependiendo del animal, diferentes culturas así como formas.

—No sabía que los hombres rata estaban interesados en las riñas internas de la manada —comenté.

—Marcus está tratando de unificar a todos los *cambiaformas* bajo un solo líder.

—Déjame adivinar —dije—, él sería el líder.

Rafael me concedió una pequeña sonrisa.

—Sí.

—¿Así que has determinado que Richard es el mal menor? —pregunté.

—Estoy con Richard porque es un hombre de palabra. Marcus no tiene honor. Su perra Raina se ha encargado de que fuera así.

—Todavía pienso que si matamos a Raina, Marcus tal vez esté dispuesto a hablar con nosotros. —Eso lo dijo una mujer que pensé había visto antes, pero no podía ubicarla.

Estaba sentada en el suelo tomando café en una taza. Tenía el cabello rubio corto y usaba un equipo de jogging de nylon rosa, con la chaqueta abierta sobre una camiseta también rosa. Era un traje de jogging para ser lucido, no para ejercitarse con él, y entonces la recordé. La había visto en el *Café Lunático*, el restaurante de Raina. Su nombre era Christine. No era una loba, era una mujer tigre. Estaba allí para hablar en nombre de los *cambiaformas* independientes. Aquellos quienes no tenían suficiente gente como para tener un líder. No todas las clases de licantropía eran igualmente contagiosas. Podía ser cortada a trozos por un hombre tigre y no contagiarme. Un hombre lobo podía apenas cortarte y te volvías peludo. Casi ninguna de las licantropías basadas en felinos eran tan contagiosas como la de un lobo y una rata. Nadie sabía por qué. Era sólo la forma en la

que funcionaba.

Richard me presentó casi otras quince personas, sólo nombres de pila.

Saludé y me recosté contra la pared cerca de la puerta. El sofá estaba lleno y también el suelo. Además, me gustaba estar fuera del alcance de cualquier *cambiaformas* que no conociera. Sólo era una precaución.

—En realidad, ya conocía a Christine —comenté.

—Sí —declaró Christine—, la noche en que mataste a Alfred.

Me encogí de hombros.

—Sí.

—¿Por qué no mataste a Raina anoche que tuviste la oportunidad? —cuestionó ella.

Antes de que pudiera responder, interrumpió Richard.

—Si matamos a Raina —dijo—, Marcus nos cazará a todos.

—No creo que él sea apto para el trabajo —comentó Sylvie.

Richard movió su cabeza.

—No, aún no me rendiré con Marcus.

Nadie dijo nada, pero la mirada en sus caras era suficiente. Estaban de acuerdo conmigo. Richard iba a conseguir ser asesinado y dejar colgando a sus seguidores.

Louie salió de la cocina cargando dos tazas de café. Me sonrió. Louie era el mejor amigo de Richard, y había venido con nosotros a muchas citas de senderismo. Medía uno setenta, con ojos más oscuros que los míos, realmente negros, no sólo marrón oscuro. Su cabello negro y fino como el de un bebé había sido cortado recientemente. Lo había tenido largo durante todo el tiempo en que lo había conocido, no a la moda como el de Richard, sólo que nunca estaba pendiente de cortárselo. Ahora estaba lo suficientemente corto cómo para mostrar sus orejas, y se veía mayor, más como un profesor con un doctorado en biología. Era un hombre rata, y uno de los tenientes de Rafael. Me tendió una de las tazas.

—Estas reuniones han sido mucho más agradables desde que Richard trajo la cafetera. Gracias a ti.

Tomé una gran inhalada del aroma a café y me sentí mejor inmediatamente. El café tal vez no era una cura para todo, pero estaba cerca de ello.

—No estoy segura de que todos estén felices de verme.

—Están asustados. Los hace sentir un poco hostiles.

Stephen salió del cuarto de invitados vestido con ropa que le quedaba

demasiado bien para ser de Richard. Una camisa azul de vestir metida dentro de vaqueros azul lavado. Jason era el único hombre en la habitación que casi era de la talla de Richard. A Jason nunca le importaba compartir su ropa.

—¿Por qué todo el mundo parece tan sombrío? —interrogué.

Louie se apoyó contra la pared sorbiendo café.

—Jean-Claude retiró su apoyo a Marcus para dárselo a Richard. No puedo creer que ninguno lo haya mencionado.

—Dijeron algo de haber formado un acuerdo, pero no se explicaron. —Pensé en lo que acababa de decirme—. Marcus debe estar cabreado.

La sonrisa se desvaneció de su cara.

—Eso es subestimarlo. —Me miró—. No lo entiendes, ¿no es así?

—¿Entender qué? —pregunté.

—Sin el apoyo de Jean-Claude, Marcus no tiene oportunidad de forzar al resto de los *cambiaformas* bajo su control. Sus sueños de construir un imperio están acabados.

—Si no tiene oportunidad, ¿por qué todo el mundo está tan preocupado?

Louie me ofreció una sonrisa triste.

—Lo que Marcus no puede controlar, tiene tendencia a matarlo.

—¿Quieres decir que comenzaría una guerra?

—Sí.

—No sólo con Richard y la manada quieres decir, ¿sino una guerra declarada con todos los demás *cambiaformas* de la ciudad?

Louie asintió.

—Excepto con los hombres leopardo. Gabriel es su líder y está de lado de Raina.

Pensé en ello por un segundo, o dos.

—¡Jesús! Será un baño de sangre.

—Y no hay forma de contenerlo Anita. Algo de esto salpicará al mundo normal. Aún hay tres estados en éste país que pagarían cientos de dólares de recompensa por un *cambiaformas* muerto, sin hacer preguntas. Una guerra así podría hacer que esa costumbre pareciera práctica.

—¿Vosotros dos no tenéis nada mejor que hacer? —cuestionó Christine.

Estaba empezando a no gustarme. Fue ella quien golpeó la puerta y nos interrumpió a Richard y a mí. Francamente, por eso estaba un poco

agradecida. El pensamiento de que todo el mundo nos hubiese oído ir más lejos, habría sido demasiado embarazoso para describirlo.

Louie se movió para sentarse en el suelo con los otros. Me quedé apoyada en la pared, sorbiendo mi café.

—¿Vas a unirte a nosotros? —interrogó ella.

—Estoy bien aquí —contesté.

—¿Demasiado buena para sentarte con nosotros? —preguntó un hombre en la treintena con ojos azul oscuro.

Medía casi el metro setenta y seis, era difícil adivinarlo estando sentado en el suelo. Estaba vestido con un traje completo, con corbata, como si fuera camino al trabajo. Su nombre era Neal.

—No lo suficientemente buena —expresé—, para nada bastante buena.

—¿Qué diablos se supone que significa eso? —inquirió—. No me gusta tener a un normal aquí.

—Déjalo ya, Neal —indicó Richard.

—¿Por qué? Se está riendo de nosotros.

Richard me echó una ojeada desde su esquina del sofá.

—Ven, únete a nosotros, Anita.

Sylvie estaba sentada al lado de Richard, no demasiado cerca, pero aún así, no había suficiente espacio para mí. Rafael se sentó al final del sofá, su espalda recta, su tobillo apoyado en la rodilla.

—El sofá está lleno —comenté.

Richard sostuvo una mano hacia mí.

—Haremos espacio.

—Ni siquiera es de la manada —habló Sylvie—. No dejaré mi asiento para ella. Sin ofenderte Anita, no sabes cómo son las cosas. —Su voz era natural, nada hostil, pero la mirada que le dirigió a Richard no era exactamente amigable.

—No me ofendo para nada —dije.

No estaba segura de querer sentarme en el sofá, rodeada por *licántropos* de cualquier tipo. Incluso aquellos supuestamente amigables. Todos en la habitación eran más rápidos y más fuertes que yo, era un hecho. La única ventaja que tenía era el arma. Si me sentaba justo al lado de ellos, nunca la sacaría a tiempo.

—Quiero que mi novia se siente conmigo, Sylvie, eso es todo —aseguró Richard—. No lo dije como un reto a tu posición en el *Lukoi*. Su voz sonaba paciente, como si estuviese hablando con un niño.

—¿Qué fue lo que dijiste? —preguntó Sylvie.

Parecía asombrada.

—Nosotros somos el *Lukoi*. Anita lo sabe.

—¿Compartiste nuestra información con ella? —interrogó Neal, la indignación espesada en su voz.

Quise decir que sólo eran palabras, pero no lo hice. ¿Quién decía que no me estaba volviendo más inteligente?

—Hubo un tiempo en el que compartir nuestros secretos con los normales podría acarrearte una sentencia de muerte —observó Sylvie.

—Ni siquiera Marcus lo permite ya.

—¿Cuánto de nuestros secretos conoces, humana?

Me encogí de hombros.

—Unas pocas palabras, eso es todo.

Sylvie me miró fijamente.

—Quieres que tu novia humana se acurruque cerca de ti, ¿es eso Richard?

—Sí —afirmó.

No había indicios de rabia en su voz.

Personalmente, no me gustaba la forma en la que decían «humana».

Sylvie se arrodilló en el sofá, mirándome.

—Ven, *humana*, siéntate con nosotros.

La miré fijamente.

—¿Por qué el cambio de opinión?

—No todo tiene que ver con la jerarquía de la manada. Eso es lo que Richard siempre nos está diciendo. Siéntate al lado de tu amante. Me arrimaré. —Y lo hizo acercándose a Rafael.

El Rey Rata me echó una mirada. Levantó una ceja, con casi un encogimiento de hombros. No confiaba en Sylvie, pero sí en Rafael, y confiaba en Richard, por lo menos ese día. Me di cuenta de que anoche también había confiado en Rafael. No tenía los reparos morales que él sí tenía. El pobre Richard era como una voz solitaria llorando en la jungla. Que Dios me ayudara, estaba de acuerdo con los paganos.

Louie y Stephen estaban cerca, acurrucados en el suelo. Estaba entre amigos. Ni siquiera Jason, sonriéndome burlonamente, dejaría que me hicieran daño. Jason era el lobo a llamar de Jean-Claude, como Stephen. Creo que si dejaban que me mataran, podían no sobrevivir mucho más que yo.

—¿Anita? —me llamó Richard.

Suspiré y me alejé de la pared. Estaba entre amigos, así que, ¿por qué tenía músculos en mi espalda tan tensos que dolían al moverme? ¿Paranoica? ¿Quién, yo?

Caminé alrededor del sofá, la taza de café en mi mano derecha. Sylvie palmeó el sofá sonriendo, pero no como si fuera verdad.

Me senté al lado de Richard. Su brazo se deslizó sobre mis hombros. Mi brazo derecho estaba presionado contra su costado, no demasiado apretado. Sabía cuánto odiaba tener mi mano impedida de usar el arma.

Me relajé inclinándome contra el calor de su cuerpo. La tirantez de mis hombros cesó. Tomé un trago de café. Todos estábamos siendo terriblemente civilizados.

Richard puso sus labios contra mi rostro, y susurró:

—Gracias.

Esas palabras le ganaron muchos puntos. Sabía lo que me había costado sentarme entre lobos, ratas y felinos. No sentarme lo habría menoscabado frente a la manada y a los otros líderes. No estaba aquí para complicar la situación.

—¿Quién te salvó anoche, Stephen? —preguntó Sylvie.

Su voz sonó dulce, su rostro agradable. No confiaba en ella para nada.

Todos los ojos se volvieron hacia Stephen. Él trató de acurrucarse en el suelo, como si pudiera volverse invisible, pero no funcionó. Miró fijamente a Richard, sus ojos bien abiertos.

—Adelante, Stephen, di la verdad. No me enfadaré.

Stephen tragó.

—Anita me salvó.

—Richard estaba peleando con cerca de veinte *licántropos* a la vez —expliqué—. Me dijo que trajera a Stephen, así que lo hice.

Neal olisqueó a Stephen, deslizando su nariz sobre la cara y el cuello del otro hombre, y bajo su hombro. No era un gesto humano, y era desconcertante en un tipo bien vestido.

—Tiene la esencia de ella sobre su piel. —Neal me fulminó con la mirada—. Ha estado con ella.

Esperé una protesta, pero en vez de eso, los otros se apiñaron alrededor de Stephen, olfateando su piel, tocándolo, y llevando sus dedos a sus propios rostros. Sólo Sylvie, Jason, Rafael y Louie se quedaron sentados. Uno por uno, el resto se giró hacia a Richard y a mí.

—Tiene razón —dijo Christine—. La esencia de ella se pega a la piel. No consigues tanta esencia sólo cargando a alguien.

La mano de Richard se apretó sobre mi hombro. Miré su rostro. Estaba calmado, sólo una pequeña tirantez alrededor de los ojos traicionaba su tensión.

—Estaba patrullando en los bosques buscando asesinos —argumentó Richard—. Stephen no quería estar solo. Lo envié con Anita.

—Sabemos sobre los intentos de asesinato —comentó Sylvie.

Mis ojos se ensancharon.

—Lo saben, ¿verdad?

—Richard quiere que ayudemos a protegerte. Si vamos a parar una bala por ti, necesitamos saber por qué.

Encontré sus miradas. Su bella cara estaba endurecida, los huesos de sus mejillas resaltaban.

—No le estoy pidiendo a nadie que se sacrifique por mí —dije.

Me deslicé de debajo de los brazos de Richard, lo que me acercó a Sylvie, no mejoró.

Richard no luchó contra ello. Llevó su brazo de vuelta.

—Debí haber hablado contigo antes de decírselo a ellos.

—Maldita sea —maldije.

Sylvie colocó sus brazos en el respaldo del sofá, poniendo su cara a escasos centímetros de la mía.

—¿Vas a reprender a nuestro futuro líder frente a nosotros, *humana*?

—Dices *humana* como si fuese algo malo, Sylvie. ¿Celosa?

Se echó hacia atrás como si la hubiese golpeado. Una mirada que en parte era dolor y en parte furia pasó por su rostro.

—La mayoría hemos sobrevivido a un ataque, humana. No escogimos esto. —Su voz era sorprendentemente dura.

Esperaba muchas cosas de ella, pero no el dolor de una superviviente. Lamentaba haber hecho ese comentario.

—Lo siento. No quise decir nada personal en ello.

—No tienes ni idea de cuán personal es.

—Es suficiente, Sylvie —dijo Richard.

Se levantó sobre sus rodillas para encontrarse con la cara de Richard sobre mi cabeza.

—¿Ni siquiera tienes las pelotas de cabrearte porque durmió con un subordinado?

—Espera un minuto —protesté—. Stephen y yo no tuvimos sexo. Dormimos juntos, literalmente, nada más.

Neal acercó su cara a la entrepierna de Stephen y olfateó. No era un gesto humano. Stephen le dejó hacerlo y eso tampoco era muy humano.

Jason se inclinó, olisqueó mi pierna. Puse la taza de café sobre ella, ante su rostro.

—Ni siquiera lo pienses —dije.

Jason me sonrió burlonamente.

—No puedes culpar a un hombre por intentarlo.

—Yo si puedo —comentó suavemente Richard.

Jason le sonrió y se retiró. Neil levantó su rostro y movió la cabeza.

—No tuvieron sexo.

—Él dijo que ella me protegería —mencionó Stephen.

El silencio se volvió tan denso que podría haber caminado sobre él.

—¿Eso fue lo que dijiste? —preguntó Sylvie.

Estaba mirando fijamente a Richard como si hubiese hecho algo malo. Richard respiró tan profundamente que sus hombros temblaron.

—Sí, eso fue lo que dije.

—Stephen —dijo Sylvie—. ¿Creíste que te protegería? Si Raina hubiese entrado por la puerta, ¿habrías confiado en Anita para salvarte?

Stephen miró al suelo, luego arriba, sus ojos corrieron de Richard a mí. Sus ojos finalmente se detuvieron, mirándome fijamente.

—Me hizo dormir cerca de la pared, así ella estaría al frente en caso de que algo entrara por la puerta.

Y pensé que había sido sutil.

—¿Qué hubieses hecho si Raina hubiese entrado? —cuestionó Sylvie.

Todos estaban mirándome, excepto Richard. Sus ojos estaban muy atentos, y sabía que la pregunta quería decir más de lo que debía.

—La habría matado.

—¿Le habrías disparado o la habrías herido? —interrogó Christine.

Moví mi cabeza.

—Tuvo carta blanca anoche. Si viene a por Stephen otra vez, la mataré.

—Quieres decir *eso* exactamente, ¿verdad? —preguntó Sylvie.

—Cada palabra —sostuve.

Hubo un zumbido de energía en la habitación, como si todos estuviesen compartiendo un mensaje telepático. No creía que lo estuviesen haciendo, pero algo estaba pasando. El nivel de energía en la estancia se elevó y no

me gustó. Coloqué la taza de café en el suelo. Quería libre ambas manos.

Sylvie me tomó por la cintura y nos sacó a ambas del sofá. Estuvimos en el suelo con ella cabalgando sobre mi espalda antes de poder reaccionar. Fui a por mí pistola, y su mano ya estaba ahí primera. Sacó bruscamente la pistola de su funda y la tiró lejos. No era rápida, era milagrosa, y yo estaba más sumergida en mierda de la que podía salir.

La curva de su brazo estaba metida bajo mi barbilla como en un extraño agarre, posicionada justo para que pudiera desmayarme sin matarme. Sus piernas estaban alrededor de mi cintura, tan cerca como podía sin bajar mi camisa.

Media docena de lobos fluían entre ella y Richard. Él estaba de pie, sus manos en puños a su costado. Su poder se derramó en la habitación, más profundo y fuerte, hasta que fue como ser quemado vivo con algún tipo de carga estática.

—No —susurré.

No estaba hablando con Richard.

Sentí algo abrirse dentro de Sylvie, un temblor de energía vibrante desde su piel sobre mi cuerpo. Era casi caliente, como abrir la puerta de un horno. Donde su piel me tocaba, yo temblaba. Era doloroso, como pequeñas descargas eléctricas.

—¿Qué estás haciendo Sylvie? —preguntó Richard.

Su voz sonó baja, y gruñía profundamente, no sonó humana. Esperaba que sus ojos se pusieran ámbar, pero eran del mismo marrón sólido que siempre. Ojos humanos, pero la mirada en ellos no lo era. La bestia miraba fijamente a través de los ojos de Richard. Sabía en ese momento que era verdaderamente peligroso. También sabía que todo ese impresionante poder no me salvaría si Sylvie quisiera arrancarme la cabeza.

Mi pulso sonó contra su brazo como una mariposa atrapada. Forcé mi voz para que sonara calmada.

—¿Qué está sucediendo?

—Voy a convertirte en su compañera.

—No eres contagiosa en forma humana —dije.

—¿De verdad? —preguntó.

El brazo alrededor de mi garganta se puso más caliente, pulsando como un corazón latiendo. Sentí los músculos deslizarse bajo su piel.

—Richard. —Mi voz sonó alta y tenue.

El miedo te hacía eso.

Rafael y Louie estaban ahora de pie. Los hombres lobo que se habían unido a Sylvie en su pequeña protesta se desvanecieron para cubrir también a la ratas.

No podía ver a Stephen. Estaba en algún lugar tras nosotros, acurrucado en el suelo la última vez que lo vi.

Jason se agazapó a los pies de Richard, enfrentando a los otros hombres lobo. Pero al menos diez de ellos sólo se quedaron observando, sin tomar partido.

—Te has estado resistiendo contra nosotros —dijo Jason.

Sylvie flexionó el brazo al rededor de mi cuello. Tuve un vistazo de una larga garra.

—Sólo Raina está más arriba que yo en la manada, Jason.

Richard enfrentó a los hombres lobo. Subió su mano, haciendo un gesto tranquilizador, como el que había hecho en el set de grabación. La energía que picaba en la habitación bajó a ser sólo una muesca. Estaba forzando a retroceder el poder de ellos.

—Todo lo que se necesita es un rasguño, Richard —dijo Sylvie—. Nunca nos alcanzarás a tiempo.

—Lo prohíbo —gruñó Richard—. Nadie debe ser infectado contra su voluntad. Especialmente Anita.

—¿Por qué? —preguntó Sylvie—. ¿Porque si no fuera humana no la querrías? No ir a la cama con la manada es sólo otra forma de negar lo que eres, Richard.

Algo pasó a través de su rostro, tras la rabia y el poder, la incertidumbre.

Sabía en ese momento que ella tenía razón. Sylvie susurró en mi oído, su aliento cálido en mi rostro.

—Mira su cara.

—Sí —afirmé.

—Te acusa de no ser capaz de dormir con él porque piensas que es un monstruo, pero si te convierto en uno de nosotros no te querrá. Cree que todos nosotros somos monstruos, pero no el bueno de Richard. Es mejor que el resto de nosotros.

—Te voy a herir, Sylvie, te desangraré, ¿lo entiendes? —dijo Richard.

—Pero no me mataras, ¿no es así? —preguntó.

Su brazo se flexionó, las largas garras hicieron cosquillas en mi cara.

Puse mis manos sobre su brazo, tratando de alejarla de mí, y no lo

logré.

—*Yo* te mataré —declaré.

Se quedó muy quieta contra mi cuerpo.

—¿Por convertirte en una de nosotros? ¿Por perder el amor de Richard cuando él vea que eres monstruosa y peluda?

Hablé muy bajo, muy cuidadosamente.

—Odias lo que eres, Sylvie.

Su brazo se agitó tan violentamente que no pude respirar por un segundo.

—No odio lo que soy. Lo acepto. —Su brazo soltó el agarre un poco.

Inspiré temblorosamente y lo intenté de nuevo.

—Vi la mirada en tu cara cuando te acusé de estar celosa. Estás celosa de que yo sea humana, Sylvie. Sabes que es así.

Sostuvo su otra mano frente a mi cara, dejándome tener una buena visión de la larga y delgada garra. La garra en mi garganta peinó mi cabello.

—Sabes que Raina nos prohibió convertirte en una *Lukoi*. Tiene miedo de que si te unes a nosotros, serás una perra mejor de lo que ella es.

—Que halagador —susurré.

Miré a Richard a través de las espaldas de los hombres lobo. Sus ojos se habían vuelto ámbar y extraños. Incluso ahora, sabía que no mataría a Sylvie. Incluso si me desangraba y me infectaba, no la mataría. Estaba ahí en el dolor de su rostro. La confusión remplazaba el miedo.

Tal vez Sylvie lo vio. Quizás había dejado claro su punto de vista. Lo que fuera se desenroscó de mi cuerpo y se levantó cuidadosamente.

Me deslicé sobre mis manos y piernas lo más rápido que pude. No era bonito, no era muy hábil, pero era efectivo.

Me arrastré hasta que llegué a la pared más lejana, quedándome apoyada contra ella, tan lejos como podía de todos en la habitación.

Los otros hombres lobo se habían desvanecido. Sylvie y Richard estaban cara a cara. Los ojos de Sylvie se habían vuelto de un extraño color verde líquido, ojos de lobo.

Richard proyectó su poder hacia afuera. Éste comía camino sobre mi piel, desgarrando un grito ahogado de mi garganta.

Sylvie se mantuvo en su lugar haciéndole frente a esa avalancha de poder y ni siquiera se estremeció.

—El poder es impresionante, Richard, pero no significa nada mientras

Marcus siga vivo.

Él le dio un golpe con el revés de la mano en un movimiento borroso, demasiado rápido para seguirlo. Sylvie se tambaleó hacia la pared y se deslizó hacia el suelo, asombrada.

—Soy el líder de la manada —bramó Richard, y levantó sus garras hacia el cielo.

Cayó sobre sus rodillas, y no fui a ayudarlo. Me quedé pegada contra la pared, deseando haber preparado un arma extra.

Richard se agazapó en el suelo, meciéndose gentilmente. Se enrolló sobre sus rodillas en una bola, y lo sentí tragar el poder de vuelta. Lo sentí drenarlo. Se quedó arrodillado en el suelo, abrazándose a sí mismo durante largo tiempo después de que el poder se desvaneciera de la habitación, su cabeza hacia abajo, su cabello escondiendo su rostro.

Sylvie se levantó sobre sus rodillas y se arrastró hacia él, se arrodilló a su lado, alisando su cabello hacia un lado.

—Nosotros te seguiríamos a cualquier parte si mataras por nosotros. Ella mataría por nosotros. Si tu compañera, si tu *lupa* mata por nosotros, tal vez sea suficiente.

Richard levantó su cabeza con un estremecimiento.

—Nadie debe ser infectado contra su voluntad, he dicho, y es una orden. —Se alzó de nuevo sobre sus rodillas.

Sylvie se quedó arrodillada, su cara cerca del suelo en un signo de acatamiento.

—Pero no matarás para reforzarlo.

—Mataré para proteger a Anita —declaró Rafael.

Todos le miraron.

Encontró sus miradas y no retrocedió.

—Si alguien la toca en contra de su voluntad, los míos y yo los cazaremos.

—Rafael —dijo Richard—, no lo hagas.

Miró fijamente a Richard.

—Traes a una humana entre nosotros, pero no la proteges. Alguien tiene que hacerlo.

Quise decir que podía protegerme a mí misma, pero no era verdad. Era buena, pero era sólo una humana. No era suficiente.

—No puedo dejar que hagas el trabajo sucio por mí —anunció.

—Soy tu amigo Richard —dijo Rafael—. No me importa.

Sylvie se abrazó a los pies de Richard.

—¿Dejarás al Rey Rata matar a tu manada? ¿Es ahora nuestro líder?

La miró fijamente, y algo le sucedió a su cara, no algo de otro mundo o lobuno, pero una dureza, casi tristeza, pasó sobre él. Lo miré, y no me gustó. Si hubiese tenido mi arma, podía haber matado a Sylvie por hacer que esa mirada pasara por su rostro.

—Mataré a cualquiera que rompa mi edicto. He hablado, y es la ley.

Sylvie decayó incluso más, y los otros lobos se acercaron en grupo, arrastrándose por el suelo, degradándose a sí mismos frente a él. Algunos de ellos lamieron las manos de Richard, tocaron su cuerpo. Se movieron a su alrededor hasta que casi quedó fuera de la vista.

Richard se levantó, caminando a través de ellos, sus manos aferrándose a sus piernas. Se agachó y levantó la Firestar del suelo caminando hacia mí. Se veía lo suficientemente normal, escondidos todos los cambios lobunos. Me tendió la pistola por la culata.

—¿Estás bien?

Acuné el arma con ambas manos.

—Seguro.

—Valoro tu humanidad, Anita. Sylvie tiene razón. ¿Cómo puedo pedirte que aceptes a la bestia, cuando yo mismo no puedo hacerlo? —El dolor en su rostro rompía mi corazón—. Te mantendré segura. ¿Eso te hace feliz?

Lo miré fijamente.

—No —dije—. Pensé que lo haría, pero no es así.

Me sentí como Rafael, mataría por él. Mataría para evitar ese dolor en sus ojos.

Guardé el arma en su funda y levanté mi mano derecha hacia él. Sus ojos se ensancharon. Entendía el gesto. Tomó mi mano y me levantó sobre mis pies. Me arrastró hacia los expectantes lobos.

Retrocedí, tirando de su mano.

—Dije que mataría por ti, Anita. —Su voz sonaba suave y dura al mismo tiempo—. No crees que lo haga, ¿verdad?

Sus ojos se veían completamente tristes. Era como si algo dentro de él, que había mantenido vivo todos esos años, hubiese muerto ahora. Creí en la mirada de sus ojos. Mataría para protegerme, y esa decisión le había costado mucho.

Los hombres lobo se cerraron a nuestro alrededor. Habría dicho que se

arrastraron alrededor de nosotros, pero eso no describía lo que estaban haciendo. Arrastrarse no era elegante o sensual, pero eso lo era. Se movían como si tuviesen músculos en lugares donde la gente no los tenía. Nos rodearon y pusieron los ojos en blanco hacia nosotros. Cuando me encontré con esos ojos, miraban lejos, todos excepto Sylvie. Encontró mi mirada y la sostuvo. Era un reto, pero no estaba segura qué se suponía que debía hacer al respecto.

Una mano me tocó, y me alejé bruscamente. Sólo la mano de Richard sobre la mía evitaba que fuera a por mi arma. Sostuvo ambas manos en las suyas y me atrajo hacia él, nuestros cuerpos no se tocaban del todo. Encontró mi mirada y la mantuvo. No tenía miedo. Traté de relajarme, pero no estaba funcionando.

—Ésta es mi *lupa*. Conozcan su esencia, conozcan su piel. Ha derramado nuestra sangre, y derramado la de ella por nosotros. Se levanta como protectora de aquellos más débiles que ella misma. Matará por nosotros si se lo pedimos. Ella es su Alpha.

Sylvie y Neal se levantaron. Ambos se movieron fuera del círculo. Se quedaron allí, mirándome fijamente, y a Richard. Los otros se acurrucaron en el suelo, observando.

—No es mi autoridad —dijo Sylvie.

—Ni siquiera es una de los nuestros —aseguró Neal—. No me inclinaré ante ella. Podría romperla por la mitad con una mano. —Negó con la cabeza—. No es mi Alpha.

—¿Qué está sucediendo Richard? —pregunté.

—Intenté atraerte dentro de la manada, hacerte una de nosotros sin contaminarte.

—¿Por qué? —interrogué.

—Si vas a proteger a Stephen, entonces mereces la protección de la manada. Si vas a adquirir riesgos por nosotros, mereces tener los beneficios de nuestra protección.

—Sin ofender —dije—, pero no me ha impresionado demasiado su protección hasta ahora. —Al momento de decirlo deseé no haberlo hecho. Su cara se abatió.

—Anoche lo hiciste un asunto personal con Raina, Anita. No tienes idea de cuán peligrosa es. Quería que tuvieses la protección de todos en caso de que algo me pasara.

Lo miré.

—¿Matarás a Marcus si salta sobre ti, no es así? No vas a ser nunca más demasiado sensible. —Toqué su brazo. Estudié su rostro—. Respóndeme, Richard.

Finalmente asintió.

—No dejaré que me mate.

Su mandíbula se tensó, sus músculos latían.

—Lo prometo.

—Bueno, aleluya —dijo Sylvie. Me miró fijamente—. Retiro mi desafío. No eres mi líder, pero puedes ser su hembra Alpha. Eres una buena influencia para él. —Dio un paso atrás hacia el círculo, pero no se arrodilló —. Ven, Neal —indicó—, déjalo ir.

Él sacudió su cabeza.

—No, no es una de nosotros. No puede serlo. No la reconoceré como su hembra Alpha.

—Lo que tienes que hacer es probarle a Neal que eres seria —comentó Sylvie—. Sólo tienes que herirlo un poco.

—Probablemente él pueda sobrevivir a un golpe directo de un camión Mack, ¿cómo se supone que lo podría herir?

Ella se encogió de hombros.

—No pensé que nadie te retaría. Lo siento —dijo Richard.

—Esperas que la gente sea amable, Richard. Es una de tus mejores cualidades, y una de tus más grandes debilidades —expliqué.

—Rechaza el reto, Anita.

—Si lo rechazo, ¿entonces qué?

—Se terminó. No serás un miembro de la manada, pero puedo ordenarles protegerte de Raina. Es casi tan bueno.

—Ya te lo dije, no quiero que ordenes a nadie arriesgar su vida por mí. Además, de ninguna forma voy a ofrecerme voluntaria para una pelea mano a mano con un *licántropo*. Me quedaré con mi arma, gracias de todos modos.

El timbre de la puerta sonó. Probablemente fuese Edward. Maldición. Miré al pequeño grupo, e incluso estando en forma humana, sabría lo que eran. Era mejor olfateando monstruos que yo, al menos a los vivos.

—Si tus chicos pueden actuar normalmente, contestaré a la puerta.

—¿Edward? —preguntó Richard.

—Seguramente —dije.

Miró fijamente al grupo.

—Todo el mundo, que se levante del suelo. Es otro normal.

Se levantaron, lentamente, casi reacios. Parecían casi intoxicados, como si el poder en la habitación hubiera hecho más en ellos que en mí.

Fui hacia la puerta. Estaba a mitad de camino cuando Richard gritó:

—¡No!

Me lancé al suelo, rodando, y sentí el aire silbando sobre mí, donde Neal había lanzado un golpe. Si hubiese sido bueno peleando, me habría atrapado. El golpe errado lo había desequilibrado, y lo barrí al suelo con los pies, pero se levantó antes que yo, como si tuviera resortes en su columna vertebral. Era endemoniadamente impresionante.

—Detente, Neal —dijo Sylvie.

—No declinó el reto. Es mi derecho.

Me escabullí hacia atrás, aún en el suelo, no estando segura de qué hacer. Si me levantaba, las cortinas cerradas del ventanal quedaban a mi espalda. No estaba segura que levantarme fuera mi mejor opción.

—Díganme las reglas, rápido —dije.

—El primero que sangre —habló Sylvie—. Sólo en forma humana.

—Si cambia de forma, puedes dispararle —aseguró Richard.

—De acuerdo —dijo Sylvie, otros murmuraron su consentimiento.

Genial. Neal saltó hacia mí, dejando completamente el suelo, con sus manos extendidas. Me levanté sobre una rodilla, agarré su chaqueta y rodé sobre mi espalda, dejando que su sorprendente velocidad nos llevara a ambos. Coloqué ambos pies en su estómago y empujé con todo lo que tenía. Voló sobre mí, en un arco casi perfecto. Se preparó a sí mismo para una lanzada de judo.

Se estrelló contra la ventana, llevándose las cortinas con él. Rodé sobre mis pies y miré la abertura en la ventana. Fragmentos de vidrios rotos estaban rociados sobre la alfombra y más allá del patio. Neal salió luchando de la cortina, la sangre recorriendo su cara donde el vidrio lo había cortado.

Edward estaba en el suelo, en postura de combate, con el arma desenfundada. Apuntó a Neal, mientras éste luchaba con la cortina.

—No le dispares —dije—. Creo que la pelea terminó.

Neal se levantó, pateando la cortina.

—Te mataré.

Saqué la Firestar y le apunté.

—No lo creo.

Richard caminó y se puso a mi lado.

—Ella te hizo derramar sangre el primero, Neal. La pelea terminó, a menos que también quieras pelear conmigo.

—Y conmigo —dijo Sylvie.

Se colocó al otro lado de Richard. El resto de la manada estaba tras nosotros. Stephen se agazapó a mis pies.

—Ella es de la manada ahora —mencionó Sylvie—. Peleas con uno de nosotros y peleas con todos.

Edward alzó las cejas hacia mí.

—¿Qué está pasando, Anita?

—Creo que he sido adoptada —expliqué.

Neal me fulminó con la mirada.

—Hazlo, Neal —dijo Sylvie.

Neal se arrodilló sobre el cristal y la cortina. Los cortes en su cara ya estaban empezando a sanar. El vidrio no era plata o las garras de otro monstruo, así que sanó casi mágicamente.

—Eres mi líder. Eres mi Alpha. —Las palabras eran arrancadas de su garganta—. Si ésta ventana no hubiese estado aquí, no hubieses podido hacerme sangrar primero.

—¿Por qué crees que me moví al frente de ésta, Neal? —pregunté.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Lo planeaste?

Asentí y levanté mi arma hacia el cielo.

—No soy sólo una cara bonita.

Richard tomó mi mano derecha, apretándola suavemente.

—Eso es totalmente cierto.

Bajé la Firestar.

Edward sacudió su cabeza, sonriendo, pero no bajó su arma. Sí, dejó de apuntarla a alguien.

—Eres la única persona que conozco que lleva una vida más interesante que la mía.

Jason me palmeó en la espalda.

—Mañana por la noche te llevaremos a cazar un ciervo.

—Pensé que perseguías autos —comenté.

Sonrió.

—¿Cuál es la diversión en eso? Los autos no sangran.

Sonreí y luego me detuve. Sus ojos era tan inocentes como un cielo primaveral, tan felices, los miré fijamente, no estaba segura de sí estaba

bromeando conmigo o no. Casi le pregunté, pero no lo hice. No estaba segura de querer saber.



DOCE

Edward, con su metro setenta y siete, pelo rubio cortado muy corto y ojos azules, era el epítome de un BASP. También era el hombre más peligroso con el que me había encontrado alguna vez, vivo o muerto.

Él estaba feliz como una lombriz por la reunión con los *licántropos*. La cual se disolvió muy poco después de su llegada, principalmente porque ya habíamos tratado todos los puntos. Esa reunión había sido un último esfuerzo para convencer a Richard que comprometiera sus principios y matara a alguien. O al menos, que escogiera una *lupa* que matara por él. Digamos que matábamos dos pájaros de un tiro, perdonando el juego de palabras. Yo era consciente que había tenido mucha suerte con Neal. De tener algún entrenamiento en artes marciales o saber algo sobre peleas, me habría destrozado.

Richard había tapiado la ventana y llamado a una tienda de reparación de ventanas que cobraba un ojo de la cara por venir y repararla de

inmediato. Me había ofrecido a pagar los daños, ya que los había ocasionado. Edward, Richard y yo estábamos en la mesa de la cocina. Edward y yo bebíamos café a sorbos, Richard bebía té, una de sus pocas faltas serias era una aversión total al café. Era algo difícil confiar en alguien que no bebía café.

—¿Qué has averiguado? —pregunté.

Edward sorbió su café y negó con la cabeza.

—No mucho, el contrato ha sido aceptado.

—¿Incluso con el límite de tiempo? —pregunté.

Él asintió.

—¿Cuándo terminan las 24 horas?

—Digamos que a las dos. Me hicieron la oferta a la una de la madrugada, pero agreguémosle una hora por seguridad.

—Por seguridad —acotó Richard. Creo que con sarcasmo.

—¿Qué te ocurre? —pregunté.

—¿Soy el único en esta habitación que está preocupado?

—Asustarse no ayuda, Richard.

Se levantó, vaciando a su taza en el fregadero y aclarándola automáticamente. Giró apoyándose contra los cajones, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Necesitáis tener la mente clara para planear?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

Nos contempló. Lo observé pensando seriamente en algo. Finalmente dijo:

—No entiendo cómo podéis estar tranquilos. Estoy francamente impresionado por que hayan puesto precio a tu cabeza, Anita. Vosotros no lo estáis.

Edward y yo nos miramos, y tuvimos uno de esos momentos de entendimiento perfecto, sabía que no podía explicárselo a Richard, ni siquiera podía explicármelo a mí misma.

—Sigo viva porque no reacciono del mismo modo que la mayoría de las personas.

—Estas viva porque haces cosas que otras personas no.

Asentí.

—Eso también.

Su cara estaba muy seria, como la de un niño que se preguntaba sobre

los hechos básicos de la vida.

—Déjame hacer una pregunta estúpida, entonces me callaré.

Me encogí de hombros.

—Pregunta.

—Anita dice que no disfruta el asesinato, que no siente nada cuando mata.

Comprendí que la pregunta era para Edward. No estaba segura cómo iba a resultar.

—¿Disfrutas matando?

Edward se sentó muy recto en su silla, bebiendo lentamente su café, sus ojos azules eran tan insondables y neutros como los de un vampiro, y de alguna manera tan muertos como los de ellos. Por primera vez me pregunté si mis ojos alguna vez se veían así.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Acepté matar a Marcus —dijo Richard—, nunca he matado a nadie.

Edward lo miró, dejó su taza con cuidado y encontró sus ojos.

—Sí.

—¿Sí disfrutas matando? —preguntó Richard.

Edward asintió.

Se veía en su cara que Richard esperaba una explicación.

—Ha contestado, Richard.

—Pero ¿disfruta de la emoción de la matanza? ¿Es físico? ¿O disfruta la anticipación a ella?

Edward cogió su taza.

—La ronda de preguntas y respuestas ha terminado, Richard —indiqué.

Una mirada entre la terquedad y la frustración cruzó por su cara.

—Pero *sí*”no me ha dicho nada.

—Después de que mates a Marcus —comentó Edward—, puedes preguntarme de nuevo.

—¿Y me contestarás?

Edward sólo asintió.

Por primera vez me di cuenta que le gustaba Richard. No como un amigo, pero no lo consideraba una completa pérdida de tiempo.

Richard lo miró fijamente durante mucho tiempo, luego sacudió la cabeza.

—Bien. —Se apoyó en la encimera—. No más preguntas, ¿cuál es el plan?

Le sonreí.

—Impedir que me maten.

—¿Ese es todo el plan?

—Y encontrar al hombre del dinero —dijo Edward—, mientras el dinero esté ahí, Anita no estará segura.

—¿Alguna idea de cómo lograrlo? —preguntó Richard.

Edward asintió y bebió el último trago de café inclinando su taza. Se acercó a la cafetera y la rellenó como si estuviera en su casa. Regresó a su asiento. El bueno y viejo Edward, cómodo en cualquier lugar.

Esperé, mirándolo en silencio. Hablaría cuando estuviese listo, ni un segundo antes. Richard prácticamente vibraba en su sitio.

—¿Qué? —preguntó finalmente.

Edward sonrió, no sé si por Richard o por aquella música eterna que sólo él podía escuchar, aquella que lo mantenía entero y vivo.

—El asesino quizás venga hoy y hay que tomar precauciones. Una manada de *cambiaformas* sería perfecto, ni yo habría podido pasarlos a todos.

Miré alrededor de la tranquila cocina, el punto entre mis hombros picaba.

—¿Crees que estamos ahora en peligro?

—Quizás. —No parecía muy preocupado—. Pero creo que esperarán hasta esta noche, a tu cita con el *Amo de la Ciudad*.

—¿Cómo sabes que tengo una cita esta noche?

Él sólo sonrió.

—Sé que el *Amo de la Ciudad* lleva a la *Ejecutora* a la apertura de su club de baile, *Danza Macabra*. Sé que llegarán en limusina.

—No lo sabía —expliqué.

—No es difícil de averiguar, Anita.

—Iba a cancelarla esta noche y esconderme.

—Si te quedas aquí, el asesino casi seguro que te seguirá.

Miré a Richard.

—Ah —dije.

—Puedo cuidarme —acotó Richard.

—¿Podrías matar a un ser humano? —le pregunté.

Me miró.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si alguien te apunta con un arma, ¿podrías matarlo?

—Ya dije que mataría para protegerte.

—Eso no es lo que pregunté y lo sabes.

Se levantó y dio una vuelta por la cocina.

—Si fuera munición estándar no me mataría.

—No sabrías si son balas de plata hasta que fuera demasiado tarde —contesté.

Richard descruzó los brazos, se pasó las manos por el pelo y me enfrentó.

—Una vez que te decides a matar nunca se para, ¿cierto?

—No —le contesté.

—No sé si podría matar a un ser humano.

—Gracias por la honestidad —dije.

—¿Eso significa que atraerás al asesino a un club repleto de gente y los pondrás en peligro sólo para protegerme?

—Pondría en peligro a cualquiera para protegerte.

Edward hizo un pequeño sonido, casi una risa. Su cara lucía tranquila y vacía. Bebió un sorbo de café.

—Es por eso que lo quiero lejos de la línea de fuego. Preocuparte por él te volvería descuidada.

—Pero todas esas personas, no las podéis poner en peligro —indicó Richard.

Edward me miró y guardó silencio. Por lo que le estaba agradecida.

—Creo que tiene un plan, Richard.

—Creo que ellos lo intentarán de camino hacia el club. ¿Por qué complicarse con todo el público si no es necesario? Irán por la limusina, tal vez una bomba o sólo esperarán que regreses a casa.

—¿Ese sería tu plan? —preguntó Richard.

Edward lo miró un momento, luego asintió.

—Probablemente. No la parte de la bomba, pero habría usado la limusina.

—¿Por qué no la bomba?

No pregunté porque ya conocía la respuesta. Edward posó sus ojos en mí. Me encogí de hombros.

—Porque me gusta matar de cerca y personalmente. Con una bomba no hay riesgo personal.

Richard lo miró fijamente, estudiando su cara. Finalmente habló:

—Gracias por contestar a la pregunta.

Edward respondió con un asentimiento. Richard acumulaba puntos por buena conducta. Pero yo sabía que se estaba engañando. Asumía que si le caía bien a Edward, éste no lo mataría, lo conocía mejor. Si la situación lo requiriera, Edward no dudaría en matar.

—Digamos que tienes razón —dije—. Voy a la cita y dejo que el tirador haga su movimiento. ¿Entonces qué?

—Lo atrapamos.

—Esperad un momento —indicó Richard—. Os creéis mejores que un asesino profesional. Creéis poder atraparlo antes que atrape a Anita.

Asentimos.

—¿Y si no sois mejores?

Edward lo miró como si le dijera que el sol no saldría por la mañana.

—Edward es mejor —expliqué.

—¿Apuestas tu vida a eso?

—Apuesto mi vida en eso.

Richard palideció. Asintió.

—Veo que lo haces. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Ya oíste a Edward —le dije—, tú te quedas.

Richard sacudió la cabeza.

—Lo oí, pero hasta Superman puede usar un par extra de ojos y oídos en esa multitud. La manada puede ayudarnos a vigilar.

—¿No te molesta ponerlos en peligro?

—Dijiste que arriesgarías a cualquiera antes de ponerme en peligro —señaló Richard—, siento lo mismo.

—Si quieren hacerlo es una cosa, pero no quiero que se lo ordenes. No serán buenos si no quieren hacerlo.

Richard se rió.

—Muy práctico. Durante un momento creí que realmente te preocupaban mis lobos.

—La práctica me mantendrá viva Richard, el sentimentalismo no.

—Si hubiera unos cuantos ojos extras, me aligeraría el trabajo —comentó Edward.

Lo miré.

—¿Confías en los monstruos para mantenerme a salvo?

Sonrió y no por placer.

—Los monstruos son excelente carne de cañón.

—No son carne de cañón —manifestó Richard.

—Todos somos carne de cañón —contestó Edward—, ocasionalmente.

—Si realmente creyera que pondremos a inocentes en peligro, no iría al club, lo sabes Richard.

Me observó durante un momento, luego asintió.

—Lo sé.

Edward hizo un ruido desde el fondo de su garganta.

—Personas inocentes. —Sacudió la cabeza sonriendo—. Ve a vestirte —comentó Edward—, compré unos nuevos juguetes para que uses esta noche.

Lo miré.

—¿Juguetes peligrosos? —le pregunté.

—¿Hay de otra clase?

Sonreímos abiertamente el uno al otro.

—Estáis disfrutando con esto —declaró Richard, casi acusándonos.

—Si no lo disfrutáramos, sería mejor que nos dedicáramos a otra cosa.

—Anita no mata a la gente por dinero, tú lo haces.

Vi cómo la chispa se desvanecía de los ojos de Edward, cómo se ocultaba el sol tras las nubes, dejándolos vacíos y despiadados.

—Piensa lo que quieras, querido, pero Anita podría haber elegido otra línea de trabajo, una que no la ponga en peligro constante. Pero no lo hizo. Y hay una razón para ello.

—No es como tú.

Edward me miró con ojos vacíos.

—Más parecida de lo que solía ser. —Su voz era suave, casi neutra, pero me hizo temblar.

Encontré su mirada, y por primera vez en mucho tiempo, me pregunté qué era a lo que había renunciado para ser capaz de tirar del gatillo. ¿Lo mismo a lo que Edward había renunciado en su interior para poder matar fácilmente? Miré a Richard y me pregunté si él podía hacerlo. Si cuando cambiara de piel podía en verdad matar a alguien. Algunas personas nunca podían. Nada de lo que avergonzarse. Pero si Richard se echaba para atrás, estaría muerto. Quizá no esta noche o mañana, pero finalmente moriría, porque Marcus se encargaría. Richard había vencido a Marcus dos veces y declinado matarlo. Dudaba que Marcus le permitiera otro intento. Ellos se llevaron a Stephen la noche anterior sabiendo lo que haría Richard. Si yo no hubiera estado con él, podía haber muerto. Mierda. Todo lo que tenía que hacer era matar al asesino antes que él o ella me matara a mí.

Confiar que Richard no dejaría que Marcus lo matase. Evitar que Raina me matara. Y déjame ver, había otra cosa, estaba segura. Oh sí, decidir si iba a acostarme con Richard, y si lo hacía, que significaría para Jean-Claude y para mí.

Había días en que mi vida era demasiado complicada hasta para mí.



TRECE

Encontrar ropa de fiesta en la cual esconder un arma era una putada. Realmente no había planeado llevar un arma a mi cita con Jean-Claude. Por supuesto, eso era antes del asesino. Ahora no salía sin una. Si hubiese sabido que necesitaría un arma esa noche, me habría puesto el pequeño vestido negro la otra noche y habría dejado el traje pantalón y chaqueta. Pero quién podía imaginarlo, y lo único que había metido en las maletas, además de vaqueros, era ese vestido.

Era pequeño y negro con un tirante que justo permitía un sujetador, si tenías cuidado. Había comprado uno negro para quedar segura. La visión de un tirante de sujetador blanco bajo un vestido negro siempre me había parecido lamentable. La chaqueta era de terciopelo negro, una chaqueta corta tipo bolero que me llegaba a la cintura. Unas cuentas negras ribeteaban el cuello y dobladillo.

La chaqueta colgaba en la manilla del armario de Richard. Estaba

sentado desdichadamente en la cama, mirando cómo me daba los últimos retoques con mi barra de labios. Me inclinaba hacia delante, mirándome detenidamente en el espejo de su cómoda. La falda era tan corta que decidí llevar puesto un canesú negro por debajo, no como ropa interior, pero cubriría mis medias, así todo iría a juego. Ronnie no había confiado en que no fuera a inclinarme al menos una vez esa noche. Tenía razón. De este modo, si me olvidaba, el canesú cubriría más que la mayoría de bañadores. Nunca habría elegido algo tan corto si hubiera ido sola. Ronnie era una mala influencia para mí. Si sabía que planeaba llevarlo puesto para Jean-Claude, probablemente habría escogido otra cosa. Le llamaba *cara de colmillo*. O peor. Le gustaba Richard.

—Bonito vestido —comentó Richard.

—Gracias.

Me di la vuelta ante el espejo para comprobar cómo colgaba la falda. Lo suficiente para balancearse cuando me movía. Las fundas negras de los cuchillos, colocadas en mis antebrazos, realmente hacían juego con el vestido. Los cuchillos tenían un agradable toque de plata. Las fundas en las muñecas casi cubrían las cicatrices de mis brazos. Sólo el trozo de cicatriz en mi codo izquierdo era visible. Un vampiro había roto mi brazo hacía tiempo. El mismo vampiro había mordido mi clavícula. Las cicatrices eran algo normal para mí, pero de vez en cuando, me hubiera gustado pillar mirándome a alguien fijamente. Habitualmente apartaban la mirada rápidamente o me miraban a los ojos. No es que las cicatrices sean horribles. Realmente no estaban tan mal. Pero contaban una historia de dolor y de algo fuera de lo normal. Contaban que había estado en sitios en los que la mayoría de la gente no había estado, y había sobrevivido. Valían una mirada o dos, supongo.

Las correas negras que sujetaban mi nuevo cuchillo a lo largo de mi espalda sobresalían un poco por los hombros, pero mucho más a través de mi espalda. La empuñadura estaba escondida bajo mi pelo, pero aún así no me quitaría la chaqueta.

—¿Por qué no llevaste eso puesto anoche? —preguntó Richard.

—El traje de chaqueta y pantalón me pareció más apropiado.

Me miró, sus ojos vagaban más sobre mi cuerpo que por mi cara. Sacudió la cabeza.

—Para quedar con alguien con quien no vas a acostarte, es un vestido muy sexy.

Nunca había planeado que Richard me viera con el vestido, al menos no la noche en que lo llevaba puesto para Jean-Claude. No estaba segura de qué decir, pero lo intentaría.

—Confío más en mí misma con Jean-Claude de lo que confío en mí contigo, por eso él consigue la falda corta y tú no. —Era la verdad.

—¿Me estás diciendo que no obtengo el conjunto sexy porque soy irresistible?

—Algo así.

—Si subiera mis manos por tus piernas, ¿encontraría medias o ligas? —Se veía tan solemne, tan herido.

Con todo lo que ocurría, no habría tenido que preocuparme de los sentimientos heridos de mi novio, pero ahí estaban. La vida continuaba, aún si tenías el culo hundido profundamente entre caimanes.

—Medias —dije.

—¿Averiguará Jean-Claude que tipo llevas puesto?

—Podría preguntar, como hiciste tú —contesté.

—Sabes que eso no es lo que quiero decir —indicó.

Suspiré.

—No sé hacerlo más fácil para ti, Richard. Si hubiera algo que te hiciera sentir más seguro, puedes preguntar.

A su favor, no me pidió no ir. Pensé que sabía que no le gustaría la respuesta.

—Ven aquí —dijo y extendió su mano.

Me acerqué y la tomé. Me sentó en su regazo, las piernas de lado, como te sentarías con Santa Claus. Me rodeó con un brazo, luego puso el otro por encima de mi muslo.

—Prométeme que no dormirás con él ésta noche.

—Con asesinos preparados para saltar desde las vigas del techo, creo que eso es una apuesta segura —contesté.

—No bromees, Anita, por favor.

Pasé mi mano por su pelo. Parecía tan serio, tan herido.

—Me he negado durante mucho tiempo, Richard. ¿Por qué deberías estar preocupado por ésta noche?

—El vestido —dijo.

—Confieso que es corto, pero…

Acercó su mano a mi muslo hasta que desapareció bajo la falda. La descansó justo por debajo del borde del canesú.

—Llevas puesta lencería, por Dios, nunca llevas puesta lencería.

Le habría explicado el por qué, pero de alguna manera no creí que lo consolara.

—Bien, no me acostaré con él ésta noche. No tenía intención de hacerlo, de todos modos.

—Prométeme que volverás y dormirás conmigo. —Sonrió cuando lo dijo.

Sonreí y me deslicé de su regazo.

—Primero tendrías que transformarte. Tendría que ver a tu bestia. O eso es lo que me dijiste.

—Podría cambiar cuando volvieras.

—¿Podrías tomar forma humana otra vez lo bastante rápido como para servirnos de algo ésta noche?

Sonrió.

—Soy bastante fuerte para ser *Ulfric*, Anita. Una de las cosas que puedo hacer es cambiar casi a voluntad. No me desmayo cuando vuelvo a la forma humana como la mayoría de los *cambiaformas*.

—Práctico —dije.

Sonrió.

—Vuelve ésta noche, y cambiaré para ti. Sylvie está en lo cierto. Tengo que aceptar lo que soy.

—En parte lo intentas por mí, ¿eh?

Afirmó con la cabeza.

—Eso creo.

Mirando fijamente sus solemnes ojos, supe que si cambiaba por mí esa noche, no podría tratar con ello, y eso destruiría algo dentro de él. Esperaba estar a la altura.

—Cuando vuelva ésta noche, te veré cambiar.

Pareció sombrío, como si esperara que yo le gritara.

—Bésame, y sal de aquí —declaró.

Le besé, y él lamió sus labios.

—Barra de labios. —Me besó otra vez—. Pero por debajo todavía puedo saborearte.

—Mmmm —dije.

Me quedé con la mirada fija en él y casi no quise irme. Casi. El timbre sonó, y brinqué. Richard no lo hizo, como si lo hubiera oído antes que yo.

—Ten cuidado. Lamento no poder estar contigo.

—Habrá medios de comunicación por todas partes —expliqué—. No te gustaría que te hicieran una foto con un montón de monstruos. Podría hacer volar tu tapadera.

—No me importaría que se descubriera si con ello te mantengo segura.

Él amaba dar clases, y aún así le creí. Habría salido del armario por mí.

—Gracias, pero Edward tiene razón. Estaría tan preocupada por mantenerte vivo que no tendría suficiente cuidado de mí misma.

—¿No te preocupa Jean-Claude?

Me encogí de hombros.

—Puede cuidarse solo. Además, ya está muerto.

Richard sacudió su cabeza.

—Realmente no lo crees.

—No, está muerto, Richard. Que yo sepa. Independientemente de lo que a le mantiene vivo, es un tipo de nigromancia diferente de mis propios poderes, pero todavía es magia.

—Puedes decirlo, pero en tu corazón no lo crees.

Me encogí de hombros otra vez.

—Tal vez no, pero sigue siendo la verdad.

Hubo un golpe en la puerta.

—Tu cita esta aquí —dijo Richard.

—Voy. Ahora tengo que pintarme de nuevo los labios.

Pasó los dedos a través de su boca, separándolos con manchas rojas.

—Al menos sabré si has estado besándole. Esta cosa se destacará como la sangre en su camisa blanca.

No discutí. Jean-Claude siempre usaba blanco y negro. Sólo le había visto con una camisa que no era blanca. Había sido negra. Volví a aplicarme la barra de labios y la metí en el bolso negro adornado con cuentas del aparador. El bolso era demasiado pequeño hasta para la Firestar. Tenía una Derringer, pero excepto en distancias cortas, apenas serviría para nada. A un asesino no quería tenerlo tan cerca. Edward encontró la solución. Me había prestado su Seecamps 32. Era del mismo tamaño que una pequeña del calibre 25, sólo un poco más amplia que mi propia mano, y tenía una mano pequeña. Era un arma muy agradable, y para su calibre y tamaño, nunca había visto nada mejor. Quería una. Edward me avisó que había tenido que esperar casi un año. Era más o menos por encargo. De otra forma, me la habría regalado. Bien, pediría la mía si sobrevivía a la noche. Si no, pues no pediría nada.

Había logrado no pensar demasiado en eso. Me había concentrado en arreglarme, colocando las armas en su lugar, pero Richard pensaba que me colocaba a mí misma como cebo para que alguien lo bastante bueno consiguiera 500.000 dólares con una pequeña explosión. Tenía que confiar que Edward me mantendría con vida. Porque, aunque Edward hubiera parado la limusina y disparado sólo cuando podía ver mi cara, la mayoría de los asesinos a sueldo no lo harían. La mayoría de los profesionales preferían mantener una buena distancia, una segura. Un rifle de largo alcance podía estar a metros o incluso kilómetros de distancia. No era mucho lo que yo, o Edward, podíamos hacer con eso. No sabía nada sobre explosivos. Iba a tener que depender de Edward para encargarse de cualquier bomba. Esta noche tenía que ponerme en sus manos, confiando en él como nunca había confiado en nadie antes. Una idea espeluznante.

Comprobé el bolso otra vez, documentación, barra de labios, dinero, arma. Normalmente llevaría un pequeño cepillo de viaje para el pelo, pero no había espacio. Tendría que vivir con el pelo sucio durante una noche.

Esa idea me hizo comprobarlo en el espejo y volver a pasar un cepillo por él una vez más. Tenía que admitir que se veía bien. Era uno de mis mejores rasgos. Hasta Ronnie no lo podía mejorar. Era todo rizo natural. Incluso esa noche lo había engominado después de la ducha y lo había dejado secar al natural. Una vez conseguí que una mujer se enfadara conmigo en California porque no le dije dónde me había hecho la permanente. No creyó que fuera natural.

Coloqué el bolso sobre mis hombros de tal forma que la fina correa atravesaba mi pecho. Conjuntaba lo suficiente para que quedara tan bien con él como sin él. Pero el bolso se apoyaba sobre mis costillas, justo un poco más abajo que mi pistolera. Traté de sacar el arma un par de veces, y no era demasiado malo. No tan bien como una pistolera, pero ¿qué lo era? Me coloqué la chaqueta y volví a mirarme en el espejo por enésima vez. Ni los cuchillos ni el arma se veían. Genial. Por último coloqué mi cruz. Me aseguré que quedara dentro del vestido, y después un trocito de cinta adhesiva sobre ella. De esa forma podía llevarla sin que se escapara de mi ropa y resplandeciera sobre Jean-Claude. Cogí el cepillo otra vez y lo bajé sin usarlo.

Estaba paralizada. No era sólo del asesino de quien tenía miedo. Temía el momento en el que Richard y Jean-Claude se encontraran esa noche. No estaba segura de cómo iban a reaccionar, y no necesitaba un enfrentamiento

emocional. Raramente lo necesitaba.

Respiré profundamente y me dirigí a la puerta. Richard me siguió. Esa era su casa. No podía pedirle que se escondiera en el dormitorio.

Jean-Claude se apoyaba junto a la televisión, mirando detenidamente la estantería de videos, como si estudiara los títulos. Era alto y delgado, aunque no tan alto como Richard. Llevaba puesto pantalón negro y una chaqueta corta y negra justo hasta la cintura, como la mía. Llevaba botas altas de cuero que cubrían casi toda su pierna, la parte de arriba de cuero suave estaba sujeta por correas negras con pequeñas hebillas de plata. Su pelo negro superaba sus hombros, algunos centímetros más largo que cuando lo vi por primera vez.

Por fin se giró, como si no supiera que estábamos allí. Emití un involuntario jadeo cuando lo vi. Su camisa era roja, de un puro fuego que destacaba como carteles de neón bajo su chaqueta abierta. El cuello era alto, sujeto en su lugar con tres vueltas de un antiguo collar. La camisa se abría en el cuello, mostrando un perímetro bastante amplio de su pecho. La cicatriz de una quemadura en forma de cruz se mostraba dentro del perímetro de tela roja, como si estuviera enmarcada para su inspección. El contorno de piel desnuda terminaba justo encima de los pantalones negros, donde la camisa había sido metida.

Ésta se veía magnífica contra su pálida piel, su pelo negro ondulado, sus ojos azul medianoche. Cerré mi abierta boca, y hablé.

—Elegante, muy elegante.

Sonrió.

—Ah, *ma petite*, siempre dices las palabras perfectas.

Se deslizó a través de la alfombra con sus elegantes botas, y me encontré queriéndole quitar la chaqueta. Quería ver el efecto de su pelo sobre la camisa, negro sobre rojo. Sabía que se vería maravilloso.

Richard se acercó por detrás de mí. No me tocó, pero podía sentirle allí. Una presencia cálida, infeliz, a mi espalda. No podía culparle. Jean-Claude se veía como un anuncio para *Wet Dreams “R” Us*. No podía culpar a nadie por estar celoso.

Jean-Claude se colocó ante mí, lo suficientemente cerca para que si extendía la mano, pudiera tocarlo. Me mantuve de pie entre los dos, y el simbolismo no se nos escapó a ninguno.

—¿Dónde está Edward? —logré preguntar.

Mi voz pareció casi normal. Bien por mí.

—Comprobando el coche. Creo que busca explosivos —comentó Jean-Claude con una pequeña sonrisa.

Mi estómago se contrajo. Alguien me quería muerta antes de la medianoche de esa misma noche. Edward barría el coche buscando bombas. No parecía real incluso para mí.

—*Ma petite*, ¿estás bien? —Jean-Claude cogió mi mano entre las suyas —. Tu mano está fría.

—Que gracioso, viniendo de ti —ironizó Richard.

Jean-Claude lo observó por encima de mi hombro.

—No era una queja, sino una observación.

Su mano estaba caliente, y sabía que le había robado ese calor a alguien. Ah, pero ellos habrían estado bastante dispuestos. Siempre había gente deseando donar para complacer al *Amo de la Ciudad. Pero de todos modos, era un cadáver que chupaba sangre, sin importar cómo se viera. Mirándole, comprendí que esa parte de mí ya no se fijaba en eso. O tal vez sólo era que ya no me preocupaba. Maldición*.

Levantó despacio mi mano a sus labios, pero sus ojos no me miraban a mí, sino a Richard. Aparté mi mano de la suya. Me miró.

—Si quieres besar mi mano, bien, pero no lo hagas sólo para molestar a Richard.

—Mis disculpas, *ma petite*. Tienes toda la razón. —Posó su mirada en Richard—. Mis disculpas también para ti, *Monsieur* Zeeman. Estamos en una… posición complicada. Sería de niños complicarla con juegos infantiles.

No tenía que ver la cara de Richard para saber que fruncía el ceño.

Edward entró y nos salvó. Podíamos callarnos y olvidar lo ocurrido. O eso esperaba.

—El coche está limpio —aseguró.

—Me alegro oírlo —dije.

Edward estaba vestido como por la tarde. Un abrigo de cuero marrón largo hasta sus tobillos, que se movió como algo vivo cuando entró en la habitación. El abrigo colgaba de forma extraña en algunos sitios. Me había mostrado algunos de sus juguetes, que estaban colocados acá y allá. Sabía que tenía un garrote escondido detrás del cuello blanco y tieso de su camisa. Un garrote era demasiado incluso para mí.

Sus ojos repasaron a los dos hombres de mi vida.

—Seguiré a la limusina. No me busques a tu alrededor, Anita. Estaré

allí, pero no queremos que el asesino se dé cuenta del hecho de que tienes un guardaespaldas.

—Un segundo guardaespaldas —dijo Jean-Claude—. Su, como dice, asesino, sabrá que yo estaré a su lado.

Edward asintió con la cabeza.

—Sí, si atacan la limusina, estará allí. Tendrán que planear cómo sacarle también, lo que significa que para conseguirlo necesitan una gran potencia de fuego.

—Está diciendo que soy tanto una fuerza disuasoria como una invitación al ataque, ¿es eso? —preguntó Jean-Claude.

Edward lo miró como si el vampiro hubiese dicho finalmente algo interesante. Aunque Edward no lo miró a los ojos. Yo era el único humano, que supiera, que podía mirar a los ojos del amo y no ser cautivada. Ser un nigromante tenía sus ventajas.

—Exactamente. —Lo dijo como si no esperara que un vampiro comprendiera la situación.

Pero si había algo en lo que Jean-Claude era bueno, era en sobrevivir.

—¿Iremos entonces, *ma petite*? La fiesta nos espera. —Hizo un movimiento en círculo con sus brazos, dirigiéndome hacia la puerta, pero sin coger mi mano.

Le echó un vistazo a Richard, después a mí. Se estaba comportando terriblemente bien. Jean-Claude era un dolor en el culo de categoría mundial. No iba con él ser un niño bueno.

Miré a Richard.

—Vete. Si nos besamos, se quitará tu barra de labios otra vez.

—Ya llevas bastante de su barra de labios, Richard —comentó Jean-Claude.

Por primera vez esa noche, oí el borde afilado de los celos.

Richard avanzó dos pasos y el nivel de tensión en el cuarto se elevó.

—Bien podría besarla otra vez, si eso te hace feliz.

—Parad, los dos —intervine.

—Por supuesto —asintió Jean-Claude—. Ella es mía durante el resto de la tarde. Puedo permitirme ser generoso.

Las manos de Richard se cerraron en puños. El primer flujo de poder se filtró por el ambiente.

—Me voy, ahora. —Avancé hacia la puerta y no miré atrás.

Jean-Claude me alcanzó antes de que llegara a la puerta. Se adelantó

hacia la manilla, pero después la soltó y me permitió alcanzarla.

—De verdad que olvido tu inclinación por las puertas —dijo.

—Yo no lo hago —aseguró Richard suavemente.

Me giré y lo vi, allí de pie, en vaqueros, su camiseta moldeando los músculos de sus brazos y pecho. Todavía estaba descalzo, su pelo era una masa ondulada alrededor de su cara. Si hubiera podido quedarme, podíamos habernos abrazado en el sofá viendo una de sus películas favoritas. Comenzábamos a tener nuestras películas favoritas, canciones y frases que eran nuestras. Tal vez un paseo a la luz de la luna. Su visión nocturna era casi tan buena como la mía. Quizás, más tarde podíamos terminar lo que habíamos empezado antes de la reunión.

Jean-Claude deslizó sus dedos entre los míos, llamando mi atención. Miré aquellos ojos azules, azules como el cielo antes de una tormenta, o como el agua del mar donde las rocas yacen profundas y frías. Podía tocar aquellas tres cuentas negras y comprobar si eran verdaderamente antiguas. Mi mirada viajó hacia abajo, a la pálida vista de su pecho. Sabía que la cicatriz de la quemadura en forma de cruz era áspera al toque. Mirarle hacía que mi pecho se encogiera. Era tan hermoso. ¿Siempre sentiría en mi cuerpo el tirón del suyo como un girasol que se gira hacia la luz? Tal vez. Pero al estar sujetando su mano comprendí que no era suficiente.

Jean-Claude y yo podíamos haber tenido una aventura magnífica, pero podía imaginarme pasar mi vida con Richard. ¿Era suficiente el amor? Incluso si Richard mataba por instinto de supervivencia, ¿podía él aceptar mi número de ejecuciones? ¿Podía yo aceptar a su bestia o estaría tan horrorizada por ella como él por lo otro? Jean-Claude me aceptaba sin reservas, con mis acciones, y armas. Pero yo no lo aceptaba a él. Sólo porque ambos viéramos el mundo de la misma forma, no significaba que me gustara eso.

Suspiré, y no fue un sonido feliz. Si esa hubiera sido la última vez que viera a Richard, habría saltado sobre su cuerpo y le habría dado un beso que nunca olvidaría, pero no podía hacerlo. Mientras sostuviera la mano de Jean-Claude, no podía hacerlo. Habría sido cruel para todos.

—Adiós, Richard —saludé.

—Ten cuidado —dijo él.

Parecía tan solo.

—Louie y tú vais al cine ésta noche, ¿verdad? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Debería llegar en cualquier momento.

—Bien. —Abrí la boca para decir algo más, pero no lo hice.

No había nada que decir. Me iba con Jean-Claude. Nada que dijera cambiaría eso.

—Te esperaré levantado —dijo Richard.

—Desearía que no lo hicieras.

—Lo sé.

Me marché, anduve demasiado rápido hacia la limusina que nos esperaba. Era blanca.

—Bien, ésta no es brillante y luminosa —indiqué.

—Pensé que la negra se parecía demasiado a un coche fúnebre —comentó Jean-Claude.

Edward también había salido. Cerró la puerta tras nosotros.

—Estaré allí cuando me necesites, Anita.

Encontré sus ojos.

—Sé que lo harás.

Me respondió con una breve sonrisa.

—Pero por si acaso, controla tu espalda como una hija de perra.

Sonreí.

—¿No lo hago siempre?

Le echó un vistazo al vampiro que se apoyaba en la puerta abierta de la limusina.

—No tanto como pensé que harías.

Edward caminó por la oscuridad hacia el coche que le esperaba antes de que pudiera pensar en una respuesta. Daba igual. Estaba en lo cierto. Al final me habían atrapado los monstruos. Seducirme estaba casi tan bien como asesinarme, y casi a la altura de la mutilación.



CATORCE

El nombre del club, *Danza Macabra*, parpadeaba en letras rojas de neón casi a dos metros y medio de altura. Las letras curvas fluían en ángulo, como si alguna mano gigante acabase de terminar de escribirlas. El club se ubicaba en un antiguo almacén reconvertido en cervecería. El lugar se levantaba sobre el *Riverfront*, clausurado y abandonado durante años. Era el único local que ofendía a la vista en una hilera de restaurantes elegantes, salas de baile y bares. En su mayoría, propiedad de vampiros. El *Riverfront* era también conocido como *El Distrito* o la *Esquina Sangrienta*, aunque eso no les gustaba a los vampiros. Por alguna razón, el apodo les fastidiaba. ¿Quién sabe porqué?

La multitud había bajado en tropel de la acera a la carretera hasta que la limusina se detuvo por el tumulto del gentío. Era tan caótico que hasta un policía intentaba hacer retroceder a la gente para que los coches pudieran pasar. Examiné meticulosamente la masa de personas por las lunas

polarizadas. ¿Estaría el asesino ahí fuera? ¿Estaría una de esos sonrientes y bien vestidos individuos esperando para matarme? Abrí el bolso y deslicé fuera la Seecamp.

Jean-Claude observó la pequeña arma.

—*Ma petite*, ¿estás nerviosa?

—Sí —le respondí.

Me miró, la cara ladeada hacia un lado.

—Sí, estás nerviosa. ¿Por qué te irrita un asesino humano tanto o más que todas las criaturas preternaturales con las que has luchado?

—Todos los demás me han buscado para matarme, eran asuntos personales. Entiendo lo personal. Quienquiera que hace esto, lo hace por negocios. Simplemente negocios.

—Pero ¿por qué te asusta más? Puedes resultar muerta igual sin tener en cuenta los motivos de tu asaltante.

—Muchas gracias —respondí irónica.

Me tocó la mano mientras sujetaba el arma.

—Estoy tratando de entender, *ma petite*, eso es todo.

—No sé exactamente por qué me molesta. Sólo lo hace —contesté—. Me gusta ponerles cara a mis enemigos. Si alguien te mata, no debería ser sólo por dinero.

—Así qué, ¿matar por dinero ofende tus principios morales? —preguntó. Su voz era muy suave, demasiado suave, como si silenciosamente se riera en su interior.

—Sí, maldición, lo hace.

—Pero tienes amistad con Edward.

—Nunca dije que fuera racional, Jean-Claude.

—Eres una de las personas más coherentes que he conocido, *ma petite*.

—¿Cómo de coherente es tener citas con dos hombres?

—¿Crees que te hace frívola el que seas incapaz de escoger a uno? —Estaba inclinado hacia mí mientras lo decía, alisándome con su mano la manga de la americana.

El problema era que casi había escogido. Casi se lo dije, pero no lo hice. En primer lugar, no estaba segura al cien por cien. En segundo lugar, Jean-Claude me había chantajeado. O tenía una cita con él, o mataba a Richard. Quería la posibilidad de cortejarme lejos de Richard. Lo que en realidad significaba que tenía que salir con él. Él lo sugirió. «Si dejas a Richard besarte, pero no a mí, no es justo». Supuestamente, si escogía a

Richard, Jean-Claude simplemente se apartaría. Creo que era lo suficientemente egoísta como para hacerlo. El *Amo de la Ciudad* no podía imaginar a nadie no siendo persuadido en algún momento. No si uno tuviese acceso a su precioso cuerpo. Seguía ofreciéndomelo. Seguía negándome. Si escogía a Richard, ¿realmente se retiraría con gracia o nos metería a todos en un baño de sangre?

Me perdí en sus ojos azul oscuro y no lo supe. Nos conocíamos desde hacía años. Citándonos durante meses. Pero aún era un misterio para mí. Simplemente, no sabía lo que haría. No estaba dispuesta a pulsar ese botón, todavía no.

—¿En qué piensas tan seriamente, *ma petite*? No me digas que en el asesino. No te creería.

No supe que contestar, así que negué con la cabeza.

Su mano pasó por la parte superior de mis hombros, hasta hacerme apoyar en la curva de su brazo. La percepción de ese cuerpo tan cercano hizo revolotear mi estómago. Se inclinó hacia adelante en un intento de besarme y le detuve, el dorso de mi mano izquierda contra su pecho. Ahora que tocaba la piel desnuda no estaba segura de que eso ayudara.

—Te comportaste hasta llegar aquí. ¿Qué te pasa ahora? —pregunté.

—Estoy tratando de consolarte, *ma petite*.

—Sí, de acuerdo —contesté.

Me abrazó la cintura con el otro brazo, colocando la parte superior de mi cuerpo contra él. Aún tenía el arma en mi mano, pero comencé a sentirme incomoda. No iba a usarla contra Jean-Claude y el asesino no llegaría cruzando las puertas cerradas. Era demasiado forzado con una multitud de este tamaño y con policías dirigiendo tráfico. Demasiado valiente, incluso para un profesional.

Deslicé el brazo a través de su espalda, el arma todavía en mi mano.

—Si me besas, tendré que retocarme el pintalabios.

Inclinó la cara lo bastante cerca como para besarme, los labios tan juntos a los míos que podía haber respirado dentro. Susurró por encima de mi boca.

—No lo haremos.

Me besó la mejilla, deslizando los labios por debajo del borde de mi mandíbula.

Le toqué la cara con el borde del arma, girándola donde la pudiera ver. Sus ojos se oscurecieron.

—Sin besuqueos —dije.

Quise decirlo. Sólo me había ofrecido como donante voluntaria de sangre una vez, y fue cuando se estaba muriendo. No compartiría fluidos corporales con el *Amo de la Ciudad*.

Restregó la mejilla contra el arma.

—Tenía en mente algo un poco más abajo.

Apoyó la cabeza en mi cuello, lamiéndome la piel. Por un segundo me pregunté cuanto de bajo planeaba llegar, luego le aparté.

—No lo creo —contesté medio riendo.

—¿Te sientes mejor ahora, *ma petite*?

Le observé durante un segundo, luego me reí. Lo estaba.

—Eres un retorcido hijo de puta, ¿lo sabías?

—Me lo han dicho antes —contestó sonriendo.

La policía había apartado a la multitud y la limusina avanzaba.

—Lo hiciste para animarme —sonó casi acusatorio.

Abrió los ojos.

—¿Haría yo tal cosa?

Le miré y sentí la sonrisa aparecer en mi cara. Realmente le miré durante un instante, no sólo como el objeto de deseo más grande del mundo, sino como él, Jean-Claude. El *Amo de la Ciudad* estaba preocupado por mis sentimientos. Sacudí la cabeza. ¿Cada vez era más agradable o me estaba engañando a mí misma?

—¿Por qué estás tan seria, *ma petite*?

—Lo de siempre, intento averiguar lo sincero eres.

Su sonrisa se amplió.

—Siempre soy sincero, *ma petite*, incluso cuando miento.

—Y eso es lo que te hace tan bueno en ello —contesté.

Asintió con la cabeza una vez, casi fue una reverencia.

—Exactamente. —Miró hacia delante—. Estamos a punto de meternos en un mar de medios de comunicación, *ma petite*. ¿Puedes guardar la pistola? Creo que la prensa se sentirá un poco mejor.

—¿Prensa? —pregunté—, ¿te refieres a los medios de comunicación locales?

—Locales, sí.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Cuando la puerta se abra, por favor, toma mi brazo y sonríe, *ma petite*.

Fruncí el ceño.

—¿Qué va a suceder?

—Estás a punto de ser presentada al mundo.

—Jean-Claude, ¿qué estás haciendo?

—No es culpa mía, *ma petite*. No me gusta mucho ser el centro de atención. El consejo de vampiros me ha elegido para ser su representante con los medios de comunicación.

—Sé que tenías que salir de la caja de vampiros locales después de ganar el último desafío pero ¿no es peligroso? Quiero decir, has fingido ser un misterioso maestro con un siervo fuera de serie. Eso te mantiene a salvo de otros desafíos.

—La mayoría de los maestros utilizan a alguien para distraer la atención, *ma petite*. Se reducen los retos y los asesinatos humanos.

—Sé todo eso, así qué, ¿por qué te vas a hacer público?

—El Consejo cree que acechar en las sombras les da argumentos a nuestros detractores. A todos los nuestros que encajen bien en los medios de comunicación, se nos ha ordenado salir a la luz, por así decirlo.

Me quedé observándole.

—¿Cómo a la luz?

—Guarda la pistola, *ma petite*. El portero abrirá la puerta y habrá cámaras.

Le miré, pero guardé la Seecamp en el bolso.

—¿En qué me has metido, Jean-Claude?

—Sonríe, *ma petite*, o al menos no frunzas el ceño.

La puerta se abrió antes de que pudiera decir nada más. Un hombre con un esmoquin la abrió. Los flashes de las cámaras me cegaron y sabía que molestaba más a sus ojos que a los míos. Estaba sonriente mientras me sostenía una mano. Si podía mirar sin pestañear durante tanto tiempo con la luz en la cara podría ser gracioso. Siempre podría luchar después.

Salí de la limusina y me alegré de que sujetara mi mano. Flashes por todas partes, como pequeños soles. La multitud se abalanzó hacia delante, los micrófonos fueron empujados hacia nosotros como cuchillos. Si no hubiera estado sosteniendo mi mano con fuerza, me hubiera regresado al interior de la limusina. Me acerqué a él sólo para poder mantenerme de pie. ¿Dónde diablos estaba el control de masas? Un micrófono casi me golpeó la cara. Una voz de mujer gritó demasiado cerca.

—¿Es bueno en la cama? ¿O más bien sería ataúd?

—¿Qué? —pregunté.

—¿Es bueno en la cama?

Hubo un momento de silencio mientras todo el mundo esperaba mi respuesta. Antes de que pudiera abrir la boca y decir algo mordaz, Jean-Claude se interpuso, elegante como siempre.

—No contamos si nos besamos, ¿verdad, *ma petite*? —Su acento francés era más profundo de lo que jamás le había escuchado.

—¿*Ma Petite* es un nombre de mascota para ella? —intervino la voz de un hombre.

—*Oui* —contestó.

Me miró y se inclinó como si me fuera a besar en la mejilla. Susurró:

—Ódiame más tarde, *ma petite*. Hay cámaras por todas partes.

Quería decir que me importaba una mierda, pero no lo hice. Quiero decir, creo que no lo hice. Me sentí como un conejo ante los faros. Si el asesino hubiera salido con un arma en ese momento, me hubiera dejado disparar. Ese pensamiento, más que nada, me trajo de vuelta a mí misma, me ayudó a pensar de nuevo. Empecé a tratar de ver más allá de las luces, los micrófonos, unas cuantas grabadoras y numerosas cámaras de vídeo.

Vi, al menos, dos logos en las cámaras de medios nacionales. Mierda.

Jean-Claude estaba respondiendo preguntas como un profesional; sonriente, amable, el perfecto chico vampiro de portada. Sonreí y me incliné de puntillas hacia él, poniendo mis labios tan cerca de su oído que lo podría haber lamido, pero tenía la esperanza de que los micrófonos no recogieran lo que le estaba diciendo. Estaba segura de que parecía tímida y aniñada como el infierno, pero bueno, nada es perfecto.

—Sácame de aquí, ahora, o saco el arma y despejo el camino —susurré.

Se rió y su risa recorrió mi piel; cálida, delicada y vagamente obscena. Los periodistas gimieron. Me pregunté si la risa de Jean-Claude funcionaría con una grabadora o con video. Era una idea aterradora.

—Oh, *ma petite*, niña traviesa.

—No me llames nunca eso de nuevo —susurré.

—Mis disculpas.

Sonrió, saludó y empezó a acompañarme a través del tumulto de periodistas. Dos porteros vampiros habían salido a ayudar a despejar el camino. Los dos eran grandes y musculosos, y ninguno llevaba muerto mucho tiempo. Se veían con las mejillas rosadas y casi vivos. Habían debido alimentar a alguien esa noche. Posiblemente, a Jean-Claude. Cada

vez me era más difícil lanzarles piedras a los monstruos.

La puerta se abrió y entramos. El silencio era maravilloso. Me volví hacia él.

—¿Cómo te atreves a arrastrarme a este tipo de cobertura mediática?

—Esto no te dañará, *ma petite*.

—¿Se te ha ocurrido pensar que si elijo a Richard podría no querer que todo el mundo supiera que estaba saliendo con un vampiro?

Mostró una ligera sonrisa.

—¿Lo suficientemente bueno para una cita, pero no lo bastante como para hacerlo público?

—Hemos ido juntos a todas partes, desde conciertos hasta al ballet. No me avergüenzo de ti.

—¿De verdad? —La sonrisa había desaparecido, reemplazado por otra cosa, no ira exactamente, pero estaba muy cerca—. Entonces, ¿por qué estás enojada, *ma petite*?

Abrí la boca, después la cerré. La verdad es que preferiría no haberlo hecho público porque creo que podría elegir a Jean-Claude. Él era un vampiro, un muerto. En ese momento me di cuenta de cuantos prejuicios tenía aún. Era bastante bueno para una cita. Suficiente para ir de la mano y quizás un poco más. Pero había un límite. Siempre un punto donde sabía que iba a parar debido a que era un cadáver. Un cadáver hermoso, pero un vampiro es un vampiro. En realidad, no te puedes enamorar de uno. No puedes tener relaciones sexuales con uno. De ninguna manera. Había roto una de las normas de Jean-Claude para la citas con los chicos. Nunca le había dado a Jean-Claude las mismas oportunidades que a Richard. Y ahora, con la cobertura de la televisión nacional, el murciélago estaba fuera de la bolsa. Me daba vergüenza que alguien pudiera pensar que en realidad podría salir con él.

Que realmente pueda preocuparme de un muerto que anda.

La ira arrasó con el conocimiento de que era una hipócrita. No sé cuánto se notaba en mi cara, pero Jean-Claude inclinó la cabeza hacia un lado.

—Los pensamientos están volando por tu cara, *ma petite*, pero ¿qué pensamientos?

Le miré fijamente.

—Creo que te debo una disculpa.

Sus ojos se agrandaron.

—Entonces, ésta es una ocasión verdaderamente histórica. ¿Por qué te disculpas?

No estaba segura de cómo expresarlo en palabras.

—Tienes razón, estoy equivocada.

Se puso los dedos en el pecho, la cara fingía sorpresa.

—Admites que me has tratado como un secreto culpable, escondido. Exiliado de tus sentimientos reales, a la vez que te abrazas con Richard y su carne viva.

Fruncí el ceño.

—Ya basta. Dudo que alguna vez te dé otra disculpa por algo.

—Un baile será suficiente —dijo.

—Yo no bailo. Lo sabes.

—Es la gran inauguración de mi club de baile, *ma petite*. Eres mi cita. ¿De verdad me vas a negar un baile?

Dicho así parecía insignificante.

—Un baile.

Sonrió con picardía, seductor. La sonrisa que la serpiente debió conceder a Eva.

—Creo que vamos a bailar muy juntos, *ma petite*.

—Lo dudo.

—Creo que haríamos muchas cosas muy juntos.

—Te doy un baile y deseas el paquete entero. Bastardo exigente.

Hizo una pequeña reverencia, sonriente, con los ojos brillantes.

Una vampira se dirigió hacia nosotros. Era más alta que Jean-Claude por unos centímetros, por lo menos medía un metro ochenta y dos. Era rubia, con ojos azules, y si hubiera parecido más nórdica, hubiera sido una chica de un póster nazi. Llevaba un traje azul violeta con agujeros estratégicamente cortados. El cuerpo que se trasparentaba era ancho de hombros, musculoso, y aun se las arreglaba para ser de pecho grande. Botas de cuero violetas, exactamente del mismo color que el traje, rodeaban las largas y musculosas piernas, hasta los muslos.

—Anita Blake, ella es Liv.

—Déjame adivinar —dije—, Jean-Claude eligió el vestuario.

Liv me miró desde su considerable altura como si me intimidara por ser alta. Sonrió cuando ni me inmuté.

—Es el jefe.

Me quedé mirándola. Casi me pregunté por qué. Podía sentir su edad

presionando sobre mí. Tenía seiscientos años. Dos veces o más la edad de Jean-Claude. Entonces, ¿por qué no era la jefa? Pude sentir la respuesta a lo largo de mi piel, como un viento fresco. No tenía el poder suficiente. No era un maestro vampiro y ningún periodo de años lo iba a cambiar.

—¿Qué estás mirando? —Me miró a los ojos y sacudió la cabeza—. Efectivamente, es inmune a nuestra mirada.

—A tu mirada fija —le indiqué.

Se puso las manos en las caderas.

—¿Qué se supone que significa?

—Significa que no puedes exprimirme —contesté.

Dio un paso adelante.

—¿Por qué no te estrecho y te exprimo un poco?

Este momento era el que, no tener un arma en la funda, podría hacer que me matara. Podría conseguir uno de los cuchillos, pero a menos que estuviera muy cerca de ella no serviría de nada. Podría deslizar la mano en el bolso, la mayoría de la gente no espera ver salir una pistola de un bolso tan pequeño. Por supuesto, si Liv me sorprendía yendo por el arma podía llegar a mí antes de que pudiera desenfundar. Con una funda lo hubiera intentado. De un bolso colgado de una correa, no lo creo. Los vampiros son demasiado rápidos.

—¿Cuántos vampiros has matado hasta ahora, Anita? —preguntó Jean-Claude.

La pregunta me sorprendió y mi respuesta me sorprendió más.

—Más de veinte muertes legales.

—¿Cuántos muertos totales, *ma petite*?

—No lo sé —respondí. Ahora tenían que ser más de treinta, pero la verdad, no lo recordaba. No sabía cuántas vidas había tomado. Mala señal.

—Liv es mía, *ma petite*. Puedes hablar libremente delante de ella.

Sacudí la cabeza.

—Nunca admitir muertes ante extraños, Jean-Claude. Es una regla.

Liv me miró. No pareció gustarle lo que vio.

—Así que ésta es la Ejecutora —sacudió la cabeza—. Es un poco pequeña, ¿no?

Caminó a mí alrededor como si fuera un caballo en venta. Cuando estuvo de espaldas a mí, abrí el bolso. En el momento en que dio la vuelta otra vez, tenía la pistola detrás del bolso, discreta, aunque en un apuro creo que podría haber disparado a través del bolso. Pero ¿por qué si no era

necesario?

Liv sacudió la cabeza.

—Es bonita, pero no impresionante. —Se situó detrás de Jean-Claude, pasando las fuertes manos sobre sus hombros y brazos. Terminó con las manos alrededor de la cintura, los dedos manoseando su cuerpo.

Empezaba a cansarme de Liv.

—Puedo hacer cosas que ningún ser humano puede hacer por ti, Jean-Claude.

—Estás siendo grosera con Anita. No te lo voy a recordar de nuevo. —Hubo frialdad, incluso amenaza, en su voz.

Liv se separó de él y se quedó entre nosotros, con las manos en las caderas.

—El gran Jean-Claude llevado al celibato por una humana. La gente se ríe a tus espaldas.

—¿Celibato? —pregunté.

Jean-Claude me miró y luego suspiró.

—Hasta que renuncies a comportarte como una monja, *ma petite*, estoy jugando al monje.

Mis ojos se abrieron. No pude evitarlo. Sabía que Richard y yo teníamos un amante cada uno y que habíamos elegido el celibato a pesar de todo. Pero nunca había pensado en Jean-Claude y lo que podría estar haciendo para satisfacer sus necesidades. La abstinencia no habría sido una de mis opciones para él.

—Pareces sorprendida, *ma petite*.

—Creo que cualquiera que exude sexo de la manera en que tú lo haces… Nunca pensé en ello.

—Sin embargo, si descubrieras que he estado durmiendo con otra mujer, viva o muerta, mientras somos novios, ¿qué harías?

—Te dejaría al momento.

—Exactamente.

Liv rió, un fuerte y desagradable sonido.

—Incluso tú humana no te cree.

Jean-Claude se dirigió a ella, los ojos resplandecientes de llamas zafiro.

—Dices que se ríen a mis espaldas.

Ella asintió sin dejar de reír.

—Pero sólo tú te estás riendo en mi cara.

Su risa murió repentinamente, como accionada por un interruptor. Ella

le miró fijamente.

—Un poco más de obediencia, Liv, ¿o se trata de un desafío a mi autoridad?

Se quedó perpleja.

—No, quiero decir, no era mi intención.

Apenas la miró.

—Entonces será mejor pedir perdón, ¿no?

Se dejó caer en una rodilla. No parecía asustada, pero sí como si hubiera cometido alguna enorme metedura de pata social y ahora tuviera que arreglarlo.

—Le pido perdón, *Maestro*. Me olvidé.

—Sí, es cierto, Liv. No lo conviertas en un hábito.

Liv se puso de pie, todo sonrisas, todo perdonado. Simplemente así. Las maniobras políticas flotaban espesas en el aire.

—Es sólo que ella no parece tan peligrosa como la pintas.

—Anita —dijo Jean-Claude—, muestra lo que tienes en la mano.

Moví el bolso a un lado mostrando el arma.

—Podría tener mis manos en tu garganta antes de que pudieras apuntar con ese juguete —comentó Liv.

—No —contesté—, no podrías.

—¿Es un desafío? —preguntó.

—Seiscientos años de vida, década más o menos —indiqué—. No los tires a la basura por un poco de alarde.

—¿Cómo sabes mi edad?

Sonreí.

—No estoy de humor para engaños esta noche, Liv. No me pruebes.

Me miró cuidadosamente.

—Eres nigromante, no sólo reanimadora de cadáveres. Puedo sentirte dentro de mi cabeza, casi como a otro vampiro. —Miró a Jean-Claude—. ¿Por qué no lo sentí antes?

—Su poder fluye cuando se siente amenazada —contestó.

Eso era nuevo para mí. Que yo supiera, no estaba usando ningún poder en ese momento. Pero no lo dije en voz alta. Ahora no era el momento de hacer preguntas estúpidas o incluso inteligentes.

Liv se apartó, casi como si tuviera miedo.

—Abriremos en una hora. Tengo trabajo que hacer. —Se acercó a la puerta sin apartar los ojos de mí.

La vi moverse, feliz con su reacción, pero sin comprenderla.

—Vamos, Anita —dijo Jean-Claude—. Quiero mostrarte mi club.

Dejé que me llevara a la zona principal. El almacén se había modificado hasta dejar tres pisos de altura con barandillas alrededor de cada planta. La principal pista de baile era enorme, brillante y pulida, reluciente bajo la tenue luz. La iluminación estaba escondida, por lo que era difícil saber de dónde venía la luz.

Siluetas colgaban del techo. A primera vista pensé que eran cuerpos, pero eran maniquíes, muñecos de goma a tamaño real y muñecos de pruebas de accidentes. Algunos estaban desnudos, otros envueltos en papel celofán, otros en cuero negro o vinilo. Una muñeca de goma llevaba un bikini de metal.

Estaban colgados de cadenas a diferentes niveles. Eran móviles.

—Eso es innovador —comenté.

—Un artista nuevo y prometedor lo hizo especialmente para el club.

Asentí.

—Marca la diferencia. —Guardé la pistola en el bolso, pero lo mantuve abierto. De esa manera podía llegar a ella de forma sorprendentemente rápida. Además, no podía caminar toda la noche con un arma cargada en la mano. Al final, la mano comienza a acalambrarse, no importa cuán pequeña sea el arma.

Jean-Claude se deslizó por la pista de baile y le seguí.

—Liv tenía miedo de mí, ¿por qué?

Se volvió con gracia, sonriendo.

—Eres la Ejecutora.

Sacudí la cabeza.

—Dijo que me podía sentir en su cabeza como a otro vampiro, ¿qué quiso decir?

Suspiró.

—Eres nigromante, *ma petite*, y tu poder crece con el uso.

—¿Por qué habría de asustar a un vampiro de seiscientos años?

—Eres implacable, *ma petite*.

—Es uno de mis encantos.

—Si respondo a tu pregunta, ¿vas a disfrutar conmigo del club y ser mi cita hasta que el asesino aparezca?

—Gracias por recordármelo.

—No lo has olvidado.

—No, no lo hice. Así que sí, responde a mi pregunta y jugaré a la cita.

—¿Jugar?

—Deja de dar rodeos y responde a la pregunta. —Pensé en otra cuestión que quisiera que me respondiera—. Dos preguntas.

Alzó las cejas, pero asintió con la cabeza.

—En el folclore y en los mitos populares, a los vampiros se nos da facultades que no poseemos; control del clima, convertirnos en animales. Los nigromantes, supuestamente, son capaces de controlar a todos las clases de muertos vivientes.

—¿Control? No te refieres sólo a los zombis, ¿verdad?

—No, *ma petite*.

—Entonces, ¿Liv tiene miedo de que la controle?

—Algo así.

—Pero es una locura. No puedo ordenar a los vampiros. —En el momento en que lo dije, dudé. No era cierto. Una vez había levantado un vampiro. Una vez. Una vez había sido suficiente.

Algo debió mostrar mi cara porque Jean-Claude me rozó la mejilla.

—¿Qué es, *ma petite*?¿Qué es lo que llena tus ojos con tal terror?

Abrí la boca y mentí.

—Si pudiera ordenarles caminar a los vampiros, Serephina no me hubiera casi vencido dos meses atrás.

Su rostro se suavizó.

—Está muerta, *ma petite*. Muerta y bien muerta. Lo has visto. —Se inclinó hacia delante y me besó la frente. Sus labios eran como suave seda. Acarició mi frente con ellos, acercando su cuerpo, consolándome.

Me hizo sentir culpable como el demonio. Aún tenía pesadillas con Serephina, eso era cierto. Sólo con decir su nombre en voz alta se me creaba un nudo en el estómago. De todos los vampiros con los que me había enfrentado, ella había estado más cerca de conseguirme. No matarme, eso ocurriría tarde o temprano. No, casi me había hecho una de ellos. Casi me dieron ganas de ser una de ellos. Me había ofrecido algo más precioso que el sexo o el poder. Me ofreció paz. Había sido una mentira, pero mientras duró, había sido una buena. ¿Por qué no decirle a Jean-Claude la verdad? Bueno, no era de su maldita incumbencia. Francamente, lo que había hecho me asustó. No quería tratar con ello. No quería pensar en ello. No quería saber cuáles podrían ser las ramificaciones filosóficas de levantar a un vampiro durante el día.

Era muy buena haciendo caso omiso a las cosas que no quería tratar.

—*Ma petite*, estás temblando. —Me empujó de nuevo hacia él para verme el rostro.

Sacudí la cabeza.

—Hay un asesino que quiere matarme y te preguntas por qué estoy temblando.

—Te conozco muy bien, *ma petite*. No es por eso por lo que tiemblas.

—No me gusta que me utilicen como una especie de coco para los vampiros. No soy ese tipo de terror.

—No, pero he alentado la ilusión.

Me aparte de él.

—¿Quieres decir que le has estado contando a otros vampiros que podía controlarlos?

—Una mención o dos. —Sonrió, y con esa simple expresión, sabía que tenía malos pensamientos.

—¿Por qué, por amor de Dios?

—He aprendido una lección de nuestro diplomático Richard. Se ha ganado a muchos lobos con la simple promesa de tratarlos bien, de no obligarlos a hacer cosas que no quieren hacer.

—¿Y? —pregunté.

—He invitado a algunos vampiros a unirse a mi rebaño, no con promesas de miedo e intimidación, sino de seguridad.

—¿Cómo a Liv?

Asintió.

—¿Cómo puedes estar seguro de que no iniciaran una revuelta palaciega? —pregunté.

—Hay formas.

—Como amenazarlos con un nigromante —apunté.

Sonrió.

—Cierto.

—No todo el mundo se lo va a creer.

—Sé que yo no —dijo una voz.



QUINCE

Me giré para ver a otro vampiro ante mí. Era alto y delgado, con la piel de un color tan blanco como el papel, pero éste no tenía músculos moviéndose por debajo, y no se deslizaba por las escaleras como si fuera un dios atravesando la habitación. El pelo le caía sobre los hombros, de un color rojo tan puro que parecía casi del color de la sangre. Destacaba sobre su pálida piel. Llevaba un abrigo largo y negro que parecía de mil setecientos, y debajo se apreciaba el pecho desnudo y brillante. La pesada tela estaba cubierta totalmente por un bordado de un color verde tan llamativo que casi brillaba. El bordado iba a juego con los ojos. Verdes, como los ojos de un gato; verde esmeralda. De cintura para abajo llevaba un pantalón deportivo verde de lycra, que dejaban muy poco a la imaginación. Llevaba una faja en la cintura, como si fuera un cinturón negro pirata con una franja verde.

Unas botas hasta las rodillas completaban su atuendo.

Pensé que sabía todo sobre los chupasangres de la ciudad, pero habían

aparecido dos nuevos en menos de dos minutos.

—¿Cuántos vampiros hay en la ciudad? —pregunté.

—Unos pocos —dijo Jean-Claude—. Este es Damian. Damian, esta es Anita.

—Me siento estúpido con esta ropa —comentó.

—Pero te ves espléndido, ¿no es así, *ma petite*?

Asentí.

—Espléndido es una forma de decirlo.

Jean-Claude rodeó al nuevo vampiro, creando brillos de colores sobre el abrigo.

—¿No lo apruebas, Anita?

Suspiré.

—Es solo que… —Me encogí de hombros—. ¿Por qué haces que todo el mundo a tu alrededor se vista como si acabaran de salir de una fantasía sexual de gran presupuesto?

Se rió y el sonido me envolvió, llegando hasta lugares que nunca había tocado antes.

—Deja de hacer eso —dije.

—Te gusta, *ma petite*.

—Quizás, pero deja de hacerlo.

—Jean-Claude siempre ha tenido gusto para la moda —comentó Damian—, y el sexo siempre ha sido uno de sus pasatiempos favoritos, ¿verdad?

Había algo en la forma en que lo dijo, que hizo que la última parte no sonara como un cumplido.

Jean-Claude lo enfrentó.

—Y aun así, a pesar de eso, aquí estás, en mi territorio, pidiéndome protección.

Un fuego verde arrasó las pupilas de los ojos de Damian.

—Gracias por recordármelo.

—Recuerda quién es el maestro aquí, Damian, o serás expulsado. El consejo interfirió con tu antiguo maestro, te rescató de ella. No quería liberarte. Hablé en tu favor. Pagué el rescate porque recordaba lo que era estar atrapado. Ser obligado a hacer cosas que no quieres hacer. Ser usado y atormentado.

Damian se tensó un poco, pero no apartó la mirada.

—Ya has dejado clara tu opinión. Me… alegro de estar aquí. —Apartó

la mirada, después miró al suelo y un escalofrío le recorrió—. Me alegro de haber sido liberado de sus garras. —Cuando volvió a mirarle, los ojos habían vuelto a la normalidad. Consiguió esbozar una sonrisa que no llegó a iluminarle los ojos—. Ir disfrazado no es lo peor que he tenido que hacer.

Tenía una tristeza en la voz que me hizo querer preguntar a Jean-Claude si le dejaría ponerse unos pantalones, pero no lo hice. Jean-Claude estaba caminando sobre la cuerda floja. Damian tenía más de quinientos años. No era un maestro, pero aun así tenía mucho poder. Jean-Claude quizás fuera capaz de manejar a Liv y a Damian, pero si fueran más, *Amo de la Ciudad* o no, no quería averiguarlo. Lo que significaba que estos pequeños juegos de poder eran necesarios. Los otros no podían permitirse olvidar quien era el maestro, porque una vez que lo hicieran, se terminaría para él. Si me hubiera preguntado mi opinión antes de enviar las invitaciones, habría dicho que no.

Al otro extremo de la habitación se abrió una puerta. Era una puerta negra sobre una pared negra, y casi pareció magia cuando una mujer salió por ella. Era aproximadamente de mi misma altura, con el pelo moreno ondulado hasta la cintura. Llevaba un pantalón turquesa con un sujetador deportivo a juego. Lazos cruzados iban desde el pantalón hasta el sujetador, enfatizando la fina cintura. Botas negras de vinilo le llegaban hasta las rodillas, con un pequeño dobladillo que las tapaba. Bajó las escaleras y atravesó la habitación con un andar que más parecía una carrera. Entró como si la habitación fuera suya, o quizás lo fuera, estuviese donde estuviese.

Se detuvo a nuestro lado sonriendo agradablemente, con ojos marrones con un toque verdoso debido a la cinta turquesa que le rodeaba el cuello.

—¿Qué tal?

—Te ves adorable, Cassandra —dijo Jean-Claude.

—Te ves mejor que yo —comentó Damian.

—Eso es cuestión de opiniones —indiqué.

La mujer me miró. Recorrió con los ojos a Damian, me sostuvo la mirada, y ambas nos reímos.

Damian parecía molesto. Jean-Claude me miró.

—Comparte la broma con nosotros, *ma petite*, por favor.

Miré a Cassandra de nuevo a los ojos, me tragué otra risa y negué con la cabeza. Respiré varias veces. Cuando estaba segura de poder hablar sin reírme, lo hice.

—Bromas de chicas, no lo comprenderías.

—Muy diplomática —comentó Cassandra—. Estoy impresionada.

—Si supieras lo diplomática que puede ser *ma petite*, estarías mucho más impresionada —le contestó Jean-Claude. Había entendido la broma, por si había alguna duda.

Damian nos fruncía el ceño, todavía sin entender. Lógico.

Jean-Claude miró a Cassandra, luego a mí y de nuevo a ella.

—¿Os conocéis?

Negamos con la cabeza al unísono.

—Cassandra, Anita. Mi nueva loba, te presento a la luz que ilumina mi vida. Cassandra es una de tus guardianas nocturnas.

—Eres muy buena. No lo había notado.

Su sonrisa se amplió.

—Richard dijo que al principio tampoco sabías que él era un hombre lobo.

Instantáneamente una sombra de celos apareció. Por supuesto, si era una mujer lobo y estaba con Jean-Claude, era una de las seguidoras de Richard.

—No estabas en la reunión.

—Jean-Claude me necesitaba aquí. No podía estar sin Jason y sin mí.

Miré a Jean-Claude. Sabía lo que Jason había hecho por él. Le había mordido cuando se había despertado, y para un vampiro chupar sangre era lo más cercano al sexo.

—Por supuesto —dije.

—No te preocupes, *ma petite*. Cassandra no compartirá sangre conmigo. Ella y Richard se parecen mucho. Creo que Richard la escogió porque se parece algo a ti, no solo físicamente, también tiene un *je ne sais quoi*.

—*Je ne sais quoi* es «nada» en francés —comenté.

—Quiere decir algo que no se puede definir, que es complicado de explicar con palabras, *ma petite*. Una cualidad que sobrepasa el vocabulario.

—Habla muy bien, ¿verdad? —dijo Cassandra.

—Tiene sus momentos —contesté—. No puedes desangrar a Jason cada día. Incluso un hombre lobo necesita tiempo para recuperarse.

—Stephen es un donante voluntario.

—¿Por qué Stephen no pasó la noche contigo? —pregunté.

—¿Eso es una acusación? —contraatacó Jean-Claude.

—Solo responde a la pregunta.

—Me pidió la tarde libre para pasar tiempo con su hermano. ¿Quién soy yo para entrometerme en las relaciones familiares? —Me miró mientras respondía, como si no le gustara mucho tener esta conversación. Aunque a mí tampoco.

El hermano de Stephen le había traicionado, había hecho de cebo para una trampa. Maldición.

—¿Dónde está Stephen?

—En la habitación de atrás —contestó Cassandra—. Me ha ayudado a meterme dentro de esto. No podía con todos los lazos. —Bajó el abrigo por la parte trasera, girándose para que pudiera verle la espalda. Los lazos formaban una intrincada red, muchos de ellos no podrían haberse ajustado sin ayuda. Volvió a ponerse bien el abrigo y se giró, mirándome—. Te tomas a esa hembra alfa en serio, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Me preocupa la seguridad de Stephen.

Cassandra asintió con cara seria, pensativa.

—Me gusta eso. A veces, las hembras alfa sólo son una posición de cortesía. Sólo un nombre para la amante del líder de la manada. La mayoría no son tan activas como Raina. —Hizo una mueca al pronunciar el nombre, como si hubiera tomado algo amargo.

Jean-Claude la interrumpió.

—Os dejaré seguir hablando entre chicas. Tengo cosas que hacer antes de que abra el club. —Me besó el dorso de la mano y se marchó, dejándonos solas en mitad del club. Damian se había ido detrás de él, como si se lo hubiera pedido.

Por un momento me sentí nerviosa. Cassandra y yo estábamos muy expuestas.

—Vayamos allí —señalé las escaleras que daban al siguiente piso. Nos sentamos en ellas, tuve que estirarme la falda al hacerlo. Incluso eso no sirvió. Tuve que mantener los pies y las rodillas juntas para que no se viera todo. En fin.

—Deja que adivine —dije—. Raina te quería para sus películas.

—Quiere para sus películas a cualquier persona que sea ligeramente atractiva. Aunque algunas veces compartir su cama para hacer una prueba puede sacarte de ellas. Me ofreció a Gabriel para intentarlo. Ese maldito

leopardo ni siquiera es un miembro de la manada.

—Si lo fuera, sería el líder —dije.

Cassandra negó con la cabeza.

—Gabriel no podría ganar a Marcus, por no mencionar a Richard. Sólo es el líder de los leopardos porque no hay nadie más fuerte. Es un alfa, pero está arruinado. Eso le hace ser débil.

—Que sea un pervertido sexual no significa que pueda perder una batalla —indiqué.

—No es eso —dijo Cassandra—. Es demasiado peligroso en el sexo. Los *licántropos* pueden soportar mucho daño —se estremeció—. Las cosas que quería hacer conmigo… —Me miró, y pude ver el miedo en sus ojos —. Dice que casi le destripaste una vez, cuando te tenía contra el suelo.

Aparté la mirada.

—Sí.

Cassandra me tocó el brazo, y no noté poder alguno. Era tan buena escondiéndolo como Richard. Hacía que Sylvie pareciera una aficionada. El roce me hizo volver a mirarla.

—Siente algo por ti, Anita. No se lo dije a Richard porque, bueno, soy nueva en la manada. Llegué a la ciudad hace dos semanas. Tenía miedo de que si le dijera lo que Gabriel decía de ti, haría algo estúpido. Pero al conocerte, quizás con decírtelo sea suficiente. Puedes decidir si Richard debe saberlo o no.

Se veía seria. Y eso me dio miedo.

—¿Qué dijo Gabriel?

Cassandra respiró profundamente.

—Tiene una fantasía contigo. Quiere que vayas armada con cuchillos y que intentes matarle, en una película, mientras él te viola.

La miré. Quise decir «estás de broma», pero sabía que no lo estaba. Gabriel era así de retorcido.

—En su imaginación, ¿cómo termina la película?

—Contigo muerta —dijo ella.

—¿Mientras me viola? —pregunté.

Asintió.

Me abracé a mí misma pasando las manos sobre los brazos, acariciándome la espalda, sintiendo las armas que llevaba. Iba armada. Estaba a salvo, pero maldición.

Me tocó el hombro.

—¿Estás bien?

—Vaya, no es conmovedor —apuntó una voz masculina detrás nuestro, en las escaleras. Cassandra se puso de pie, plantándole cara al instante. Deslicé la mano hacia el bolso abierto para sacar la Seecamp. La pistola se enganchó con la tela y me llevó un par de segundos, pero al final estaba fuera y preparada. Me giré en las escaleras, sobre una rodilla, sin molestarme en levantarme. Algunas veces, ponerte de pie te hace un blanco más fácil.

Sabin estaba unos cinco escalones sobre nosotras. Ninguna de las dos le había sentido llegar. Iba vestido como le había visto en la oficina, con una capa con capucha que le tapaba de la cabeza a los pies. Ahora podía ver lo que había bajo la capa. No había pies, estaba flotando sobre las escaleras.

—Ojalá pudiera verle la cara, Srta. Blake.

Me tragué el pulso y le contesté.

—No sabía que estaría aquí esta noche, Sabin.

Cassandra avanzó un escalón hacia él, con un leve gruñido brotándole de la garganta.

—No le conozco —dijo.

—Tranquila, loba. Soy el invitado de Jean-Claude, ¿verdad, Srta. Blake?

—Sí —contesté—. Es un invitado.

Dejé de apuntarle con el arma, pero no la guardé. Era muy bueno al habernos pillado de improviso a una mujer lobo y a mí.

—¿Le conoces? —preguntó Cassandra. Todavía estaba delante de mí, bloqueándole el paso al vampiro. Se estaba tomando el trabajo de guardaespaldas muy en serio.

—Le he visto antes.

—¿Es bueno?

—No —contesté—. Pero no ha venido para hacerme daño.

—¿A quién va a hacerle daño? —preguntó Cassandra. Seguía sin ceder terreno.

Sabin bajó las escaleras, con la capa ondeando a su alrededor de forma extraña, como la manga de un amputado.

—He venido a ver el espectáculo nocturno, nada más.

Cassandra retrocedió para ponerse delante de mí. Me puse de pie, pero mantuve la pistola en la mano. Estaba más nerviosa que de costumbre. También recordaba cómo Sabin me había hecho sangrar desde la distancia

con su simple risa. Mantener la pistola en la mano parecía una buena idea.

—¿Dónde está Dominic?

—En algún lugar. —La capucha era un hueco de oscuridad, suave y vacío, pero sabía que me estaba mirando. Sentía su mirada como un peso encima. Se detuvo a un escalón de Cassandra, dos por encima de mí—. ¿Quién es su adorable compañera?

—Sabin, ella es Cassandra. Cassandra, Sabin.

Una mano con un guante negro salió de la capa. La extendió hacia Cassandra como si fuera a acariciarle la cara.

Ella retrocedió.

—No me toque.

La mano se congeló a medio camino. Se quedó inmóvil. Había visto a otros vampiros quedarse quietos, pero pensaba que era una ilusión óptica. No podíamos ver a Sabin, pero la mano estaba ahí. La ilusión era casi mejor de esa forma, viendo la capa vacía flotando sobre las escaleras.

La voz rompió el silencio. Era asombroso.

—¿Tocarme es tan repulsivo?

—Huele a enfermedad y muerte.

Sabin volvió a meter la mano bajo la capa.

—Soy un maestro de visita. Tengo derecho a pedir algo de… compañía. Podría pedirte a ti, loba.

Cassandra le gruñó.

—Nadie va a obligarte a meterte en su cama —señalé.

—¿Está segura de eso, Srta. Blake? —preguntó Sabin. Flotó alrededor de Cassandra. La capa le rozó y se estremeció.

No podía olerle, no tenía el sentido del olfato de un hombre lobo. Pero había visto lo que había bajo esa capa. Se merecía uno o varios escalofríos.

—Cassandra solo responde ante Jean-Claude. Pertenece a la manada, así que sí, estoy segura.

Cassandra me miró.

—¿Me protegerías?

—Es parte de mi trabajo, ¿verdad?

Me estudió la cara.

—Sí, supongo que sí. —La voz era suave, el gruñido era como un sonido distante. Parecería terriblemente normal si no fuera por el traje.

—Ha visto lo que soy, Srta. Blake. ¿Se estremece ante mi roce?

Bajé los escalones hasta que toqué el suelo. Mejor lugar para apuntar

que desde las escaleras.

—He estrechado su mano antes.

Sabin flotó hasta el suelo. La oscuridad desapareció de la capucha. Se la quitó para revelar el pelo dorado y una cara destrozada.

Cassandra siseó. Retrocedió hasta dar con la barandilla. Creo que Sabin hubiera podido sacar una pistola y dispararle, y ella no hubiera podido reaccionar a tiempo.

Le dedicó una sonrisa. La hermosa boca levantando la carne suelta.

—¿Ha visto alguna vez algo como esto?

Tragó saliva hasta poder decir algo, como si tratara de no vomitar.

—Nunca he visto algo tan horrible.

Sabin se giró hacia mí. Su único ojo todavía era azul cristalino, pero el otro se había convertido en una masa de pus y líquido.

Esta vez tragué saliva yo.

—Su ojo estaba bien ayer.

—Le dije que era muy virulenta, Srta. Blake. ¿Pensaba que estaba exagerando?

Negué con la cabeza.

—No.

La mano con el guante salió de nuevo de su escondite. Recordaba cómo le había crujido la mano ayer cuando la estreché. No quería que me tocara, pero tenía una mirada en su hermoso ojo, un dolor en lo que le quedaba de cara, que me hizo quedarme quieta. No me estremecería. Sentía pena por él, estúpido, pero cierto.

El guante negro me pasó junto al rostro, sin llegar a tocarme. La Seecamp estaba olvidada en mi mano. Los dedos de Sabin me rozaron la cara. El guante estaba lleno de líquido, como un tipo de globo nauseabundo.

Me miró. Le devolví la mirada. Pasó la mano sobre mi mandíbula y apretó. Había cosas sólidas dentro del guante, cosas grandes, y hueso, pero ya no era una mano. Solo el guante mantenía la forma.

Un sonido pequeño me subió por la garganta. No pude detenerlo.

—¿Quizás debería preguntar por usted? —inquirió.

Me alejé de su agarre. Tenía miedo de moverme con demasiada rapidez. Miedo de que un movimiento brusco pudiera romper el guante. No quería ver como un líquido putrefacto goteaba sobre el suelo. Ya era bastante horrible sin añadir eso.

Sabin no trató de retenerme, quizás tenía miedo de lo mismo.

—¿Está abusando de mi hospitalidad de nuevo? —preguntó Jean-Claude. Estaba sobre la pista de baile, mirando a Sabin. Sus ojos eran pura luz azulada. La piel pálida y suave como el mármol.

—No me ha mostrado su verdadera hospitalidad, Jean-Claude. Es costumbre ofrecer compañía.

—No pensaba que quedara lo suficiente como para necesitarla —contestó Jean-Claude.

Sabin hizo una mueca.

—Es una enfermedad cruel. No todo mi cuerpo se ha podrido. Pero la necesidad se mantiene, aunque el recipiente es tan horrible que nadie me tocará, no por propia elección. —Negó con la cabeza y la piel se soltó a un lado. Algo más espeso y negro que la sangre cayó por ese lateral de la cara.

Cassandra hizo un sonido bajo. Mi guardaespaldas estaba a punto de vomitar. Quizás a ella le olía mal.

—Si uno de los míos me enfada lo suficiente mientras esté aquí, podrá tenerlo. Pero no puedo darle a alguien sólo porque lo desee. La cordura de muchos no sobreviviría a eso.

—Hubo días, Jean-Claude, en los que mi propia cordura estaba en juego. —Sabin miró a Cassandra y después a mí—. Supongo que destrozaría a su loba. Pero creo que su sierva sobreviviría.

—Está fuera de su alcance, Sabin. Si abusa de mi hospitalidad con semejante insulto, sea una orden del consejo o no, le destrozaré.

Sabin se giró hacia él. Los dos vampiros se miraron mutuamente.

—Hubo un tiempo, Jean-Claude, en que nadie me hablaba así, nadie excepto el consejo.

—Eso era antes —respondió Jean-Claude.

Sabin suspiró.

—Sí, era antes.

—Puede disfrutar del espectáculo, pero no me tiente de nuevo, Sabin. No tengo sentido del humor en lo que concierne a *ma petite*.

—La comparte con un hombre lobo, pero no conmigo.

—Eso es cosa nuestra —dijo Jean-Claude—, y nunca más hablaremos de ello. Si lo hacemos, será un desafío, y no puede ganar.

Sabin le dedicó una media reverencia, difícil de decir por la ausencia de piernas.

—Es el *Amo de la Ciudad*. Su palabra es la ley. —Las palabras eran

correctas, el tono, de burla.

Liv apareció detrás, a un lado de Jean-Claude.

—Es hora de abrir las puertas, maestro.

Creo que eso último fue deliberado. Normalmente, Jean-Claude le decía a su gente que no le llamaran maestro. Éste asintió.

—Todo el mundo a su sitio. —La voz sonó ahogada.

—Encontraré una mesa —comentó Sabin.

—Que así sea —dijo Jean-Claude.

Sabin se volvió a poner la capucha. Se deslizó escaleras arriba, hacia las mesas del nivel superior. O quizás solo flotaba hacia las vigas.

—Mis disculpas, *ma petite*. Creo que la enfermedad le ha dañado la mente. Ten cuidado con él. Cassandra es necesaria para el espectáculo. Liv se quedará contigo.

Miré a la vampira alta.

—Ella no recibiría una bala en mi lugar.

—Si me falla, se la entregaré a Sabin.

Liv palideció, cosa complicada para un vampiro, incluso para uno que se acababa de alimentar.

—Maestro, por favor.

—Ahora creo que si recibiría una bala por mí —dije. Si la elección era acostarse con Sabin o recibir un disparo, optaría por el disparo. Por la cara de Liv, ella también.

Jean-Claude nos dejó para hacer su entrada.

Cassandra me miró a los ojos. No estaba solo pálida, estaba verde. Apartó la mirada de la mía como si tuviera miedo de que la hubiera visto.

—Lo siento, Anita. —Fue hacia la puerta por la que había entrado al principio. Parecía avergonzada. Supongo que no podía culparla.

Cassandra había fallado la prueba como guardaespaldas. Era una *licántropo* poderosa, pero Sabin la había puesto nerviosa. Hubiera estado bien si el vampiro hubiera atacado, pero sólo se había quedado de pie pudriéndose ante ella. ¿Qué haces cuando los monstruos empiezan a darte lástima?

Las puertas se abrieron y la multitud entró como si fuera una ola, salpicando la sala de ruidos. Volví a meter la pistola en el bolso, pero no le puse el seguro.

Liv estaba a mi lado.

—Su mesa es aquella.

La seguí porque no quería estar sola en medio de toda la gente. Además, de pronto se estaba tomando mi seguridad muy en serio. No podía culparla. El cuerpo enfermo de Sabin era una buena amenaza.

Me hubiera sentido mejor si supiera que Jean-Claude no iba a hacerlo. Pero lo sabía. La entregaría a Sabin. Lo haría de verdad. Había una mirada en los ojos de la vampira que indicaba que ella también lo sabía.



DIECISEIS

La mesa era la más grande de la fila de mesas de laca negra. Hacía juego perfectamente con las paredes negras. Mi vestido conjuntaba con la decoración. De verdad, iba a tener que probar una combinación distinta de colores. La mesa estaba colocada lejos de la pared, cerca de la barandilla de hierro para que el público creciente no pudiese bloquearme la vista de la pista de baile. También indicaba que mi espalda estaba expuesta. Había corrido la silla para que la pared estuviese a mi espalda, pero era muy consciente de que el borde de la barandilla se doblaba a la derecha, de modo que alguien podría acercarse y pegarme un tiro escondido relativamente del resto.

Por supuesto, Liv estaba conmigo. Estaba de pie a mi espalda, con los brazos cruzados sobre el estómago. Todo lo que le faltaba era un foco luminoso sobre la cabeza que dijese *guardaespaldas*.

Admitámoslo, mi bolso estaba abierto, el arma estaba al alcance, y me

tentaba ponerla sobre el regazo. Estaba asustada, pero ese no era el tema. Teníamos un plan. El plan no incluía espantar al asesino.

Toqué el brazo de Liv. Se inclinó.

—Se supone que tienes que ser discreta.

Parecía perpleja.

—Se supone que te mantengo con vida.

—Entonces siéntate y finge ser mi amiga. La trampa no funcionará si parece que estoy siendo protegida.

Se arrodilló junto a mí, demasiado lejos para inclinarme, supongo.

—No me arriesgaré a ser entregada a Sabin. No me importa si tu asesino sabe si estoy aquí, o no.

Era difícil culparla, pero estaba dispuesta a hacer el esfuerzo. Me apoyé en ella.

—Mira, sigue el plan o apártate de mí.

—Obedezco a Jean-Claude. No soy tuya, puta.

Por lo que podía recordar, nunca había hecho nada en mi vida para merecer ser llamada puta.

—Jean-Claude te dijo que si fallabas, te entregaría al cadáver putrefacto, ¿cierto?

Liv asintió con la cabeza. Sus ojos inspeccionaban al público por detrás de mí. Efectivamente, estaba tratando de hacer su trabajo y se notaba el esfuerzo.

—No dijo que fueras castigada si me hiriese, ¿verdad?

Los ojos de Liv me observaron.

—¿Qué intentas decir?

—Si ahuyentas al asesino y el plan no funciona, sería un fracaso.

Negó con la cabeza.

—No, eso no es lo que quiso decir.

—Dijo que nunca le fallases de nuevo.

La observé intentar encontrarle la lógica. Apostaba a que la lógica no era uno de sus puntos fuertes.

—Inteligente, Anita, pero si eres asesinada, Jean-Claude me castigará. Sabes que lo hará.

Me equivoqué. Era mucho más lista de lo que parecía.

—Pero si echas a perder nuestro plan, te castigará de todos modos.

El miedo brilló en sus ojos.

—Estoy atrapada.

Me compadecí de ella. Había sentido lástima de dos monstruos esta noche, ningún tercero. Perdía la agudeza.

—Si no acabo muerta, me aseguraré de que no seas castigada.

—¿Lo juras? —preguntó como si significara algo más. Para ella, dar un juramento no era algo simple. Muchos vampiros venían de la época en la que la palabra de un hombre o de una mujer significaba todo.

—Te doy mi palabra.

Se quedó arrodillada un momento más, luego se puso de pie.

—No termines muerta. —Se movió entre la muchedumbre, dejándome sola como se lo había pedido.

El resto de mesas se llenaron rápidamente. El público se extendió por los límites del salón en el área levantada alrededor de la pista de baile. Había tanta gente de pie al borde de la barandilla, que si la mesa hubiera estado junto a la pared, habría perdido de vista la pista de baile. Bajo otras circunstancias, habría apreciado la prudencia. Otro guardaespaldas podría venir en cualquier momento. Estaba lista para algo de compañía.

La gente llenó los dos niveles superiores, solamente había espacio para estar de pie. Busqué la capa oscura de Sabin, pero no la vi. La pista de baile principal estaba vacía. El espacio estaba protegido por media docena de vampiros. Habían hecho señas silenciosas, pero firmes, para que todo el mundo se mantuviera en los laterales de la sala. Tanto hombres como mujeres estaban vestidos casi idénticos; pantalón de lycra, botas y camisas negras. Las mujeres llevaban sujetadores negros bajo las camisas, pero esa era la única diferencia. Lo aprobé. Pequeñas faldas cortas o mini shorts para las mujeres me habrían disgustado mucho. Pensé que tal vez Jean-Claude los había vestido pensando en mí. Me conocía demasiado bien en algunas cosas, y no tenía ni una pista en otras.

Escudriñé a la muchedumbre en busca de Edward, o algo sospechoso, pero era difícil elegir a alguna persona entre el risueño gentío. No podría divisar a Edward. Simplemente, tenía que confiar en que él estaba allí, en algún lugar. Y aunque realmente confiaba en que estaba, la presión en mi pecho no se alivió.

Edward me había advertido que me comportara normal, que no pareciera sospechosa. En apariencia lo intentaba. Interiormente, estaba casi mareada por la masa de gente, y me dolía ese lugar donde la barandilla estaba detrás de mí. Puse las manos sobre el regazo y me obligué a mirar abajo. Si el asesino llegara ahora, no le vería, pero si no lo hacía, iba a estar

tan ocupada abalanzándome tras las sombras, que no estaría lista cuando llegara. Comenzaba a lamentar no haber dejado quedarse a Liv.

Tomé profundos alientos, equilibrados, concentrándome en el ritmo de mi cuerpo. Cuando pude oír la sangre fluyendo dentro de mi cabeza, levanté la cara lentamente.

Miré fijamente al público y la pista de baile. Me sentí vacía, distante. Mucho mejor.

Un vampiro subió por la escalerilla delante de mi mesa. Willie McCoy estaba vestido con un horrible traje verde, sólo podría describirlo como verde *chartreuse*. Camisa verde y una corbata de lazo con un dibujo de Godzila destruyendo Tokio. Nadie acusaría nunca a Willie de saber conjuntarse.

Sonreí. No lo pude detener. Willie había sido uno de los primeros vampiros que había cruzado la línea de monstruo a amigo. Se acopló en una de las sillas cercanas, dando la espalda al espacio abierto. Se sentó como si no lo hubiera hecho a propósito. No tuve que pretender alegrarme de verle.

Tuvo que inclinarse un poco hacia mí para oírle sobre el murmullo creciente de la gente. Aspirar el dulce olor de la gomina que solía usar para alisarse el pelo corto, el estar tan cerca, no me hizo tensarme. Confiaba en Willie más de lo que confiaba en Jean-Claude.

—¿Qué tal, Anita? —sonrió lo suficiente como para mostrar los colmillos. Willie no había estado muerto ni tres años. Era uno de los pocos a los que había conocido antes y después de muerto.

—He estado mejor —contesté.

—Jean-Claude dijo que éramos tus guardaespaldas, pero será algo ocasional. Nos moveremos por aquí y por allá. Pero pareces asustada.

Negué con la cabeza, sonriendo.

—¿Es tan obvio?

—Para alguien que te conoce, sí.

Nos sonreímos. Examinando la cara de Willie a escasos centímetros de la mía, comprendí que estaba en mi lista. La lista en la que estaba Stephen. Si alguien mataba a Willie, le mataría. Me sorprendió comprender que tenía un vampiro en la lista. Pero Willie llegó y me hizo pensar sobre ello, supongo que tenía a otro vampiro más.

Jean-Claude apareció en el lado contrario del club. Hablando del diablo. Un golpe de luz le iluminó desde alguna parte. Tuvo que venir

desde el altillo, pero estaba escondido de modo que fuera difícil de ubicar. Un lugar perfecto para un rifle de alta potencia. «Detén esto, Anita. Deja de atormentarte».

Ciertamente, no había comprendido lo lleno que estaría a la hora de la apertura. Edward, solo, buscando a un solitario asesino entre esta masa de personas, habría tenido pocas probabilidades. Tal vez los vampiros y hombres lobos eran aficionados, pero contar con su excepcional vista no haría daño.

Las luces comenzaron a perder intensidad hasta que la única iluminación fue el foco de Jean-Claude. Parecía brillar. No estaba segura de si era un truco, o si hacía iluminar su propia piel. Difícil de imaginar. Como fuera, estaba a oscuras con un asesino, quizás, y no era una feliz campista.

Maldita sea. Puse la Seecamp sobre mi regazo. Mejor. No perfecto, pero mejor. Probablemente el hecho de que el simple toque de un arma en mi mano me hiciese sentir mejor era un mal presagio. El hecho de que perdiera mis propias armas era aún peor.

Willie me tocó el hombro y me hizo sobresaltar tanto que la gente cerca de nosotros nos echó un vistazo. Mierda.

Susurró.

—Te cubro la espalda. Cálmate.

Willie sería una gran carne de cañón, pero no estaba en condiciones de protegerme. Había sido un actor secundario antes de morir, y la muerte no había cambiado eso. Me di cuenta de que si el tiroteo empezaba, y los tipos malos usaban balas de plata, estaría preocupada por Willie. Preocuparse por tu guardaespaldas no es bueno.

La voz de Jean-Claude se elevó en la oscuridad, llenándola de un sonido que me acariciaba la piel. Una mujer de pie cerca de la mesa tembló como si la hubiesen tocado. Su pareja le rodeó los hombros con el brazo y se acurrucaron en la oscuridad, rodeados por la voz Jean-Claude.

—Bienvenidos a *Danza Macabra*. La noche estará llena de sorpresas. Unas maravillosas. —Dos focos más pequeños se encontraron con el público. Cassandra apareció equilibrada en la barandilla del primer piso. Se quitó el abrigo revelando el cuerpo, caminando con paso majestuoso a lo largo de la barra de hierro de 3 centímetros de ancho, como si fuera el suelo, casi bailando. Los aplausos salvajes estallaron. El segundo foco golpeó a Damian en la primera planta. Se deslizó por la multitud, moviendo el abrigo bordado alrededor de él como una capa pequeña. Si se sentía

ridículo con el traje, no lo demostró.

Se movió a través del público bajo el seguimiento del foco. Tocó un hombro aquí, pasó las manos a lo largo del cabello de una mujer, rodeó con el brazo la cintura de otra. Cada uno, hombre o mujer, no parecían oponerse. Se apoyaron en él, o le susurraron en el oído. Llegó hasta una mujer con el pelo castaño y largo con raya en medio. Estaba vestida modestamente comparada con el resto. Una falda de uniforme azul marino y chaqueta. La blusa blanca tenía uno de esos lazos grandes, supuestamente para parecer una corbata, pero que nunca lo hace. De las mujeres alrededor de Damian parecía la más normal. La rodeó tan estrechamente que su cuerpo se frotó contra ella. Ésta se sacudió con fuerza alejándose de cada toque, con los ojos sobresaltados de miedo, incluso yo, al otro lado de la sala, lo pude ver.

Quise decir: «Déjela en paz», pero no quería gritar. Jean-Claude no permitiría nada ilegal, al menos no delante de tantos testigos. Hechizar a un grupo de gente no era ilegal. La hipnosis masiva no era permanente. Pero individual sí era permanente. Lo que significaba que Damian podría estar bajo la ventana de la mujer y llamarla alguna noche oscura, sin ningún límite de tiempo.

Willie se inclinaba hacia adelante en la silla, los ojos oscuros fijos en la mujer y en Damian. En ese momento no parecía interesado en buscar asesinos.

Observé perder toda expresión en la cara de la mujer, quedándose en blanco, hasta que pareció dormida. Sus ojos vacíos contemplaron a Damian. Él le agarró la mano y se apoyó contra la barandilla de hierro. Saltó con ambas piernas, cayendo de pie, aún sosteniéndole la mano. Ella dio dos pasos inseguros hacia el borde de la misma. Él puso las manos en su cintura, bajo la chaqueta, y la levantó alto en el aire, sin esfuerzo alguno, fácilmente, dejándola en la pista de baile sobre los altos tacones negros.

Los focos de Jean-Claude y Cassandra desaparecieron hasta que la única luz fue la de Damian y la mujer. La condujo al centro de la pista de baile. Ella caminó, mirándole sólo a él, como si el resto de mundo ya no existiese.

Mierda. Lo que Damian estaba haciendo era ilegal. La mayoría de la gente no se daba cuenta. A los vampiros les permitían usar sus poderes para entretener, incluso podían hacerlo si trabajaban en los medios de comunicación. Pero conocía la diferencia, conocía la ley. Jean-Claude tenía

que saber lo que ocurría. ¿Ella era una actriz? ¿Parte del espectáculo?

Me incliné hacia Willie, lo bastante cerca como para cepillar el hombro de su traje.

—¿Es una actriz?

Giró los ojos alarmados hacia mí, podía ver que las pupilas habían sido tragadas por el marrón de sus ojos. Debajo, en las oscuras profundidades, apareció un indicio de fuego.

Tragué con fuerza y me aleje de él, contenta por el arma sobre mi regazo.

—¿Es real?

Willie se relamió los labios nerviosamente.

—Si digo que lo es, vas a hacer algo para estropear el espectáculo. Jean-Claude se enfadará conmigo. No le quiero enfadado, Anita.

Negué con la cabeza, pero no discutí con él. Había visto lo que Jean-Claude le había hecho a vampiros que le habían enfadado. Ejercía la tortura creativamente.

Tenía que averiguar lo que estaba ocurriendo, pero sin interrumpir el espectáculo y llamar más la atención hacia mí, algo que esta noche no quería.

Damian puso a la mujer en el centro de la luz. Enfocó su cara en algo que no podíamos ver. Ella estaba allí, vacía, esperando sus órdenes. Él estaba detrás de ella, doblando los brazos alrededor de su cintura, frotando la mejilla contra su pelo. Descubrió el arco de su garganta y los tres primeros botones de la blusa. Frotó los labios a lo largo de su cuello expuesto, y yo no podía aguantar más. Si era una actriz, de acuerdo. Pero si era una víctima reacia, esto tenía que detenerse.

—¿Willie?

Me recorrió lentamente, a regañadientes. Su hambre le hizo querer mirar. El miedo a lo que estaba a punto de preguntar le ralentizó.

—¿Qué pasa?

—Ve y dile a Jean-Claude que la función ha terminado.

Willie negó con la cabeza.

—Si me aparto de ti y te hieren, Jean-Claude me matará. Lenta y dolorosamente. No te dejaré hasta que sea relevado.

Suspiré. Genial. Me recosté sobre la barandilla de hierro y le hice señas a uno de los camareros vampiros encima de mí. Echó un vistazo a lo lejos, en la oscuridad, como si pudiera ver a Jean-Claude, sin embargo yo no

podía. Luego se acercó a mí.

—¿Qué desea? —susurró. Se apoyó lo suficientemente cerca como para poder oler su aliento mentolado. Casi todos los vampiros que conocía, usaba menta para el aliento.

Todavía tenía la Seecamp en la mano. Calculé que podría acercarme lo suficiente a él, luego me incliné y le susurré:

—¿Es una actriz?

Echó un vistazo atrás, a la escena.

—Sólo es un voluntario de la audiencia.

—No fue voluntaria —apunté. Habría una media docena de personas que se habrían ofrecido voluntarios, pero el vampiro había escogido al que tenía miedo. Eso era un poco sádico, sencillamente no podían resistirse a ello.

—Diga a Jean-Claude que si no detiene esto, lo haré yo.

Parpadeó.

—Sólo hágalo —ordené.

Caminó alrededor del borde de la pista de baile, desapareciendo en la oscuridad. Podía seguirle, pero era más una impresión de movimiento que cualquier otra cosa. No podía ver a Jean-Claude en absoluto.

Damian pasó la mano por encima de la cara de la mujer, y cuando su ésta se separó, ella parpadeó, despierta al fin. Las manos volaron hacia la blusa, los ojos frenéticos.

—¿Qué ocurre? —Su voz sonaba llena de delgadas capas de miedo.

Damian trató de abrazarla, pero ella se alejó, y todo lo que atrapó fue su muñeca. Luchó contra él, y él la retuvo fácilmente.

—¡Déjeme ir, déjeme ir, por favor! —Tendió la mano a alguien del público—. ¡Ayúdeme!

La audiencia se había quedado inmóvil, demasiado tranquila, tan silenciosa que podía oír la voz de su supuesto amigo.

—Disfrútalo. Es sólo parte del espectáculo.

Damian la sacudió girándola hacia él, con tanta fuerza como para saber que habría magulladuras. Tan pronto como sus ojos se encontraron, la cara quedó en blanco. Se cayó de rodillas, todavía agarrada por la muñeca.

La puso de pie, ahora suavemente. La estrechó contra él y le apartó el pelo a un lado, exponiendo la larga línea del cuello. Dio vueltas en un círculo lento como si estuvieran bailando, mostrando a todos la carne expuesta.

Willie se inclinó hacia adelante, la lengua bailando sobre el labio inferior como si ya pudiese saborear su piel. Willie era mi amigo, pero estaba bien recordar que también era un monstruo.

El camarero vampiro regresó. Le podía ver acercándose a mí.

Damian separó los labios, exponiendo los colmillos. Empujó su cuello hacia atrás dando a todos un primer plano. Vi que los músculos del cuello se tensaban, nos quedábamos sin tiempo.

Willie alzó la vista como percatándose que la mierda golpearía de forma diferente, pero no tuvo tiempo.

Grité.

—No lo hagas, Damian —apunté el arma a su espalda, a la altura del corazón.

Cuando un vampiro tiene casi quinientos años, un disparo al pecho con balas de plata o no, no siempre garantiza la muerte. Pero si la mordía, lo descubriríamos.

Willie levantó la mano hacia mí.

—No lo hagas, Willie —le dije. Sólo porque a nadie más le permitiera matarle, no significaba que yo no pudiera.

Willie se hundió de vuelta a su silla.

Damian se relajó lo suficiente como para girar la cabeza y mirarme. Cambió de dirección, a fin de que la chica estuviera delante de él como un escudo. Su pelo estaba todavía a un lado, el cuello aún expuesto. Clavó los ojos en mí, deslizando un dedo por la desnuda carne. Desafiándome.

Un débil foco me iluminó, y me siguió cuando caminé con cuidado hacia los dos escalones que llevaban a la pista de baile. Saltar por la barandilla podría haber quedado mejor, pero hubiera sido difícil mantener el blanco. Probablemente podría haber hecho el disparo desde la barandilla de hierro, pero con un arma desconocida, era demasiado arriesgado. No quería pegar accidentalmente a la mujer un tiro en la cabeza. Matar al rehén siempre está mal visto.

Los camareros y camareras vampiros no supieron qué hacer. Si hubiera sido algún imbécil de la calle, podrían haber intentado saltar sobre mí, pero era la amada de su maestro, y eso complicaba las cosas. Conservé una especie de ojo periférico sobre ellos.

—Chicos, retroceded y dejadme algo de espacio, ahora mismo.

Se miraron los unos a los otros.

—¡No queréis apretujarme, niños y niñas, así que moveos!

Se movieron.

Cuando estuve lo suficientemente cerca para asegurar el disparo, me detuve.

—Déjala marchar, Damian.

—No será herida, Anita. Sólo se trata de un poco de diversión.

—Ella está poco dispuesta. Eso va contra la ley, aún siendo espectáculo, así que deja que se vaya o volaré tu maldita cabeza.

—¿De verdad me pegarías un tiro delante de todos estos testigos?

—Claro que sí —afirmé—. Además, tienes más de quinientos años. No creo que un tiro a la cabeza te mate, al menos, no permanentemente. Pero dolerá como el infierno, y puede dejar cicatrices. No querrás echar a perder esa hermosa cara, ¿verdad? —Comenzaba a cansarme tener el brazo extendido. El arma no era pesada, pero es difícil mantener una postura con una sola mano durante mucho tiempo sin comenzar a temblar. No quería flaquear.

Me observó un par de segundos. Muy cuidadosa y lentamente, lamió el lateral del cuello de la mujer, sus extraños ojos verdes clavados todo el tiempo en mí. Fue un desafío. Si pensaba que yo alardeaba, había escogido a la chica equivocada.

Solté el aliento hasta que mi cuerpo estuvo tranquilo, y pude oír mi pulso en los oídos. Miré debajo de mi brazo, al arma, y… él se había ido. Se había movido tan súbitamente que me asustó. Retiré el dedo del gatillo apuntando el arma hacia el techo, esperando que mi corazón dejara de palpitar.

Estaba de pie al borde de la luz, dejando a la mujer con la cara vacía, esperando. Damian me observó.

—¿Vas a interrumpir nuestro espectáculo todas las noches? —preguntó.

—Esto no me gusta —dije—, pero si consigues un voluntario, no tendré nada en contra.

—Un voluntario —contestó, dando vueltas en un círculo para mirar al auditorio. Todos clavaron los ojos en él. Se lamió los labios, y las manos subieron.

Negué con la cabeza y levanté el arma. Agarré la mano de la mujer.

—Suéltala, Damian —exigí.

Volvió la mirada atrás, hacia ella, y lo hizo. Sus ojos se abrieron repentinamente, buscando frenéticamente como cuando te despiertas de una pesadilla para encontrarte realmente en ella. Le palmeé la mano.

—Está bien. Ahora está a salvo.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué ocurrió? —Miró a Damian y comenzó a sollozar histéricamente.

Jean-Claude apareció al borde de la luz.

—No tiene nada que temer de nosotros, mi bella dama. —Se deslizó hacia nosotros.

Ella comenzó a gritar.

—No le hará daño —dije—. Se lo prometo. ¿Cómo se llama?

Siguió gritando. Era más alta que yo, pero le toqué la cara, poniendo una mano a cada lado, obligándola a mirarme.

—¿Cómo se llama?

—Karen —susurró—, me llamo Karen.

—Vamos a salir de la pista de baile, Karen, y nadie le lastimará. Tiene mi palabra.

Asintió con la cabeza repetidas veces, el aliento salió tan rápido que tuve miedo de que se desmayara.

Cassandra caminó bajo la luz, pero se quedó atrás.

—¿Puedo ayudar?

Jean-Claude no se había movido desde que Karen comenzó a gritar. Sólo me miró, y aún no podía leer su expresión.

—Sí —afirmé—, podría usar un poco de ayuda.

Karen huyó de ella.

—No es un vampiro —indiqué.

Dejó que Cassandra le agarrara el otro brazo y la condujimos hacia fuera de la pista de baile, lejos de la luz. Jean-Claude caminó hasta el centro del escenario, y su voz nos siguió en la oscuridad.

—¿Disfrutaron de nuestro pequeño melodrama?

Hubo un silencio perplejo. Su voz fue como pelaje envolviendo al público en la oscuridad, aspirando el miedo y devolviéndoles deseo.

—Aquí, en *Danza Macabra*, no bromeamos. ¿A quién le gustaría experimentar de verdad el beso de Damian?

Alguien lo haría. Alguien siempre lo hacía. Si hubiese alguien que pudiera salvar el espectáculo después de la histeria de la mujer, Jean-Claude podría.

Liv llegó para ayudar, creo. Karen lanzó una mirada a la musculosa vampira por exceso de ejercicio y se desmayó dramáticamente. No era una mujer pequeña, nos sorprendió tanto a Cassandra como a mí. Se dobló

hacia el suelo. Liv comenzó a acercarse, pero la detuve.

Una mujer del público se aproximó a nosotras, vacilando.

—¿Puedo ayudar? —preguntó. Era casi del mismo tamaño que Cassandra y yo, pequeña, con el pelo rojizo hasta la cintura, directa y fina. Estaba vestida con un pantalón flojo color café oscuro que usan los profesionales, normalmente de lino. Por camisa llevaba puesto sólo un chaleco con una camisola de seda debajo.

Eché un vistazo a Cassandra. Ella se encogió de hombros.

—Gracias, si pudiese agarrarle los pies.

Cassandra podría haber cargado a la mujer sobre los hombros al estilo bombero, pero a la mayoría de *licántropos* no les gustaba presumir de fuerza. Yo también la podía haber llevado, aunque fuera tan alta. Podría haberla llevado en una distancia corta, pero no rápido ni demasiado lejos.

La mujer afianzó el bolso bajo un brazo y tomó los pies de la joven inconsciente. Conseguimos movernos torpemente un poco, pero logramos acompasarnos y Cassandra nos llevó a los servicios femeninos. O debería decir, los que parecían ser los servicios. La pared de enfrente tenía un sofá, un gran espejo iluminado en blanco y negro y un cuadro en la pared de un grabado en madera que decía: *El Amante del demonio*. En esta versión, el demonio se parecía sospechosamente a Jean-Claude, dudaba que fuera casualidad.

Colocamos a Karen sobre el sofá negro. La mujer que ayudaba humedeció algunas toallas de papel sin consultar y las acercó. Las puse en la frente y en el cuello de Karen.

—Gracias.

—¿Va a ponerse bien? —preguntó la mujer.

No contesté, porque todo dependía de Damian.

—¿Cuál es su nombre?

La mujer sonrió, casi tímidamente.

—Anabelle, Anabelle Smith.

Le sonreí.

—Anita Blake. Ésta es Cassandra. —Me percaté de que no sabía su apellido. Jean-Claude siempre llamaba a sus lobos sólo por el nombre de pila, como una mascota—. Lo siento. No sé tu apellido.

—Cassandra está bien —estrechó la mano de Anabelle. Se sonrieron.

—¿Deberíamos informar de lo que sucedió a la policía? —preguntó Anabelle—. Quiero decir, el vampiro iba a forzarla. Eso es ilegal, ¿verdad?

Karen se movió en el sofá, gimiendo.

—Cierto, es ilegal —contesté.

Anabelle tenía un punto interesante. Se podría informar a la policía. Si un vampiro acumulaba tres quejas contra él o ella, podría conseguir una sentencia de muerte, si encontrabas al juez correcto. Primero hablaría con Jean-Claude y Damian, pero si no me daban las respuestas que quería, tal vez debería ir a la policía. Negué con la cabeza.

—¿Qué piensa? —me preguntó.

—Nada que pueda compartir —contesté.

La puerta del cuarto de baño se abrió. Raina entró, llevaba puesto un vestido color crema tan corto como el mío. Los estiletes oscuros de puntera afilada hacían interminables sus piernas. Llevaba puesta una chaqueta de piel de un rojo polvoriento, probablemente de zorro. Era la única *cambiaformas* que conocía a la que le gustaba llevar auténtico pelaje ajeno.

Se había recogido el pelo castaño rojizo encima de la cabeza en un moño suelto, con cabellos rizados estratégicamente colocados alrededor de la cara y cuello.

Karen escogió ese momento para recobrar el conocimiento. No estaba segura de que le gustara la forma en que despertaba. A mí no me habría gustado.

Me puse de pie. Cassandra se movió delante de mí, por el lateral, no bloqueándome, pero más cerca del peligro que yo. No estaba acostumbrada a que alguien me protegiera. Se sentía extraña. Podría cuidarme. Ese era el asunto, ¿verdad?

—¿Qué ocurre? —preguntó Anabelle.

Karen miraba alrededor, con ojos sobresaltados de nuevo.

—¿Dónde estoy?

—Anabelle, ¿puede sentarse con Karen, por favor? —sonreí cuando lo pregunté, pero no le quité los ojos de encima a Raina. La puerta se había cerrado tras ella, y no había bastante espacio para maniobrar, no ciertamente. Si Cassandra pudiera sujetarla durante algunos segundos, podría sacar el arma, pero en cierta forma no pensaba que Raina hubiera venido a luchar. Supongo que habría traído otros zapatos.

Anabelle estaba sentada en el sofá y sujetó literalmente la mano de Karen. Pero ella nos observaba al resto. Maldición, esto podría resultar un mejor espectáculo que lo que estuviese sucediendo fuera.

—¿Qué quieres, Raina? —pregunté.

Ella me concedió una amplia sonrisa, exponiendo pequeños dientes, todavía blancos.

—Este es el lavabo de señoras, ¿no? Vine a empolvarme la nariz. Y para ver cómo está nuestra asustada invitada. —Dio dos pasos por la habitación y Cassandra se movió ante ella, bloqueándole el camino.

Raina se quedó con la mirada fija en ella.

—Te olvidas de ti misma, loba —la voz era afilada bajo el gruñido.

—No olvido nada —respondió Cassandra.

—Entonces apártate —contestó.

—¿Qué quisiste decir con nuestra invitada? —pregunté.

Se rió de mí.

—Soy socia de Jean-Claude en esta pequeña empresa. ¿No te lo dijo? —Por la expresión de su cara, sabía la respuesta y disfrutaba con ello.

—Creo que se le escapó —dije—. Entonces, ¿por qué no formas parte de la función?

—Soy un socio silencioso —contestó. Empujó a Cassandra con el cuerpo, rozándose con la mujer más pequeña. Se arrodilló delante del sofá —. ¿Cómo se siente, querida?

Karen tartamudeó.

—Sólo quiero irme a casa.

—Por supuesto que quiere —le echó un vistazo y sonrió—. Si una de vosotras me ayudara a levantarla, hay un taxi esperando para llevarla a dondequiera que quiera ir a cuenta del club. ¿O prefiere regresar a casa en el coche con sus amigos?

Karen negó con la cabeza.

—No son mis amigos.

—Muy sabio de su parte darse cuenta —comentó Raina—. Tantas personas depositan su confianza en la gente equivocada —me observaba mientras lo decía—, y terminan heridos, o peor.

Anabelle se había alejado de Raina. Nos observaba al resto, agarrando firmemente el bolso. No creo que comprendiera todo lo que decíamos, pero obviamente no estaba pasando un buen rato. Una buena obra y estaba siendo castigada.

—¿Puede ponerse de pie? ¿Por qué no me ayuda? —le preguntó Raina a Anabelle.

—No, deja que Cassandra te ayude —contesté.

—¿Tienes miedo de que pueda comerme a tu recién descubierta amiga?

Sonreí.

—Te comerías cualquier cosa que no pueda escapar. Todos lo sabemos.

Su cara se tensó, la cólera atravesaba como un relámpago sus oscuros ojos color ámbar.

—Al final, Anita, ya veremos quién come a quién. —Ayudó a la mujer a ponerse de pie.

Cassandra susurró:

—Jean-Claude me pidió que te protegiera.

—Asegúrate de que se meta en el taxi y de que realmente va a su casa. Después puedes seguirme a todas partes durante el resto de la tarde, ¿de acuerdo?

Cassandra inclinó la cabeza.

—A Jean-Claude no le gustará.

—Ahora mismo tampoco estoy demasiado contenta con él —contesté.

—Un poco de ayuda aquí —dijo Raina.

Cassandra suspiró, pero agarró el otro brazo de Karen y la ayudaron a atravesar la puerta. Cuando la puerta se cerró tras ellas, Anabelle dejó salir un largo suspiro.

—¿Qué sucede?

Me volví hacia el espejo iluminado, apoyando las manos en el marco superior. Negué con la cabeza.

—Es una historia demasiado larga y cuanto menos conozca, más a salvo estará.

—Tengo que confesar que tengo un motivo oculto. —La observé a través del espejo y parecía avergonzada—. No ayudé sólo por la bondad de mi corazón. Soy reportera, trabajo por cuenta propia. Una entrevista con la Ejecutora me pondría sobre el mapa. Quiero decir, podría fijar mi precio, especialmente si explicase lo que ocurrió aquí.

Incliné la cabeza.

—Un reportero. No es exactamente lo que necesito esta noche.

Anabelle se situó junto a mí.

—¿Fue real lo que sucedió en la pista de baile? Ese vampiro, Damian, ¿verdad? Iba a convertirla, allí mismo, como parte de la función.

Miré su cara a través del espejo. Vibraba con impaciencia. Quería tocarme. Podías ver el revoloteo de sus manos, nerviosas. Sería una primicia si lo corroborase. Serviría a Jean-Claude si lo hiciera.

Algo pasó a través de los ojos de Anabelle. Un brillo se filtró en ellos.

Varias cosas ocurrieron casi simultáneamente. Anabelle sacudió con fuerza mi bolso, la correa se rompió, ella dio un paso atrás y sacó un arma de uno de los bolsillos interiores, enfundada bajo su chaleco. La puerta se abrió y tres risueñas mujeres entraron. Las tres gritaron.

Anabelle miró la puerta sólo un segundo. Saqué un cuchillo y cambié de dirección. No intenté avanzar unos pasos hacia ella. Caí apoyada en el suelo sobre una rodilla y embestí con mi cuerpo, con el cuchillo como una punta de lanza. El cuchillo atravesó la parte superior del estómago. El arma se movió hacia mí. Usé la mano izquierda para apartar el brazo. El tiro salió fuera de control, destrozando el espejo. Empujé el cuchillo hacia arriba, bajo el esternón, hasta que la empuñadura chocó con la carne y el hueso, sacudiendo con fuerza la hoja hacia arriba y hacia los lados.

El arma se agitó en su mano, y otro disparo dio contra el suelo alfombrado. El silenciador lanzaba cada disparo amortiguado, casi sin emoción.

Ella se hundió de rodillas, con ojos desorbitados, la boca se abrió y cerró. Deslicé la mano por debajo de su brazo y le quité el arma. Parpadeó hacía mí, sus ojos parecían incrédulos, luego cayó abruptamente como si sus cuerdas hubieran sido cortadas. Se estremeció dos veces y murió.

Edward estaba en la puerta, con el arma apuntando. Se quedó con la mirada fijada entre al reciente cadáver y yo. Se fijó en el cuchillo que aún sobresalía del pecho, en el arma con el silenciador en mi mano. Se relajó, apuntando el arma al suelo.

—Vaya guardaespaldas resulté ser, dejarte sin respaldo en el lavabo de señoras.

Me quedé con la mirada fija en él. Me sentía entumecida, distante, en shock.

—Casi lo consiguió —dije.

—Pero no lo hizo —respondió.

Oí voces y gritos de hombres.

—¡Policía! Todo el mundo se quede dónde está. Haremos una comprobación.

—Mierda —dije suavemente y con sentimiento. Coloqué el arma de Anabelle junto al cuerpo y me recosté en la alfombra. No estaba segura de poder permanecer en pie en ese momento.

Edward enfundó su arma y retrocedió, uniéndose a la multitud que empujaba hacia adelante para ver la función. Sencillamente, uno más entre

la anónima multitud. Sí, claro.

Me senté al lado del cadáver e intenté pensar en algo que decirle a los policías. Ahora mismo no estaba segura que la verdad fuese una opción que pudiera permitirme. Comencé a preguntarme si esta noche vería el interior de una cárcel. Miré cómo la sangre empapaba el frontal del chaleco de Anabelle. Parecía probable.



DIECISIETE

Estaba sentada en una silla de respaldo recto, en la oficina de Jean-Claude, en el *Danza Macabra*. Tenía las manos esposadas en la espalda. No me habían dejado lavarme la sangre de la mano derecha y se había secado en una agradable sustancia pegajosa. Estaba acostumbrada a mancharme de sangre seca, pero aún me resultaba incomodo. Los oficiales uniformados me habían quitado el otro cuchillo y habían encontrado la Seecamp en mi cartera. No habían encontrado el cuchillo grande en la funda de la espalda. Me habían registrado descuidadamente, no habían notado un cuchillo más grande que mi antebrazo, pero el policía que lo había hecho, al principio, había asumido que era otra víctima. Le habría sorprendido averiguar que la linda mujercita era una asesina. Oh perdón, presunta asesina.

La oficina tenía paredes blancas, alfombra blanca y un escritorio que parecía de ébano esculpido. Había una lámina de laca roja con un dibujo de un castillo negro situado en la cima de una montaña sombría. Un kimono

escarlata y negro con dibujos azul marino enmarcado en la pared contraria. Dos marcos más pequeños encuadraban abanicos: uno blanco y negro que reproducía una ceremonia de té, y otro azul y blanco con una bandada de gruyas. Me gustaban más las gruyas, y había tenido tiempo suficiente para tomar la decisión.

Uno de los oficiales permaneció en la habitación conmigo todo el tiempo. Habían bebido café y no me habían ofrecido nada. El oficial más joven me habría quitado las esposas, pero su compañero había amenazado con darle una paliza si lo hacía. Tenía el cabello canoso y, ojos tan fríos y vacíos como los de Edward. Su nombre era Rizzo. Mirándolo, estaba feliz de haber dejado la pistola en el suelo antes de entrar a la habitación. Porque podrías preguntar: ¿No estaba siendo interrogada en la comisaría? Respuesta: Los medios nos habían arrinconado. Cuatro oficiales habían sido suficiente para controlar el tráfico y evitar que los medios acosaran a alguien, hasta que olieron la noticia de última hora. De repente, había cámaras y micrófonos por todas partes, como setas después de la lluvia. La policía había pedido refuerzos y levantado barricadas alrededor de la escena del crimen y la oficina. Todo lo demás había caído bajo las cámaras y los micrófonos.

Había un detective de homicidios parado ante mí, en realidad, parado amenazadoramente. El Detective Greeley estaba justo por debajo del metro ochenta y dos de alto, tan ancho de espaldas que parecía un gran cuadrado. La mayoría de la gente de color no son realmente negras, pero Greeley estaba muy cerca. La cara era tan oscura que tenía reflejos púrpura. El cabello cortado al ras parecía de lana, pero negro, blanco o marrón. Los ojos oscuros eran neutrales, misteriosos, ojos de policía. Su mirada fija decía que lo había visto todo, y no estaba impresionado. Ciertamente, no estaba impresionado por mí. Aparentemente parecía aburrido, pero sabía que no era así. Había visto en Dolph la misma mirada, justo antes de abalanzarse sobre alguien y destrozarle la coartada.

Dado que no tenía una coartada, no estaba preocupada por eso. Había contado mi historia antes de que me leyeran mis derechos. Después de que Greeley hiciera lo mismo, todo lo que dije fue que quería un abogado. Empezaba a sonar como un disco rayado, incluso para mí misma.

El detective empujó una silla hasta quedar sentado frente a mí. Incluso se agachó tratando de no parecer tan intimidante.

—Una vez que venga el abogado —dijo Greeley—, no podremos

ayudarla más, Anita.

No me conocía lo suficientemente como para llamarme por mi nombre, pero lo dejé pasar. Estaba fingiendo ser mi amigo. Pero yo tenía experiencia. Los policías nunca son tus amigos si sospechan que cometiste un asesinato. Conflicto de intereses.

—Parece un caso bien documentado de defensa propia. Dígame lo que pasó, y apuesto que podremos hacer un trato.

—Quiero a mi abogado —contesté.

—Una vez que involucremos a un abogado, el trato se va al garete —indicó.

—No tiene autoridad para hacer un trato —repliqué—. Quiero a mi abogado.

La piel alrededor de sus ojos se tensó, por lo demás, parecía igual de impasible. Pero le estaba molestando. No le podía culpar.

La puerta de la oficina se abrió. Greeley miró hacia arriba, listo para molestarse por la interrupción. Dolph entró, mostrando la placa. Sus ojos me recorrieron brevemente, luego se dirigió imperturbable a Greeley.

Greeley se levantó.

—Discúlpeme, Anita. Ahora regreso —incluso logró formar una sonrisa amistosa. Estaba esforzándose tanto, que casi sentí pena al no creerle. Además, si realmente fuera amable me habría quitado las esposas.

Greeley trató de hacer salir a Dolph, pero Dolph sacudió la cabeza.

—La oficina es segura. El resto de club no lo es.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Greeley.

—Significa que tu escena del crimen, incluyendo a la víctima, está siendo retransmitida completa por la televisión nacional. Ordenaste que nadie hablara con la prensa, así que han estado especulando. El rumor preferido es el de vampiros que se han vuelto locos.

—¿Quieres que le diga a los medios que una mujer conectada a una brigada policial está acusada de asesinato?

—Tienes tres testigos que dicen que la Sra. Smith sacó el arma primero. Que fue en defensa propia.

—Eso es algo que tiene que decidir el asistente del fiscal de distrito —contestó Greeley.

Era gracioso que cuando estaba hablando conmigo pudiera hacer un trato. Ahora que estaba hablando con otro policía, el asistente del fiscal era el único que de repente podía hacerlo.

—Llámelos —dijo Dolph.

—En seguida… —contestó Greeley—. ¿Quiere dejarla marchar?

—Hará la declaración cuando la llevemos a la comisaría con su abogado.

Greeley hizo un ruido soez con la garganta.

—Sí, requiere mucho la presencia de su abogado.

—Vaya a hablar con la prensa, Greeley.

—¿Y decirles qué?

—Que los vampiros no están involucrados. Que simplemente fue algo fortuito el que el asesinato sucediera en el *Danza Macabra*.

Greeley me echó un vistazo.

—La quiero aquí cuando vuelva, Storr. Sin desapariciones.

—Ambos estaremos aquí.

Greeley me miró, por un momento, esos ojos se llenaron de rabia y frustración. La máscara amable había desaparecido.

—Asegúrese de eso. Los altos mandos le podrán querer aquí, pero se trata de un caso de homicidio, es *mi* caso —empujó un dedo hacia Dolph sin llegar a tocarle—. No me joda.

Greeley salió empujándole, dando un portazo. El silencio creció lo suficiente como para inundar la sala.

Dolph empujó una silla frente al escritorio, cerca de mí, y se sentó enfrente. Entrelazó las grandes manos y me miró fijamente. Le sostuve la mirada.

—Las tres mujeres dicen que la Sra. Smith sacó el arma primero. Te quitó la cartera, así que sabía dónde estaba el arma —comenzó.

—Quizá la mostré demasiado esta noche. Culpa mía.

—Escuché que te uniste al show de allí afuera. ¿Qué pasó?

—Tuve que vigilar un poco el espectáculo. La mujer no quería actuar. Es ilegal usar poderes preternaturales para coaccionar a alguien a hacer algo que no quiere.

—No eres oficial de policía, Anita.

Era la primera vez que me lo recordaba. Normalmente, Dolph me trataba como uno más de su equipo. Incluso me animaba a decir que estaba con la brigada para que la gente asumiera que era un detective.

—¿Me estás sacando del escuadrón, Dolph? —Mi estómago se oprimió mientras preguntaba. Me gustaba trabajar con la policía. Apreciaba a Dolph y a Zerbrowski, y al resto de los chicos. Perder todo eso me dolería más de

lo que quería admitir.

—Dos cuerpos en dos días, Anita. Ambos humanos corrientes. Eso es mucho para explicar en la oficina central.

—Si hubieran sido vampiros, u otra criatura asquerosa, todos mirarían a otro lado, ¿no es así?

—Buscar pelea conmigo ahora no es tu mejor apuesta, Anita.

Nos miramos el uno al otro durante un segundo o dos. Aparté primero la mirada y asentí.

—¿Por qué estás aquí, Dolph?

—Me encuentro mucho con los medios.

—Pero estas dejando a Greeley que hable con la prensa.

—Tienes que decirme que es lo que pasa, Anita. —Su voz sonaba tranquila, pero sabía que estaba enfadado por la tensión alrededor de los ojos y el encuadre de los hombros. Supongo que no podía culparle.

—¿Qué quieres oír, Dolph? —pregunté.

—La verdad sería interesante —contestó.

—Creo que primero necesito un abogado.

No iba a contárselo todo sólo porque Dolph fuera mi amigo. Aún era policía, y yo había matado a alguien. Los ojos de Dolph se estrecharon. Se giró hacia el oficial apoyado contra la pared.

—Rizzo, ve a traerme algo de café, solo para mí. ¿Cómo quieres el tuyo?

El café llegaba. Las cosas estaban mejorando.

—Dos de azúcar, uno de crema.

—Consigue algo para ti, Rizzo, y tómate tu tiempo.

El oficial Rizzo se alejó de la pared en la que había estado apoyado.

—¿Está seguro, Sargento Storr?

Dolph le miró, sólo le miró. Rizzo levantó la mano, gesticulando como si detuviera algo.

—No quiero que Greeley pida mi cabeza por dejarlos solos.

—Traiga el café, oficial Rizzo. Manejaré cualquier problema que se presente.

Rizzo se fue moviendo la cabeza, probablemente por la estupidez de los detectives vestidos de civil. Cuando estuvimos solos, Dolph habló:

—Vuélvete.

Me levanté y le ofrecí las manos. Me quitó las esposas, pero no me cacheó de nuevo. Probablemente asumió que Rizzo lo había hecho. No le

hablé del cuchillo que habían pasado por alto, eso le enfadaría si lo encontraban después, pero bueno, no podía dejar que los policías me confiscaran todas mis armas. Además, esta noche no quería estar desarmada.

Me senté de nuevo, resistiendo el impulso de frotarme las muñecas. Era una malvada asesina de vampiros. Nada podía herirme. Sí, claro.

—Habla conmigo, Anita.

—¿Extraoficialmente? —pregunté.

Me miró de manera ilegible, tenía buenos ojos de policía.

—Debería decir que no.

—Pero… —dije.

—Extraoficialmente, dime.

Le conté. Cambie sólo una cosa, que una llamada anónima me había alertado sobre el contrato para deshacerse de mí. Aparte de eso, era la pura verdad. Pensé que Dolph estaría feliz, pero no era así.

—¿Y no sabes por qué alguien pondría un sicario tras tus pasos?

—No por esa cantidad de dinero y con límite de tiempo.

Me miró fijamente, como si tratara de decidir cuánto de verdad le estaba contando.

—¿Por qué no nos hablaste antes de la llamada anónima? —Hizo mucho hincapié en la palabra *anónima*.

Me encogí de hombros.

—Hábito, supongo.

—No, querías lucirte. En vez de esconderte, viniste aquí y jugaste al señuelo. Si el asesino hubiera usado una bomba, habrías conseguido que mucha gente saliera herida.

—Pero no usó una bomba, ¿o sí?

Respiró profundamente y lo soltó despacio. Si no le conociera bien, habría dicho que estaba contando hasta diez.

—Tuviste suerte —contestó.

—Lo sé.

Dolph me miró.

—Casi lo logró.

—Si esas mujeres no hubiesen entrado cuando lo hicieron, no estaría hablando contigo ahora.

—No pareces preocupada.

—Está muerta. Yo no. ¿De qué hay que preocuparse?

—Por esa cantidad de dinero, Anita, habrá alguien más mañana.

—Es pasada la medianoche, y aún estoy viva. Tal vez el contrato se cancele.

—¿Por qué el límite de tiempo?

Sacudí la cabeza.

—Si lo supiera, tal vez sabría quién contrató al asesino.

—Y si lo averiguas, ¿qué harás? —preguntó.

Le miré. Extraoficialmente o no, Dolph aún era policía. Se tomaba su trabajo muy en serio.

—Te daré el nombre.

—Quisiera creer eso, Anita, de verdad.

Le puse mi mejor expresión inocente con los ojos bien abiertos.

—¿Qué quieres decir?

—Deja la actuación de niña pequeña, Anita, te conozco demasiado bien.

—De acuerdo, pero ambos sabemos que mientras el dinero esté allí afuera, los sicarios seguirán viniendo. Soy buena, Dolph, pero nadie es tan bueno. Posiblemente perderé. A menos que el dinero desaparezca. Sin contrato, no hay más asesinos.

Ambos nos miramos.

—Podemos ponerte bajo custodia preventiva —dijo Dolph.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Para siempre? —sacudí la cabeza—. Además, la próxima vez, el asesino tal vez use una bomba. ¿Quieres arriesgar a tu gente? Yo no.

—Así que cazarás al tipo del dinero y le matarás.

—No dije eso, Dolph.

—Pero eso es lo que planeas —afirmó.

—Deja de decir eso, Dolph. La respuesta no cambiará.

Se levantó, sus manos apretaron el respaldo de la silla.

—No cruces la línea conmigo, Anita. Somos amigos, pero primero soy policía.

—Aprecio tu amistad, Dolph, pero aprecio mi vida, y más la tuya.

—¿No crees que puedo cuidarme solo?

—Creo que eres policía, y eso significa que tienes que seguir las reglas. Tratando con asesinos profesionales, eso puede matarte.

Llamaron a la puerta.

—Entre —dijo Dolph.

Rizzo entró con una bandeja redonda y tres delicadas tazas negras. Había tres pequeños agitadores rojos en cada una. Rizzo miró a Dolph y luego a mí. Se fijó en mis manos sin esposas, pero no dijo nada. Colocó la bandeja sobre el escritorio, lo suficientemente lejos de mí como para que no pudiera agarrarla. El Oficial Rizzo parecía un joven de unos veinte años, y sin embargo me trataba como a una persona muy peligrosa. Dudaba que le hubiese dado la espalda a Anabelle. Si ella no me hubiese agarrado la cartera, podría haberme disparado por la espalda. Oh, la habría visto por el espejo, pero nunca hubiese sacado mi pistola a tiempo. Nunca hubiese dejado que un hombre, sin importar cuán amable o inofensivo pareciera, se acercara a mí por detrás de esa forma. Había cometido el mismo error con Anabelle, el mismo error que la gente cometía conmigo. Había visto a una pequeña y preciosa mujer, y la había subestimado. Yo era un cerdo chauvinista femenino. Casi terminó siendo un defecto fatal.

Dolph me pasó la taza que tenía el café menos oscuro. Era mucho esperar que la crema fuera de verdad, pero de cualquier forma parecía excelente. Nunca había probado un café que no fuera excelente. Era sólo cuestión de cuán excelente resultaba. Tomé un tentador sorbo del líquido caliente e hice un apreciativo sonido de «mmm». Café y crema auténticos.

—Me alegro que le guste —dijo Rizzo.

Le miré.

—Gracias, oficial.

Gruñó y se alejó de nosotros para recostarse contra la otra pared.

—Hablé con Ted Forrester, tu cazador de recompensas fetiche. El arma de tu cartera está registrada a su nombre. —Dolph se sentó soplando el café.

Ted Forrester era uno de los alias de Edward. Ya se había enfrentado a una investigación policial una vez, cuando terminamos detenidos. Era, por lo que la policía sabía, un cazador de recompensas especializado en criaturas preternaturales. La mayoría de los cazadores de recompensas se quedaban en los estados del oeste donde todavía conseguían generosas recompensas por los *cambiaformas*. No todos eran particularmente escrupulosos con el hecho de que el *cambiaformas* asesinado fuera realmente un peligro para alguien. El único criterio que algunos estados tenían era qué, después de la muerte, el cuerpo fuera certificado médicamente como un *licántropo*. Un análisis de sangre era suficiente en la mayoría de los casos. Wyoming estaba pensando en cambiar sus leyes por

tres pleitos de muertes erróneas que habían llegado a la corte suprema estatal.

—Necesitaba un arma lo suficientemente pequeña para meterla en el bolso, pero con poder de contención —dije.

—No me gustan los cazadores de recompensas, Anita. Abusan de las leyes.

Tomé un sorbo de café y me quedé callada. Si supiera cuánto abusaba Edward de la ley, le habría buscado hacía mucho tiempo.

—Si es un amigo lo bastante bueno como para salvar tu culo de esta clase de problemas, ¿por qué no lo has mencionado antes? No sabía de su existencia hasta el último problema que tuviste con esos cazadores furtivos de *cambiaformas*.

—*Cambiaformas* —repetí, y sacudí la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Dolph.

—Los *cambiaformas* son asesinados y es caza furtiva. La gente normal es asesinada y es homicidio.

—¿Ahora simpatizas con los monstruos, Anita? —preguntó.

La voz era incluso más tranquila, así que podría haberlo confundido con calma, pero no lo era. Estaba enfadado.

—Estás molesto por algo más, aparte del número de muertos —dije.

—Sales con el *Amo de la Ciudad. ¿Es así como obtienes toda esa información de los monstruos*?

Respiré profundamente y lo solté.

—Algunas veces.

—Deberías habérmelo dicho, Anita.

—¿Desde cuándo mi vida personal es asunto de la policía?

Se quedó mirándome.

Bajé la vista a mi taza de café, mirándome fijamente las manos. Finalmente, volví a levantar la mirada. Era difícil encontrarse con esos ojos, más duros de lo que quería que fueran.

—¿Qué quieres que diga, Dolph? ¿Qué encuentro embarazoso que uno de los monstruos sea mi novio? Pues sí.

—Entonces déjale.

—Si fuese así de fácil, créeme, lo haría.

—¿Cómo puedo confiar en que hagas tu trabajo, Anita? Estás durmiendo con el enemigo.

—¿Por qué todos asumen que estoy durmiendo con él? ¿Nadie más sale

con alguien y no tiene sexo aparte de mí?

—Me disculpo por la suposición, pero tienes que admitir que mucha gente va a pensar lo mismo.

—Lo sé.

La puerta se abrió y Greeley entró de nuevo. Sus ojos se fijaron en las manos que ya no estaban esposadas y en el café.

—¿Tuvieron una buena conversación?

—¿Cómo estuvo la declaración a la prensa? —preguntó Dolph.

Se encogió de hombros.

—Les dije que la Sra. Blake está siendo interrogada en relación con la muerte dentro del local. Les dije que los vampiros no están involucrados. No estoy seguro que me creyeran. Seguían queriendo hablar con la Ejecutora. Aunque la mayoría de ellos la llamaban la novia del maestro.

Esto me hizo estremecer. Incluso con una carrera propia, iba a terminar por ser la Sra. Jean-Claude ante la prensa. Él era más fotogénico que yo.

Dolph se levantó.

—Quiero a Anita fuera de aquí.

Greeley le miró.

—No lo creo.

Dolph dejó el café sobre el escritorio y se alejó hasta quedar de pie al lado del otro detective. Bajó la voz y hubo muchos susurros hoscos. Greeley sacudió la cabeza.

—No.

Más susurros. Greeley me fulminó con la mirada.

—Bien, pero ella irá a la comisaría antes de que la noche termine, o ya verá, Sargento.

—Estará allí —dijo Dolph.

Rizzo nos observaba a todos.

—¿La sacará de aquí, pero no la llevará a la comisaría?

Me sonó acusador incluso a mí.

—Esa es mi decisión, Rizzo —dijo Greeley—. ¿Lo ha entendido? —gruñó las palabras.

De alguna forma, Dolph había usado su rango y a Greeley no le gustó. Si Rizzo quería convertirse en un conveniente receptor de aquella cólera, bien.

Rizzo se desinfló contra la pared, pero no estaba feliz por ello.

—Entendido.

—Salgan de aquí —dijo Greeley—. Inténtenlo por detrás. Pero no sé como pasarán por las cámaras.

—Lo lograremos —contestó Dolph—. Vamos, Anita.

Dejé mi taza sobre el escritorio.

—¿Qué sucede, Dolph?

—Tengo un cuerpo para que veas.

—Un sospechoso de asesinato ayudando en otro caso. ¿No se volverán locos tus superiores?

—Lo oculté —dijo Dolph.

Me quedé mirándole, mis ojos bien abiertos.

—¿Cómo? —pregunté.

—No quieres saberlo —contestó.

Le miré. Me sostuvo la mirada. Finalmente, la aparté primero. En la mayoría de los casos, cuando la gente decía que no quería saber, significaba justo lo contrario. Eso significaba que probablemente necesitaba saberlo. Pero había un puñado de gente a quien le tomaría la palabra. Dolph era una de aquellas personas.

—Bien —dije—, vamos.

Dolph me dejó lavarme la sangre seca de las manos y nos fuimos.



DIECIOCHO

No soy buena para las charlas superfluas, pero Dolph me hace parecer locuaz. Seguimos la carretera 270 en silencio, el silbido de las ruedas sobre el asfalto y el ronroneo del motor eran los únicos sonidos. Él había apagado la radio, nadie cometía crímenes en Saint Louis esta noche. Sabía que desconectaría la radio. Una de las cosas buenas de ser detective en una unidad del cuerpo de policía, es que no tienes que escuchar la radio todo el tiempo, la mayoría de las llamadas no son tu problema. Si Dolph fuese necesario en algún sitio, siempre podrían usar el busca.

Traté de aguantar. Primero intenté hablar con Dolph, pero después de casi quince minutos, desistí.

—¿A dónde vamos?

—Creve Coeur.

Arqueé las cejas.

—Es un poco *chic* para una matanza de monstruos.

—Sí —contestó.

Esperé, pero no hubo más.

—Bien, gracias por informarme, Dolph.

Me echó un vistazo y luego volvió a la carretera.

—Estaremos allí en pocos minutos, Anita.

—La paciencia nunca ha sido mi fuerte, Dolph.

Frunció los labios, después rió. Finalmente rió, un sonido corto y áspero.

—Supongo que no.

—Me satisface poder alegrar tu estado de ánimo —comenté.

—Siempre puedes reír si no estás matando a la gente, Anita.

No supe qué contestar. Demasiado cercano a la verdad, seguramente. El silencio inundó el coche y lo mantuve. Fue fácil, amistoso y tranquilo esta vez, teñido por la risa. Dolph ya no estaba enfadado conmigo. Podía soportar un poco de silencio.

Creve Coeur es un barrio antiguo, pero no lo parecía. El tiempo se mostraba a través del conjunto de mansiones antiguas a lo largo de una cuesta. Algunas casas tenían rotondas y viviendas para los criados. Las pocas urbanizaciones que habían aparecido sin orden aquí y allí, no siempre tenían grandes dimensiones, pero las casas tenían de todo: piscinas, jardines frondosos… No eran casas de clase baja construidas en serie.

Olive es una de mis calles favoritas. Me gusta la mezcla de gasolineras, *Dunkin'Donuts*, tiendas de encargos de joyería, concesionarios Mercedes-Benz, música y películas.

Creve Coeur no se parece a la mayoría de las zonas lujosas en guerra con los obreros. Esta parte de la ciudad había adoptado tanto al dinero, como al comercio del proletariado. Tan fácil como ir a comprar excelentes antigüedades llevando a los niños en el coche camino a *Mickey-D's*.

Dolph torció por una calle entre dos gasolineras. Giró bruscamente haciéndome querer utilizar el freno. Dolph no compartió la idea y el coche descendió calle abajo por la colina con un agradable sonido. Bien, él era el policía. Nada de multas por exceso de velocidad, supongo. Circulamos pasando las urbanizaciones que se ramificaban por la calle como verdaderos barrios residenciales. Las casas seguían siendo distintas, pero eran más pequeñas y no parecía que tuviesen viviendas para sirvientes. El camino ascendió suavemente para terminar en llano. Dolph encendió las

luces intermitentes mientras aún circulábamos por Shallow Valley. En un cártel de buen gusto ponía Countryside Hills.

Los coches de policía obstruían las calles estrechas de la subdivisión, encendiendo luces en la oscuridad. Había un grupo de gente tras la barrera policial, gente que llevaba abrigos ligeros sobre los pijamas, o de pie, vestidos y sujetándolos firmemente. La multitud era pequeña. Mientras salíamos del coche, capté el movimiento de una cortina en una casa al final de la calle. ¿Para qué vas a salir si puedes mirar a escondidas desde la comodidad de tu propio hogar?

Dolph me condujo hacia los oficiales, y pasamos la cinta amarilla que ponía «no cruzar». La casa, centro de atención, era de una sola planta con una pared de ladrillos tan alta como las paredes de la misma, formando un patio cerrado.

Había incluso una puerta de hierro labrada en la entrada con forma de arco, muy mediterránea. Excepto por el patio, parecía una típica propiedad suburbana. Había un camino de piedra y mesas cuadradas, jardines de rocas llenos de rosales. Los reflectores llenaban el jardín amurallado, creando para cada pétalo y hoja su propia sombra. Alguien había colocado postes de luz al borde del agua, iluminando el terreno.

—Ni siquiera se necesita una linterna por aquí —comenté.

Dolph me miró.

—Así que, ¿nunca has estado aquí?

Le miré a los ojos y no puede leerlos. Mantenía esa mirada de poli.

—No, nunca he estado aquí. ¿Debería?

Dolph abrió la puerta sin esperar mi respuesta. Me indicó el camino y le seguí.

Dolph se enorgullecía de no influir en su gente, permitiéndoles entrar a solas y tomar sus propias conclusiones. Sin embargo, aún siendo él, estaba siendo misterioso. No me gustó.

El salón era estrecho pero largo, con un módulo de TV y vídeo al final del mismo. La habitación estaba tan llena de policías que apenas quedaba espacio para estar de pie.

Todas las escenas de un crimen obtienen más atención de la que se necesita. Francamente, me pregunto si se perderán más pruebas con tanto tráfico de manos ocupadas.

Un asesinato puede impulsar la carrera de un policía, sobre todo para dar el salto de uniformado a detective. Encontrar la pista o evidencia, la luz

en el momento crítico, y avisar a la gente. Pero es más que eso. El asesinato es el último insulto, el último paso de lo peor que se le puede hacer a un ser humano. Los policías lo sienten, tal vez más que el resto de nosotros.

Los policías se detuvieron ante Dolph, dirigiendo la mirada hacia mí. La mayoría de las miradas eran masculinas, y después del primer vistazo, casi todos me miraron de arriba abajo. Vosotras ya conocéis esas miradas. Si la cara y la parte superior se combinan, tienen que ver si las piernas son tan buenas como el resto. También funciona a la inversa. Pero cualquier hombre que comience por mis pies y termine en mi cara, ya ha perdido cada punto que alguna vez haya podido tener.

Dos pasillos cortos conducían directamente a una sala de estar en perpendicular y a un comedor seguido del primer cuarto. Una puerta abierta mostraba la escalera alfombrada que conducía al sótano. Los polis caminaban subiendo y bajando por la escalera como hormigas, con pedacitos de evidencias en bolsas de plástico.

Dolph me condujo abajo, por uno de los pasillos. Había una segunda sala de estar con chimenea. Era más pequeña y estrecha, pero la pared contraria era completamente de ladrillo, haciéndola más cálida, más acogedora. La cocina se veía a la izquierda por un marco abierto. La mitad superior de la pared tenía un arco, abierto como una ventana para que pudieras trabajar en la cocina mientras hablabas con la gente en la sala de estar. La casa de mis padres tenía uno igual.

La habitación de al lado obviamente era nueva, las paredes todavía estaban encaladas. La puerta de la pared izquierda era de cristal. Un jacuzzi ocupaba la mayor parte del espacio. El agua todavía se aferraba en gotas a la superficie lisa. Habían puesto el jacuzzi antes de pintar las paredes. Prioridades.

Un pasillo sin finalizar, aún tenía el plástico pesado que se puso en el suelo para que los trabajadores caminasen mientras instalaban el jacuzzi. Había otro cuarto de baño más grande, aun no acabado, y una puerta cerrada al final del pasillo. La puerta nueva estaba tallada en madera, en roble color claro. La primera puerta cerrada en toda la casa. Era un poco siniestro.

A excepción de los policías, no había visto una maldita cosa fuera de lugar. Parecía una casa agradable de clase media alta. Una casa familiar. Si hubiera entrado directamente en la escena del crimen me hubiera sido más fácil, pero este recorrido me había destrozado el estómago, me llenó de

terror. ¿Qué había pasado en esta agradable casa con su nuevo jacuzzi y chimenea de ladrillo? ¿Qué había pasado para que necesitaran mi clase de experiencia? No quería saberlo. Quería abandonar este lugar.

Dolph puso la mano en el picaporte de la puerta. Le toqué el brazo.

—Niños no, ¿verdad? —le pregunté.

Me miró por encima del hombro. Normalmente no respondería. Diría algo críptico como, «Ya lo verás en un minuto». Esta noche contestó.

—No, niños no.

Tomé una aliento profundo a través de la nariz, y lo deje salir lentamente por entre los labios.

—Bien.

Olí la humedad del yeso, el cemento fresco, y debajo de todo eso, la sangre. El aroma de la sangre recién derramada, leve, sólo por detrás de la puerta. ¿A qué huele la sangre? Metálico, casi artificial. En realidad no es el olor en sí mismo. El olor no es dañino, es lo que pasa con él. Todos sabemos en alguna remota parte de nuestro interior que la sangre es la esencia. Sin ella, morimos. Si somos capaces de robar la suficiente de nuestros enemigos, no nos quitaran la vida. Hay una razón para que la sangre se haya asociado a casi todas las religiones en el planeta. Es algo esencial y no importa cómo de santificados estemos en nuestro mundo, parte de nosotros reconoce que sigue influyéndonos.

Dolph dudaba, en parte porque aún agarraba el picaporte de la puerta. No me miraba mientras me hablaba.

—Dime lo que piensas de la escena, luego te llevaré a que des tu declaración. ¿Lo entiendes?

—Entiendo —contesté.

—Si me mientes, Anita, sobre cualquier cosa, dímelo esta noche. Dos cuerpos en dos días dan para muchas explicaciones.

—No te he mentido, Dolph. —Al menos no mucho, me dije a mi misma.

Asintió sin darse la vuelta y abrió la puerta. Fue cuando se giró para poder ver mi cara cuando entrara en la habitación.

—¿Qué tiene de malo, Dolph? —le pregunté.

—Míralo tú —me dijo.

Todo lo que pude ver fue una alfombra gris pálido y una mesa con un gran espejo contra la pared del lado derecho. Un grupo de policías bloqueaban la vista del resto de la habitación. La policía se apartó a un lado

con una sola cabezada de Dolph. Dolph nunca apartó los ojos de mí, de mi cara. Nunca le había visto tan absorto en mi reacción. Me puso nerviosa.

Había un cuerpo en el suelo. Un hombre abierto de piernas, clavado por las muñecas y los tobillos con cuchillos. Los cuchillos tenían empuñaduras negras. Se encontraba en el centro de un gran círculo rojo. El círculo tenía que ser grande para que la sangre no se saliera y lo estropeara. La alfombra gris estaba empapada, la sangre se extendió en ella como una mancha roja. La cara del hombre estaba hacia el otro lado. Todo lo que podía ver era el pelo rubio y corto. El pecho estaba desnudo, pero la sangre que lo empapaba parecía una camisa roja. Los cuchillos le mantenían en su lugar. No fue lo que le mató. No, lo que le había matado había sido el agujero en la parte inferior del pecho, debajo de las costillas. Era como una cueva de color rojo lo suficientemente grande como para hundir las dos manos en ella.

—Le extrajeron el corazón —le dije.

Dolph me miró.

—¿Sabes eso desde la puerta?

—Tengo razón, ¿verdad?

—Si fueras a sacarle el corazón, ¿por qué no extraerlo directamente?

—Si quieres que sobreviva, lo haces como una cirugía cardiaca, tendrías que romperle las costillas y disminuir el riesgo de complicaciones. Pero lo querían inerte. Si todo lo que quieres es el corazón, cogerlo por debajo de las costillas es más fácil.

Caminé hacia el cuerpo.

Dolph avanzo hacia mí, observándome la cara.

—¿Qué? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Dime lo que sepas del cuerpo, Anita.

Le miré fijamente.

—¿Cuál es tu problema esta noche?

—No tengo ningún problema.

Era una mentira. Algo, pero no le presione. Las presiones no son buenas. Cuando Dolph decide no compartir información, es que no comparte. Y punto.

Había una enorme cama con sábanas de satén púrpuras, y con más almohadas de las que podrías soñar. La cama estaba arrugada, como si se hubiera utilizado para otra cosa que no fuese dormir. Había manchas

oscuras en las sábanas, casi negras.

—¿Eso es sangre?

—Creemos que sí —contestó Dolph.

Eché un vistazo al cuerpo.

—¿Del cadáver?

—Cuando hayas acabado con el cuerpo, sacaremos las sábanas y obtendremos las pruebas del laboratorio.

Una sutil sugerencia para continuar con mi trabajo. Caminé hacia el cuerpo y traté de no hacer caso a Dolph.

Era más fácil de lo que sonaba. El cuerpo del tipo se llevaba la palma. Cuanto más me acercaba, más detalles podían ver, y menos quería conocer. Bajo toda esa sangre había un pecho bonito y musculoso, pero no demasiado. Cabello muy corto, rizado y rubio. Había algo desagradablemente familiar en aquella cabeza. Las dagas negras tenían un alambre enrollado a su alrededor. Las habían clavado hasta las empuñaduras, los huesos se habían roto cuando le apuñalaron. El círculo rojo era definitivamente sangre. Había símbolos cabalísticos grabados alrededor del interior del círculo, escritos con sangre. Reconocí algunos de ellos, lo suficiente como para saber que tratábamos con alguna clase de nigromancia. Sabía que era el símbolo de la muerte y los símbolos que había contra ella.

Por alguna razón, no quería entrar en el círculo. Caminé con cuidado alrededor del borde hasta que pude verle la cara. Con la espalda apoyada contra la pared, miré fijamente los ojos bien abiertos de Robert, el vampiro. El marido de Mónica. El que pronto sería papá.

—¡Mierda! —exclamé suavemente.

—¿Le conoces? —me preguntó Dolph.

Asentí.

—Robert. Su nombre es Robert. Los símbolos de la muerte tienen sentido si se va a sacrificar a un vampiro. Pero ¿por qué? ¿Por qué así?

Di un paso hacia delante y toqué el círculo. Quedé paralizada. Fue como si un ejército de bichos me envolviera y me invadiera el cuerpo. No podía respirar. Me alejé de la línea de sangre. La sensación se detuvo. Aún podía sentirlo en mi memoria, sobre mi piel, en mi cabeza, pero ahora estaba bien. Suspiré y lo deje ir poco a poco, después avancé de nuevo. No era como si me diera contra una pared. Era más bien como si me diera contra una manta, como si me ahogara, como si la manta avanzara

lentamente hacia mí. Traté de avanzar, traté de caminar por encima del círculo, pero no pude. Me tambaleé hacia atrás. Si la pared no hubiera estado allí, me hubiera caído.

Me dejé deslizar hacia abajo, hasta que me senté abrazándome las rodillas. Los dedos del pie estaban a unos centímetros del círculo. No quería tocarlo otra vez.

Dolph caminó hacia mí como si el círculo no estuviera y se arrodilló a mi lado, medio cuerpo dentro del círculo.

—Anita, ¿qué te pasa?

Sacudí la cabeza.

—No estoy segura —le miré—. Es un círculo de poder y no puedo cruzarlo.

Echó un vistazo a su cuerpo parcialmente dentro del círculo.

—Yo puedo.

—Tú no eres reanimador. Yo no soy bruja, y no sé mucho de magia oficial, pero algunos de los símbolos son símbolos de muerte, o tal vez símbolos de protección para los muertos —comencé a explicarle, mi piel todavía sentía escalofríos por haber intentado cruzar la línea. Un nuevo tipo de horror se propagó por mi mente—. Es un hechizo que contiene y mantiene a los muertos, y no puedo cruzarlo.

Apartó la vista de mí.

—¿Qué significa eso, Anita?

—Significa —contestó una voz femenina—, que ella no creó el círculo.



DIECINUEVE

Una mujer estaba bajo el marco de la puerta. Era alta, delgada y vestía un traje de falda color púrpura, con una ajustada camisa de vestir blanca. Caminó por el dormitorio con una impaciencia que me hizo pensar que tenía diez años más. Parecía tener treinta, pero no era así. Veintipocos, más o menos. Posiblemente rondara mi edad, pero tenía una frescura que yo había perdido hacía años.

Dolph se puso de pie, ofreciéndome la mano para levantarme. Sacudí la cabeza. A no ser que quisiera sostenerme, aún no podía ponerme en pie.

—Anita, ella es la Detective Reynolds —dijo. No parecía muy feliz por ello.

Reynolds caminó alrededor del borde del círculo como había hecho yo, pero se acercó para verme mejor. Terminó al lado de Dolph. Miraba hacia abajo, a mí, sonriente y ansiosa. La miré, aún tenía la piel sensible al haber intentado entrar en el círculo.

Se inclinó hacia abajo y susurró:
—Aún brillas en la habitación, querida.
—Hago juego con mi ropa interior —contesté.
Me miró sorprendida.
No había manera de estirar las piernas sin tocar el círculo de nuevo. Si quería recuperarme tenía que levantarme, y por mis narices que lo haría. Alcé la mano hacia Dolph.
—Ayúdame a levantarme, pero hagas lo que hagas, no dejes que caiga dentro de esa cosa.
La detective Reynolds me agarró el otro brazo sin ser invitada, pero francamente, necesitaba ayuda. Mis piernas parecían espaguetis. En el momento en el que me tocó, el vello de mi cuerpo se puso de gallina. Salté lejos de ella, y si no hubiera sido por el agarre de Dolph, habría caído en el círculo.
—¿Qué pasa, Anita? —preguntó Dolph.
Me incliné hacia él, tratando de respirar despacio y uniformemente.
—En este momento no puedo tocar más magia directamente.
—Trae una silla del comedor —dijo Dolph.
No hablaba con nadie en particular, pero un policía salió del cuarto, seguramente a conseguir la silla.
Dolph me sujetó mientras esperábamos. Dado que no podía mantenerme, era imposible quejarme, pero me sentía como una maldita tonta.
—¿Qué hay en tu espalda, Anita? —preguntó Dolph.
Me olvidé del cuchillo en la funda de la espalda. El oficial me ahorró tener que contestar al entrar al cuarto con una silla de respaldo recto para que me sentara.
Dolph me sentó en la silla.
—¿La Detective Reynolds intentó un hechizo sobre ti?
Negué con la cabeza.
—¿Alguien me puede explicar lo que pasó?
Un rubor culpable cubrió el pálido cuello de la detective Reynolds.
—Traté de leer su aura, clasificarla.
—¿Por qué? —le preguntó Dolph.
—Sólo por curiosidad. He leído sobre nigromantes, pero nunca antes me había encontrado con uno.
La miré.

—Si quiere hacerme más experimentos, detective, pregúnteme primero.

Asintió. Parecía más joven, más insegura.

—Lo siento.

—Reynolds —dijo Dolph.

Le miró.

—Sí, señor.

—Ponte de pie allí.

Nos miró a los dos y asintió.

—Sí, señor —caminó hacia los demás policías. Trató de despreocuparse, pero mantuvo la mirada por encima de los hombros hacia nosotros.

—¿Desde cuándo tienes una bruja en nómina? —le pregunté.

—Reynolds es la primera detective con capacidades preternaturales. Consiguió que la asignaran donde deseaba. Quiso unirse a nuestra brigada.

Me alegré al oírle decir *nuestro*.

—Dijo que no dibujé el círculo. ¿Realmente pensaste que lo había hecho? —señalé al cuerpo.

Me miró.

—No te gustaba Robert.

—Si matase a toda las personas que no me gustan, Saint Louis estaría llena de cuerpos —le contesté—, ¿por qué me has arrastrado hasta aquí? Ella es una bruja. Probablemente sabrá más del hechizo que yo.

Dolph me miraba.

—Explícate.

—Levanto muertos, pero no soy una bruja en potencia. La mayor parte de lo que hago es, simplemente —me encogí de hombros—, una especie de capacidad natural. Estudié teoría básica de la magia en la universidad, pero sólo un par de clases, así que si necesitas información específica sobre este hechizo, no puedo ayudarte.

—Si Reynolds no hubiera estado aquí, ¿qué habrías sugerido que hiciéramos?

—Encontrar una bruja para que deshiciera el hechizo.

Asintió.

—¿Alguna idea de quién o por qué? —señaló con el pulgar hacia su espalda.

—Jean-Claude creó a Robert. Es un vínculo muy fuerte. Creo que el hechizo le impidió saber lo que le estaba sucediendo.

—¿Podría Robert haber alertado a su amo en la distancia?

Pensé en ello. No estaba segura.

—No lo sé. Tal vez. Algunos Maestros Vampiros son mejores con la telepatía que otros. No estoy segura de en qué es bueno Jean-Claude en comparación con otros vampiros.

—La escena debió de llevar su tiempo —comentó Dolph—, ¿por qué matarle así?

—Buena pregunta —contesté. Tuve una mala idea—. Es una manera extraña de hacerlo, pero puede ser un desafío contra Jean-Claude para controlar su territorio.

—¿Cómo? —Dolph había sacado el pequeño bloc de notas, bolígrafo listo. Era casi como en los viejos tiempos.

—Robert le pertenecía, y ahora alguien le mató. Podría ser un mensaje.

Miró el cuerpo.

—Pero ¿a quién está dirigido el mensaje? Quizás Robert molestó a alguien y es algo personal. Si se trata de un mensaje para tu novio, ¿por qué no matar a Jean-Claude en el club? Ahí es donde trabaja, ¿no?

Asentí.

—Quienquiera que hiciera esto, no podía haber hecho algo tan minucioso en el club, con otros vampiros alrededor. De ninguna forma. Necesitarían intimidad. Podrían necesitar el hechizo para alejar a Jean-Claude, o a alguna otra vampira que le intentara rescatar.

Pensé en ello. ¿Qué es lo que sabía de Robert? No mucho. Le conocía como el sirviente de Jean-Claude. El novio de Mónica, ahora marido. Todo lo que sabía sobre él era a través de los comentarios de otras personas. Había sido asesinado en su propio dormitorio, y en todo lo que podía pensar era que se trataba de un mensaje para Jean-Claude.

Estaba pensando en él como un sirviente porque Jean-Claude le trataba así. Al no ser un Maestro Vampiro, nadie le mataría por él mismo. Caray, estaba pensando en Robert como una mercancía desechable. Siempre podemos ir más allá.

—Has pensado en algo —dijo Dolph.

—No realmente. Tal vez he estado en contacto con vampiros demasiado tiempo. Estoy empezando a pensar como uno de ellos.

—Explícate —pidió Dolph.

—Daba por hecho que la muerte de Robert estaba conectada a su maestro. Mi primer pensamiento fue que nadie mataría a Robert por él

mismo porque no era lo suficientemente importante como para matarle. Quiero decir, el asesinato de Robert no te convierte en *Amo de la Ciudad*, así qué, ¿por qué hacerlo?

Dolph me miró.

—Estoy empezando a preocuparme, Anita.

—¿Preocuparte? Al infierno —dije—. Estoy empezando a asustarme —intenté mirar la reciente escena del crimen, no al vampiro. ¿Quién montaría todo esto por matar a Robert? No tenía ni idea—. A menos que fuera un reto a la autoridad de Jean-Claude, no tengo ni idea de por qué matarían a Robert. Creo que en realidad no sabemos mucho de él. Podrían haber sido uno de los grupos que les odia; seres humanos contra vampiros; *Humanos Primero*. Pero tendrían que tener un amplio conocimiento mágico, y cualquiera de los grupos apedrearía a una bruja tan rápido como estacaría vampiros. Los consideran a ambos hijos del demonio.

—¿Por qué los grupos que les odian escogerían a este vampiro?

—Su esposa está embarazada —dije.

—¿Una vampira? —preguntó Dolph.

Negué con la cabeza.

—Humana.

Los ojos de Dolph se ensancharon una fracción. Ésta era la cara de sorpresa más grande que alguna vez le había visto. Dolph, como la mayoría de los policías, no se sorprendía fácilmente.

—¿Embarazada? ¿Y el vampiro es el padre?

—Sí —contesté.

Sacudió la cabeza.

—Sí, eso podría ser un punto para los grupos que les odian. Cuéntame algo sobre la reproducción de los vampiros, Anita.

—En primer lugar, tengo que llamar a Jean-Claude.

—¿Por qué?

—Advertirle —respondí—. Estoy de acuerdo en que este problema es algo personal contra Robert. Tienes razón. Especialmente los de *Humanos Primero* le matarían en un instante, pero por si acaso, quiero advertir a Jean-Claude —tuve otro pensamiento—. Tal vez por eso alguien quería verme muerta.

—¿Qué quieres decir?

—Si quieren hacer daño a Jean-Claude, asesinarme sería una buena opción.

—Creo que medio millón de dólares es un poco exagerado para liquidar a la novia de alguien —negó con la cabeza—. Esa cantidad de dinero es personal, Anita. De alguien con miedo de ti, no de tu novio colmilludo.

—Dos sicarios en dos días, Dolph, y todavía no sé por qué —le miré—. Si no lo averiguo pronto, estaré muerta.

Me tocó el hombro.

—Vamos a ayudarte. Los policías somos buenos para algunas cosas, aún cuando los monstruos no hablan con nosotros.

—Gracias, Dolph —le di una palmada en la mano—. ¿Realmente creíste a Reynolds cuando dijo que podría haber hecho esto?

Se enderezó y luego me sostuvo la mirada.

—Durante un segundo, sí. Después de todo, se trataba de apoyar a mi detective. La contratamos porque podría echar una mano en materia sobrenatural. Aunque sería estúpido creerla en su primer caso.

Por no hablar de desmoralizar, pensé.

—De acuerdo, pero ¿realmente crees que sería capaz de hacer eso? —le señalé el cuerpo.

—Te he visto estacar vampiros, Anita. Te he visto decapitarles. ¿Por qué no esto?

—Porque Robert estaba vivo mientras le abrían el pecho. Hasta cuando le quitaron el corazón estaba vivo. Demonios, cuando llegaron a su corazón, no estoy segura de cuánto tiempo sobrevivió. Los vampiros son extraños con las heridas de muerte. A veces sobreviven.

—¿Por eso no le quitaron la cabeza? ¿Así sufriría más?

—Tal vez —contesté—. Jean-Claude necesita que se le informe, en caso de que sea una amenaza —me repetí.

—Alguien tiene que llamarle.

—¿No confías en mí para decírselo?

—Déjalo, Anita.

Por una vez hice lo que me dijo. Incluso hace un año no habría confiado en nadie para informar a un vampiro. Habría asumido que eran corruptos. A veces, aún lo asumía.

—Bien, llámale ahora. Sería malo que Jean-Claude muriera mientras nos peleamos por quién debe advertirle sobre esto.

Dolph hizo señas a uno de los policías. Garabateó algo en su cuaderno, arrancó la página, lo dobló y se lo dio al policía.

—Dale esto al Detective Perry.

El oficial salió, nota en mano.

Dolph miró de nuevo sus notas.

—Ahora, cuéntame todo lo que sepas de la reproducción de los vampiros. —Miró fijamente lo que había escrito en su cuaderno—. Aunque suene mal.

—Muchos muertos recientes suelen tener restos de esperma antes de la muerte. Es muy común. Los doctores recomiendan que se espere seis semanas después de convertirse en vampiro antes de tener sexo, como cuando te haces una vasectomía. Los bebés son generalmente saludables. Ser fértil es mucho menos frecuente en vampiros antiguos. Francamente, hasta que no vi a Robert y su esposa en una fiesta, no sabía que los vampiros tan viejos como él se podían reproducir y tener bebes.

—¿Qué edad tenía Robert?

—Algo más de un siglo.

—¿Pueden quedar embarazadas las vampiras? —preguntó.

—A veces con los nuevos muertos pasa, pero en esos casos el bebé es abortado o es absorbido por el cuerpo. Un muerto no puede dar la vida… —dudé.

—¿Qué? —me dijo Dolph.

—Ha habido un par de casos documentados de embarazos de vampiras —sacudí la cabeza—. No era bonito, y seguramente no era humano.

—¿Sobrevivieron los bebés?

—Por un tiempo —contesté—. El mejor caso documentado es de principios de 1900. Cuando el Dr. Henry Mulligan intentó encontrar una cura para el vampirismo en el sótano del antiguo hospital de la ciudad de Saint Louis. Una de sus pacientes había dado a luz. Mulligan pensó que era una señal de que la vida estaba volviendo a su cuerpo. El bebé había nacido con un conjunto completo de dientes puntiagudos y había sido más caníbal que vampiro. El Dr. Mulligan llevó una cicatriz en la muñeca hasta el día de su muerte, casi tres años más tarde, cuando uno de sus pacientes le aplastó la cara.

Dolph apartó la vista del cuaderno.

—Lo escribo todo. Pero francamente, es un montón de información que espero no utilizar nunca. Mataron al bebé, ¿verdad?

—Sí —contesté—. Antes de que me preguntes, el padre no fue mencionado. La suposición es que el padre era humano, puede que incluso el mismo Dr. Mulligan. Los vampiros no pueden tener niños sin una pareja

humana, por lo que sabemos.

—Es bueno saber que los humanos servimos para algo más que sólo la sangre —comentó.

Me encogí de hombros.

—Supongo.

Sinceramente, la idea de dar a luz a un niño con un grave síndrome de Vlad me asustaba como el infierno. Nunca había pensado tener sexo con Jean-Claude, pero si alguna vez pasara, definitivamente, tomaríamos precauciones. Nada de sexo espontáneo, a no ser que incluyese condón.

Algo debió reflejarse en mi cara, porque comentó:

—Una moneda por tus pensamientos.

—Simplemente, supongo que me alegro de tener alta la moral. Como dije, hasta que no vi a Robert y a su esposa, creía que un vampiro con más de un siglo era estéril. Y teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que habría que mantener alta la temperatura corporal de una vampira —sacudí la cabeza—, no veo cómo pudo ser accidental. Sin embargo, ambos alegaron que lo era. Ella aún no tiene los resultados de la amnio.

—¿Qué tipo de prueba es la amnio? —preguntó.

—El síndrome de Vlad —respondí.

—¿Está lo suficientemente bien como para saber este tipo de noticias? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Parece estar bien, pero no soy una experta. Probablemente no le diría esto por teléfono, y no la dejaría sola. No sé.

—¿Eres amiga de la mujer?

Negué.

—No, y ni siquiera preguntes. No voy a sostener la mano de Mónica mientras llora por su marido muerto.

—Bien, bien, no forma parte de tus funciones laborales. Quizás le deje hacerlo a Reynolds.

Eché un vistazo a la joven. Mónica y ella probablemente se conocieran la una a la otra, pero…

—Jean-Claude podría conocer a los amigos de Mónica. Si él no lo sabe, se quién. Catherine Maison-Gillete y Mónica trabajaban juntas.

—¿Mónica es abogada? —preguntó Dolph.

Asentí.

—Perfecto —comentó.

—¿Cuánto le contarás a Jean-Claude de esto? —pregunté.

—¿Por qué? —inquirió.

—Porque quiero saber cuánto puedo decirle.

—No puedes discutir los casos de homicidio con los monstruos —me dijo.

—La víctima fue su compañero durante más de un siglo. Va a querer hablar de eso. Necesito saber hasta dónde puedo contarle sin que se me escape nada por accidente.

—¿No tienes ningún problema por retener información a tu novio?

—No en un homicidio. Quienquiera que haya hecho esto, es por lo menos una bruja, o quizás algo más aterrador. Es probable que sea uno de los monstruos, de una manera u otra. Pero lo que no podemos es decirles a los monstruos todos los detalles.

Dolph me miró largo y tendido, y luego asintió.

—No digas nada de lo del corazón y los símbolos utilizados para el hechizo.

—Tendrá que saber sobre lo del corazón, Dolph, o lo adivinara. Cabeza o corazón, no hay muchas más formas de poder matar a un vampiro con siglos de antigüedad.

—Dices que guardarás la información, Anita —me indicó.

—Te estoy diciendo lo que va a pasar, Dolph. Callarme lo del corazón con vampiros no funcionará porque lo adivinará. Los símbolos, bien, pero aún así, Jean-Claude se preguntará porqué no pudo sentir la muerte de Robert.

—Entonces, ¿qué le podemos ocultar a tu novio?

—Los símbolos usados exactamente en el hechizo, los cuchillos. —Pensé en ello durante un momento—. Cómo le extrajeron el corazón. Ven las series de hospitales en la TV, no creen que se pueda hacer de otra manera.

—Por lo tanto, si tenemos un sospechoso le preguntamos, ¿cómo conseguir el corazón?

Asentí.

—Los chiflados comenzarán a hablar de estacas. O a ser ambiguos.

—Muy bien. —Dolph me miró—. Si alguien odia a los monstruos, creía que eras tú. ¿Cómo puedes informar a uno de ellos?

Le mantuve la mirada, no retrocedí.

—No lo sé.

Cerró el cuaderno.

—Seguramente Greeley se preguntará a donde te llevé.

—¿Qué le contaste? —apostaría a que me defendió.

—Le dije que eras sospechosa en otro caso. Le dije que quería estudiar tu reacción.

—¿Y se lo creyó?

Dolph miró el cuerpo.

—Está muy cerca de la verdad, Anita.

Tenía razón en eso.

—No parece que le caiga muy bien a Greeley —comenté.

—Acabas de matar a una mujer, Anita. Tiendes a dar una mala impresión.

Tenía algo de razón.

—¿Puedo encontrarme con Catherine después, en la comisaría? —le pregunté.

—No estás arrestada —dijo Dolph.

—Aún así, me gustaría encontrarme con Catherine en la comisaría.

—Llámala.

Me puse de pie. Dolph tocó mi brazo.

—Espera —se dirigió a los demás policías—, todo el mundo fuera, esperar un minuto. —Hubo algunas miradas, pero nadie preguntó, simplemente se fueron. Todos los que estaban allí habían trabajado con Dolph antes, y ninguno le superaba en rango. Cuando estuvimos solos y la puerta cerrada, señaló—. *Eso*.

—¿Qué?

—Tienes algún tipo de hoja extraña en la espalda.

Suspiré y agarré el puñal bajo mi pelo. Lo saqué. Me llevó un tiempo. El cuchillo era largo.

Dolph me extendió la mano. Se lo di.

Lo balanceó en las suyas e hizo un pequeño silbido.

—Jesús, ¿qué ibas a hacer con esto?

Le miré.

—¿Quién te registró en el club?

—El compañero de Rizzo —contesté.

—Voy a tener una charla con él. —Dolph me miró—. Sería terrible que alguien pudiera utilizarlo. ¿Es la única arma que llevas?

—Sí.

Me miró.

—Apóyate en la mesa.

Alcé las cejas.

—Vas a registrarme.

—Sí.

Pensé en alguna razón, pero decidí no hacerlo. No había más armas que encontrar. Me incliné sobre la mesa. Dolph apoyó el cuchillo en la silla y se puso a buscar. Si no hubiera nada que encontrar, lo habría encontrado. Dolph era minucioso y metódico en todo lo que hacía. Era una de las cosas que le convertía en un gran policía.

Le observé en el espejo sin darme la vuelta.

—¿Satisfecho?

—Sí. —Me entrego el cuchillo por la empuñadura.

Me sorprendí.

—¿Me lo estás devolviendo?

—Si me hubieras mentido sobre que ésta era tu única arma, me la hubiera quedado y todo lo que encontrase —suspiró y exhaló—. Pero no te voy a desarmar, no cuando estás en nómina.

Cogí el cuchillo y lo volví a enfundar. Era más difícil que quitarlo. Al final tuve que ponerme frente al espejo para colocarlo.

—¿Debo entender que es una nueva arma? —me preguntó Dolph.

—Sí. —Eché el pelo hacia atrás sobre la funda y la chaqueta. Así no se veía. Realmente tendría que practicar. Era un escondite demasiado bueno para no usarlo más a menudo.

—¿Alguna otra impresión de la escena antes de que te lleve de vuelta?

—¿Han forzado la entrada?

—No.

—Entonces fue alguien que le conocía —dije.

—Tal vez.

Dudé en mirar a Robert.

—¿Podríamos terminar esta discusión en otra habitación?

—¿Esto te moleta?

—Le conocía, Dolph. Podría no caerme bien, pero le conocía.

Dolph cabeceó.

—Puedes terminar de contármelo todo en el cuarto del niño.

Le miré. Podía sentirme palidecer. No había visto lo que Mónica había hecho con el cuarto del niño.

—Estás desarrollando una vía macabra, Dolph.

—No puedo aceptar que informes al *Amo de la Ciudad*, Anita. Simplemente no puedo tragarlo.

—¿Quieres castigarme porque informo a un vampiro?

Me miró, era una mirada en busca de algo. No giré la cabeza.

—Quiero que no le informes.

—No eres mi padre.

—¿Tu familia lo sabe?

Le miré detenidamente.

—No.

—Son católicos, ¿verdad?

—No voy a tener esta discusión contigo, Dolph.

—Necesitas tenerla con alguien —contestó.

—Tal vez, pero no contigo.

—Mírale, Anita. Mírale, y dime si podrías dormir con eso.

—Déjalo —dije.

—No puedo.

Nos miramos fijamente el uno al otro. No iba a estar de pie ahí, y explicar a Dolph mi relación con Jean-Claude. No era asunto suyo.

—Entonces tenemos un problema.

Tocaron a la puerta.

—Ahora no —contestó Dolph.

—Adelante —dije yo.

La puerta se abrió. Bien. Zerbrowski entró. Mejor aún. Sabía que sonreía abiertamente como una idiota, pero no podía detenerme. La última vez que le había visto había sido el día en que salió del hospital. Casi había sido destripado por una *cambiaformas*, una hombre-leopardo del tamaño de un pony. Su atacante no había sido un *licántropo*, pero sí una bruja *cambiaformas*. Por eso Zerbrowski no salía una vez al mes. La bruja lo había abierto horriblemente en canal. Pero no le mató. Le mantuve las manos sobre el estómago, presionando los intestinos dentro de su cuerpo. Yo aún tenía las cicatrices del mismo monstruo.

El pelo de Zerbrowski, normalmente, es rizado y enmarañado, negro tirando a gris. Lo había cortado lo suficiente como para que se quedara en su lugar. Le hacía parecer más serio, más adulto, menos Zerbrowski. El traje era marrón y parecía que hubiera dormido con él. La corbata era medio azul, y no pegaba nada con lo que llevaba.

—Blake, mucho tiempo sin verte.

No podía contenerme, me lancé y le abracé. Hay ventajas en ser una chica. Aunque, antes de que Richard entrara en mi vida, podría haber resistido el impulso. Richard potenciaba mi lado femenino. Zerbrowski me abrazó torpemente, riendo.

—Siempre supe que querías mi cuerpo, Blake.

Le empujé, apartándole.

—Ya quisieras.

Me miró de arriba abajo, con los ojos brillando por la risa.

—Si te disfrazas así cada noche, podría dejar a Katie por ti. Si esta falda fuera más corta, sería la pantalla de una lámpara.

Incluso con la burla, me alegre de verlo.

—¿Cuánto tiempo has estado alejado de los deberes?

—No mucho. Te vi en las noticias con tu novio.

—¿Noticias? —preguntó. Había olvidado la campaña de los medios de comunicación, Jean-Claude y yo habíamos estado por allí.

—Es guapo para ser un muerto.

—Mierda.

—¿Qué? —preguntó Dolph.

—Eran medios de comunicación nacionales, no sólo locales.

—¿Y?

—Mi padre no lo sabe.

Zerbrowski se rió.

—Ahora ya sí.

—Mierda.

—Creo que tendremos que hablar con tu padre después de todo —dijo Dolph.

Debió de advertir algo en la voz de Dolph, o en mi cara, porque el humor de la cara de Zerbrowski desapareció.

—¿Qué pasa otra vez entre vosotros? Parece que alguien pisó a vuestro cachorro.

Dolph me miró. Le devolví la mirada.

—Diferencias filosóficas —expliqué finalmente.

Dolph no añadió nada. En realidad, no lo había esperado.

—Muy bien —dijo Zerbrowski.

Conocía lo suficiente a Dolph como para no presionarle. De mí sólo que tendría que sacarme la mierda a golpes, pero no de Dolph.

—Uno de los vecinos está en contra de los derechos de los vampiros —continuó.

Consiguió llamar nuestra atención.

—Explícate —pidió Dolph.

—Delbert Spalding y su esposa Dora se sentaron en el sofá, de la mano. Ella me ofreció té helado. Él me corrigió cuando comenté que Robert había sido asesinado. Dijo que no se podía matar a los muertos. —Zerbrowski extrajo un cuaderno arrugado del bolsillo del traje. Pasó algunas páginas, trató de alisar la página hacia abajo y leyó textualmente—: «Ahora que alguien lo ha destruido, la mujer debería abortar ese monstruo, es una abominación. Normalmente no creo en el aborto, pero esto es una abominación, pura abominación».

—*Humanos contra Vampiros*, por lo menos —comenté—. Tal vez incluso *Humanos Primero*.

—Quizás es sólo que no le gusta vivir al lado de un vampiro —dijo Dolph.

Miré a Zerbrowski.

—¿Le preguntaste al Sr. Spalding si pertenecían a alguno de los grupos? —preguntó Dolph.

—Tenía los boletines de HCV esparcidos por la mesa de café, me dio uno.

—Fabuloso —dije—. Traficantes de odio que evangelizan.

—HCV no aboga por este tipo de violencia —explicó Dolph.

Por la forma en cómo lo dijo, me pregunté qué tipo de correo recibía. Sacudí la cabeza. No creería lo peor de él solamente por mi paseo por el lado muerto. Unos meses atrás, habría tomado el mismo camino.

—*Humanos Primero* —señalé.

—Vamos a averiguar si el Sr. Spalding es miembro de *Humanos Primero* —indicó Dolph.

—También tienes que averiguar si los Spalding tienen algún talento mágico —añadí.

—¿Cómo? —preguntó Dolph.

—Podría reunirme con ellos, estar en la misma sala. Por cierto, debería tocarles, darles la mano.

—Le di la mano al Sr. Spalding —dijo Zerbrowski—. Es como cualquier otra persona que da la mano.

—Eres un gran policía, Zerbrowski, pero eres casi nulo. Podrías sacudir

la magnífica mano de *Pooh-bah* y no sentir más que un retortijón. Dolph también es nulo.

—¿Qué es nulo? —preguntó éste.

—Sin magia. Alguien que no tiene ninguna capacidad mágica o psíquica. Eso os permite atravesar el círculo de sangre, mientras que a mí no.

—¿Así que me estás diciendo que tengo alguna capacidad mágica? —concluyó Zerbrowski.

Asentí con la cabeza.

—Eres un poco sensible, probablemente eres una de esas personas que reciben corazonadas que son ciertas.

—Tengo presentimientos —dijo Dolph.

—Apuesto a que tus presentimientos están basados en la experiencia, en los años de trabajo de policía. A Zerbrowski le llega un presentimiento que no tiene ningún sentido, pero que resultará ser cierto. ¿Me equivoco?

Ambos se miraron, luego a mí, después asintieron a la vez.

—Zerbrowski tiene sus momentos —comentó Dolph.

—¿Quieres venir a saludar a los Spaldings? —preguntó Zerbrowski.

—La detective Reynolds puede hacerlo. Es una de las razones por la que está aquí, ¿no?

Se miraron de nuevo. Zerbrowski sonrió abiertamente.

—Iré a por Reynolds y volveré —se detuvo en la puerta—, Katie ha estado detrás de mí para invitarte a casa a cenar con los niños, una verdadera cena casera. —Me miró fijamente con sus sinceros ojos marrón oscuro tras las gafas—. Se lo iba a decir a Richard, pero si ahora estás saliendo con el conde Drácula, supongo que no sería acertado. —Me miró fijamente, preguntando pero sin hacerlo.

—Aún veo a Richard, insistente hijo de puta.

Sonrió.

—Bien, tráele el sábado de la semana que viene, Katie hará su famoso Pollo al Champiñón.

—Si sólo saliera con Jean-Claude, ¿invitarías a mi novio?

—No —contestó—. Katie es muy nerviosa. No creo que invitara al conde Drácula.

—Su nombre es Jean-Claude.

—Lo sé. —Cerró la puerta detrás de él, y Dolph y yo terminamos solos con el cuerpo una vez más. La noche no mejoraba.

—¿Qué es lo que tenemos que buscar, Anita?

Estaba realmente aliviada de que Dolph hablara de trabajo. No había suficiente personal charlando a última hora de la noche.

—Más que un sólo asesino.

—¿Por qué?

Le miré.

—No sé si hay mucha gente que clave sola a un vampiro de esta manera. Incluso si eran vampiros o *cambiaformas*, tienen que haber sido más de uno. Dos seres preternaturales con mucha fuerza, y un tercero para clavar los cuchillos, tal vez más para aguantarlos, tal vez otro para el hechizo. No lo sé, pero por lo menos tres.

—¿Incluso si se tratara de vampiros?

Asentí.

—A menos que un vampiro tuviera el suficiente poder sobre la mente de Robert. —Miré hacia el cuerpo, procurando no rozar el círculo. Me esforcé en mirar lo que habían hecho con el cuerpo—. No, una vez que comenzaron a ponerle los cuchillos, no creo que cualquier control mental funcionara. A un humano sí, podrían haber hecho eso a un humano y reírse mientras lo hacían; pero no a un vampiro. ¿Vieron u oyeron alguna cosa los vecinos? Creo que los Spalding pueden estar implicados, podrían mentir, pero alguien tuvo que ver u oír algo, no fue silencioso.

—Dicen que no —dijo Dolph. Lo dijo como si supiera que uno o varios habían mentido. Una de las primeras cosas que aprenden los policías es que alguien miente. Algunas personas por ocultar cosas, otras por placer, pero todas mienten. Supongamos que todo el mundo oculta algo, se ahorra tiempo.

Miré la cara de Robert, la boca medio abierta y fláccida. Había roces de marcas en las esquinas, un ligero enrojecimiento.

—¿Te has dado cuenta de las marcas en la boca?

—Si —afirmó Dolph.

—¿Y no ibas a mencionármelas?

—Eras una sospechosa.

Negué con la cabeza.

—De verdad no lo crees. Simplemente juegas con todos los detalles en tu interior, como siempre. Estoy cansada de reunir todas las piezas cuando tú ya lo has hecho.

—Entonces, ¿qué piensas de las marcas? —su voz fue fría.

—Sabes malditamente bien que pienso de ellas. Pudo ser amordazado mientras le hacían esto. Los vecinos no podrían haber oído nada. Pero esto no nos explica cómo los asesinos entraron en la casa. Si los vampiros estuvieron implicados, no podrían entrar sin una invitación. Robert no hubiera invitado a vampiros desconocidos a su casa, así que tendría que conocer a alguno de ellos, a un humano, o al menos no vampiro.

—¿Puede un humano cruzar el umbral e invitar a los vampiros?

—Sí —asentí.

Dolph apuntaba, sin mirarme.

—Entonces estamos buscando un grupo mixto, al menos un vampiro, un humano, un brujo o nigromante.

—Por eso conseguiste a Reynolds —comenté.

—¿No estás de acuerdo?

—No, pero ya que soy la única nigromante de la ciudad, tiene que ser un fuera de serie. —En el momento en que lo dije, caí en qué un *fuera de serie* estaba en la ciudad. Dominic Dumare.

—¿John Burke no puede hacerlo?

Pensé en ello.

—Jonh es un sacerdote vudú, pero esto no es vudú. No sé si su conocimiento de lo arcano se extiende tan lejos. Tampoco sé si es lo suficientemente poderoso como para hacer esto, aún sabiendo.

—¿Eres lo suficientemente poderosa?

Suspiré.

—No lo sé, Dolph. Soy nueva en la nigromancia. Quiero decir, he levantado durante años a los muertos, pero sinceramente, no como eso —señalé al cuerpo—. Nunca he visto hechizos como ése.

Asintió.

—¿Alguna otra cosa?

Odié meter a Dominic en esto, pero era demasiado sangriento. Era una gran coincidencia que un poderoso nigromante estuviera en la ciudad, y un vampiro hubiera muerto por artes nigromantes. Si fuera inocente, le pediría perdón. Si no lo fuera, era un caso de pena de muerte.

—Dominic Dumare es nigromante. Justamente está en la ciudad.

—¿Podría haber hecho esto? —preguntó Dolph.

—Sólo me encontré con él una vez, Dolph.

—Dame una opinión, Anita.

Pensé en la sensación en mi cabeza de Dominic. Su oferta para

enseñarme nigromancia. El problema era el asesinato de Robert, y dejar el cuerpo para nosotros, eso era estúpido. Dominic Dumare no me parecía un hombre estúpido.

—Podría ser. Es el criado humano de un vampiro, eso te da dos de tu grupo mixto.

—¿Conocía Robert al vampiro?

Negué.

—No que yo sepa.

—¿Tienes algún número donde podamos contactar con el Sr. Dumare?

—Puedo llamar a la secretaria de noche y conseguirlo para ti.

—Bien —miraba sus notas—. ¿Es Dumare tu mejor sospechoso?

Lo pensé bien.

—Sí, supongo que lo es.

—¿Tienes pruebas?

—Es nigromante, y esto fue hecho por alguien con conocimientos de nigromancia.

—La misma razón por la que se sospecha de ti —dijo Dolph. Casi sonrió cuando lo dijo.

—Lo apunto —señalé—. Me perjudica un poco.

Dolph cerró el cuaderno.

—Lo anoto para tu declaración.

—Muy bien. ¿Puedo llamar ahora a Catherine?

—Hay un teléfono en la cocina.

Zerbrowski abrió la puerta.

—La mujer está aquí y está muy histérica.

—¿Quién está con ella? —pregunto Dolph.

—Reynolds.

A través de la puerta abierta escuché a una mujer hablando, casi gritando.

—Robert, mi marido, ¿muerto? No puede estar muerto. No puede estar muerto. Tengo que verle. Usted no entiende lo que es. Él no está muerto. —La voz se acercaba cada vez más.

—Ella no puede ver esto, Anita.

Asentí. Crucé la puerta y la cerré herméticamente detrás de mí. No podía ver a Mónica, pero podía escucharla. Su voz se alzaba, cada vez más cercana al pánico.

—Usted no entiende. No está muerto de verdad.

Apostaba que Mónica no creería en mi palabra de que Robert estaba realmente muerto. Supongo que si Jean-Claude se encontrara allí, yo tampoco. Lo tendría que ver por mí misma. Suspiré y caminé para encontrar a la afligida viuda. Maldición. Esta noche no hacía más que mejorar.



VEINTE

La habitación del hospital era de un suave malva con dibujos de flores en la pared. La cama tenía una colcha malva y sábanas rosas. Mónica yacía en la cama, conectada a una intravenosa y a dos clases diferentes de monitores. Una banda a través de su vientre le controlaba las contracciones. Afortunadamente, habían cesado y las líneas en los monitores se mostraban estables. El otro monitor controlaba los latidos del bebé. Al principio el sonido me asustó, demasiado rápido, como el corazón de un pequeño pájaro. Cuando las enfermeras me aseguraron que el latido era normal, me tranquilicé. Después de casi dos horas, el frenético latido se había convertido en un reconfortante ruido claro.

El pelo castaño rojizo de Mónica estaba pegado a su frente en húmedos rizos. Su cuidado maquillaje se había extendido por su cara. Se habían visto obligados a darle un sedante, aunque no fuese bueno para el bebé. Había caído en un sueño ligero, casi febril. Su cabeza estaba girada, sus ojos

entrecerrados, su boca torcida. Atrapada en algún sueño, probablemente en un mal sueño después de la noche que había pasado. Eran casi las dos y todavía tenía que ir a la comisaría y hacer mi declaración ante el detective Greeley. Catherine se dirigió a ocupar mi lugar al lado de la cama de Mónica. Me alegré de verla.

Tenía pequeñas marcas de uña en forma de media luna en mi mano derecha. Mónica se había aferrado a ella como si fuera todo lo que la mantenía aquí. Cuando las contracciones empeoraron y parecía que Mónica perdería tanto a su esposo como a su hijo, sus largas uñas lacadas se clavaron aún más en mi mano, y sólo cuando la sangre comenzó a escurrirse dibujando delgadas líneas carmesí sobre ella, fue cuando la enfermera habló. Cuando Mónica se calmó, insistieron en vendarme las heridas. Usaron vendas de dibujos animados que tenían para los niños, así que mi mano se cubrió de Mickey Mouse y Goofy.

Había una televisión en una estantería, pero no la había encendido. Los únicos sonidos eran el zumbido del aire acondicionado a través de las rejillas y los latidos del bebé.

Afuera había un policía uniformado. Si Robert había sido asesinado por un grupo racista, entonces Mónica y el bebé podían ser posibles objetivos. Si había sido asesinado por asuntos personales, Mónica quizás supiese algo. De cualquier manera, estaba en peligro. Así es que había que vigilarla. Bien por mí, todo lo que me quedaba era un cuchillo. Había perdido mis pistolas.

El teléfono de la mesita sonó y salté de la silla, agarrándolo, asustada de que Mónica despertase. Tapé el teléfono contra mi boca y contesté en voz baja mientras mi pulso se aceleraba.

—¿Sí?

—¿Anita?

Era Edward.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Lo que importa es que si yo puedo encontrarte, otros también pueden.

—¿El trato sigue en pie?

—Sí.

—¡Maldición! ¿Cuánto hay de plazo?

—Lo ampliaron a cuarenta y ocho horas.

—Mierda, vaya que son tercos.

—Creo que deberías desaparecer un tiempo, Anita.

—¿Quieres decir que debería esconderme?

—Sí.

—Pensé que me querías de cebo.

—Si te quedas como cebo, necesitaremos más guardaespaldas. Los lobos y los vampiros son monstruos, pero todavía son principiantes. Nosotros somos profesionales, eso nos da ventaja. Soy bueno, pero no puedo estar en todas partes.

—Como seguirme al baño de mujeres —dije.

Le oí suspirar.

—Te decepcioné.

—También fui imprudente, Edward.

—Entonces, ¿estás de acuerdo conmigo?

—¿Esconderme? Sí. ¿Has pensado en algún lugar?

—De hecho, sí, lo tengo.

—No me gusta el tono de tu voz, Edward.

—Es el lugar más seguro de la ciudad y han incorporado más vigilancia.

—¿Dónde? Me suena sospechoso, incluso para mí.

—*El Circo de los Malditos* —dijo.

—Quítatelo de la cabeza.

—Es el refugio diurno del maestro, Anita. Es una fortaleza. Jean Claude ha sellado el túnel que usamos para llegar hasta Nikolaos. Es seguro.

—¿Quieres que pase el día en el lugar de descanso de los vampiros? No lo creo.

—¿Vas a regresar a casa de Richard? —preguntó Edward—. ¿Estarás más segura allí? ¿Estarás segura en cualquier otro lugar de la tierra?

—Maldición, Edward.

—Tengo razón, y lo sabes.

Quería discutírselo, pero tenía razón. El circo era el lugar más seguro que conocía; el infierno, un lugar con mazmorras. Pero la idea de dormir allí voluntariamente hizo que mis pelos se pusieran de punta.

—¿Cómo podré descansar rodeada de vampiros, aunque sean amigos?

—Jean-Claude te ha ofrecido su cama. Antes de que te cabrees, dormirá en su ataúd.

—Eso es lo que dice —indiqué.

—No me preocupa tu virtud, Anita. Me preocupa mantenerte con vida. Admito que no puedo mantenerte segura. Soy bueno. Soy lo mejor que el dinero puede comprar, pero sólo soy una persona. Una persona, no importa lo bueno que sea, no es suficiente.

Eso me asustó. Edward estaba admitiendo que estaba perdiendo la cabeza. No pensaba que viviría para velo. En ese momento que lo pensaba, casi no lo haría.

—De acuerdo, lo haré. Pero ¿durante cuánto tiempo?

—Escóndete, me ocuparé de otras cosas. Si no tengo que preocuparme por cuidarte, puedo ser más útil.

—¿Cuánto tiempo?

—Un día, quizás dos.

—¿Y si se enteran que estoy en el circo?

—Intentarán buscarte —explicó Edward.

Lo dijo con mucha convicción.

—¿Y si lo hacen?

—Si lo hacen, se encontrarán con media docena de vampiros y lobos, no podrán manejar la situación. No creo que lo hagan.

—Eres tan reconfortante como el infierno.

—Te conozco, Anita. Si fuese más reconfortante, quizás te negarías a esconderte.

—Veinticuatro horas, Edward, después quiero otro plan. No voy a esconderme en el fondo del agujero y esperar a que me maten.

—De acuerdo. Te recogeré después de que declares ante la policía.

—¿De dónde has sacado la información?

Rió ásperamente.

—Si conozco tu paradero, también lo harán los otros. Podrías pedir un chaleco extra a tus amigos policías.

—¿Te refieres a un chaleco antibalas?

—No te vendría mal.

—¿Intentas asustarme?

—Sí.

—Haces un buen trabajo.

—Gracias. No salgas de la comisaría hasta que te recoja. Evita estar al aire libre, si es posible.

—¿De verdad crees que alguien puede atacarme esta noche?

—Hay que estar prevenido a partir de ahora, Anita. No hay más

posibilidades. Te veré luego.

Colgó antes de que pudiera decir más. De pie, aún sosteniendo el teléfono, me asusté. Había tenido tanto pánico por Mónica y su bebé, que casi había olvidado que me querían matar. Era algo que no se podía olvidar. Empezaba a colgar el teléfono cuando marqué el número de Richard. Respondió a la segunda llamada, lo cual significaba que me estaba esperando. Maldición.

—Richard, soy yo.

—Anita, ¿dónde estás? —Su voz sonaba aliviada, pero con precaución—. Quiero decir, ¿vendrás esta noche?

La respuesta era no, pero no por las razones que él temía. Le conté lo ocurrido, la versión más corta.

—¿De quién fue la idea de que te quedarás con Jean-Claude?

Había enojo en su voz.

—No voy a quedarme con Jean-Claude. Sino en el circo.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Mira, Richard, estoy muy cansada para discutir esto contigo. Edward lo sugirió, y sabes que Jean-Claude le agrada menos que tú.

—Lo dudo —dijo.

—Richard, no te llamé para pelear. Te llamo para contarte lo ocurrido.

—Agradezco tu llamada. —Nunca había sonado tan sarcástico—. ¿Quieres tu ropa?

—Maldita sea, no había pensado en eso.

—Las llevaré al circo.

—No tienes que hacerlo, Richard.

—¿No quieres que lo haga?

—No, me encantaría tener mis cosas, y no sólo la ropa, si captas lo que quiero decir.

—Te lo llevaré todo.

—Gracias.

—Lo meteré en una bolsa.

—¿Crees que es buena idea?

—He estado antes en el circo. Recuerda que solía ser uno de los lobos de Jean-Claude.

—Lo recuerdo. ¿Debería pedir permiso a Jean-Claude antes de auto invitarme?

—Primero lo llamaré. A menos que no quieras que esté esta noche allí.

Su voz sonaba más tranquila.

—Si a Jean-Claude le parece bien, a mí también. Podría usar el apoyo moral.

Exhaló un suspiro como si fuese un alivio.

—Fantástico, fantástico. Te veré allí.

—Tengo todavía que declarar en la comisaría por el incidente en el *Danza Macabra*. Me llevará un par de horas, así que no te apures.

—¿Temes que Jean-Claude me haga daño? —Parecía bastante tranquilo por el momento—. ¿O temes que yo lo dañe?

Pensé en eso.

—Estoy preocupada por ti.

—Me alegra oírlo —dijo.

Y casi podía escucharlo sonreír.

La razón por la que me preocupaba Richard, es que no era un asesino. Pero Jean-Claude sí. Quizás Richard empezara la pelea, pero Jean-Claude la terminaría. No dije nada de eso en voz alta. Richard no debía notarlo.

—Estoy deseando verte esta noche —dijo.

—¿Incluso en el circo?

—En cualquier lugar. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Colgamos. Ninguno de los dos dijo adiós, un desliz freudiano, tal vez.

Apostaba a que Richard y Jean-Claude encontrarían cualquier cosa para pelear, y realmente estaba muy cansada para pensar en ese lío. Pero si le dijera a Richard que esperara fuera, podría pensar que quería estar a solas con Jean-Claude, lo cual no era del todo cierto. Así es que quizás tuvieran una pequeña pelea. Francamente, había tenido mi propia lucha, una que me involucraba a mí, a Jean-Claude y a Damian. Habían quebrantado la ley en el *Danza Macabra*, la habían infringido lo suficiente como para que hubiera podido conseguir una orden de ejecución en contra de Damian. Podíamos haber asestado un glorioso punto que nos sacara de la lucha.

Me preocupaba dónde dormiría todo el mundo y con quién.



VEINTIUNO

El *Circo de los Malditos* era una combinación de carnaval viajero, circo y uno de los peldaños más bajos del infierno. Al frente, payasos colmilludos bailaban sobre las luces que deletreaban el nombre. Carteles se extendían a los lados del edificio proclamando: «Miren a los zombies levantarse de su tumba. Vean a la Lamia, mitad serpiente, mitad mujer». No había trucos en el circo, todo lo anunciado era absolutamente real. Esa era una de las pocas atracciones turísticas de vampiros que daba la bienvenida a los niños. Si tuviera un hijo, no hubiera llevado al pequeño travieso cerca del lugar. Ni siquiera yo me sentía a salvo.

Edward me había recogido fuera de la estación de policía tal y como había dicho que haría. Mi declaración había tomado tres horas, no dos. La única razón por la que salí tan rápido fue porque Bob, el esposo de Catherine y compañero abogado, al final les había dicho que me impusieran cargos o me dejaran marchar. Sinceramente, pensaba que podían acusarme.

Pero tenía a tres testigos que decían que el asesinato había sido en defensa propia, testigos a los que no conocía antes de esa noche. Eso ayudó. El FD normalmente no presentaba cargos en casos de defensa propia. Normalmente.

Edward me llevó dentro del circo por una puerta lateral. No había luces que la marcaran como especial, ni tampoco había perilla en la parte de afuera de la puerta de metal reforzada. Edward golpeó. La puerta se abrió, y entramos dentro.

Jason cerró la puerta tras nosotros. Lo había echado de menos antes, en el *Danza Macabra*. Ciertamente, había recordado su atuendo. Llevaba una camiseta serigrafiada sin mangas, moldeando su cuerpo. El pantalón era mitad tela azul arrugada que parecía una lámina de metal coloreada, con aberturas plásticas ovales que exponían sus muslos, sus pantorrillas, y a medida que se giraba, una nalga.

Sacudí mi cabeza, sonriendo.

—Por favor, dime que Jean-Claude no te hizo usar eso fuera, donde la gente pudiera verte.

Jason me sonrió y se giró para poder enseñarme su trasero.

—¿No te gusta?

—No estoy segura —dije.

—Discutid sobre moda después, en un lugar más seguro —indicó Edward.

Le echó una mirada a la puerta de nuestra derecha, que llevaba a la parte principal del circo. Nunca estaba cerrada con llave, aunque tenía un cartel sobre la puerta de «sólo personal autorizado». Estábamos en una habitación de piedra con una bombilla eléctrica colgando del techo. Era un área de almacenaje. Había una tercera puerta en la pared más lejana. Tras ella había una escalera y las zonas inferiores donde los vampiros permanecían durante el día.

—Estaré bajo tierra, literalmente. Cuanto antes, Edward.

Edward me miró durante un largo instante.

—Prometiste esconderte durante veinticuatro horas. Nada de salir fuera por ninguna razón. Ni siquiera vayas a la parte principal del circo cuando esté abierta al público. Sólo quédate escaleras abajo.

—Sí, sí, Capitán.

—No es broma, Anita.

Cogí el chaleco antibalas y me lo coloqué sobre el vestido. Era

demasiado grande para mí, caluroso e incómodo.

—Si pensara que es divertido no me habría puesto esto.

—Cuando regrese te traeré algo de blindaje que te sirva.

Me encontré con sus ojos azul pálido y vi algo que no había visto nunca. Estaba preocupado.

—Crees que van a matarme, ¿no es así?

No miró a otra parte. No se sobresaltó. Pero lo que vi en su rostro me hizo desear que lo hubiese hecho.

—Cuando vuelva mañana, traeré ayuda conmigo.

—¿Qué clase de ayuda?

—De mi clase.

—¿Qué significa eso?

Movió su cabeza.

—Veinticuatro horas significan que te vas a esconder hasta el amanecer de mañana, Anita. Con suerte, tendré un nombre y podremos matarlo. No seas descuidada mientras no estoy.

Quería decir algo casual, bromeando, como: «No sabía que te importaba», pero no pude. No podía bromear mirando sus serios ojos.

—Seré cuidadosa.

Asintió.

—Asegura la puerta tras de mí. —Salió y Jason cerró la puerta.

Éste se apoyó contra ella durante un segundo.

—¿Por qué me asusta?

—Porque no eres estúpido —contesté.

Sonrió.

—Gracias.

—Vamos abajo —indiqué.

—¿Nerviosa?

—Ha sido una noche larga, Jason. Nada de juegos.

Se alejó de la puerta y dijo:

—Ve por delante.

Abrí la puerta de las escaleras de piedra, las cuales llevaban abajo. Eran lo suficientemente amplias para que camináramos lado a lado. De hecho, casi había espacio para un tercero, como si la escalera hubiera sido construida para cosas más amplias que el cuerpo humano.

Jason cerró la puerta con un agradecido ruido. Me hizo saltar. Comenzó a decir algo, pero la mirada de mi cara lo detuvo. Los comentarios de

partida de Edward me habían puesto nerviosa. Si no lo conociera, habría dicho que me asustó. Para nada.

Jason caminó unos pasos por delante de mí, exagerando su andar sólo un poco para hacer alarde de su *derriere*.

—Puedes cortar el show exhibicionista —comenté.

—¿No te gusta la vista? —Se apoyó contra la pared, las manos aferradas tras él, luciendo su pecho.

Me reí y caminé por delante, pasando mis uñas por su camisa. Era sólida y dura como el caparazón de un escarabajo.

—¿Es tan incómoda como parece?

Dio un paso a mi lado.

—No es incómoda. A las damas en el *Danza Macabra* les gusta mucho.

Le eché una mirada.

—Apuesto a que sí.

—Me gusta coquetear.

—En serio.

Él se rió.

—Para alguien que no coquetea, tienes a muchos tipos tras de ti.

—Tal vez porque no flirteo —dije.

Jason guardó silencio mientras caminábamos por las escaleras curvadas.

—¿Quieres decir que, porque eres un desafío, siguen viniendo?

—Algo así.

No podía ver más allá de la curva de las escaleras. Odiaba no poder ver las esquinas. Pero esta vez estaba invitada, no había venido a matar a nadie. Los vampiros tendían a ser mucho más amigables cuando no estabas tratando de matarlos.

—¿Esta Richard ya aquí?

—Aún no. —Me miró—. ¿Crees que es una buena idea tenerlos a los dos aquí al mismo tiempo?

—No —dije—, para nada.

—Bueno, por lo menos estamos de acuerdo que es una mala idea —comentó.

La puerta al pie de las escaleras estaba envuelta en hierro, hecha de oscura y pesada madera. Se veía como un portal a otra época, una en la que los calabozos estaban de moda y, los caballeros rescataban a las damiselas con justicia, o masacraban a unos cuantos campesinos y a nadie le

importaba, bueno, excepto quizás a los campesinos.

Jason sacó una llave del bolsillo del pantalón. Abrió la puerta y la empujó. Se abrió sobre unas bisagras bien aceitadas.

—¿Desde cuándo tienes llave? —pregunté.

—Ahora vivo aquí.

—¿Qué hay sobre la universidad?

Se encogió de hombros.

—Ya no parece tan importante.

—¿Planeas ser el perrito faldero de Jean-Claude para siempre?

—Me divierto —contestó.

Sacudí mi cabeza.

—Peleé como el demonio para mantenerme libre de él y acabas cediendo. No lo entiendo.

—Tienes un título universitario, ¿no? —preguntó.

—Sí.

—Yo no. Pero aquí estamos los dos, terminamos en el mismo lugar.

Me pilló ahí.

Jason me hizo señas a través de la puerta con una floritura que imitaba la cortesía de Jean-Claude. Jean-Claude la hacía para parecer cortés y auténtica. Jason la hacía como broma.

La puerta daba a la sala de estar de Jean-Claude. El techo se ampliaba en la oscuridad, pero cortinas de seda colgaban en pliegues blancos y negros formando paredes de tela en tres lados. El cuarto lado era piedra desnuda, pintada de blanco. Una chimenea de piedra blanca que parecía autentica, pero sabía que no lo era. La repisa de la chimenea era de mármol blanco con vetas negras. Una pantalla plateada escondía las llamas. Había cuatro sillas negras y plateadas situadas alrededor de una mesita de café hecha de madera y vidrio. Un jarrón negro colocado sobre la mesa lleno con tulipanes blancos. Mis tacones altos se hundieron en la gruesa alfombra blanca.

Había otro complemento en la habitación que detuvo mis pasos. Una pintura colgada sobre la chimenea. Esa gente se vestía del estilo de 1600. La mujer usaba blanco y plata con una blusa de escote cuadrado mostrando bastante, su largo cabello castaño mostraba cuidadosos rizos. Sostenía una rosa roja en una mano. Un hombre estaba de pie tras ella, alto y esbelto, con un cabello dorado oscuro con rizos hasta sus hombros. Tenía un bigote y una barba estilo *Vandyke*, tan oscura que era casi castaña. Usaba uno de

esos sobreros flojos con plumas y estaba vestido en blanco y dorado. Pero era el otro hombre el que me hizo caminar hacia la pintura.

Él estaba sentado justo tras la mujer. Estaba vestido de negro con bordados color plata y un amplio cuello y puños de encajes. Sostenía sobre de su regazo un sombrero negro con una única pluma blanca y una hebilla plateada. Una negra cabellera caía en rizos sobre sus hombros. Estaba bien afeitado, y el artista se las había arreglado para capturar el azul profundo de sus ojos. Miré fijamente el rostro de Jean-Claude pintado cientos de años antes de que yo naciera. Los otros dos estaban sonriendo. Sólo él estaba solemne, y perfecto; oscuridad a su claridad. Parecía la sombra de la muerte que venía al baile.

Sabía que Jean-Claude tenía uno cientos de siglos de antigüedad, pero nunca había visto una prueba tan obvia, nunca tan en mi cara. El retrato me molestaba por otra razón. Me hacía preguntarme si Jean-Claude había mentido sobre su edad.

Un sonido me hizo girar. Jason se había desplomado en una de las sillas. Jean-Claude estaba de pie tras de mí. Se había quitado la chaqueta y su rizado cabello negro se derramaba sobre sus hombros y su camisa carmesí. Los puños de la camisa eran largos y ajustados sobre las muñecas, sostenidos por tres antiguas cuentas de azabache, así como las del cuello alto de la camisa. Sin la chaqueta para distraerte, sólo el pálido óvalo de su piel enmarcado por la brillante tela roja. Ésta cubría sus pezones, pero dejaba su ombligo a la vista y atraía al ojo a la cinturilla de sus pantalones negros. O tal vez sólo me atraía a mí. Era una mala idea estar allí. Quizás era tan peligroso como el asesino. Peligroso de forma para la que no tenía palabras.

Se deslizó hacia mí con sus botas negras. Lo vi acercarse como un venado atrapado bajo las luces de los faros. Esperaba que coqueteara o que preguntara si me había gustado la pintura. En lugar de eso, dijo:

—Háblame de Robert. La policía dice que está muerto, pero no saben nada. ¿Has visto el cuerpo? ¿De verdad está muerto?

Su voz era tosca con un toque de preocupación, inquieta. Me tomó completamente con la guardia bajada.

—Se llevaron su corazón.

—Si sólo fue una estaca en su corazón, podrá sobrevivir si se arranca.

Negué.

—Su corazón fue sacado completamente. No lo pudimos encontrar en

la casa o en el patio.

Jean-Claude se detuvo. Se derrumbó de repente en una de las silla, mirando a la nada, o a nada que yo pudiera ver.

—Entonces de verdad se fue. —Su voz contenía pena de la misma forma en que a veces contenía risa, así que sentí sus palabras como una lluvia fría y gris.

—Tratabas a Robert como basura. ¿Por qué todo este lloriqueo y suspiros?

Me miró.

—No estoy lloriqueando.

—Pero lo tratabas mal.

—Yo era su maestro. Si lo hubiese tratado amablemente, él lo habría visto como una señal de debilidad. Me habría retado y yo habría tenido que matarlo. No critiques cosas que no entiendes. —Había rabia en la última frase, suficiente para arrastrar calor por mi piel.

Normalmente, eso me habría molestado, pero esta noche…

—Me disculpo. Tienes razón. No lo entiendo. No creí que te importara un carajo Robert, a menos que pudiera aumentar tu poder.

—Entonces no me entiendes para nada, *ma petite*. Fue mi compañero durante más de un siglo. Después de un siglo, lloraría incluso la muerte de un enemigo. Robert no era mi amigo, pero era mío. Mío para castigar, mío para recompensar, mío para proteger. Le he fallado.

Me miró fijamente, sus ojos eran azules y extraños.

—Te estoy agradecido por velar por Mónica. La última cosa que puedo hacer por Robert es cuidar de su esposa e hijo. No les faltará de nada.

Se levantó de repente con un suave movimiento.

—Ven, *ma petite*. Te llevaré a nuestra habitación.

No me gustó el *nuestra*, pero no discutí. Ese nuevo, mejorado y emocional Jean-Claude me había confundido.

—¿Quiénes son los otros dos de la pintura?

Le echó una mirada.

—Julianna y Asher. Ella era su sirviente humana. Nosotros tres viajamos juntos durante casi veinte años.

Dios. Él no me diría una mierda sobre si el atuendo eran disfraces.

—Eres demasiado joven para haber sido un Mosquetero.

Me miró, su rostro cuidadosamente en blanco, sin dar nada.

—Independientemente, ¿a qué te refieres, *ma petite*?

—Ni siquiera lo intentes. La ropa es del 1600, más o menos en el tiempo de los *Tres Mosqueteros* de Dumas. Cuando nos conocimos, me dijiste que tenías doscientos diez años. Imaginé que estabas mintiendo, que estabas más cerca de los trescientos.

—Si Nikolaos hubiese conocido mi verdadera edad, podría haberme matado, *ma petite*.

—Sí, la vieja *Ama de la Ciudad* era una verdadera perra. Pero está muerta. ¿Por qué continuas mintiendo?

—¿Quieres decir por qué te miento a ti? —preguntó.

Asentí.

—Sí, eso es lo que quiero decir.

Él sonrió.

—Eres una nigromante, *ma petite*. Había pensado que podrías juzgar mi edad sin ayuda.

Traté de leer su cara y no pude.

—Siempre has sido difícil de descifrar, lo sabes.

—Soy muy feliz de poder ser un desafío de algún tipo.

La dejé pasar. Él sabía exactamente cuan desafiante era, pero por primera vez en mucho tiempo, estaba molesta. Poder adivinar la edad de un vampiro era uno de mis talentos, no una ciencia exacta, pero algo en lo que era buena. Nunca me había equivocado por tanto.

—Un siglo más viejo, caray.

—¿Estás tan segura de que es sólo un siglo?

Lo miré fijamente. Dejé que su poder se sacudiera sobre mi piel, recogí la sensación en mi mente.

—Bastante segura.

Él sonrió.

—No frunzas el ceño así, *ma petite*. Ser capaz de esconder mi edad es uno de mis talentos. Pretendí como ser cien años más viejo cuando Asher era mi compañero. Nos permitió la libertad de vagar a través de las tierras de otros maestros.

—¿Qué te hizo dejar de hacerte pasar por mayor?

—Asher necesitaba ayuda, y yo no era lo bastante maestro para ayudarlo. —Miró hacia el retrato—. Yo… me humillé para conseguirle ayuda.

—¿Por qué?

—La Iglesia tenía una teoría de que los vampiros podían ser curados

con objetos sagrados. Ataron a Asher con objetos sagrados y cadenas de plata. Usaron agua bendita en él, gota por gota, tratando de salvar su alma.

Miré fijamente a esa hermosa y sonriente cara. Fue mordida por un Maestro Vampiro hacía tiempo y se había hecho limpiar la herida con agua bendita. Sentí como si un hierro al rojo vivo fuera empujado contra mi piel, como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiese convertido en aceite hirviendo. Había vomitado y gritado, y había pensado que era muy valiente por no haberme desmayado. Esa fue una marca de mordida, un día. Tener lo que parecía ácido goteando sobre ti hasta que morías estaba en el top cinco de maneras de las cuales no morir.

—¿Qué pasó con la chica, Julianna?

—Fue quemada como bruja.

—¿Dónde estabas tú?

—Había tomado un barco para ver a mi madre. Ella se estaba muriendo. Iba de regreso cuando oí la llamada de Asher. No pude llegar a tiempo. Juro por todo lo más sagrado y sacrílego que lo intenté. Rescaté a Asher, pero él nunca me perdonó.

—¿No está muerto?

—No.

—¿Cuán herido estaba?

—Hasta que he conocido a Sabin, pensaba que las cicatrices de Asher eran las peores heridas a las que un vampiro sobreviviera.

—¿Por qué colgaste la pintura si tanto te molesta?

Suspiró y me miró.

—Asher la envió como regalo, para felicitarme por convertirme en *Amo de la Ciudad. Nosotros tres éramos compañeros, casi familia. Asher y yo éramos verdaderos amigos, ambos maestros, ambos con un poder casi igual, ambos enamorados de Julianna. Ella estaba dedicada a él, pero yo también tenía de sus favores*.

—¿Quieres decir un *ménage á trois*?

Él asintió.

—¿Asher no te guarda rencor?

—Oh, no, él sí guarda rencor. Si el Consejo se lo hubiese permitido, habría venido con la pintura y tomado su venganza.

—¿Matarte?

Jean-Claude sonrió.

—Asher siempre tuvo un alto sentido de la ironía, *ma petite*. Pidió al

Consejo tu vida, no la mía.

Mis ojos se ensancharon.

—¿Qué le hice yo?

—Yo maté a su sirviente humano, él mata al mío. Justicia.

Miré su apuesta cara.

—¿El Consejo dijo que no?

—Indudablemente.

—¿Tienes otros viejos enemigos por allí?

Jean-Claude me concedió una débil sonrisa.

—Muchos, *ma petite*, pero ninguno en la ciudad, de momento.

Miré esos rostros sonrientes. No sabía cómo expresarlo, pero lo dije de todas formas.

—Todos parecen tan jóvenes.

—Soy físicamente el mismo, *ma petite*.

Sacudí mi cabeza.

—Tal vez joven no sea la palabra. Quizás ingenuo.

Él sonrió.

—Para la época en que fue hecha esta pintura, *ma petite*, ingenuo tampoco no es la palabra que podría describirme.

—Bien, como quieras.

Lo miré, estudiando su rostro. Era hermoso, pero había algo en sus ojos que no en la pintura, algún tipo de tristeza o terror. Algo para lo que no tenía palabras, pero aún estaba allí. Un vampiro tal vez no se arrugue, pero vivir un par de siglos deja una marca. Aún si era sólo una sombra en los ojos, una tirantez alrededor de la boca.

Me giré hacia Jason, quien aún estaba tirado en la silla.

—¿Suele dar estas pequeñas lecciones de historia a menudo?

—Sólo a ti —contestó Jason.

—¿Nunca haces preguntas? —indagué.

—Sólo soy su mascota. Tú no le contestas preguntas a tu mascota.

—¿Y eso no te molesta?

Jason sonrió.

—¿Por qué debería importarme la pintura? La mujer está muerta, así que no puedo tener sexo con ella. ¿Por qué debería importarme?

Sentí a Jean-Claude moverse más allá de donde yo estaba, pero no podía seguirlo con mis ojos. Su mano era un borrón. La silla golpeó el suelo, derribando a Jason con ella. La sangre asomó a su boca.

—Nunca hables de ella de tal forma.

Jason tocó su boca con el reverso de su mano y vio la sangre.

—Lo que digas. —La lamió con lentos y suaves movimientos de su lengua.

Miré fijamente de uno al otro.

—Ambos están locos.

—No locos, *ma petite*, simplemente no humanos.

—Ser un vampiro no te da el derecho de tratar así a la gente. Richard no golpea a las personas.

—Que es por lo qué nunca tendrá a la manada.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Incluso si se traga su alta moral y mata a Marcus, no será lo suficientemente cruel para asustar al resto. Será retado una y otra vez. A menos que empiece a masacrarlos, morirá accidentalmente.

—Golpear a la gente no lo mantendrá vivo —indiqué.

—Ayudaría. La tortura también funciona, pero dudo que Richard tenga estómago para eso.

—Yo no lo soportaría.

—Pero tú manchas el suelo con cuerpos, *ma petite*. Asesinar es el mejor disuasivo de todos.

Estaba demasiado cansada para mantener esa conversación.

—Son las 4:30 de la mañana. Quiero ir a la cama.

Jean-Claude sonrió.

—¿Por qué, *ma petite*? Normalmente no estás tan ansiosa.

—Sabes lo que quiero decir —expresé.

Jean-Claude dio un deslizante paso hacia mí. No me tocó, pero se detuvo bastante cerca y me miró.

—Sé exactamente lo que quieres decir, *ma petite*.

Eso trajo una oleada de calor a mi cuello. Las palabras eran inocentes, pero él las hacía tan íntimas y obscenas.

Jason enderezó la silla y se levantó, lamiendo la sangre de la esquina de su boca. No dijo nada, simplemente nos miró como un perro bien entrenado; siendo visto, no oído.

Jean-Claude dio un paso atrás. Lo sentía moverse, pero no podía seguirlo con mis ojos. Hubo un tiempo, hacía sólo meses, que lo habría visto como magia, como si él sólo hubiese aparecido unos metros más allá.

Él sostuvo su mano en alto hacia mí.

—Ven, *ma petite*. Déjanos retirarnos durante el día.

Había sostenido su mano antes, entonces ¿por qué estaba allí parada, mirándolo fijamente como si me estuviese ofreciendo la fruta prohibida que una vez probada podía cambiar todo? Él tenía casi cuatrocientos años. El rostro de Jean-Claude de hacía tantos años me sonría desde arriba, y allí estaba él con casi la misma sonrisa. Si alguna vez había necesitado pruebas, las había obtenido. Había golpeado a Jason como a un perro que no le gustaba mucho. Y aún así era tan bello que hacía que me doliera el pecho.

Quería tomar su mano. Quería pasar mis manos sobre su camisa roja, explorar ese óvalo expuesto de piel. Doblé las manos sobre mi estómago y sacudí mi cabeza.

Sonrió más ampliamente hasta que asomó un indicio de colmillo.

—Has sostenido mi mano antes, *ma petite*. ¿Por qué ésta noche es diferente? —Su voz contenía un borde de burla.

—Solo muéstrame la habitación, Jean-Claude.

Dejó su mano caer a un lado, pero no parecía ofendido. Si parecía algo, complacido, lo cual me irritaba.

—Trae a Richard cuando llegue, Jason, pero anúncialo antes de que entre. No quiero ser interrumpido.

—Lo que digas —contestó Jason.

Nos sonrió, y a mí me dedicó una mirada conocedora. ¿Creían todos, hasta sus lobos, que dormía con Jean-Claude? Por supuesto, tal vez era un típico caso de señora demasiado protestona. Puede ser.

—Sólo trae a Richard a la habitación cuando llegue —indiqué—. No interrumpirás nada. —Le eché una mirada a Jean-Claude mientras decía lo último.

Él se rió, el cálido sonido palpable que zigzagueaba sobre mi piel como seda.

—Incluso tu resistencia a la tentación se debilita, *ma petite*.

Me encogí de hombros. Me habría gustado discutir, pero él olía la mentira. Incluso un hombre lobo común y corriente podía oler el deseo. Jason no era común y corriente. Así que todos en la habitación sabían que deseaba a Jean-Claude. ¿Y qué?

—No es una de mis palabras favoritas, Jean-Claude. Deberías saberlo ya.

La risa se desvaneció de su cara, dejando brillando sus azules ojos, pero no con diversión. Algo más oscuro y más seguro de sí mismo se asomaba a

sus ojos.

—Sobrevivo sólo de esperanzas, *ma petite*.

Jean-Claude separó las cortinas blancas y negras para revelar la desnudas piedras grises de las cuales estaba hecho la habitación. Un largo pasillo se estrechaba en un profundo laberinto. Antorchas brillaban más allá de la electricidad del salón. Se detuvo allí, iluminado bajo el contraluz de las llamas y las suaves luces modernas. Algún tipo de truco de luces y sombras sumergían la mitad de su cara en la oscuridad y traían un pequeño brillo a sus ojos. O quizás no era un truco de la luz. Tal vez sólo era él.

—¿Nos vamos, *ma petite*?

Caminé hacia esa oscuridad externa. No trató de tocarme mientras caminaba más allá de él. Le habría dado unos puntos por resistir el impulso, excepto que lo conocía demasiado bien. Solamente esperaba el momento oportuno. Que me tocara en ese instante podía molestarme. Más tarde, tal vez no. Ni siquiera yo podía garantizar cuándo el humor era el correcto.

Jean-Claude caminó ante mí. Me miró sobre su hombro.

—Después de todo, *ma petite*, no conoces el camino a mi habitación.

—Estuve allí una vez —dije.

—Llevada inconsciente y casi muriéndote. Difícilmente cuenta.

Se deslizó por el pasillo. Jugó con un poco de balanceo extra en su caminar, parecido al que Jason había hecho en las escaleras, pero lo que había sido gracioso en el hombre lobo, Jean-Claude lo hacía completamente seductor.

—Tú sólo querías ir delante para que tuviese que mirar tu trasero.

Él habló sin girarse.

—Nadie te obliga mirarme, *ma petite*, ni siquiera yo.

Y esa era la verdad. La horrible verdad. Si alguna oscura parte de mi corazón no hubiese estado atraída hacia él desde el principio, lo hubiese matado hacía mucho. O lo habría intentado. Tenía más asesinatos legales de vampiros en el país que cualquier otro cazador de vampiros. No me llamaban la Ejecutora por nada. Así que, ¿cómo he acabado estando más segura en las profundidades del *Circo de los Malditos* con los monstruos que en la superficie de la tierra con los humanos? Porque en algún momento no maté al monstruo que debía.

Ese monstruo en particular se deslizaba en el vestíbulo ante mí. Y aún así, tenía el trasero más hermoso que había visto en un hombre muerto.



VEINTIDOS

Jean-Claude apoyó un hombro contra la pared. Ya había abierto la puerta. Me hizo un gesto con un elegante barrido de la mano para que entrara.

Mis tacones altos se hundieron en la mullida alfombra blanca. Papel tapiz blanco con pequeños diseños plateados adornaban las paredes. Había una puerta blanca en la pared izquierda cerca de la cama. Ésta tenía sábanas de satén blancas. Una docena de almohadas negras y blancas estaban agrupadas en la cabecera de la cama. Una cascada de cortinas blancas y negras caían del techo, formando un dosel parcial sobre la cama. El tocador de laca negra y la cómoda todavía estaban en esquinas opuestas. El empapelado y la puerta eran nuevos. Hecho que me molestó más.

—¿Adónde lleva la puerta?

—Al baño. —Cerró la puerta exterior y me adelantó para sentarse en el borde de la cama.

No había ninguna silla.

—Un baño. Eso no estaba aquí la última vez —comenté.

—No en su forma presente, pero igualmente sí estaba.

Se apoyó sobre los codos. El movimiento apartó la tela de la camisa, exponiendo tanta piel como permitía. La línea de vello oscuro que comenzaba en el bajo vientre se asomaba justo sobre la tela.

La habitación se estaba caldeando. Desabroché los cierres de velcro del chaleco antibalas y lo saqué por encima de la cabeza.

—¿Dónde quieres que ponga esto?

—Donde quiera que desees —contestó. La voz era suave y más íntima que las palabras en sí mismas.

Caminé alrededor, al sitio más alejado de la cama, lejos de él, y extendí el chaleco sobre las sábanas de seda.

Se recostó en las sabanas, el cabello negro enmarcaba perfectamente su pálida cara. Más ardiente, definitivamente, se estaba poniendo más ardiente aquí.

—¿Te importa si me refresco?

—Cualquier cosa que tengo es tuya, *ma petite*. Deberías saberlo ya.

Retrocedí hacia la puerta y la abrí con un sentimiento de alivio. Cerré la puerta sin ver realmente el baño. Cuando alcé la vista, solté un silencioso *wow*.

El cuarto era largo y estrecho. Tenía un lavabo doble, y espejos con focos blancos y redondos rodeándolos. Los lavabos eran de mármol negro atravesado con vetas blancas. Cada grifo, cada borde metálico, destellaba en plateado. El suelo estaba enmoquetado en negro. Una pared a media altura plateada y de paneles de vidrio escondía el inodoro negro contra la negra pared. Otra media pared adornaba el otro lado. Luego estaba la bañera. Tres escalones de mármol conducían a la bañera negra, suficientemente grande para cuatro personas. El grifo era un cisne plateado con las alas extendidas. No había forma de tomar una ducha, lo que era mi método preferido, y el cisne sobraba un poco, pero aparte de eso, era encantador.

Me senté en el frío borde de mármol. Eran cerca de las cinco de la mañana. Me ardían los ojos por la falta de sueño. La ráfaga de adrenalina de casi ser asesinada había desaparecido hacía mucho. Lo que quería era ser consolada, protegida, sí, el sexo estaba allí en alguna parte, pero no era mi mayor prioridad esta noche. Creo que ambos, Richard y Jean-Claude, dirían que nunca era mi máxima prioridad, pero ese era su problema. De

acuerdo, era nuestro problema.

Si esta noche hubiese sido Richard el que se estirara en la habitación de al lado, habría saltado sobre él. Pero no era Richard, y una vez que llegara, dormiríamos en la cama de Jean-Claude. Parecía bastante vulgar tener sexo por primera vez en la cama de tu otro novio. Pero los chicos no eran los únicos que sufrían la tensión sexual, yo también me estaba ahogando.

¿Estaba Richard en lo cierto? ¿El hecho de que Jean-Claude no fuese humano era la única cosa que me mantenía fuera de su cama? No. O al menos no lo creía. ¿Fuera de la cama de Richard? La respuesta, tristemente, era sí, tal vez.

Me refresqué, y no pude evitar revisarme en el espejo. El maquillaje se había desvanecido un poco, pero el delineador aún hacía que los grandes ojos oscuros se destacaran en un dramático contraste. El colorete casi se había ido y el brillo labial había desaparecido hacía mucho. Tenía más en mi bolso. Podría retocar al menos eso. Pero retocarme sería como admitir que me importaba lo que Jean-Claude pensara de mí. Sí, me importaba. Eso era lo peor. No me eché más brillo. Volví de nuevo a la habitación como estaba, que piensa lo que quisieras.

Estaba apoyado sobre un codo, mirándome mientras abría la puerta.

—*Ma petite*, estás hermosa.

Moví la cabeza.

—Bonita te lo paso, pero no hermosa.

Movió la cabeza a un lado, cayéndole una ola de cabello sobre el hombro.

—¿Quién te dijo que no eres hermosa?

Me apoyé contra la puerta.

—Cuando era pequeña, mi padre se acercaba por detrás a mi madre. Envolvía los brazos alrededor de su cintura, enterraba la cara en su cabello, y decía: «¿Cómo está hoy la mujer más hermosa del mundo?». Lo decía al menos una vez al día. Ella se reía y le decía que no fuera tonto, pero yo estaba de acuerdo con él. Para mí, ella era la mujer más hermosa del mundo.

—Ella era tu madre. Todas las niñas pequeñas lo piensan de su madre.

—Quizás, pero dos años después de que ella muriera, papá se casó de nuevo. Se casó con Judith; alta, rubia y de ojos azules. Nada que ver con mi madre. Si realmente creyese que mi madre era la mujer más hermosa del mundo, ¿por qué se casó con una helada princesa nórdica? ¿Por qué no se

casó con alguien pequeña y oscura como mi madre?

—No lo sé, *ma petite* —contestó quedamente.

—Judith tenía una hija sólo un par de años más joven que yo. Después tuvieron juntos a Josh, y era tan rubio y de ojos tan azules como ellos. Me veía como un pequeño y oscuro error en las fotos familiares.

—Tu piel es casi tan pálida como la mía, *ma petite*.

— Pero tengo los ojos y el cabello de mi madre. Mi cabello no es marrón, es negro. Una mujer preguntó una vez a Judith delante de mí si era adoptada. Judith dijo que no, que era del primer matrimonio de su esposo.

Jean-Claude salió de la cama. Se acercó, y tuve que mirar al suelo. Deseaba mucho ser abrazada, consolada. Si hubiese sido Richard, habría ido hacia él. Pero no era Richard.

Jean-Claude tocó mi mejilla, alzándome la cara hasta que tuve que mirarle.

—He vivido más de trescientos años. En ese tiempo, el ideal de belleza ha cambiado muchas veces. Pechos grandes, pequeños, delgadas, curvilíneas, altas, bajas. Todas han sido la cumbre de la belleza en un tiempo u otro. Pero en todo ese tiempo, *ma petite*, nunca he deseado a nadie como te deseo a ti. —Se inclinó hacia mí y no se alejó. Sus labios barrieron los míos con un beso gentil.

Dio el último paso presionando nuestros cuerpos, y le detuve con una mano sobre el pecho, pero todo lo que encontré fue piel desnuda. La detallada cicatriz de la quemadura cruciforme encontró las yemas de mis dedos. Moví la mano y encontré el latido de su corazón contra mi palma. No fue una mejoría.

El retrocedió, una respiración, un susurro en mi boca.

—Dime no, *ma petite*, y me detendré.

Tuve que tragar dos veces antes de poder hablar.

—No.

Jean-Claude se alejó de mí. Se apoyó en la cama como lo había hecho antes, sosteniéndose en los codos, la pierna colgaba de la cama a la altura de la rodilla. Me miró fijamente, creo que retándome a unirme a él.

No era tan estúpida. Había una parte oscura de mí que estaba tentada. Algunas veces la lujuria es más ilógica que el amor, pero es más fácil de resistir.

—Estos meses he jugado al mortal para ti. En Marzo pensé que cuando sostuviste mi cuerpo desnudo, cuando compartiste tu sangre conmigo, sería

un punto de inflexión para nosotros. Que cederías ante tu deseo y admitirías tus sentimientos hacia mí.

Una oleada cálida de rubor me cubrió la cara. No tenía una buena excusa para el juego previo que se había descontrolado. Soy débil, demándame.

—Te di mi sangre porque te estabas muriendo. No lo hubiese hecho de otra forma. Lo sabes.

Me miró fijamente. No era un truco de vampiros lo que me hacía querer apartar la mirada. Era la cruda honestidad que nunca había visto en su cara hasta ahora.

—Ahora lo sé, *ma petite*. Cuando volvimos de Bramson, te tiraste en los brazos de Richard como si fuese una cuerda de salvamento. Seguimos saliendo, pero te alejaste. Lo sentí y no supe cómo detenerlo. —Se sentó en la cama con las manos entrelazadas en el regazo. Una mirada de frustración y confusión cruzó su cara—. Nunca otra mujer se me ha negado, *ma petite*.

Me reí.

—Oh, tu ego no es tan grande.

—No es ego, *ma petite*, es la verdad.

Me apoyé contra la puerta del baño y pensé en ello.

—¿Nadie te ha dicho que no en casi trescientos años?

—¿Encuentras eso tan difícil de creer?

—Si yo lo puedo hacer, también pueden los demás.

Negó con la cabeza.

—No aprecias cuan dura es tu fuerza de voluntad, *ma petite*. Es impresionante. No tienes idea cuan impresionante.

—Si hubiese caído en tus brazos la primera vez que nos vimos, o incluso la docena de veces que nos hemos visto, me habrías llevado a la cama, desangrado y apartado.

Vi la verdad de mis palabras reflejada en su cara. Hasta ese momento no me había dado cuenta de cuánto control tenía sobre sus expresiones faciales, como la falta de reacciones le hacía parecer más fuera de este mundo de lo que estaba.

—Tienes razón —contestó—, si te hubieras reído tontamente y me hubieras adulado, no te habría echado una segunda mirada. Tu particular inmunidad a mis poderes fue la primera atracción. Pero fue tu terquedad lo que me intrigó. Tu rotunda negativa a mí.

—Era un reto.

—Sí.

Miré fijamente la repentina sinceridad reflejada en su cara. Por primera vez pensé que podría ver la verdad en esos ojos.

—Fue bueno resistirme. No me gusta ser usada y tirada a un lado.

—Al principio fuiste sólo un reto, algo para ser conquistado. Luego me sentí intrigado por tus crecientes poderes. Vi las posibilidades de poder usarlos para consolidar mi posición, si tan sólo te unieses a mí.

Algo parecido al dolor le atravesó su cara y quise preguntar si era real. Si algo de esto era real o si sólo era otra actuación. Confiaba en que Jean-Claude haría cualquier cosa para sobrevivir. No confiaba en que dijera la verdad sobre un montón de Biblias.

—Te salvé el culo suficientes veces. Oficialmente soy tu sirviente humana. ¿Qué más quieres?

—A ti, *ma petite*. —Se levantó pero no se acercó más—. Ya no es el reto o la promesa de poder lo que me hace buscarte.

Mi pulso de repente retumbaba en mi garganta y él no había hecho una maldita cosa.

—Te amo, Anita.

Le miré fijamente, mis ojos se abrieron asombrados. Abrí la boca, luego la cerré. No le creía. Mentía tan fácilmente, tan bien. Era el maestro de la manipulación. ¿Cómo podía creerle ahora?

—¿Qué quieres que diga?

Sacudió la cabeza, y su rostro volvió a la expresión acostumbrada. Esa hermosa perfección era lo habitual. Pero ahora sabía que incluso eso era una máscara que escondía sus más profundas emociones.

—¿Cómo lo hiciste?

—Después de varios siglos siendo forzado a educar el rostro y ser agradable, ilegible, le pierdes el truco a todo lo demás. Mi supervivencia ha dependido más de una vez de la expresión. Desearía que entendieras el esfuerzo que me cuesta ese pequeño despliegue de humanidad.

—¿Qué quieres que diga Jean-Claude?

—Me amas un poco, de eso estoy seguro.

Me encogí de hombros.

—Tal vez, pero un poco no es suficiente.

—Amas mucho a Richard, ¿verdad?

Le sostuve la mirada y quise mentir, para proteger sus sentimientos, pero esa clase de mentiras herían más que la verdad.

—Sí.

—Aún así no has tomado una decisión. No me has dicho que os de la dicha matrimonial, ¿por qué?

—La última vez que tuvimos esta conversación, dijiste que matarías a Richard.

—Si eso es todo lo que te detiene, *ma petite*, no temas. No mataré a Richard simplemente porque vayas a su cama en vez de a la mía.

—¿Desde cuándo? —pregunté.

—Cuando le di mi apoyo a Richard, Marcus se convirtió en mi enemigo. Eso no puede ser cambiado. —Apoyó los hombros contra el oscuro pilar de la cama, más cerca de mí—. He pensado en solicitar otro líder. Siempre hay un macho alfa ambicioso en alguna parte ahí fuera. Alguien que quiera su propia manada, pero por sentimentalismo o falta de fuerza, está condenado a ser el segundo para siempre. Podría matar a Richard y traer a alguien que mate a Marcus.

Le escuché con mucha calma contarme el plan.

—¿Qué hizo que cambiaras de opinión?

—Tú.

—¿Disculpa?

—Le amas, *ma petite*. De verdad le amas. Su muerte destruiría algo dentro de ti. Cuando Julianna murió, pensé que nunca sentiría algo por alguien otra vez. Y no lo hice, hasta que te conocí.

—¿No matarás a Richard para no hacerme daño?

—*Oui*.

—Así que, ¿cuando llegue Richard podría decirle que le elegí y tú nos dirías que nos casáramos, sin más?

—¿No hay otro obstáculo para tu matrimonio, aparte de mí? —preguntó.

—¿Qué?

—Debes verle cambiar a su forma de lobo. —Jean-Claude sonrió, sacudiendo la cabeza—. Si Richard fuera humano, le recibirías en la puerta con una sonrisa y un sí. Pero temes lo que es. No es suficientemente humano para ti, *ma petite*.

—Él no es suficientemente humano para sí mismo —dije.

Jean-Claude alzó las cejas.

—Sí, Richard huye de sus bestias, como tú huyes de mí. Richard comparte un cuerpo con su bestia. No puede escapar de eso.

—Lo sé.

—Richard aún está huyendo, *ma petite*. Y tú huyes con él. Si estuvieras segura de poder aceptarle completamente, ya lo habrías hecho.

—Sigue encontrando excusas para no cambiar delante de mí.

—Teme tu reacción —contestó Jean-Claude.

—Es más que eso —dije—. Si puedo aceptar a su bestia, no estoy segura de que él sea capaz de aceptarme.

Jean-Claude ladeó la cabeza.

—No entiendo.

—Odia profundamente lo que es. Creo que si puedo aceptar a su bestia, él no… no seguirá queriéndome.

—Ser capaz de aceptar a su bestia te hará… ¿qué?, ¿perversa?

Asentí.

—Creo que sí.

—Estás atrapada en un desagradable dilema, *ma petite*. No te hará el amor, o se casará contigo hasta que hayas visto y aceptado a su bestia. Aún así, si lo aceptas, temes que se aleje de ti.

—Sí.

Movió la cabeza.

—Solamente tú podrías elegir en una misma vida humana a dos hombres que fueran así de complicados.

—No lo hago a propósito.

Se alejó de la cama. Se detuvo a dos pasos de mí, mirando hacia abajo.

—Traté de interpretar a un mortal para ti, *ma petite*. Pero Richard, pareciendo humano, es mucho mejor que yo. Hace mucho tiempo que dejé de ser verdaderamente humano. Si no puedo ser el mejor hombre, déjame ser el mejor monstruo.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué se supone que quieres decir?

—Significa, *ma petite*, que Jason me dijo lo que pasó esta tarde. Sé cuánto de cerca estuvisteis Richard y tú.

¿Cuánto habían podido escuchar los *licántropos*? Demasiado para mi comodidad, eso seguro.

—Adoro ser espiada.

—No seas irritante, *ma petite*, por favor.

Fue el «por favor» lo que me detuvo.

—Estoy escuchando.

—Te dije una vez que si Richard podía tocarte y yo no, no sería justo. Eso aún es así.

Me alejé de la puerta. El había cruzado la línea.

—¿Me estás pidiendo que te deje tocarme donde Richard lo hizo?

Sonrió.

—Una indignación tan justificada, *ma petite*. Pero no temas. Forzarte a aceptarme de esa manera sonaría a violación. Nunca he estado interesado en esa clase de cosas.

Di un paso atrás, poniendo un poco de espacio entre nosotros. A menos que estuviese realmente molesta, nunca era buena idea estar tan cerca.

—Así que, ¿qué es lo que me estás diciendo?

—Siempre me has prohibido usar en ti lo que llamas trucos vampíricos. —Sostuvo una mano en alto antes de que terminar de decirlo—. No me refiero a hechizarte con los ojos. No estoy siquiera seguro de que eso sea posible ya. No puedo ser humano, *ma petite*. Soy un vampiro. Déjame demostrarte que eso tiene placeres más allá de lo humano.

Sacudí la cabeza.

—De ningún modo.

—Un beso, *ma petite*, es todo lo que pido. Un casto beso.

—¿Y el truco es? —pregunté.

Sus ojos eran puro azul destellante. La piel brillaba como el alabastro bajo la luz.

—No lo creo —contesté.

—Si realmente estuvieras segura de Richard, te dejaría con él. Pero ¿el hecho de que te ame no se merece siquiera un simple beso? —Se deslizó hacia mí.

Retrocedí, pero la puerta estaba justo allí y no había ningún lugar a donde ir.

Era como una escultura viviente, todo marfil y zafiro, demasiado hermoso para describirle. Demasiado hermoso para tocar. Sus manos me recorrieron los antebrazos, mis manos. Jadeé. El poder se deslizó sobre mi piel como una fresca corriente, como aire bailando sobre mi cuerpo.

Debí tensarme, porque dijo:

—No te lastimaré, lo prometo.

—Sólo un beso —susurré.

—Sólo un beso —susurró.

Bajó el rostro hacia el mío. Sus labios recorrieron los míos, gentil y

lentamente. El poder fluía de esos labios a mi boca. Creo que dejé de respirar por un segundo. Mi piel se sentía como si se estuviese derritiendo y me hundiese en su cuerpo, en un deslumbrante poder.

—Parece que llegué justo a tiempo. —Era Richard desde la entrada.

Empujé con la mano el pecho de Jean-Claude y le alejé lo bastante fuerte como para que tropezara. Jadeé buscando aire como si me estuviera ahogando. Mi piel pulsaba y latía con el poder aún arrastrándose sobre mí, dentro de mí.

—Richard —susurré. Quería decir que no era lo que parecía, pero no podía tomar suficiente aire.

Jean-Claude se giró, sonriendo. Sabía exactamente qué decir.

—Richard, que amable por tu parte unirte a nosotros. ¿Cómo te libraste de mi lobo?

—No fue difícil.

Les miré fijamente a ambos. Aún tenía problemas para respirar. Me sentía como si cada nervio de mi cuerpo hubiese sido tocado al mismo tiempo. La línea entre placer y dolor era malditamente delgada, y no estaba segura del lado hacia el que se inclinaba.

La luz se alejaba de Jean-Claude, dejándole pálido y adorable, casi humano.

Richard se detuvo justo en el marco de la puerta. Los ojos brillaban no con una luz interior, sino con rabia; una rabia que los hacía bailar y, le tensaba los músculos de los hombros y brazos de tal forma que el esfuerzo se veía desde el otro lado de la habitación. Nunca había estado tan consciente de cuán grande era físicamente. Parecía llenar más espacio del que debiera. La primera ráfaga de poder que aguijoneó mi piel se arremolinó sobre mí.

Tomé un profundo y tembloso aliento, y empecé a caminar hacia él. Cuanto más me acercaba, más espeso era el poder, hasta que a dos metros era como pisar sobre una sólida y latente masa de energía.

Me detuve allí, intentado de bajar de la garganta al pecho mi corazón. Estaba vestido con vaqueros y una camisa de trabajo de franela verde con las mangas enrolladas por los antebrazos. El cabello caía suelto en una masa ondulada sobre los hombros. Le había visto así ciento de veces, pero de repente todo era diferente. Nunca había estado asustada de Richard, no de verdad. Ahora, por primera vez, vi que tenía algo de lo que temer. Algo nadaba detrás de esos ojos, su bestia le llamaba. Estaba justo detrás de sus

sinceros ojos marrones. Un monstruo esperando para ser liberado.

—Richard —dije tosiendo para aclararme la garganta—, ¿qué te pasa?

—Mañana es luna llena, Anita. Las emociones fuertes no son buenas ahora. —La rabia le alargaba la cara, hacía parecer altas y hundidas esas adorables mejillas—. Si no hubiera interrumpido, ¿habrías roto la promesa que me hiciste?

—Todavía no sabe qué clase de medias llevo puestas —contesté.

Richard sonrió. Algo de la tensión desapareció.

—Demasiado lisas para ligueros —dijo Jean-Claude—. Medias enteras, aunque podrían ser sin entrepierna, de eso no estoy seguro.

Richard gruñó.

Miré de nuevo a Jean-Claude.

—No me ayudes.

Sonrió y asintió. Apoyó la espalda contra uno de los postes de la cama, los dedos jugaron sobre la piel desnuda de su pecho. Era incitante, como él quería que fuera. Maldito.

Un débil gruñido bajo llamó mi atención de nuevo sobre Richard. Caminó vigilando la cama, como si doliera cada movimiento. La tensión brotaba a través del creciente poder. ¿Iba a conseguir verle cambiar aquí y ahora? Si cambiaba, iba a haber una pelea, y por primera vez, estaba preocupada tanto por la seguridad de Jean-Claude como por la de Richard.

—No lo hagas, Richard, por favor.

Miraba fijamente por delante de mí a Jean-Claude. No me atreví a mirar hacia atrás para ver que travesura hacía el vampiro, tenía las manos ocupadas con el hombre lobo ante mí.

Algo le atravesó la cara. Estaba segura que Jean-Claude había hecho alguna señal a mi espalda. Richard hizo un sonido más animal que humano, y se abalanzó hacia la cama. No me quité del camino. Me mantuve en mi sitio, y cuando se acercó, moviéndose delante de mí, lancé mi cuerpo contra él empujándole en una voltereta casi perfecta. Su ímpetu hizo el resto. Tal vez si le hubiera soltado el brazo podríamos haber evitado el resto, pero cometí un clásico error. No pensé que Richard me haría daño de verdad.

Agarró el brazo que le sujetaba y me lanzó a través de la habitación. Estaba sobre su espalda y no tenía mucha palanca, eso fue lo único que me salvó. Fui alzada por el aire durante un segundo y rodé por la alfombra cuando caí. El mundo aún estaba girando cuando mi mano buscó el

cuchillo. No podía oír nada salvo la sangre corriendo por mi cabeza, pero sabía, sabía que venía.

Me tocó el brazo, me giró y le coloqué la hoja plateada contra el cuello. Se congeló, inclinándose, creo que para ayudarme a levantar. Richard y yo nos miramos el uno al otro, separados por unos centímetros. La rabia había desaparecido de su rostro. Los ojos eran normales, tan adorables como siempre, pero mantuve el cuchillo contra la suave piel de su cuello, hundiéndola para que supiera que era en serio.

Tragó con cuidado.

—No quise herirte, Anita. Lo siento.

—Retrocede —dije.

—¿Estás herida?

—Retrocede, Richard, ¡ahora!

—Déjame ayudarte.

Se inclinó más cerca y presione la hoja lo suficientemente fuerte como para derramar un hilo de sangre.

—Suéltame, Richard.

Me soltó y se alejó despacio. Se veía confundido y herido. Se tocó la sangre del cuello, como si no supiera lo que era.

Cuando estuvo fuera de alcance, me dejé caer sobre la alfombra. Nada roto, de eso estaba segura, y no estaba sangrando. Si me hubiera tirado contra la pared con esa fuerza, habría sido una historia diferente. Había salido con él durante siete meses, casi había dormido con él más de una vez, y en todo ese tiempo no me había dado cuenta realmente con lo que había estado jugando.

—*Ma petite*, ¿estás bien? —Jean-Claude estaba de pie al lado la cama. Miraba a Richard fijamente mientras se acercaba a mí.

—Estoy bien, estoy bien —le miré—. ¿Qué hiciste a mis espaldas para enfurecerle?

Jean-Claude se veía avergonzado.

—Le tomé el pelo a *Monsieur* Zeeman. Probablemente incluso quería pelea. Los celos son una tonta emoción. ¿Cómo iba a saber que no te moverías de la embestida de un hombre lobo?

—Yo no retrocedo, por nadie —casi me reí—. Aunque la próxima vez tal vez haga una excepción.

—No quise herirte —se excusó Richard—. Pero veros juntos así… saber que estás con él no es lo mismo que restregármelo por la cara. —La

rabia se había desvanecido al instante de herirme. El horror por lo que había hecho, el temor por mi seguridad y la cordura regresaron rápidamente.

—Solo nos estábamos besando, Richard, nada más. No importa lo que él quiera que creas.

—De pronto me puse tan celoso. Lo siento.

—Sé que fue un accidente, Richard. Sólo me alegro de que no hubiese una pared más cerca.

—Podría haberte herido mucho. —Dio un paso hacia mí, las manos trataron de alcanzarme y se detuvo a sí mismo—. Y quieres que libere a la bestia lo suficiente para matar. ¿No entiendes lo duro que lucho para controlarlo?

—Lo entiendo mejor de lo que lo hacía hace unos minutos —dije.

—Tu equipaje está en el pasillo. Lo traeré y luego me iré.

Esa era la mirada que temía. La mirada devastada de cachorrito. Habría sido más fácil enfrentarse con la rabia, aunque más peligrosa.

—No te vayas.

Ambos me miraron.

—Jean-Claude propició esto. —Sostuve una mano en alto antes de que pudiera protestar—. Oh, sé que lo disfrutaste, pero aún así querías que Richard nos viera juntos. Querías empezar una pelea. Querías mostrarme que él era más monstruo que tú. Tuviste un fantástico éxito en tus cálculos. Ahora vete.

—¿Me estás echando de mi propia habitación? —parecía divertido.

—Sí. —Me levanté un poco temblorosa sobre los tacones.

Jean-Claude asintió.

—Entonces debo ser relegado a mi ataúd para siempre, para nunca conocer la dicha de tu compañía en mi sueño.

—No te vas a dormir, Jean-Claude. Te mueres. Puede que desee tu ardiente y excitante cuerpo, pero aún no estoy lista para el paquete completo.

Sonrió.

—Muy bien, *ma petite*. Os dejaré a ti y a *Monsieur* Zeeman para que discutan los últimos minutos. Pediré una cosa.

—¿Cuál? —pregunté.

—Que no hagas el amor con Richard en mi cama cuando no puedo unirme a ti.

Asentí.

—Sería bastante vulgar hacer el amor con Richard en tu cama. Creo que estás a salvo de eso.

Jean-Claude miró a Richard. Sus ojos parecían tomar nota de cada centímetro de él, demorándose en la herida abierta del cuello, aunque tal vez fuera sólo mi imaginación.

—Si alguien puede resistir la tentación, esa eres tú, *ma petite*. —Jean-Claude me miró, el rostro ilegible—. Lamento que casi fueras herida. No pretendía que eso pasara.

—Siempre tienes buenas intenciones —comenté.

Asintió y luego sonrió. Le echó un vistazo a Richard.

—Tal vez no soy el mejor monstruo después de todo.

—Largo —dije.

Se fue sonriendo. Cerró la puerta tras él, dejándome con su poder bailando sobre mi piel, la sensación de sus labios y manos en mi cuerpo. Sólo fue un beso. Juego previo. Pero ni siquiera la oleada de adrenalina de casi ser lanzada contra una pared podía alejar los efectos secundarios.

Richard estaba mirándome, como si de alguna forma pudiera sentir el poder.

—Iré a buscar el equipaje —indicó.

Podía haber dicho muchas cosas, pero esa era la más segura.

Fue a buscar el equipaje y me senté en la cama. Richard podría haberme matado. Jean-Claude nunca habría perdido el control así. Quería que Richard abrazara a su bestia, pero quizás, sólo quizás, no entendía lo que eso significaba.



VEINTITRES

Me senté al borde de la cama esperando a que Richard regresara a la habitación. Mi piel se estremeció pensando en la despedida de Jean-Claude. Sólo un beso, y Richard casi nos despedaza a los dos. ¿Qué hubiera hecho si nos hubiera pillado a Jean-Claude y a mí haciendo algo verdaderamente lascivo? Era mejor no saberlo. Richard entró con mi maleta y mis bolsas a la habitación. Salió y regresó con su pequeño neceser. Se quedó de pie al lado de la puerta, mirándome. Le miré. La sangre aún goteaba por su garganta, donde le había cortado. Ninguno parecía saber qué decir. El silencio fue creciendo hasta convertirse en algo muy tenso.

—Siento haberte lastimado —comenzó diciendo—, nunca había perdido el control antes. —Dio un paso más—. Pero viéndote con él…

Apretó sus manos fuertemente, después las dejó caer.

—Fue sólo un beso, Richard. Nada más.

—No es sólo el beso de Jean-Claude.

No podía discutirle eso.

—Quería matarle —dijo Richard.

—Me di cuenta.

—¿Estás segura de que estás bien?

—¿Cómo está tu cuello? —pregunté.

Se tocó la herida y empezó a manar sangre fresca.

—Los cortes con plata no se curan inmediatamente.

Se colocó justo ante mí, tan cerca que sus pantalones vaqueros rozaban mis rodillas. Demasiado cerca. El persistente recuerdo del poder de Jean-Claude hizo que mi piel sufriera. La cercanía de Richard era peor. Si me pusiera en pie, nuestros cuerpos se tocarían. Me quedé sentada, intentando asimilar el beso de Jean-Claude. No estaba segura de lo que ocurriría si ahora tocaba a Richard. Se sentía como si lo que Jean-Claude había hecho, hiciera reaccionar a Richard. O quizás a mí. Estaba empezando a necesitarlo. Quizás mi cuerpo estaba cansado de decir no.

—¿Me hubieras matado? —preguntó Richard—. ¿Podrías haber hundido el cuchillo hasta el fondo?

Le miré y quería mentir ante sus ojos sinceros, pero no podía. Independientemente de lo que nos estábamos haciendo el uno al otro, o lo que significábamos el uno para el otro, no estaba basado en la mentira.

—Sí.

—Justo así —dijo.

—Justo así —asentí.

—Lo vi en tus ojos. Fría, desapasionada, como si fueses otra persona. Si fuera más seguro, podría matar fríamente, no me asustaría tanto.

—Me encantaría prometerte que no disfrutaría de ello, pero no puedo.

—Lo sé. —Me miró—. Yo no podría matarte. No sin alguna razón.

—Algo se destruiría en mí al perderte, Richard. Pero mi primera reacción es protegerme a mí misma a toda costa. Así que si alguna vez tenemos otro malentendido como el de esta noche, no me ayudes, no te acerques a mí, hasta que no estés seguro de que no me morderás. ¿Ok?

—Ok —asintió.

La energía que Jean-Claude me había dado se estaba desvaneciendo, calmándose. Me levanté y el cuerpo de Richard me rozó. Sentí una oleada de calor que no tenía nada que ver con el vampiro. El aura de Richard me envolvió como un soplo de aire caliente. Sus brazos se deslizaron por mi espalda. Mis manos rodearon su cintura y apoyé mi mejilla contra su

pecho. Escuché como su corazón palpitaba profundamente, mis manos recorrieron su suave camisa de franela. Sentí un gran confort entre los brazos de Richard que simplemente no había sentido cuando Jean-Claude me sujetaba.

Sus manos acariciaron mi pelo, apartándolo de la cara. Me echó hacia atrás hasta que pudo ver mi cara. Se acercó a mí, con los labios separados. Me puse de puntillas para acercarme a él.

Una voz dijo:

—Maestro.

Richard se volvió hacia la puerta aún conmigo entre sus brazos. Jason se deslizó por la blanca alfombra, dejando una estela carmesí con su movimiento.

—¡Oh, Dios! ¿Qué te ha ocurrido? —pregunté.

—Me pasé con él —dijo Richard caminando hacia el hombre herido.

—¿Qué significa que te pasaste con él?

Jason estaba débil y yacía a los pies de Richard, con su cara apoyada sobre la alfombra.

—Lo siento.

Richard se arrodilló y alzó a Jason. La sangre corría por su cara. El corte era profundo y necesitaba puntos.

—¿Lo has lanzado contra la pared? —pregunté.

—Intentó impedirme que llegara a ti.

—No me creo que le hicieras esto.

Richard me miró.

—Quieres que sea el líder. Quieres que sea alfa. Pues bien, esto es lo tengo que hacer. —Sacudió la cabeza—. Deberías ver tu cara. Pareces condenadamente indignada. ¿Cómo puedes querer que mate a un ser humano y te molestas por esto?

No sabía qué decirle.

—Jean-Claude dijo que matar a Marcus no sería suficiente. Que deberías estar dispuesto a aterrorizar a la manada.

—Tiene razón.

Richard limpió la sangre de la cara de Jason, el corte comenzaba a cerrarse. Lamió sus dedos sangrientos. Me quede parada, congelada y mirando, como el testigo de un accidente de tráfico. Richard se inclinó hacia la cara de Jason. Pensé que sabía lo que iba a hacer, pero ver para creer. Lamió la herida. Su lengua la recorrió tal como lo haría un perro. Le

volví la espalda. Ese no era mi Richard, mi seguridad, mi confort.

—No puedes verlo, ¿verdad? —preguntó—. ¿Crees que el asesinato es la única cosa que rechazo?

Su voz me hizo mirar hacia atrás. Tenía una mancha de sangre en su barbilla.

—Míralo todo, Anita. Quiero que veas lo que se necesita para ser un alfa. Luego me dices si vale la pena. Si tu estómago no lo soporta, no me pidas que lo vuelva hacer.

Su mirada era desafiante.

Entendí el desafío. Me senté al borde de la cama.

—Hazlo. Soy toda tuya.

Richard cepilló su pelo de un lado a otro, exponiendo la herida de su cuello.

—Soy alfa. Soy de la manada. Derramé tu sangre y ahora te la devuelvo.

El cálido impulso se derramó por la habitación. Jason me miró, sus ojos se volvieron casi blancos.

—Marcus no hizo eso.

—Porque no puede —comentó Richard—, yo puedo. Aliméntate de mi sangre, de mi disculpa, de mi poder y nunca irás contra mí otra vez.

El aire era cada vez más denso, casi no se podía respirar. Jason se levantó sobre sus rodillas y puso su boca sobre la herida, como si se sintiese rechazado o herido. Como Richard no dijo nada, Jason presionó su boca abriendo la herida y bebió. Los músculos de su mandíbula empezaron a trabajar, su garganta empezó a ingerir. Una mano se deslizó hacia la espalda de Richard y la otra sobre su hombro.

Les rodeé hasta ver la cara de Richard. Sus ojos estaban cerrados y su rostro estaba tranquilo. Debió sentir cómo le miraba porque los abrió. Había odio, odio hacia mí, sobretodo. No era sólo por asesinato de Marcus, sino por renunciar a su parte humana. No lo comprendí hasta ese momento. Tocó los hombros de Jason.

—Suficiente.

Jason presionó más sobre la herida. Richard le empujó hacia atrás. Un hilillo surgió de la herida. Jason estaba tumbado, medio mecido en los brazos de Richard. Se lamió los bordes de su boca para obtener las últimas gotas de sangre. Se rió con una sonrisilla sofocada y se volvió hacia Richard arrodillado en el suelo. Frotó su cara por la pierna de Richard.

—Nunca he sentido algo así. Marcus no puede compartir el poder de esa manera. ¿Alguien más de la manada sabe que puedes dar sangre?

—Díselo —dijo Richard—, díselo a todos.

—De verdad vas a matar a Marcus, ¿no? —preguntó Jason.

—Si no me da otra opción, sí. Ahora vete Jason, tu otro maestro te está esperando.

Jasón se puso de pie y se tambaleó. Enseguida se enderezó frotándose las piernas como si estuviera en el baño, como si no lo pudieran ver. Quizás era el cálido poder que él intentaba atar sobre sí. Rió otra vez.

—Si me alimentaras, podrías lanzarme contra la pared cuando quisieras.

—Vete —indicó Richard.

Jason salió. Richard estaba aún de rodillas en el suelo. Me miró.

—¿Comprendes ahora por qué no quiero hacer esto?

—Sí —dije.

—Tal vez si Marcus supiera que puedo compartir mi sangre, mi poder, retroceda.

—Tú no estás esperando a matarle —dije.

—No sólo matarle, Anita. Es todo lo que ocurrirá. Es lo que acabo de hacer con Jason. Un centenar de cosas, ninguna humana.

Me miró y puede ver una gran tristeza en unos ojos marrones que antes nunca había visto. Lo comprendí de repente.

—No es sólo la muerte, ¿verdad? Una vez que tomes la manada con sangre y con fuerza, tendrás que mantenerla con sangre y con fuerza.

—Exactamente. Si pudiera obligar de alguna forma a Marcus a alejarse, las cosas serían diferentes. —Se acercó hasta donde yo estaba, su cara mostraba ilusión—. Traería a la mitad de la manada a mi lado, o al menos, a ser neutral. No respaldarían más a Marcus. Nadie ha dividido a la manada sin muertes.

—¿Por qué no puede haber dos manadas?

Sacudió la cabeza.

—Marcus nunca lo permitiría. El líder de la manada recibe tributo de cada miembro. No sólo pararía su poder sino también el dinero.

—¿Obtendrás dinero ahora? —pregunté.

—Todos le siguen pagando su tributo a Marcus. No quiero el dinero, sólo es una lucha más. Creo que el tributo debería ser abolido.

Vi una luz en su rostro; sus planes, sus sueños. Estaba construyendo un

poder en base a la justicia, a la virtud de los boyscout con criaturas que podían desgarrarnos la garganta y bebérsela después. Creía que podía hacerlo. Viendo su hermoso e ilusionado rostro, yo casi también lo creía.

—Pensé que matarías a Marcus, pero veo que no, ¿verdad?

—Raina pondrá esto en tela de juicio. A menos que les dé un buen susto.

—Mientras Raina esté viva, tendrás problemas.

—No sé qué hacer con Raina.

—Podría matarla —le dije.

Su mirada era suficiente.

—Es broma —comenté.

Más o menos. Richard no estaba de acuerdo con lo que acababa de decir, pero si quería estar tranquilo, Raina debía morir. Sangre fría, pero cierto.

—¿Qué estas pensando, Anita?

—Tal vez tengas razón y estemos equivocados.

—¿En qué?

—No deberías matar a Marcus.

Richard abrió sus ojos con sorpresa.

—Pensé que estabas cabreada conmigo por no matar a Marcus.

—No sólo es matar a Marcus. Es poner en peligro a todo el mundo por no matarle.

Richard sacudió la cabeza.

—No veo la diferencia.

—La diferencia está en que el asesinato es un medio para un fin y no un fin en sí mismo. Quiero que te encuentres bien. Marcus se ha marchado. Los miembros de la manada te mantendrán segura. No quiero que haya torturas para mantenerla. Si podemos lograr todo esto sin matar a nadie, me doy por satisfecho. No creo que haya otra opción que no implique asesinato. Pero si me dices una, te apoyaré.

Estudió mi cara.

—¿Me estás diciendo que no debo matarle ahora?

—Sí.

Se rió, pero era con más ironía que humor.

—No sé si gritarte o abrazarte.

—La gente me afecta mucho —dije—. Mira, cuando fuimos a rescatar a Stephen, debería de haber llamado a algunas personas. La situación se

nos fue de las manos, con tres o cuatro tenientes a nuestras espaldas. Existe un compromiso entre jugar a ser Sir Lancelot y Vlad el Empalador.

Se sentó al borde de la cama.

—Ser capaz de dar energía a través de la sangre es un don raro. Es impresionante, pero no suficiente. Me encantaría tener el valor y la fuerza suficiente para hacer que Marcus y Raina se echasen para atrás. Soy poderoso, Anita. Muy poderoso. —Lo dijo como si fuese verdad, sin ningún tipo de egocentrismo ni orgullo—. Pero no esa clase de poder.

Me senté a su lado.

—Haré lo que pueda Richard. Sólo prométeme que tendrás cuidado.

Sonrió.

—No tendré cuidado si no me besas.

Nos besamos. Su sabor era cálido y seguro, pero había un cierto gusto salado de la sangre de Jason. Lo aparté de mí bruscamente.

—¿Qué ocurre?

Sacudí mi cabeza. Diciéndole que podía probar la sangre de otros en su boca no iba a ser muy útil. Íbamos a trabajar, por lo que no debía decirle esas cosas. No era su bestia lo que le robaría su humanidad sino un millar de cosas más.

—Cambia para mí —dije.

—¿Qué?

—Cambia para mí, aquí y ahora.

Me miró como si tratara de leer algo en mi cara.

—¿Por qué ahora?

—Déjame verte, Richard, como lobo.

—Si no quieres estar en la cama de Jean-Claude, tampoco querrás un lobo en tu cama.

—No te transformarás en lobo hasta mañana, lo dijiste antes.

—No, no lo haré —dijo suavemente.

—Si cambias esta noche, podré aceptarlo y hacer el amor. Luego planearemos la boda.

Se rió.

—¿Puedo matar a Marcus antes de matar a Jean-Claude?

—Jean-Claude prometió no hacerte daño —dije.

Richard se quedó inmóvil.

—¿Has hablado de esto con Jean-Claude?

Asentí.

—¿Y por qué estaba enfadado conmigo?

—Dijo que se apartaría si no podía tenerme, por lo que se cabreó.

Obvié el tema de que Jean-Claude me amaba, lo dejaría para más tarde.

—Le llamaste bestia, Richard.

Sacudió la cabeza.

—No sólo bestia, Anita. Es el líder de la manada *Lukoi*. Lo verás también.

—Ya les he visto.

Sacudió la cabeza.

—No le has visto en el lupanar con nosotros. Nuestro lugar de poder. Allí somos nosotros mismos, no disimulamos, ni lo pretendemos.

—Te dije que quería casarme contigo. ¿No lo has captado? —pregunté.

Richard se puso de pie.

—Quiero casarme contigo, Anita, más que nada en este mundo. Te quiero tanto que no me siento seguro estando a tu lado esta noche.

—Hemos permanecido fieles hasta ahora —indiqué.

—Con una sonrisa en nuestro rostro. —Cogió su maleta de viaje—. El *Lukoi* llama al sexo «el baile mortal».

—¿Por tanto?

—Nosotros usamos la misma frase para la lucha de sucesión.

—Todavía no comprendo el problema.

Me miró.

—Lo harás. Dios nos ayudará.

Había algo de tristeza y de melancolía en él, que no quise dejarle ir. Mañana, él plantaría cara a Marcus. Y sólo porque estaba de acuerdo en matarlo no significaba que lo haría. Cuando llegó el momento, no confié en él y retrocedí. No quería perderlo.

—Quédate conmigo, Richard, por favor.

—No sería justo para ti.

—No seas un maldito boyscout.

Me sonrió haciendo una mala interpretación de Popeye.

—Soy lo que soy.

Cerró la puerta tras él. Ni siquiera nos dimos un beso de despedida.



VEINTICUATRO

Me desperté en la oscuridad y alguien se encontraba agachado sobre mí. No podía verlo realmente, pero sentía algo en el aire a mí alrededor, como un peso invisible. Mi mano se deslizó bajo la almohada y agarró la Firestar. Empujé el arma hacia lo que fuera y se esfumó como un sueño. Me deslicé fuera de la cama, presionando mi espalda contra la pared, haciéndome a mí misma un objetivo tan pequeño como fuera posible.

Una voz salió de la oscuridad. Apunté hacia esa voz, forzando mis oídos a escuchar cualquier sonido.

—Soy Cassandra. El interruptor de la luz está encima de ti. Me quedaré aquí mientras enciendes las luces. —Su voz era baja, la clase de voz que usabas para gente loca, o gente que te estaba apuntando con un arma.

Tragué profundamente tratando de tranquilizar mi pulso y deslicé mi espalda por la pared. Levanté mi mano izquierda por ésta hasta que alcancé el interruptor, me arrodillé, con los dedos tocándolo. Cuando estuve lo más

abajo posible sin dejar de tocarlo, encendí la luz. La luz quemaba. Era un momento de deslumbrante ceguera mientras me agachaba en el suelo, apuntando el arma ciegamente. Cuando pude ver, Cassandra se encontraba al pie de la cama, las manos a ambos lados del cuerpo, mirándome. Tenía los ojos demasiado abiertos. El encaje de su camisón victoriano se movía al compás de su respiración.

Sí, camisón victoriano. Lucía delicada, como una muñeca. Le había preguntado la última noche si Jean-Claude había elegido el atuendo. No, ella lo había elegido. Cada uno.

Estaba parada en la alfombra, congelada, mirando.

—Anita, ¿estás bien? —Su tono decía que no lo creía.

Tomé un aliento profundo y apunté el arma hacia el techo.

—Sí, estoy bien.

—¿Me puedo mover?

Me levanté, sosteniendo el arma a mi lado.

—No trates de tocarme cuando estoy durmiendo. Di algo antes.

—Recordaré eso —dijo ella—. ¿Puedo moverme?

—Seguro. ¿Qué pasa? —pregunté.

—Richard y Jean-Claude están afuera.

Consulté mi reloj. Era la una de la tarde. Había dormido durante casi seis horas. O las hubiera cumplido si Cassandra y yo no hubiéramos estado hablando durante una hora. No tenía una fiesta de pijamas desde hacía años, y francamente, chica o no, era una *licántropo* que había conocido justo esa noche. Era extraño confiar en ella para ser mi guardaespaldas. Nunca había sido muy aficionada a dormir con extraños. No era algo sexual. Era simple sospecha. Estar profundamente dormido te hacía demasiado impotente.

—¿Qué quieren?

—Richard dice que tiene un plan.

No necesitaba preguntar qué plan. Había sólo una cosa en su mente el día de luna llena: Marcus.

—Diles que me vestiré primero.

Fui a por mi maleta. Cassandra se acercó a la puerta. La abrió sólo un poco mientras hablaba suavemente. La cerró firmemente tras ella y regresó a mi lado. Lucía perpleja. En esa camisola y con una expresión desconcertada en el rostro, parecía tener 12 años. Me arrodillé al lado de la maleta, con la ropa en la mano, mirándola.

—¿Qué pasa ahora?

—Jean-Claude dice que no te molestes en vestirte.

Me quedé mirándola durante un segundo.

—Sí, claro. Me vestiré. Ellos pueden muy bien esperar ese tiempo.

Ella asintió y regresó a la puerta.

Fui al baño. Me miré en el espejo. Me veía tan cansada como me sentía. Cepillé mis dientes, hice mis necesidades y deseé una ducha. Me hubiera ayudado a despertar. Podía haberme duchado, pero no estaba segura de que los chicos esperaran tanto. Además, un baño era algo que hacía para irme a la cama, no para despertarme. Necesitaba algo estimulante, no algo relajante.

Richard tenía un plan, pero Jean-Claude estaba con él. Eso significaba que el vampiro estaba ayudando en el plan. Era un pensamiento tenebroso.

Esa noche Richard pelearía con Marcus. Podría estar muerto al día siguiente. El pensamiento hacía que mi pecho se oprimiera. Había una presión tras mis ojos que tenía que ver más con las lágrimas que otra cosa. Podía vivir con Richard lejos, en alguna parte. Dolería si no estaba conmigo, pero yo sobreviviría. No sobreviviría a su muerte. Amaba a Richard. Realmente lo amaba. No quería renunciar a él. Por nada.

Jean-Claude estaba siendo un perfecto caballero, pero no confiaba en él. ¿Cómo podía? Siempre tenía una docena de razones diferentes por cada cosa que hacía. ¿Cuál era el plan? Mientras más rápido me vistiera, más rápido lo sabría.

Saqué algunas cosas de la maleta. Podía mezclar y combinar casi toda la ropa que tenía. Pantalones azul oscuro, sudadera azul, calcetines blancos. No me estaba vistiendo para impresionar a nadie. Ahora que estaba algo más despierta, deseaba haber elegido algo un poco menos práctico. El amor te hace preocuparte de cosas como esa.

Abrí la puerta. Richard estaba de pie, al lado de la cama. Su aspecto detuvo mis pasos. Su cabello estaba cepillado hasta parecer como una cascada sedosa sobre sus hombros. Vestía sólo un pantaloncito fino, corto y púrpura. Eran de corte alto en cada lado, dando una visión de sus muslos cuando se giró hacia mí.

Cuando pude cerrar mi boca y hablar, dije:

—¿Por qué estás vestido así?

Jean-Claude apoyó un hombro contra la pared. Vestía un manto negro hasta los tobillos, con bordes de piel en negro. Su cabello se confundía

contra un collar de piel, tanto que no se podía decir donde empezaba el cabello y empezaba la piel. Su pálido cuello y el triángulo de su pecho mostraban un perfecto blanco contra dicho collar.

—Luces como si recién te hubieras salido de dos diferentes películas porno. Cassandra dijo algo de un plan. ¿Cuál es?

Richard miró a Jean-Claude. Intercambiaron una mirada entre ellos que decía más que las palabras, que habían estado tramando a mis espaldas.

Richard se sentó al borde de la cama. Los pantaloncillos eran un poco cortos para ser cómodos y tuve que mirar a otra parte, así que miré hacia Jean-Claude. No era cómodo, pero al menos la mayoría de él estaba cubierto.

—¿Recuerdas algunos meses atrás, antes de Navidad, cuando accidentalmente descargamos algún tipo de energía mágica en tu apartamento? —preguntó Jean-Claude.

—Lo recuerdo —dije.

—*Monsieur* Zeeman y yo creemos que los tres podríamos compartir poder, llegar a ser un triunvirato.

Miré de uno al otro.

—Explícate.

—Hay una conexión entre los lobos y yo. Hay una conexión entre tú, mi pequeña nigromante, y la muerte. Lujuria y amor siempre han mantenido una energía mágica. Te puedo mostrar hechizos individuales que pueden usar la conexión entre vampiros y sus animales, entre nigromantes y vampiros. No debemos sorprendernos de que haya poder entre nosotros.

—¿Y…? —pregunté.

Jean-Claude sonrió.

—Creo que podemos atraer suficiente poder para echar atrás a cierto *Ulfric*. Conozco a Marcus. No peleará si cree que no tiene esperanzas de ganar.

—Jean-Claude tiene razón —indicó Richard—. Si puedo irradiar suficiente poder, Marcus se echará para atrás.

—¿Cómo sabes que podemos atraer de nuevo a *lo-que-sea-que-haya-sido*? —pregunté.

—He hecho algo de investigación —comentó Jean-Claude—. Hay dos casos de Maestros Vampiros que pueden llamar animales, quienes hacen de esos animales *cambiaformas* una especie de sirvientes humanos.

—¿Y?

—Significa que hay una oportunidad de que sea capaz de obligarlos a ambos.

Sacudí mi cabeza.

—De ninguna manera, sin marcas de vampiro. Ve para allá, haz esto, no me gusta.

—No había marcas en ninguno de vosotros en diciembre —dijo Jean Claude—. Creo que ahora también funcionará sin ninguna marca.

—¿Por qué estáis vestidos así?

Richard parecía avergonzado.

—Es todo lo que traje. Pensé que anoche íbamos a compartir la cama.

Hice un gesto hacia los pantalones.

—Eso no nos ha ayudado a permanecer castos, Richard.

El color sonrojó su cara.

—Lo sé, lo siento.

—Dime que no hay lencería en tu maleta, *ma petite*.

—Nunca dije que no la hubiera.

Ronnie me había dicho que llevara atuendo en caso que se dieran las cosas con Richard. Ella esperaba que lo llevara a la cama antes de la boda, si podía sacar fuera de carrera a Jean-Claude.

—¿Para quién lo compraste? —preguntó Richard calmadamente.

—Para ti, pero no me distraigas. ¿Por qué tan lindos pijamas?

—Richard y yo hemos intentado llamar el poder una o dos veces por nuestra cuenta. No funciona sólo con nosotros dos. Su aversión hacia mí lo ha hecho inútil.

—¿Es eso verdad, Richard?

Él asintió.

—Jean-Claude dice que necesitamos a un tercero, te necesitamos a ti.

—¿Qué pasa con la vestimenta?

—Lujuria e ira fue lo que atrajo el poder la primera vez, *ma petite*. Tenemos la ira. Extrañamos la lujuria.

—Esperad sólo un maldito minuto. —Miré de uno al otro—. ¿Estáis diciendo que hagamos un *ménage à trois*?

—No —negó Richard.

Se levantó. Caminó hacia mí con sus pequeños pantaloncillos, mirando la habitación.

—Sin sexo, te lo prometo. Incluso para esto, nunca accedería a

compartirte con él.

Pasé la punta de mis dedos por la seda de sus pantalones, suavemente, como si tuviera miedo.

—Entonces, ¿por qué el vestuario?

—Vamos a contrarreloj, Anita. Si esto va a funcionar, debe ser rápido. —Se apoderó de mis brazos, sus cálidas manos sobre mi piel—. Dijiste que me ayudarías con el plan. Éste es el plan.

Me aparté de él lentamente y me volví hacia Jean-Claude.

—¿Y qué obtienes de esto?

—Tu felicidad. Ningún lobo desafiará a Richard si somos un verdadero triunvirato.

—Mi felicidad, cierto. —Estudié su calmada y adorable cara, y tuve una idea—. Probaste a Jason, ¿no es cierto? Probaste el poder que él había absorbido de Richard, ¿no es verdad? ¿No es verdad, hijo de puta?

Caminé hacia él mientras hablaba, luchando contra la urgencia de golpearlo cuando llegara a su lado.

—¿Y qué hay con ello, *ma petite*?

Me paré justo frente a él, lanzando las palabras a su cara.

—¿Qué beneficio obtienes de todo esto? Y no me digas la mierda esa de mi felicidad. Te conozco hace mucho.

Su cara estaba en su punto más suave, casi desarmado.

—Obtendré suficiente poder como para que ningún Maestro Vampiro, excepto el consejo en sí, se atreva a desafiarme.

—Lo sabía, lo sabía. No haces nada sin una docena de motivaciones ocultas.

—Me beneficio exactamente de la misma manera que lo hace *Monsieur* Zeeman. Ambos aseguramos nuestras bases de poder.

—Bien, ¿y qué saco yo de esto?

—¿Qué? La seguridad de *Monsieur* Zeeman.

—Anita —dijo Richard suavemente.

Tocó mi hombro.

Me giré para enfrentarlo. Mis indignadas palabras murieron al mirar su rostro. Tan serio, tan solemne.

Agarró mis hombros, cada mano a un lado de mi rostro.

—No tienes que hacerlo si no quieres.

—¿Entiendes lo que está sugiriendo, Richard? Nunca nos libraremos de él. —Toqué la mano que sostenía mi rostro—. No nos unas a él así,

Richard. Una vez que obtenga un pedazo de ti, nunca lo dejará ir.

—Si realmente crees que es malvado, deberías haberlo matado hace mucho tiempo y haberte librado de él.

Si no hacía eso, y Richard moría esa noche, ¿sería capaz de vivir con ello? Me incliné hacia él, presionando mi cara contra su mejilla, respirando su esencia. No. Si él moría y yo no podía salvarlo, nunca me liberaría de la culpa.

Jean-Claude se acercó a nosotros.

—Pudo haber sido uno de esos extraños accidentes que no pueden ser repetidos bajo condiciones controladas, *ma petite*. La magia a menudo es así.

Giré mi cara y lo miré, mi mejilla aún presionaba el pecho de Richard, sus brazos estaban alrededor de mi espalda.

—Sin marcas de vampiro en ninguno de nosotros, ¿verdad?

—Lo prometo. La única cosa que voy a pedir es que ninguno se eche atrás. Necesitamos una verdadera idea de cuánto poder podemos llamar. Si no es mucho, es dudoso, pero si es como yo creo, entonces solucionará muchos problemas.

—Bastardo manipulador.

—¿Eso es un sí? —preguntó.

—Sí —afirmé.

Richard me abrazó. Dejé que sus brazos me rodearan, me confortara, pero eran los ojos de Jean-Claude los que miraban. Había una mirada en su cara difícil de describir. El diablo debía lucir como eso después de haber firmado en la línea punteada y entregado tu alma. Encantado, ansioso y un poco hambriento.



VEINTICINCO

Tú y *Monsieur* Zeeman tenéis una agradable charla. Esperaré mi turno en el baño, luego me reuniré con vosotros.

Sólo escucharle diciendo eso en voz alta, me hizo que deseara negarme. Pero no lo hice.

—¿Estás seguro que esto no es un elaborado plan tuyo para tener un *ménage à trois*?

—¿Sería yo tan retorcido?

—Sí.

Rió y el sonido me hizo estremecer como un cubito de hielo se deslizara por la columna.

—Os dejaré solos.

Fue a cepillarse los dientes al baño. Le seguí y agarré la puerta para que no pudiera cerrarla. Me miró a través del resquicio.

—¿Sí, *ma petite*?

—Es mejor que haya algo bajo esa bata, además de piel.

Sonrió lo suficiente como para mostrar un poco los colmillos.

—¿Sería tan directo, *ma petite*?

—No lo sé.

Asintió y cerró la puerta.

Respiré profundamente y giré la cabeza hacia el otro hombre en mi vida. La ropa de Richard estaba doblada sobre mi maleta. Se movió hacia mí. Los pantalones eran tan cortos que casi me permitían ver una línea continua desde el pie hasta la cintura.

Si estuviéramos realmente solos, iría hacia él. Lo que hubiera sido romántico, ahora era extremadamente incómodo. Estaba muy atenta a los sonidos del agua corriendo desde el baño. Jean-Claude planeaba acompañarnos. Jesús.

Richard aún parecía delicioso con el cabello cayéndole sobre un ojo. Se había detenido cerca de mí. Finalmente movió la cabeza.

—¿Por qué de pronto esto es tan difícil?

—Creo que la principal razón está en el baño, preparándose para acompañarnos.

Rió y movió la cabeza de nuevo.

—Normalmente no nos lleva tanto tiempo estar en los brazos del otro.

—No —contesté. A este ritmo, cuando Jean-Claude volviera aún estaríamos mirándonos el uno al otro como adolescentes en un baile—. Encontrémonos a mitad de camino.

Richard sonrió.

—Siempre.

Caminó acercándose. Los músculos del estómago se contraían mientras se movía.

De pronto lamenté llevar puesto vaqueros y polo. Deseaba que me viera con la lencería que había comprado. Quería sus manos recorriendo la seda, con mi cuerpo debajo.

Richard y yo nos detuvimos a unos centímetros uno del otro, sin tocarnos. Podía oler su loción de afeitar. Estaba lo suficientemente cerca para sentir el calor de su cuerpo. Deseaba tocarle el pecho desnudo con las manos. Deseaba mover las manos hacia abajo por el frente de sus calzoncillos de seda. El pensamiento fue tan real que crucé los brazos para mantener las manos ocupadas.

Richard se inclinó hacia mí. Me rozó las cejas con los labios, me besó

los párpados suavemente. Llegó a mi boca y me acerqué de puntillas hacia él. Deslizó los brazos a mi alrededor.

Me apreté contra él, mis manos buscando su cuerpo, mi boca presionando la suya. Se agachó y deslizó los brazos bajo mi trasero, levantándome hasta que nuestros rostros estaban al mismo nivel. Dejé de besarle y empecé a decir «Bájame», pero viéndole la cara a un centímetro de distancia no pude terminar. Envolví mis piernas alrededor de su cintura. Abrió las suyas para mantener el equilibrio. Le besé, y la primera llamarada de poder me atravesó, una línea de picazón sobre mi piel, un cosquilleo cálido en el vientre.

Richard emitió un pequeño sonido con la garganta, más gruñido que gemido. Se arrodilló en el suelo conmigo aún encima, y cuando me apoyó en él, no le detuve. Puso su cuerpo encima del mío asegurándome con sus brazos, la parte inferior presionando contra mí. Cuando me miró, sus ojos se habían vuelto lobunos. Algo debió de haberse reflejado en mi cara, porque giró la cabeza para que no pudiera ver.

Me deslicé por debajo de él, aferré un puñado de su grueso cabello y le giré la cabeza hacia mí, sin demasiada gentileza. Fuera por dolor o por algo más, la volvió con un gruñido. No me moví. No mire hacia otro lado.

Richard bajó el rostro hacia el mío y me tumbé en el suelo. Su boca recorría la mía. Hubo una oleada de calor cuando nuestras bocas se encontraron, como si estuviera saboreando su energía, su esencia.

La puerta del baño se abrió. El sonido me congeló, haciendo que mis ojos se deslizaran hacia la puerta abierta. Richard dudó un segundo, su boca insegura sobre la mía, luego me besó el borde de la barbilla, recorriéndome con los labios el cuello.

Jean-Claude se quedó en la puerta, llevaba un pijama de seda negra. Su larga bata estaba desabotonada para que se viera la parte superior de su cuerpo desnudo mientras se movía. La mirada de esa cara, de esos ojos, me dio pánico.

Le di un manotazo a Richard en el hombro. Iba camino a la base de mi cuello, deslizando el escote del polo, como si quisiera meter la cabeza dentro. Levantó sus ambarinos ojos de lobo hacia mí, y lo único que pude leer en su rostro fue deseo, casi hambre. Su poder soplaba a lo largo de mi piel, como una ráfaga de aire caliente.

Mi pulso retumbó contra la piel de mi garganta, tanto que pensé que la rasgaría.

—¿Qué te pasa, Richard?

—Esta noche es luna llena, *ma petite*. Su bestia le llama. —Jean-Claude se acercó a nosotros a través de la alfombra.

—Déjame levantarme, Richard.

Richard se apoyó en sus manos y rodillas, dejando que saliera de debajo de él. Me levanté, y se arrodilló frente a mí, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura.

—No tengas miedo.

—No tengo miedo de ti, Richard —miré hacia Jean-Claude.

Richard deslizó las manos por mis costillas, con dedos comprimiendo la carne como si me masajeara la espalda. Distrajo mi atención hacia él.

—Nunca te haría daño voluntariamente. Lo sabes.

Lo sabía. Asentí.

—Confía en mí. —Su voz era suave y profunda, algo más baja de lo normal. Comenzó a sacarme el polo de la cintura de los pantalones—. Quiero tocarte, olerte, saborearte.

Jean-Claude no se acercó más. Caminó alrededor como un tiburón. Los ojos azul medianoche aún eran humanos, más humanos de lo que parecían los de Richard.

Richard sacó el polo de los pantalones, apartándolo para exponer mi estómago. Recorrió con las manos mi piel desnuda y me estremecí, pero no era sexo, o no sólo sexo. El cálido y eléctrico poder emanaba de esas manos a través de mi piel. Era como tener una señal de baja corriente sobre mí. No dolía, pero podía empezar a hacerme daño si no paraba. O quizás se sintiera muy bien, mejor que cualquier cosa. No estaba segura cuál de los dos pensamientos me asustaba más.

Jean-Claude se situó fuera de mi campo de visión. Ese pensamiento también me asustó.

Richard puso las manos a ambos lados de mi cintura expuesta mientras sostenía apartado el polo, cubriendo sus muñecas.

Jean-Claude se acercó un paso más, su pálida mano extendida. Me tensé, el miedo superando al deseo. Dejó caer la mano sin tocarnos.

Richard pasó la lengua por mi estómago, un movimiento rápido y húmedo. Le miré hacia abajo y me miró con ojos café. Ojos humanos.

—No dejaré que te pase nada, Anita.

No sabía cuánto le costó tragarse a la bestia dentro de él, pero sabía que no había sido fácil. Había muchos *licántropos* que no podían volver una

vez que empezaban a cambiar. Habría sido más tranquilizador si sus ojos marrones no mostraran ese tipo de oscuridad. Pero no era su bestia, era algo más básico, más humano, era sexo. Incluso la lujuria no envuelve así una mirada humana.

Jean-Claude estaba detrás de mí. Podía sentirle. Sin tocarme para nada podía sentir su poder como un viento frío. Acercó el rostro a mi cabello. Mi corazón latía tan fuerte que no podía escuchar nada salvo el bombeo de mi propia sangre en la cabeza.

Jean-Claude me apartó el pelo. Sus labios me tocaron la mejilla y su poder quemó a través de mí con un rápido recorrido, frío como el viento de una tumba. Fluyó a través de mí buscando la calidez de Richard. Las dos energías se encontraron, mezclándose en mi interior. No podía respirar. Sentía que aquella cosa dentro de mí podía llamar a la muerte desde la tumba, magia a falta de una palabra mejor. Sentí que fluía contra ambos.

Traté de alejarme de Richard, pero sus dedos me apretaban las costillas. Los brazos de Jean-Claude se apretaban alrededor de mis hombros.

—Construye el poder, no lo combatas, *ma petite*.

Luché contra el pánico, mi aliento salió en rápidos jadeos. Iba a hiperventilar y desmayarme si no podía controlarlo. Me acosaba el poder y mi propio miedo, y estaba perdiendo.

La boca de Richard me mordió gentilmente el estómago. Su boca lamió mi piel. Los labios de Jean-Claude me acariciaron el cuello, succionando suavemente. Sus brazos me acunaban contra el pecho. Richard era un calor creciente en mi cintura. Jean-Claude como un fuego frío a mi espalda. Estaba siendo devorada por ambos extremos, como una pieza de madera consumida en llamas. El Poder era demasiado. Debía ir a alguna parte. Debía hacer algo con ello, o me quemaría viva.

Las piernas me temblaban, y sólo las manos de Richard y de Jean-Claude me mantenían en pie. Me bajaron, aún acunada en sus brazos. Mis hombros tocaron el suelo, luego mi mano, y comprendí lo qué podía hacer con el poder. Sentí que fluía a través del suelo, buscando…, buscando la muerte. Rodé sobre mi estómago. Las manos de Jean-Claude estaban en mis hombros, su rostro cerca del mío. Las manos de Richard estaban bajo el polo, tocándome la espalda, deslizándose hacia arriba, pero todo era secundario. Debía hacer algo con el Poder.

Encontré la muerte que necesitaba y no funcionó. El poder continuaría creciendo hasta hacerme gritar si no obtenía suficiente aire. Un paso, un

ingrediente, algo faltaba.

Rodé sobre la espalda, mirándoles a ambos. Mantuvieron mi mirada. Los ojos de Jean-Claude se habían vuelto de un sólido azul medianoche. Ambos se inclinaron hacia mí a la vez. Richard se aproximó a mi boca, Jean-Claude a mi cuello. El beso de Richard era casi abrasador. Podía sentir los colmillos mientras Jean-Claude trataba de no morderme. La tentación estaba por todas partes. Las manos de alguien estaban bajo el polo, y no estaba segura quién era quién. Luego me di cuenta que eran ambos.

¿Qué era la única cosa que necesitaba para levantar a los muertos? Sangre. Debí haberlo dicho en voz alta.

—Sangre.

Jean-Claude levantó la cabeza, mirándome a pocos milímetros. Su mano estaba justo debajo de mi pecho. Le había agarrado la muñeca sin siquiera pensar en ello.

—¿Qué, *ma petite*?

—Sangre para terminarlo. Necesitamos sangre.

Richard alzó la cara como asfixiándose.

—¿Qué?

—Puedo darte sangre, *ma petite*. —Jean Claude se inclinó hacia mí.

Le detuve con una mano en el pecho, al mismo tiempo que Richard puso la suya en su hombro. El poder se derramaba sobre nosotros como una inmensa ola, veía puntos blancos.

—No me vas a usar para clavar tus colmillos en ella por primera vez —gruñó Richard a Jean Claude.

La ira alimentó la magia y yo grité.

—Dadme sangre o salid encima de mí. —Puse mi propia muñeca entre ellos—. No tengo un cuchillo, que alguien lo haga.

Richard se inclinó hacia mí. Se retiró el pelo a un lado del cuello.

—Aquí está tu sangre.

Jean-Claude no discutió. Se acercó a él, los labios hacia atrás. Le observé morder el cuello de Richard como a cámara lenta. Éste se tensó, resoplando mientras los colmillos se acercaban a su carne. La boca de Jean-Claude se cerró sobre la piel, succionando, la garganta tragando.

El poder rugía a través de mí, erizándome cada vello de mi cuerpo, deslizándose por la piel hasta hacerme pensar que me había partido en dos. Lo envié todo al exterior, a los muertos que había encontrado. Los llené, y

aún así, era demasiado poder. Lo lancé lejos, más lejos, y encontré lo que estaba buscando. El poder nos dejó con una prisa fría y ardiente.

Me quedé jadeando en el suelo. Jean-Claude estaba tumbado a mi izquierda, apoyado en un codo. La sangre le manchaba los labios, goteando por su barbilla. Richard yacía sobre su estómago a mi derecha, sosteniéndome el brazo bajo su mejilla. Su pecho subía y bajaba con grandes jadeos, el sudor brillaba por su columna.

El mundo era dorado, casi flotaba. Los sonidos volvían lentamente, y era como si estuviera escuchando a través de un largo tubo.

Jean-Claude se quitó la sangre de los labios, limpiándose con una mano temblorosa la mejilla y lamiendo la mano limpia. Se tendió de costado a mi lado, una mano por mi estómago, la cabeza acunada en mi hombro. Su pecho desnudo y el estómago estaban cerca de mi brazo. Su piel estaba casi caliente, afiebrada. Nunca antes le había sentido así. Su corazón latía contra mi piel como un pájaro cautivo.

Notaba su cabello contra mi rostro. Olía a algún champú exótico, y a él. Emitió una risa inestable y dijo:

—Fue glorioso para mí, ¿lo fue para ti, *ma petite*?

Tragué, y estaba muy cansada para siquiera reír.

—Confío en ti lo justo para saber qué contestar.

Richard se alzó sobre los codos. La sangre le goteaba por el cuello, donde se veían dos marcas de colmillos. Le toqué la marca del mordisco, y mis dedos se mancharon de carmesí.

—¿Te duele? —pregunté.

—No realmente. —Me cogió la muñeca con suavidad, succionando la sangre de mis dedos hasta dejarlos limpios.

La extrañamente cálida mano de Jean-Claude me acarició el estómago bajo el polo. Me desabrochó el botón de los pantalones.

—Ni siquiera lo pienses —indiqué.

—Demasiado tarde, *ma petite*. —Se agachó y me besó.

Pude saborear la metálica dulzura de la sangre de Richard en su lengua. Me levanté para encontrarle, presionándole la boca. Había pedido sangre, no de cualquiera de ellos. La verdad era que hoy no habíamos acabado con el derramamiento de sangre. Lo que fuera que habíamos levantado de la tumba, había que mandarlo de vuelta. Eso necesitaría sangre; sangre fresca. La única pregunta era quien la donaría, y cómo sería recogida. Oh, y una pregunta más, ¿cuánta sangre necesitaríamos?



VEINTISEIS

Las puntas de los dedos de Jean-Claude se deslizaron por el borde de mis pantalones. Richard asió su muñeca. La ira estalló entre ambos y el poder compartido destelló a la vida.

—Tampoco utilizarás esto como una excusa para meterte en sus pantalones —dijo Richard.

Su voz era tosca y oscura con algo más de cólera. Apretó más la muñeca de Jean-Claude.

Éste formó un puño con la mano y dobló el brazo por el codo. Concentración e ira tocaban ambas caras. Podía sentir el esfuerzo tembloroso de sus torsos. Su ira punzó alrededor de mi piel. Era demasiado pronto para hacer toda esa mierda otra vez.

—Chicos, pueden echar un pulso más tarde, tengo que ir a levantar muertos.

Hubo un segundo de vacilación en el que ambos me miraron. Sus

brazos todavía tiraban el uno del otro. La cara de Richard mostraba su esfuerzo. La de Jean-Claude estaba en blanco y serena, como si no le supusiera ningún esfuerzo rechazar al hombre lobo. Pero podía sentir un ligero temblor a través de su cuerpo. La ilusión lo era todo con Jean-Claude. Con Richard era todo nervio y realidad.

—¿Qué dijiste, *ma petite*?

—Dijo que tenía que levantar a los muertos.

—Sí, así que quitaros de encima. Podréis pelear luego, pero ahora necesitamos comprobar lo que hice.

—Hicimos —corrigió Jean-Claude.

Se alejó un poco de Richard y después de un segundo, Richard liberó su mano.

—Lo que hicimos —dije.

Richard se puso en pie, los músculos de sus piernas desnudas se movían bajo la piel y era difícil no tocarlos, sentir el movimiento en él. Me ofreció una mano.

—Dame un minuto —sugerí.

Jean-Claude estaba de pie, distraído, como si estuviera dibujando con los pies. También me ofreció una mano.

Se fulminaron el uno al otro con la mirada. Su ira chocó en aire, como chispas invisibles. Sacudí la cabeza. Parecía ser todavía peor por usarlos a ambos, pobre humana que era yo. Realmente habría aceptado una mano, lo cual era raro para mí. Suspiré, conseguí ponerme de pie, me mantuve y sin la ayuda de ninguno de ellos.

—Comportaros —expresé—. ¿No podéis sentir lo que hay en el aire? La ira funciona para convocar cualquier cosa, así que parad. Quizás tengamos que hacerlo de nuevo para poner a descansar cualquier cosa que hayamos llamado desde la tumba.

Jean-Claude pareció inmediatamente relajado, con facilidad. Se inclinó un poco.

—Como quieras, *ma petite*.

Richard giró el cuello, tratando de relajar los hombros. Sus manos todavía estaban apretadas en puños, pero asintió.

—No entiendo cómo hicimos para llamar a los zombis.

—Puedo actuar como foco para otros animadores. Es una forma de combinar poderes, levantar a antiguos zombis o algo más que uno o dos. No sé nada más que levantar a los muertos, así que cuando presionaron

tanto poder sobre mi cara… —Me encogí de hombros—. Hice lo que sé hacer.

—¿Levantaste todo el antiguo cementerio de Nikolaos? —preguntó Jean-Claude.

—Si tenemos suerte —dije.

Ladeó la cabeza, perplejo.

Richard miró hacia abajo, hacia sí mismo.

—¿Puedo ponerme unos pantalones?

Sonreí.

—Parece una vergüenza —comenté—, pero sí.

—Traeré mi traje del cuarto de baño —dijo Jean-Claude.

—Ayúdate a ti mismo —expresé.

—¿Ningún comentario sobre que sería una vergüenza que me vista?

Sacudí la cabeza.

—Cruel, *ma petite*, muy cruel.

Le sonreí y le hice una pequeña reverencia.

Me devolvió la sonrisa, pero había un desafío en sus ojos cuando se dirigió hacia el baño.

Richard se deslizaba en sus vaqueros. Lo observé mientras se subía la cremallera y se abrochaba el botón. Era divertido verlo vestirse. El amor hacía que los más pequeños movimientos fueran fascinantes.

Pasé por delante de él hacia la puerta, dejándole para que se pusiera la camisa. La única forma de ignorarle era no mirar. La mayor parte del tiempo, la misma teoría funcionaba para Jean-Claude.

Caminé hacia la puerta. Mi mano estaba alcanzando el pomo cuando Richard me agarró desde atrás, levantándome del suelo, alejándome de la puerta.

Mis pies estaban literalmente colgando.

—¿Qué demonios estás haciendo? Déjame en el suelo.

—Mis lobos vienen —dijo, como si eso lo explicara todo.

—Suéltame.

Me bajó lo suficiente para que mis pies tocaran el suelo, pero sus brazos seguían alrededor de mí, como si tuviera miedo de que saliera por la puerta. Su cara estaba distante, escuchando. Yo no oía nada.

Un aullido se escuchó en el pasillo y erizó el vello de mis brazos.

—¿Qué está pasando, Richard?

—Peligro —susurró.

—¿Son Raina y Marcus?

Siguió escuchando cosas que yo no podía oír. Me puso tras él y fue hacia la puerta, todavía sin camisa, vistiendo solamente los vaqueros.

Corrí hacia la cama y las armas. Tenía la Firestar bajo la almohada.

—No vayas allí con las manos vacías, caray.

Saqué la Uzi de debajo de la cama.

Un coro de aullidos ascendió. Richard se arrojó hacia la puerta abierta y corrió hacia el vestíbulo. Lo llamé por su nombre, pero se había ido.

Jean-Claude salió del cuarto de baño con la bata negra a rayas.

—¿Qué pasa, *ma petite*?

—Compañía.

Deslicé la correa de la Uzi a través de mi pecho.

Los sonidos de los gruñidos de los lobos sonaron distantes. Jean-Claude corrió pasando ante mí, su larga bata volando tras él. Corrió como un oscuro viento. Cuando salí al corredor, no lo vi por ninguna parte.

Iba a ser la última en llegar. Mierda.



VEINTISIETE

Correr hacia la pelea no es la mejor forma de permanecer vivo. La precaución es lo mejor. Lo sabía, pero no importaba. Nada importa si llegas a tiempo de salvarlos. A *ellos*. No me fijaba en eso, sólo corría, la Firestar estaba en mi mano derecha y la Uzi en la izquierda. Corría como una idiota, pero por lo menos estaba armada. Un rugido retumbó en las paredes delante de mí. No me preguntéis cómo, pero supe que era Richard. No creí que pudiera correr tan rápido. Me equivoqué. Derribé la puerta, la respiración ahogó el grito que surgió de mi garganta, no miré a izquierda o derecha. Si alguien hubiera tenido una pistola, podían haberme hecho desaparecer.

Richard estaba de pie en mitad de la habitación, sostenía un zombi por encima de su cabeza. Un lobo, del tamaño de un pony, había clavado a otro zombi en el suelo, salvajemente. Stephen estaba de pie a la espalda de Richard, en forma humana, pero agazapado, preparado para la lucha.

Cassandra estaba de pie tras ellos. Se volvió hacia mí, observando cómo me deslizaba hacia el interior de la habitación.

Tenía una mirada en su cara que no pude descifrar, ni tenía tiempo para resolver ese puzzle.

Jean-Claude se encontraba en el lado izquierdo, lejos de los lobos. También me estaba mirando. Pero no podía leer su cara, aunque no parecía peligroso. No había rodeado a los zombis. Él lo sabía. Richard no.

La habitación era rectangular, pero la mitad de la pared había sido derrumbada, había escombros por todo el suelo. Parecía que los zombis se habían arrastrado desde detrás de la pared. Había allí un cementerio que, al menos yo, no conocía. Los muertos estaban ante las ruinas. Sus ojos me miraban fijamente, yo también los miraba y sentía el peso de su mirada como un soplo en mi corazón.

El temor por la seguridad se había ido, convertido en ira.

—Richard, déjalos, por favor, no te dañaran. Llama a Jason.

Tenía que ser Jason, a menos que hubiera otro lobo allí. Y si era alguien más, ¿dónde estaba Jason?

Richard ladeó su cabeza para mirarme, el zombi, que una vez fue humano, aun era sujetado sin esfuerzo alguno por encima de su cabeza.

—Atacaron a Jason.

—Ellos no harían nada sin una orden. Jason, suéltalo.

—Ellos no nos atacaron —dijo Cassandra—. Empezaron a tirar abajo la pared. Jason cambió y los atacó.

El lobo había abierto el estómago del zombi y le estaba desgarrando los intestinos. Yo había tenido suficiente.

—Agarrad al lobo —ordené.

El zombi de debajo cerró sus brazos alrededor de los cuartos delanteros del lobo. Éste hundió sus dientes en la garganta del cadáver y lo desgarró, brotando un chorro de líquido oscuro y carne. El resto de los zombis, alrededor de sesenta u ochenta, se abalanzaron sobre el lobo.

—Déjalo, Jason, o te enseñaré lo que es ser atacado de verdad por un zombi.

Richard dobló su codo y lanzó el zombi lejos de él. El cuerpo voló por el aire y aterrizó sobre la masa de zombis que esperaban. Cayeron como bolos, excepto que los bolos tenían pies, aunque uno perdió su brazo en el proceso.

Richard fue rodeado por sus lobos.

—¿Nos estás atacando? —Sonaba indignado.

—Aleja a tu lobo de mi zombi y deteneos.

—¿Crees que puedes con nosotros? —preguntó Cassandra.

—Con ésta cantidad de muertos, sí que puedo —contesté.

Stephen frunció el ceño, casi como si fuese a llorar.

—Nos dañarás.

Mierda, lo había olvidado. Yo era su *lupa*. Amenacé con matar a Raina si hacía daño a Stephen otra vez, y ahí estaba yo, a punto de entregarle como alimento a los zombis. Desde luego había una diferencia lógica.

—Si se supone que os protejo a todos, entonces tendréis que obedecerme, ¿de acuerdo? Así que, Jason, deja a mi jodido zombi o te golpearé hasta que vayas al infierno. ¿No es ese el protocolo de la manada?

Richard se volvió hacia mí. Tenía una mirada que nunca había visto antes, ira, arrogancia o algo parecido.

—No creo que Jason obedezca tus órdenes. No creo que ninguno lo haga.

—Entonces, es que no me conoces muy bien —indiqué.

—*Mes amies*, si nos matamos unos a otros, Marcus estará muy complacido.

Todos nos volvimos hacia Jean-Claude.

—Parad —ordené.

Todos los zombis se pararon como figuras congeladas. Uno, atrapado con un pie en el aire, cayó al suelo en vez de dar el último paso. Los zombis estaban terriblemente sorprendidos.

El lobo rompió otro trozo del zombi. El zombi dio un pequeño grito involuntario.

—Aparta a Jason, ahora, o tendremos que luchar. Joder, de Marcus me preocuparé más tarde.

—Aléjate de él, Jason, ahora —ordenó Richard.

El lobo retrocedió, desgarrando el brazo del zombi, quebrando el hueso. El lobo estaba inquieto con el brazo, como un terrier con un hueso entre sus dientes. Sangre y otros líquidos salían como si fuese un spray.

Richard agarró al lobo por la nuca, sacudiendo sus patas. Agarró el pelaje de su cuello apartándoselo para mirarle a la cara. Los músculos de su brazo se tensaron por el esfuerzo. Las garras arañaban el aire por el estrangulamiento, y también arañaron la piel desnuda de Richard.

La sangre brotó en delgadas líneas carmesí. Lanzó al lobo al otro lado

de la habitación.

—Nunca me desobedecerás otra vez, Jason. ¡Nunca! —Su voz se fue convirtiendo en un gruñido y al final se convirtió en un aullido.

Él echó su cabeza hacia atrás y gruñó con desafío. El rugido surgió de su garganta humana. Cassandra y Stephen le siguieron. Sus aullidos llenaron la habitación con una extraña y sonora canción. Me di cuenta de que Richard quizás había evitado la muerte de Marcus, pero nunca podría controlar sin violencia al *Lukoi*. Yo ya estaba acostumbrada, tan acostumbrada como Jean-Claude. ¿Buena o mala señal? No estaba segura.

Jason se escabullía a gatas de los muertos. Volvió sus pálidos ojos verdes hacia mí, como esperando algo.

—No me mires —le dije—, también estoy cabreada contigo.

Jason avanzó con sus grandes zarpas hacia mí. El pelaje de su cuello se erizó como un cepillo de púas. Sus labios se torcieron para dar paso a sus dientes mediante un gruñido. Le apunté con mi Firestar.

—No lo hagas, Jason.

Siguió avanzando, a cada paso que daba se tensaba más, como si fuese un robot. Encogió su cuerpo, sus piernas se prepararon para saltar. No iba a permitir que hiciera un movimiento más. Si hubiera estado en forma humana, apuntaría a la herida, pero era un lobo y no tenía ninguna posibilidad. Un rasguño y podía ser una mujer alfa de verdad.

Apunté con el cañón y sentí una gran tranquilidad. No sentí nada mientras lo apuntaba. Nada más que un frío y claro vacío.

—¡Deteneos! —gruñó Richard.

Caminó hacia nosotros. Mis ojos no se apartaban del lobo, pero mi sentido periférico veía acercarse a Richard. Se mantuvo cerca, entre Jason y yo. Tenía que mantener la pistola hacia el arriba para poder apuntar a su pecho. Me miró, su cara estaba pensativa.

—No necesitarás la pistola.

Golpeó al gran lobo con sus puños. El lobo se sentó aturdido. Sabíamos que aún estaba vivo por su respiración. Cuando se volvió hacia mí, sus ojos eran de color ámbar, y no humanos.

—Anita, tú eres mi *lupa*, pero todavía soy *Ulfric*. No te permitiré que me hagas lo que Raina le ha hecho a Marcus. Soy el líder de ésta manada.

Había una dureza en su voz que era nueva para mí. Descubrí su ego masculino.

Jean-Claude rió estrepitosamente, tanto que me hizo temblar. Richard

cruzó sus brazos, reafirmando su opinión.

—¿No te estás dando cuenta, Richard, que nuestra *ma petite* es igual a ti o a tu maestro? No conoce otra manera de actuar.

Se acercó a nosotros. Parecía tan divertido como el infierno.

—Quiero que ella sea mi igual —explicó Richard.

—Pero no en la manada —señaló Jean-Claude.

Richard sacudió la cabeza.

—No, quiero decir… Que Anita es mi igual.

—Entonces, ¿de qué te estás quejando? —pregunté.

Me miró fríamente con sus extraños ojos.

—Yo soy el *Ulfric*, no tú —indicó.

—Guíame, y te seguiré, Richard. —Di un paso corto hacia él, casi rozándole—. Pero guíame de verdad, Richard, o déjame.



VEINTIOCHO

—Esto es tan divertido —dijo Jean-Claude—, y créeme, *ma petite*, Richard, es muy divertido. No tenemos tiempo para argumentos, no si Richard aún tiene esperanzas de no verse forzado a matar ésta noche.

Ambos le miramos fugazmente, nos dio las gracias encogiéndose de hombros, lo que significaba todo o nada.

—Debemos llamar a la magia, pero ésta vez, Richard, necesitas atraerlos hacia ti. Necesitas hacer algo que impresione a la manada. Esto —señaló a los zombis—, aunque impresionante, se nota que es trabajo de Anita.

—Si tienes una sugerencia, la consideraré.

—Quizás —declaró.

Sus ojos se pusieron serios, su humor cambió, tiñendo su hermosa y blanca cara.

—Pero primero, creo que tengo una pregunta o dos para ti, *ma petite*.

Creo que no sólo por Richard es por lo que estás débil.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté.

Él giró la cabeza hacia un lado.

—¿No lo notas? —sonó sorprendido—. Hay un pequeño pasillo a la derecha. Mira en su interior.

Podía ver el arco en la parte superior de la sala, pero los zombis llenaban el espacio, ocultándolo todo a mi vista.

—Apartaros —ordené.

Los zombis se movieron como si fuesen un solo organismo, sus ojos muertos miraban mi cara como si fuera lo único que importaba. Para ellos, lo era.

Se movieron como si fuesen una cortina. Podía ver el pequeño pasillo y las figuras que esperaban en el interior.

—Parad —indiqué.

Los zombis se detuvieron como si hubiesen sido golpeados con una vara. Liv, la joven rubia y mentirosa del *Danza Macabra* estaba en el interior del pasillo. Llevaba un traje violeta. Sus extraordinarios ojos violetas me miraron, vacíos, esperando. El pulso se me aceleró en la garganta. Había otra persona tras ella.

—Esto no es posible —dijo Richard muy despacio.

No discutí con él. Era demasiado fuerte.

—Tráelos, *ma petite*, y veremos a quién has llamado de su ataúd.

Su voz sonaba cálida, pero con algo de ira.

—¿Qué te pasa?

Él sonrió, pero con amargura.

—Amenazaron a mi gente con esto, pero no dijiste nada. No me dijiste que podías controlar a los vampiros igual que a los zombis.

—Sólo lo he hecho una vez.

—En efecto —contestó.

—No me eches la culpa a mí.

—Te la echaré si quiero —dijo—, son mi gente, mis compañeros, y tú los has levantado como marionetas. Me resulta inquietante.

—A mí también —señalé.

Miré de nuevo a los vampiros. Liv, que había estado tan animada anoche, estaba allí como una zombi bien conservada. No, no, nunca la confundiría con un zombi. Podía sentir la diferencia. Pero ella estaba en tensión, cómo esperando recibir una orden. Había otros tras ella. No podía

ver cuántos. Demasiados.

—¿Puedes poner los vampiros en mi contra, *ma petite*?

Continúe mirando a Liv, evitando los ojos de Jean-Claude.

—No lo sé.

Tocó mi barbilla y la giró hacia él. Estudió mi cara, buscando mis ojos, como si pudiera encontrar la verdad en mis pensamientos. Permití que el enfado se mostrara en la cara, enfado que siempre había estado oculto.

—¿Qué hiciste con el último vampiro que creaste, *ma petite*?

Me alejé de él. A gran velocidad aferró mi brazo. Demasiado rápido para verlo. Lo que ocurrió después fue casi automático. Sostuvo mi brazo por la parte superior, pero yo podía doblar el codo y apuntarle con la Firestar. Y con la izquierda le apunté con la Uzi. Podía haberme roto el brazo antes de disparar, aunque no con ambas. Pero por primera vez, miró el cañón de la pistola. El borde de su túnica se había movido y podía ver un trozo de piel. Podía ver lo que podría ser su corazón. Podía habérselo volado y romperle la columna vertebral. Pero no quería hacerlo. No quería salpicar su hermoso cuerpo por todo el muro. Maldición.

Richard se acercó. No nos tocó, sólo nos miró.

—¿Te está haciendo daño, Anita?

—No —respondí.

—Entonces, ¿por qué le sigues apuntando?

—No debería tocarme —expliqué.

La voz de Richard era suave.

—Ha dejado de tocarte, Anita.

—¿Por qué le ayudas?

—Él me ayudó. Además, si le matas por algo tan insignificante, nunca te lo perdonarás.

Respiré hondo y me alejé. Parte de la tensión se evaporó tras el suspiro. Bajé la Uzi y Jean-Claude liberó mi brazo. Apunté la Firestar al suelo y miré a Richard. Había algo en sus ojos, ojos ámbar de lobo, que era demasiado humano. Dolor. Sabía cuánto significaba Jean-Claude para mí. Lo vi en los ojos. Un gesto que explicaba lo mucho que comprendía mi relación con el vampiro, mejor que yo, incluso. Quería disculparme con él, pero no estaba segura de que comprendiera el porqué. No estaba segura de podérselo explicar. Si amas a alguien, si realmente lo amas, no deberías causarle dolor. Nunca le harías llorar con algo tan cercano al dolor.

—Lo siento, me cabreé antes contigo. Sé que quieres lo mejor para la

manada.

—Crees que soy un tonto que quiere una pelea sin sangre.

Me puse de puntillas y le besé suavemente.

—No eres tonto, eres ingenuo, terriblemente ingenuo.

—Muy conmovedor, *ma petite*. Agradezco tu entrometimiento en mi nombre, Richard, pero ésta es mi gente. Les prometí ciertas libertades cuando se unieron a mí. Lo repito. ¿Puedes devolverlos a sus sitios?

Me volví hacia Jean-Claude aún en brazos de Richard.

—No lo sé.

—Es mejor saberlo, *ma petite*.

Para mi gusto, sonó demasiado a una amenaza… pero había alguien detrás de Liv, del que no podía apartar mis ojos. Caminé hacia los vampiros que estaban esperando. Abrí mi boca, pero no salió ningún sonido. Se me hizo un nudo en el estómago y me quedé rígida.

—William McCoy, ven —dije finalmente.

William entró tras un enorme vampiro rubio. Llevaba el mismo traje de Chatreuse que había llevado en *Danza Macabra*. Sus ojos marrones parecían mirarme, pero carecían de ese brillo propio de William. No estaba en casa. Era como si viera un espectáculo de marionetas y yo fuera el maestro titiritero. Sentí un gusto amargo recorrer mi garganta. Mis ojos estaban enrojecidos y secos. Y no estaba segura de si iba a vomitar o a llorar. Me paré frente a él, como a unos dos metros de distancia. Lo suficientemente cerca. Aguanté duramente, pero mis lágrimas recorrían mi cara.

—No quería saber esto —susurré.

Jean-Claude llegó hasta mi lado.

—Willie —dijo, su voz vibró a través de la sala.

El cuerpo de Willie tembló con la voz, como si fuese un tenedor golpeando.

—Willie, mírame.

Su cara blanca y familiar, giró lentamente hacia su amo. Algo brilló a través de sus ojos por un momento.

—Esto tiene posibilidades —indicó Jean-Claude.

—Willie —dije—, mírame.

Mi voz no era tan impresionante como la de un vampiro, pero Willie se volvió hacia mí.

—No —ordenó Jean-Claude—. Mírame a mí.

Willie dudó.

—Willie —lo llamé—, ven.

Alargué una mano y él vino hacia mí.

—Detente, Willie, no vayas con ella —dijo Jean-Claude.

Willie dudó, casi volviéndose hacia Jean-Claude.

Me concentré en mi poder, algo que me permitía levantar a los muertos y permitía que saliera la fuerza de mí. Atraje el cuerpo de Willie hacia el mío, y nada de lo que hiciera Jean-Claude daría resultado.

—¡Basta, no es una muñeca! —exclamó Richard.

—No está vivo, o quizás sí —comenté.

—Merece algo mejor que esto —dijo Richard.

Estaba de acuerdo, así es que me giré hacia Jean-Claude.

—Él es mío, Jean-Claude. Todos son míos. Cuando la noche caiga, ellos serán tuyos, pero sus vacíos cuerpos son míos.

Di un paso hacia él, y la turbulencia de su poder me fustigó. Respiró profundamente y se detuvo. Agarré su mano como si le hubiese golpeado.

—No olvidaré lo que soy y lo que puedo hacer. No habrá más amenazas entre nosotros, nunca, o esta no será mi última palabra.

Me miró, y por un segundo pude ver algo que nunca había visto en él. Miedo. Miedo de mí. Eso era bueno.

Willie me miró con sus vacíos ojos. Estaba muerto, bien muerto, la verdad. Las lágrimas caían por mi rostro, firmes y seguras. Pobre Willie, pobre de mí. Él no era humano. Todos esos meses siendo amigos y ahora estaba muerto. Sólo muerto. Maldición.

—¿Qué ocurrió con el primer vampiro que levantaste, *ma petite*? ¿Por qué no lo regresaste a su ataúd? —Un pensamiento atravesó sus ojos. Vi formarse la idea y caer en sus labios—. ¿Cómo consiguió *Monsieur* Bouvier perder la mitad inferior de su cuerpo?

Magnus Bouvier había sido un siervo mortal de Serephina. Su trabajo consistió en mantenerme cerca del ataúd de Serephina hasta que ella terminara conmigo. Me restregué las lágrimas para hacerlas desaparecer. Siempre quedaban rastros cuando llorabas.

—Sabes la respuesta —contesté, mi voz sonó tensa y baja.

—Dilo en voz alta, *ma petite*, quiero escucharlo de tus labios.

—Siento que me he perdido parte de esta conversación —expuso Richard—, ¿de qué estáis hablando?

—Díselo, *ma petite*.

—El vampiro agarró a Magnus de la cintura y lo sujetó. Había planeado que lo retuviera, nada más. Fui hacia la puerta y huí. La luz de sol golpeó al vampiro, que comenzó a arder. Esperaba que Magnus regresara dentro, pero no lo hizo. Continuó arrastrándose bajo el sol. —Decirlo tan rápido no me hacía sentir mejor.

Me paré ante los muertos que había llamado, abrazándome a mí misma. Aún tenía sueños con Serephina. Todavía veía siguiéndome a Magnus, esperando que lo salvara. Podía dispararle y no perder un instante de sueño por ello, pero quemarlo vivo era una tortura. Yo no torturo. No mencioné que Ellie Quinlan ya se había convertido en vampiro, lo cual hacía que fuese legal. Los había matado a ambos, y no había sido suficiente.

Richard me miraba con el rostro horrorizado.

—¿Los quemaste vivos?

Vi cómo sus ojos marrones se agrandaban. Las pupilas cambiaban conforme le miraba. Parecía como si le hubiera dolido. Aunque si le dolía no me lo mostraría.

—No lo tenía previsto, Richard. No quería que ocurriese, pero podría haber hecho algo para que Serephina escapase. Cualquier cosa.

—No lo entiendo.

—No te avergüences por sobrevivir, *ma petite*.

Me volví hacia Jean-Claude. No había ningún signo en su cara. Era tan adorable y encantadora como la de una muñeca.

—Entonces, ¿por qué no puedo leer tu cara?

La vida volvió a ella, llenó sus ojos, se movió a través de su piel, hasta que estuvo allí, mirándome. Su mirada no era lo que esperaba. El miedo y la sorpresa todavía estaban allí, pero todavía estaba preocupado.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí. —Fruncí el ceño—. ¿Qué te preocupa?

Él suspiró.

—La honestidad suele ser castigada, pero normalmente no suele ser rápidamente.

—Respóndeme, Jean-Claude.

Sus ojos pasaron de mí a Richard.

—No debemos hablar de lo que ha ocurrido aquí, a nadie.

—¿Por qué no? —preguntó Richard.

—Sería embarazoso, *ma petite*.

—Cierto —dije—, pero no es lo que quieres decir. No quieres

avergonzarme. Infiernos, esto puede suponer una gran amenaza para todos tus vampiros. Les asustaría como el infierno.

—Ese, *ma petite*, es el asunto.

Suspiré.

—Deja de ser obtuso y sólo dínoslo.

—No quiero eso. —Señaló con la cabeza hacia los vampiros—. Atraería la atención del Consejo de vampiros.

—¿Por qué no? —preguntamos Richard y yo al mismo tiempo.

—En pocas palabras, *ma petite*, te matarían.

—Soy tu sierva humana —indiqué—. Dijiste que eso me mantendría segura.

—Ellos vendrán y lo verán por sí mismos, *ma petite*. En cualquier momento enviarían a alguien y sabrían inmediatamente que no tienes mis marcas. Eres mi sierva sólo de nombre. Y eso no es suficiente para ellos. Sin ningún compromiso entre nosotros, no confiarían en ti.

—Así que la matarían ¿no es eso? —preguntó Richard. Se acercó a mí como si quisiera tocarme, pero dudó en poner sus manos sobre mis hombros.

Sin mirarle, dije:

—Una historia sobre individuos quemados vivos y ya no quieres tocarme. Me estás prejuzgando, lobo. —Intenté mantener mi voz serena, pero salió ruda.

Sus manos sujetaron mis hombros.

—¿Te molestarías si lo hiciese?

Me giré para mirar su cara y él mantuvo sus manos sobre mis hombros.

—Por supuesto que me molestaría. No maté a Magnus, lo torturé hasta la muerte. Ellie Quinlan no se merecía ser quemada viva. —Intenté retroceder, pero deslizó sus manos por mi espalda y me abrazó.

—Siento que tuvieras que hacerlo. —Con una de sus manos me acarició el pelo, mientras que con la otra acariciaba mi espalda—. Puedo ver el tormento en tus ojos por lo que hiciste. Creo que fue un error, pero me hace sentir mejor ver tu dolor.

Lo empujé y me aparté de él.

—¿Crees que puedo matar a alguien torturándolo y no sentir nada?

Intentó que nuestros ojos se encontraran, pero parecía que le costaba.

—No estoy seguro.

Sacudí la cabeza.

Jean-Claude tomó mi mano izquierda, la otra todavía sostenía la Firestar. Me miró. Y llevó lentamente mi mano hacia sus labios mientras se inclinaba lentamente hacia mí. Habló mientras se movía.

—No hay nada que puedas hacer para que no desee tocar tu cuerpo.

Me besó la mano. Sus labios permanecieron más tiempo del correcto. Su lengua lamió mi piel y tiré de mi mano para liberarme.

—No te asusta el que pueda convertir a vampiros como éste.

—Quizás, *ma petite*. Pero te he asustado durante años y todavía estas aquí.

Tenía razón. Miré a Willie.

—Vamos a ver si podemos hacer que todo vuelva a la normalidad.

Esperaba poder hacerlo. Quería que Willie regresara, incluso si era una mentira. Él caminaría, hablaría y seguiría siendo Willie. O quizás sólo quería que fuese Willie. Tal vez necesitaba que fuese Willie.



VEINTINUEVE

—Llévame a la sala de ataúdes —dije.

—¿Por qué? —preguntó Jean-Claude.

Había algo en su forma de preguntar que me hizo mirarle fijamente.

—Porque te lo estoy pidiendo.

—¿Cómo crees que se sentirán mis siervos, si permitiera a la Ejecutora entrar en su sala privada mientras están durmiendo e indefensos?

—Hoy no voy a matar a nadie, al menos, no a propósito.

—No me gusta como lo dices, *ma petite*.

—El poder incontrolable es impredecible, Jean-Claude. Pueden pasar toda clase de cosas desagradables. Necesito ver dónde descansan los vampiros. Quiero intentar devolverles a la muerte de manera controlada.

—¿Qué clase de cosas desagradables? —preguntó Richard.

Era una buena pregunta. Dado que no sabía exactamente lo qué estaba haciendo, no tenía una buena respuesta.

—Conlleva menos poder devolverles a la muerte del que toma revivirlos. Si sólo los llamásemos de cualquier forma e intentáramos traerlos de vuelta…

Sacudí la cabeza.

—Podrías extinguir su fuerza vital —dijo Cassandra.

La miré.

—¿Qué dijiste?

—Vas a ponerlos de nuevo en sus ataúdes como harías si fueran unos zombies, pero a un zombie lo matarías de nuevo, ¿correcto?

No había pensado en ello de esa forma, pero tenía razón.

—Si devuelves a los vampiros a sus ataúdes, en efecto, estás devolviéndoles de nuevo a la muerte como si fueran zombis, ¿verdad?

—Sí.

—Pero no quieres que mueran permanentemente.

Me empezaba a doler la cabeza.

—No, no los quiero permanentemente muertos.

—¿Cómo sabes tanto de nigromancia, Cassandra? —preguntó Jean-Claude.

—Tengo un Master en Teoría Mágica.

—Eso debe ser útil en un currículum —indiqué.

—Ni por asomo —comentó—, pero quizás pueda ser útil ahora.

—¿Sabías que tu nuevo miembro de la manada tenía tantos talentos, Richard? —preguntó Jean-Claude.

—Sí —aclaró—. Fue una de las razones por la que le permití mudarse aquí.

—¿Permiso para mudarse aquí? —inquirí—. ¿Por qué necesita tu permiso?

—Un hombre lobo necesita el permiso del líder local de la manada antes de poder entrar en un territorio nuevo. Si no lo hacen, es considerado un desafío a su autoridad.

—¿Te pidió permiso o le pidió permiso a Marcus?

—A ambos —respondió Cassandra—. La mayoría de hombres lobo no se acercaran a Saint Louis mientras haya una lucha de poder.

—¿Por qué viniste entonces, loba? —preguntó Jean-Claude.

—Me gustó lo que oí sobre Richard. Está intentando adentrar la manada al siglo veintiuno.

—¿Viniste pretendiendo ser su *lupa*? —pregunté.

Sí, una punzada de celos pasó por mi mente.

Cassandra sonrió.

—Tal vez, pero el puesto ya está ocupado. Vine para evitar pelear, no para iniciar una lucha.

—Has venido al lugar equivocado, me temo —expresó Jean-Claude.

Se encogió de hombros.

—Si esperara a que la batalla finalizara y fuese seguro, no merecería la pena venir, ¿cierto?

—¿Viniste a luchar del lado de *Monsieur* Zeeman?

—Vine porque estoy de acuerdo con lo que intenta hacer.

—¿No estás de acuerdo en lo de matar? —pregunté.

—En realidad no.

—Richard, parece que has encontrado un espíritu afín —expuso Jean-Claude, sonriendo y demasiado complacido.

—Cassandra cree en la santidad de la vida, mucha gente lo cree —comentó Richard sin mirarme.

—Si ella es mejor partido para ti de lo que yo lo soy, no me entrometeré.

Se giró, asombrado.

—Anita… —sacudió su cabeza—. Estoy enamorado de ti.

—Lo superarás —señalé.

Mi pecho estaba encogido por la oferta, pero lo decía en serio. Richard y yo teníamos opiniones muy diferentes en cosas básicas. Ese problema no desaparecería. Uno de los dos tendría que ceder y no iba a ser yo. No podía mirarlo a los ojos, pero no retiré lo que dije.

Dio un paso adelante, frente a mí y todo lo que pude ver era su pecho desnudo. Había una cicatriz justo debajo de su pezón izquierdo, secándose la sangre en su piel en oscuros surcos. Tocó mi barbilla levantando mi rostro hasta que encontré sus ojos. Estudió mi cara como si nunca la hubiera visto antes.

—Nunca superaría perderte, Anita. Nunca.

—Eso sería mucho tiempo atado a una asesina —indiqué.

—No tienes que ser una asesina —dijo.

Me aparté de él.

—Si estás esperando a que me ablande y me convierta en una niña buena, bien podrías dejarme ahora.

Me agarró los brazos, apretándome contra su cuerpo.

—Te quiero a ti, Anita, lo quiero todo de ti.

Me besó, sus brazos se cerraron tras mi espalda, alzándome hacia él.

Deslicé mis manos tras la suya, aferrando la Firestar todavía en una. Presioné mi cuerpo contra el de él lo suficiente como para notar su dureza y saber que estaba encantado de verme.

Nos separamos para tomar aire y me retiré casi riéndome, pero no de sus brazos. Vislumbré a Jean-Claude al lado de nosotros. La mirada de sus ojos borró la sonrisa de mi cara. No eran celos, era hambre. Deseo. Observarnos juntos lo había excitado.

Me separé de Richard y encontré sangre en mis manos. Era difícil de decir con mi camiseta azul marino, pero estaba húmeda donde me había presionado contra los rasguños de Richard. Algunas de las heridas eran lo suficientemente profundas como para seguir derramándola.

Richard también miraba a Jean-Claude. Me alejé de él, sosteniendo en alto mi mano ensangrentada. Caminé hacia el vampiro, sus ojos estaban fijos en la sangre fresca, no en mí. Me detuve a menos de un paso de distancia de él, levantando mi mano ante su cara.

—¿Qué es lo que te gustaría tener ahora, sexo o sangre?

Sus ojos se deslizaron de mi cara a mi mano y luego otra vez a mi cara. Observé el esfuerzo que le llevó mantener su mirada en mis ojos.

—Pregúntale a Richard qué preferiría justo antes de cambiar a lobo, ¿sexo o carne fresca?

Volví la mirada a Richard.

—¿Qué elegirías?

—Justo antes del cambio, carne —dijo como si debiera haber sabido la respuesta.

Me giré hacia el vampiro. Deslicé la Firestar en la parte delantera de mis pantalones y moví la mano manchada de sangre hacia sus labios.

Jean-Claude agarró mi muñeca.

—No me tientes en vano, *ma petite*. Mi control no es ilimitado.

Un temblor traspasó su brazo hasta su mano. Apartó la mirada, con los ojos cerrados.

Toqué su cara con mi mano derecha, girándola hacia mí.

—¿Quién dice qué te esté tentando en vano? —pregunté suavemente—. Llévanos a la sala de ataúdes.

Jean-Claude estudió mi cara.

—¿Qué me ofreces, *ma petite*?

—Sangre —contesté.

—¿Y sexo? —preguntó.

—¿Qué es lo que preferirías tener ahora?

Lo miré fijamente, complacida de ver la verdad en su cara.

Rió temblorosamente.

—Sangre.

Sonreí y alejé mi muñeca.

—Recuerda que ésta fue tu decisión.

La mirada que cruzó por su rostro fue una mezcla de sorpresa e ironía.

—Touché, *ma petite*, pero estoy empezando a tener la esperanza de que ésta no será la última vez en la que me darás a elegir.

Había calor en su voz, en sus ojos, que sólo por estar tan cerca de su cuerpo me hacía temblar.

Volví a mirar a Richard. Nos observaba. Esperaba ver celos o enfado, pero todo lo que podía ver en sus ojos era necesidad. Lujuria. Estaba bastante segura de que la elección de Richard en ese momento sería sexo, pero el pensamiento de un poco de sangre entregada a Jean-Claude no parecía preocuparlo. De hecho, parecía excitarlo. Estaba empezando a preguntarme si el hombre lobo y el vampiro compartían gustos semejantes en cuanto a juegos sexuales. El pensamiento debía haberme asustado, pero no lo hizo. Eso era muy, pero que muy mala señal.



TREINTA

La última vez que estuve en el cuarto de los ataúdes, bajo *El Circo de los Malditos*, fue para matar al entonces *Amo de la Ciudad. Había ido para matar a cada uno de los vampiros del lugar. Yo, como otras muchas cosas, había cambiado*.

La iluminación proyectaba texturas a lo largo de las paredes, luces halógenas daban suaves toques sobre cada uno de los siete ataúdes. Tres de los cuales estaban vacíos, con las tapas abiertas. Todos eran modernos, nuevos y espaciosos. Eran de oscuro roble barnizado, casi negro. Acabados en plata embellecían la madera. Los forros de satén de los abiertos eran de diferentes colores; blanco, azul, rojo. El ataúd con el interior rojo tenía una espada en una vaina especial, una insólita espada para dos manos tan alta como yo. Un par de dados ya borrosos, de los más feos que alguna vez había visto, estaban suspendidos del ataúd de satén blanco. Ése tenía que ser el de Willie. El de satén azul tenía una pequeña almohada extra. De pie

ante el ataúd, el olor mohoso de hierbas se elevó, vagamente dulce. Toqué la pequeña almohada y la encontré llena de hierbas secas.

—Hierbas para dulces sueños —comenté a nadie en particular.

—¿Hay algún motivo para que estés curioseando sus pertenencias personales, *ma petite*?

Le miré.

—¿Qué recuerdos tienes en tu ataúd?

Sólo rió.

—¿Por qué todos los ataúdes son iguales?

—Si entraras aquí para matarnos, ¿por dónde empezarías?

Miré alrededor, a los ataúdes idénticos.

—No sé. Si alguien entra, no puede decir quién es el más viejo o quién es el *Amo de la Ciudad*. Eso salva tu trasero, pero pone en peligro al resto.

—Si alguien viene a matarnos, *ma petite*, es una ventaja para todos si el más antiguo no es asesinado primero. Hay siempre una posibilidad de que uno de los de más edad pueda despertarse a tiempo para salvar al resto.

Asentí.

—¿Por qué los interiores son extra-anchos, extra-profundos?

—¿Querrías pasar toda la eternidad sobre tu espalda, *ma petite*? —Rió y se quedó de pie a mi lado, apoyando el trasero contra el ataúd abierto y los brazos cruzados sobre su pecho—. Hay otras posiciones más cómodas.

Sentí como el rubor me subía por la cara.

Richard se nos unió.

—¿Vais a seguir intercambiando respuestas ingeniosas o vamos a hacerlo? —Se inclinó sobre el ataúd cerrado más cercano, con los codos apoyados. Un rasguño sangraba en su brazo derecho. Parecía sentirse como en casa. Jason, aún peludo y lo bastante grande como para cabalgarlo, estaba agazapado sobre las baldosas, arañando el suelo. La cabeza del lobo estaba lo bastante alta como para lamer su brazo sangriento, aún estando a gatas. Algunas veces sentía que Richard era demasiado normal para entrar en mi vida. Ésta no era una de ellas.

—Sí, vamos a hacerlo —contesté.

Richard se puso de pie, pasándose los dedos por su grueso pelo, apartándoselo de la cara y mostrando el pecho desnudo, jugando con ventaja. Por primera vez, me pregunté si lo había hecho a propósito. Busqué en su cara ese toque de burla que tenía Jean-Claude. No había nada. La cara de Richard era inocente y hermosa, carente de motivos ocultos.

Eché un vistazo a Jean-Claude. Se encogió de hombros.

—Si no le entiendes, no me mires. No estoy enamorado de él.

Richard nos miró perplejo.

—¿Me perdí algo?

Acarició la parte baja de la garganta del lobo, presionando la cabeza contra su pecho. El lobo emitió un gemido de placer. Supuse que contento por estar en gracia con el líder.

Sacudí la cabeza.

—No realmente.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Stephen, tan cerca de la puerta como podía estar sin quedar fuera del cuarto. Los hombros estaban encorvados, como asustado, pero ¿de qué?

Cassandra se detuvo cerca de Stephen, dentro de la sala, cerca de nosotros. Su cara era suave e ilegible, excepto por una cierta cautela alrededor de sus ojos. Ambos llevaban vaqueros con camisas de gran tamaño. La de Stephen era de vestir, azul pálido. Cassandra llevaba una camiseta enorme en verde oscuro, con la cabeza de un lobo grande de ojos enormes y amarillos.

—¿Qué sucede, Stephen? —preguntó Richard.

Stephen parpadeó y sacudió la cabeza.

—Oímos a Anita decirle a Jean-Claude que necesitaría más sangre, sangre fresca —contestó Cassandra. Me miró mientras terminó de reflexionar—. Creo que Stephen está preocupado por saber de dónde vendrá la sangre fresca.

—No estoy conforme con el sacrificio humano —expliqué.

—Algunas personas no consideran humano a un *licántropo* —contestó Cassandra.

—Yo lo hago —afirmé.

Me miró, juzgando mis palabras. Algunos *licántropos* podrían indicar si estaba mintiendo. Apostaba a que ella era uno de ellos.

—Entonces, ¿de dónde vas a conseguir la sangre?

Era una buena pregunta. No estaba segura de tener una buena respuesta.

—No lo sé, pero no llevará a la muerte.

—¿Estás segura? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Si necesito matar para recuperarles, están muertos. No voy a matar a alguien más para revivirlos. —Después de decirlo, miré a los tres vampiros

a la espera. Liv, Willie, y sorprendentemente, Damian.

El levantamiento de vampiros era bastante impresionante, levantar a uno tan poderoso como Damian era francamente espeluznante. No era un maestro vampiro, nunca podría serlo, pero me habría asustado en una lucha justa. Ahora estaba de pie, vestido tan sólo con un pantalón de lycra verde y la faja de pirata. El torso musculoso brillaba como mármol bajo el resplandor de las luces. Esos ojos verdes me miraban fijamente, con una paciente espera que sólo el realmente muerto puede dominar.

—Estás temblando, *ma petite*.

—Si llamamos al poder otra vez, necesitamos sangre. —Miré a Jean-Claude y después a Richard—. Si tiene que luchar contra Marcus esta noche, no estoy segura de que deba ser él el que suministre esta ronda de sangre.

Jean-Claude movió la cabeza a un lado. Esperé que dijera algo irritante, pero no lo hizo. Tal vez, incluso un perro muy viejo, podía aprender nuevos trucos.

—No hundirá los colmillos en ti —indicó Richard. La cólera cambió sus ojos a unos negros, oscuros y brillantes. Era encantador cuando estaba enfadado. Aquella aureola de energía llameó a su alrededor, bastante cerca como para arrastrarse bajo mi piel desnuda.

—No puedes donar dos veces tan seguidas con Marcus esperando —contesté.

Richard me agarró por los brazos.

—No lo entiendes, Anita. La alimentación para él es como el sexo.

Otra vez medio esperé a que Jean-Claude interviniera, pero no lo hizo. Tuve que decirlo yo. Maldito.

—Ésta no será la primera vez que lo haga, Richard.

Los dedos de Richard se clavaron en mis brazos.

—Lo sé, vi las señales de colmillos en tu muñeca. Pero recuerda, no estabas bajo el control de ninguna mente esa vez.

—Lo recuerdo —contesté—. Dolió como el infierno.

Richard me alzó con las manos aún sujetándome sólo los brazos, poniéndome de puntillas, como si me alzara hasta su cara.

—Sin el control mental parece una violación, aunque no de verdad. Esta vez podría ser real.

—Me haces daño, Richard. —Mi voz sonó tranquila, estable, pero su mirada me asustó. Acobardaba la intensidad de sus manos cara y cuerpo.

Me bajó, pero no apartó las manos.

—Toma la sangre de Jason o Cassandra.

Sacudí la cabeza.

—Eso podría funcionar, o no. Si la sangre proviene de uno de nosotros, sé que funcionara. Además, ¿no deberías preguntar antes de ofrecer la sangre de otros?

La duda se deslizó tras sus ojos y me dejó ir. Su pelo largo cayó hacia delante, ocultándole la cara.

—Dices que me has escogido. Que estás enamorada de mí. Que no quieres tener sexo con él. Ahora me dices que quieres que se alimente de ti. Eso es tan malo como el sexo.

Caminó enfadado por el cuarto, recorriéndolo arriba y abajo alrededor de los pacientes vampiros, agitando inquieto los brazos, llenando la estancia de un cálido y crepitante poder.

—No dije que quisiera alimentarle —comenté.

Se detuvo en medio de la habitación, mirándome fijamente.

—Pero lo haces, ¿verdad?

—No —respondí, y era cierto—, nunca he estado interesada en eso.

—Dice la verdad —contestó por fin Jean-Claude.

—No te metas en esto —indicó Richard, señalándole con un dedo.

Jean-Claude hizo una pequeña reverencia y se calló. Se comportaba demasiado bien. Me ponía nerviosa. Desde luego, Richard ya lo estaba haciendo suficientemente bien por ambos.

—Entonces, déjame alimentarle otra vez.

—¿No es también sexual para ti? —pregunté.

Richard sacudió la cabeza.

—Es a ti a quien cuido, Anita, no a él. Un leve dolor está bien.

Era mi turno para sacudir la cabeza.

—Dices que dejarle los hundir los colmillos en mi cuerpo te molestaría tanto como la penetración… —Dejé sin terminar el pensamiento morir—. Veo la donación de sangre como un mal menor, Richard. ¿Tú no?

—Sí —siseó. Su poder llenaba el cuarto como agua caliente, eléctrica. Casi podía extender la mano y asirlo.

—¿Entonces de qué te estás quejando? —pregunté—. La primera vez no lo habría hecho así, pero quisiste que lo hiciera. Quisiste que nosotros lo hiciéramos. —Caminé rápidamente hacia él, enfadada por fin—. No quisiste matar a Marcus, bien, pero éste es el precio. Quieres suficiente

poder para intimidar al resto de la manada sin perder tu humanidad, estupendo, pero esa clase de poder no es gratis.

Estaba de pie ante él, tan cerca que su poder se deslizó sobre mi piel como agujas, como el sexo que transita al borde entre el placer y el dolor.

—Ahora es demasiado tarde para echarse atrás. No vamos a dejar atrapados a Willie y a los demás porque perdiste el entusiasmo. —Di aquel último paso, situando nuestros cuerpos tan cerca que un aliento profundo los habría hecho tocarse. Bajé la voz a un susurro, aunque supiera que aún así, todos en el cuarto me oirían—. No es la sangre lo que te molesta, lo que te molesta es que disfrutaste de ello. —Bajé la voz hasta que sólo fue un simple movimiento de labios, sólo un aliento de sonido—. Jean-Claude no sólo me seduce a mí, nos seduce a ambos.

Richard apartó la vista, y la mirada en esos honestos ojos negros estaba perdida y desesperada. Cómo la de un niño que ha descubierto que el monstruo bajo la cama es verdadero, y está violando a mamá.

El poder de Jean-Claude cruzó la estancia, se mezcló con el calor eléctrico de Richard como un viento fresco desde la tumba. Ambos giramos y miramos al vampiro. Sonreía ligeramente. Desabrochó la bata y la dejó caer al suelo. Se deslizó hacia nosotros, llevando nada más que un pantalón de pijama de seda y una sonrisa de complicidad. Su poder hizo que su pelo largo se agitara alrededor de su rostro, como movido por un suave viento.

Richard me tocó los hombros, y sólo ese casto toque envió una ola de calor, de temblorosa energía, a lo largo de mi piel. El poder estaba allí, esperando la llamada, justo bajo la superficie. No necesitábamos más preliminares.

Jean-Claude extendió una pálida mano hacia mí. Me tocó con ella, y ese toque fue suficiente. Aquel ardiente poder fluyó sobre mí, atravesándome, hasta llegar a Richard. Le oí jadear. Jean-Claude comenzó a avanzar, presionando su cuerpo contra el mío. Le mantuve lejos de mí con la mano que estaba entrelazada a la suya.

—Está aquí, Jean-Claude, ¿no puedes sentirlo?

Asintió.

—Tu poder me llama, *ma petite*.

Las manos de Richard se deslizaron sobre mis hombros, su cara acariciaba mi pelo.

—¿Ahora qué?

—Esta vez controlaremos el poder, no nos controlará a nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Richard con un susurro.

Jean-Claude me miró, sus ojos eran tan profundos como el océano, tan llenos de secretos.

—Creo, *ma petite*, que tienes un plan.

—Sí —contesté—, tengo un plan.

Mire de uno a otro.

—Voy a llamar a Dominic Dumare y ver si sabe devolver vampiros a sus ataúdes.

Dominic había sido exculpado del asesinato de Robert. Tenía una sólida coartada. Estaba con una mujer. Incluso si no hubiera estado con ella, le habría pedido ayuda. Quería salvar a Willie más de lo que quería vengar a Robert.

Una expresión extraña atravesó la cara de Jean-Claude.

—¿Tú, pidiendo ayuda, *ma petite*? Insólito.

Me alejé de ambos. Podíamos recuperar el poder, estaba bastante segura de ello. Observé la cara vacía de Willie y los borrosos dados que colgaban de su ataúd.

—Si me equivoco, Willie desaparece. Le quiero recuperar.

En ocasiones pensaba que no era Jean-Claude quien me había convencido de que los vampiros no siempre eran monstruos. Eran Willie y el *Muerto* Dave, ex-poli y propietario de un bar. Era una multitud de vampiros menores los que me parecían, de vez en cuando, tipos agradables. Jean-Claude era muchas cosas, pero agradable no era una de ellas.



TREINTA Y UNO

Dominic Dumare llevaba puesto un pantalón de vestir negro y una chaqueta de cuero negra desabrochada sobre una camiseta de seda gris. Lucía más relajado cuando Sabin no lo miraba, como un empleado en su día libre. Incluso la barba bien perfilada al estilo *Vandyke* y el bigote, parecían menos formales.

Dominic paseó alrededor de los tres vampiros que yo había levantado. Nosotros habíamos vuelto al área principal de los escombros, así podía ver a todos los zombis y vampiros juntos. Caminó alrededor de los vampiros, tocándolos aquí y allí. Me sonrió abiertamente, los dientes destellaban tras su barba oscura.

—Esto es maravilloso, realmente maravilloso.

Luché contra el impulso de mirarle con el ceño fruncido.

—Perdóneme si no comparto su entusiasmo. ¿Puede ayudarme a volver a dejarlos como estaban?

—Teóricamente, sí.

—Cuando la gente comienza a usar la palabra «teóricamente» quiere decir que no saben hacer nada. No puede ayudarme, ¿verdad?

—Vale, vale —dijo Dominic.

Se arrodilló al lado de Willie, lo miró fijamente, estudiándolo como a un bicho bajo un microscopio.

—No dije que no podía ayudar. Es verdad que nunca he visto este hecho. Y dice que ha hecho esto antes.

Se levantó y se sacudió las rodillas.

—Una vez.

—¿Aquella vez fue sin el triunvirato? —preguntó Dominic.

Tuve que decírselo. Entendía suficiente del ritual de magia para saber que si no desvelaba el modo en cómo habíamos obtenido tanto poder, cualquier cosa con la que Dominic nos ayudase, no funcionaría. Sería como decirle a la policía que eso era un robo cuando en realidad era un asesinato. Tratarían de solucionar el crimen incorrecto.

—Sí, la primera vez lo hice sola.

—¿Y ambas veces durante el día? —preguntó.

No dije nada.

—Eso parece sensato. Sólo se puede levantar zombis después de que las almas se hayan ido. Eso tendría sentido, los vampiros sólo pueden ser levantados durante el día. Cuando cae la oscuridad, sus almas regresan.

No iba a discutir sobre si de verdad, los vampiros tenían alma. No estaba tan segura de la respuesta como solía estarlo.

—No puedo levantar zombis durante las horas de sol. Y mucho menos vampiros —expliqué.

Dominic señaló a todos los muertos que esperaban de ambos tipos.

—Pero lo hizo.

Sacudí la cabeza.

—Ese no es el asunto. No creo ser capaz de hacerlo.

—¿Alguna vez ha intentado levantar zombis normales durante las horas de luz?

—Bueno, no. El hombre que me entrenó dijo que no era posible.

—Entonces nunca lo ha intentado —comentó Dominic.

Vacilé antes de contestar.

—Sí lo ha intentado —indicó.

—No puedo hacerlo. Aun no puedo llamar al poder bajo la luz del sol.

—Sólo porque cree que no puede —expuso Dominic.

—Aclárememelo de nuevo.

—La fe es uno de los aspectos más importantes de la magia.

—Dice que, como no creo que pueda levantar zombis durante el día, no puedo.

—Exacto.

—Eso no tiene sentido —comentó Richard.

Se apoyó contra una de las paredes intactas. Se había mantenido muy tranquilo mientras hablaba con Dominic sobre magia. Jason, todavía en forma de lobo, se echó a sus pies. Stephen había apartado algunos escombros y se había sentado al lado del lobo.

—En realidad —dije—, eso ocurre. He visto a gente con mucho talento innato que no podía levantar nada. Un tipo se convenció de que era pecado mortal, así que lo bloqueó. Pero el poder brillaba en él lo aceptase o no.

—Un *cambiaformas* puede negar su poder todo lo que quiera, pero eso no le impide cambiar —explicó Richard.

—Creo que es por eso que la licantropía se menciona como una maldición —dijo Dominic.

Richard me miró. La expresión de su cara era elocuente.

—Una maldición.

—Tendrá que perdonarme, Dominic —dijo Jean-Claude—. Hace cien años, nunca se le ocurrió a alguien que la licantropía podría ser una enfermedad.

—¿Preocupado por los sentimientos de Richard? —pregunté.

—Su felicidad es tu felicidad, *ma petite*.

El nuevo comportamiento caballeroso de Jean-Claude comenzaba a molestarme. No confiaba en su cambio de opinión.

—Si Anita no cree que pueda levantar a los muertos durante las horas de luz durante el día, entonces, ¿cómo lo hizo? —indagó Cassandra.

Había disfrutado de la discusión metafísica como en una clase de graduados en Teoría Mágica. Había encontrado a alguien como ella en el colegio. Teóricos que no tenían ninguna magia verdadera, pero podían holgazanear durante horas discutiendo si un hechizo teórico funcionaría. Trataban la magia como la física más alta, una ciencia pura sin ningún modo verdadero de probarla. El cielo prohíbe a los magos de torres de marfil probar sus teorías con un hechizo autentico. Dominic encajaría bien con ellos, excepto que tenía su propia magia.

—Ambas ocasiones eran situaciones extremas —explicó Dominic—. Esto funciona con el mismo principio que permite a una abuela levantar un camión volcado sobre su nieto. En ocasiones de gran necesidad, a menudo tocamos capacidades más allá de lo cotidiano.

—Pero la abuela no puede levantar un coche a voluntad sólo porque lo hizo una vez —indiqué.

—¡Uhm! —exclamó Dominic—, quizás la analogía no es perfecta, pero entienda lo que digo. Si dice que no puede, simplemente se crea más dificultades.

Eso casi me hizo reír.

—Entonces dice que podría levantar a los muertos a la luz del día si creo que puedo.

—Eso pienso.

Negué con la cabeza.

—Nunca me he enterado de algún reanimador que sea capaz de hacerlo.

—Usted no es una simple reanimadora, Anita —apuntó Dominic—. Es nigromante.

—Nunca se ha oído hablar de un nigromante que pudiera levantar a los muertos a plena luz —indicó Jean-Claude.

Dominic alzó los hombros con gracia. Eso me recordó a Jean-Claude. Te llevaba varios cientos de años hacer un elegante encogimiento de hombros.

—No sé si a plena luz del sol, pero tal y como algunos vampiros pueden andar durante el día mientras estén lo suficientemente protegidos, creo que el mismo principio se aplicaría a los nigromantes.

—Entonces, ¿cree que Anita puede levantar a los muertos a pleno mediodía? —preguntó Cassandra.

Dominic se encogió otra vez. Entonces se rió.

—Me ha cogido, mi belleza estudiosa. Bien, podría ser posible que Anita hiciera eso exactamente, pero nunca lo he escuchado.

Sacudí mi cabeza.

—Mirad, podemos indagar en las implicaciones mágicas más tarde. Ahora mismo, ¿puede ayudarme a devolver a los vampiros sin joderlos?

—Defina «joderlos» —pidió Dominic.

—No juegue, Dominic —indicó Jean-Claude—. Sabe con exactitud lo que quiere decir.

—Quiero oírlo de sus labios.

Jean-Claude me miró e hizo un encogimiento apenas perceptible.

—Cuando caiga la oscuridad, quiero que se levanten como vampiros. Tengo miedo de que si hago algo incorrecto, sólo queden muertos, permanentemente.

—Me sorprende, Anita. Quizá su reputación como el azote de la población local de vampiros es exagerada.

Lo miré fijamente. Antes de que pudiera decir algo que sonara jactancioso, Jean-Claude habló:

—Cualquiera pensaría que lo que ha hecho hoy es prueba suficiente de lo muchísimo que merece su reputación.

Dominic y el vampiro se miraron fijamente el uno al otro. Pareció suceder algo entre ellos. Un desafío, un conocimiento, algo.

—Sería una sierva humana asombrosa si algún vampiro pudiera domesticarla —dijo Dominic.

Jean-Claude rió. El sonido llenó el cuarto con ecos que temblaron y bailaron a través de mi piel. Su risa recorrió mi cuerpo y por un breve instante pude sentir que algo tocaba profundamente mi interior, donde ninguna mano había llegado. En otro momento, Jean-Claude podía haberlo hecho sexual, ahora era simplemente inquietante.

—Nunca hagas eso otra vez —indicó Richard.

Frotó sus brazos desnudos como si tuviera frío o intentara borrar la memoria de aquella risa invasiva.

Jason trotó hacia Jean-Claude para poner su cabeza contra la mano del vampiro. A él le agradó eso.

Dominic hizo una pequeña reverencia.

—Mis disculpas, Jean-Claude, ha marcado su puesto. Si lo deseara, podría causar el daño que mi amo causó por casualidad en su oficina.

—Mi oficina —advertí.

Personalmente, no creía que Jean-Claude pudiera causar daño con sólo su voz. Había estado en situaciones donde si lo hubiese podido hacer, lo habría hecho. Pensé que no tenía ningún sentido decírselo a Dominic.

Éste hizo una reverencia más pronunciada aun en mi dirección.

—Su oficina, por supuesto.

—¿Podemos cortar las fanfarronadas? —pregunté—. ¿Puede ayudarnos?

—Estoy más que dispuesto a intentarlo.

Me acerqué a él, escogiendo el camino sobre las piedras destrozadas.

Cuando estuve tan cerca como políticamente podía, tal vez unos centímetros o más, hablé:

—Estos tres vampiros no son un experimento. Esto no es algún estudio de graduación en Metafísica Mágica. Se ofreció a enseñarme la nigromancia, Dominic. Creo que no es el adecuado para el trabajo. ¿Cómo puede enseñarme cuando puedo hacer cosas que usted no? ¿A no ser que, desde luego, pueda levantar vampiros de sus ataúdes?

Miré fijamente sus oscuros ojos durante todo el tiempo que hablé, mirando la cólera en ellos, en sus labios apretados. Su ego era tan grande como esperaba. Sabía que no me decepcionaría. Ahora Dominic haría todo lo posible por nosotros. Su orgullo estaba en juego.

—Dígame exactamente cómo llama al poder, Anita, y le construiré un hechizo que debería funcionar, si tiene el control para hacerlo funcionar, claro.

Me reí de él y me aseguré ser condescendiente.

—Si lo hace, puedo llevarlo a término.

También rió.

—La arrogancia no es un rasgo apropiado en una mujer.

—Lo encuentro un rasgo muy apropiado —comentó Jean-Claude—, si es merecedor.

—Si acabara de levantar a tres vampiros de su descanso diurno, ¿no sería arrogante, Dominic?

Su risa se ensanchó.

—Sí, lo sería.

La verdad era que no me sentía arrogante. Estaba asustada. Tan asustada que jodí a Willie y tal vez nunca se levantaría de nuevo. Me sentía mal también por Liv y Damian. No era cuestión de gustos. No se debe extinguir la fuerza vital de nadie por casualidad. Si me sentía la mitad de segura que mostraba mis palabras a Dominic, ¿por qué me dolía el estómago?



TREINTA Y DOS

Dominic, Cassandra y yo dimos con un hechizo. La parte del plan, idea mía, era muy simple. Había devuelto zombis a sus tumbas durante años. Era buena en ello. Tanto como me fuera posible, iba a tratar esto como un trabajo más, poner a los muertos a descansar, nada especial. Primero los zombis, después me preocuparía de los vampiros.

Hice que Cassandra trajera uno de mis cuchillos y una funda de muñeca del dormitorio. Si hubiera actuando como foco para otro reanimador, no le habría dejado hundir los dientes en mí, así que, ¿por qué la sangre tenía que provenir del mordisco de Jean-Claude? No era así, o no pensé que fuera así. Dominic estuvo de acuerdo conmigo, pero no estaba seguro al cien por cien. Así que primero, los zombis serían la práctica. Si el cuchillo no funcionaba, usaríamos los colmillos, pero quería ceñirme a la normalidad tanto como pudiera.

Había pedido a Stephen un tazón para verter la sangre. Había vuelto

con uno pequeño de oro. Me pregunté si el tamaño era deliberado para no animarme a derramar demasiada. Para ser un hombre lobo, a Stephen no parecía gustarle mucho la sangre. El tazón estaba tan pulido y reluciente que casi brillaba. El interior mostraba los golpes del trabajo de un martillo. Oro forjado, y supe que era viejo en cuanto lo toqué. ¿Por qué todos piensan que tiene que ser algo especial para contener sangre? Una tartera podría servir.

Estábamos en la habitación llena de escombros donde los zombis esperaban tan pacientes como sólo los muertos pueden estar. Algunos de esos ojos que me miraban estaban tan hundidos como los ojos ciegos de un pescado muerto, algunos cráneos estaban vacíos, y aún sin ojos, todos parecían mirarme.

Estaba de pie enfrentándolos, con el cuchillo atado con una correa a mi muñeca izquierda. Jean-Claude se puso a mi derecha, Richard a mi izquierda. No me tocaban, a petición mía.

Dominic había pedido los suficientes detalles del primer triunvirato como para ponerme en un aprieto. Estuvo de acuerdo conmigo en que el poder estaba probablemente allí, sin necesidad de arrastrarlo de uno a otro. Sólo el estar de acuerdo en esto, le hizo ganar puntos. Después de todo, el plan era llamar a la magia esa noche delante de toda la manada. No quería tener sexo delante de tantos extraños. Bueno, no era exactamente sexo, pero estaba se acercaba lo bastante como para no querer audiencia.

El brillo se marchitaba. Mirando con fijeza a los parcialmente podridos zombis, era difícil recuperar el humor.

—Por lo general, mis zombis se mantienen más enteros que estos —comenté.

—Si hubiera sacado más poder de otros dos nigromantes, los zombis serían mejores —dijo Dominic.

—Quizás fue falta de control —apuntó Jean-Claude.

Me di la vuelta y le miré.

—Creo que Dominic quiere decir que parte del poder que les levantó vino de un muerto.

—¿Crees que soy un muerto, *ma petite*?

Miré fijamente aquella encantadora cara y asentí.

—Los vampiros que levanté son solo cadáveres. Independientemente de lo que eres, esto es una forma de nigromancia. La nigromancia sólo funciona cuando comienzas con un muerto.

Ladeó la cabeza.

—Oigo tus palabras, *ma petite*, pero no creo que las creas, no completamente.

Sacudí la cabeza.

—No sé en qué creo, ya no.

—En realidad —dijo Dominic—, no creo que importe que Jean-Claude sea un vampiro. Creo que se trata más de que ni él ni Richard sepan nada sobre levantar muertos. Sólo es talento suyo. Creo que con práctica podría canalizar el poder hasta conseguir zombis perfectos, pero en parte, Jean-Claude tiene razón. La crudeza, la falta de control, creó zombis menos perfectos. —Algo se debió mostrar en mi cara porque añadió—: Tenía demasiadas cosas que controlar para prestar atención a todos los detalles. Creo que instintivamente dejó a los zombis porque era donde se sentía más segura. Tiene instintos excelentes.

—Gracias, creo —contesté.

Rió.

—Sé que el tiempo se acaba. Como podemos ver por la presencia de Jean-Claude, no todos los vampiros duermen hasta que está totalmente oscuro. Temo que si uno de los vampiros supera su hora de despertar, él o ella estén perdidos. Pero le pediría, Anita, un favor, algo que no tiene nada que ver con sus problemas, pero sí conmigo.

—¿Qué problema? —pregunté.

—Sabin —dijo Jean-Claude.

Dominic asintió.

—El tiempo de Sabin se acaba.

—¿Sabin, el vampiro del club? —preguntó Cassandra.

—Sí —contesté—. ¿Qué necesita, Dominic? Hagámoslo rápido y seré su chica.

Dominic rió.

—Gracias, Anita. Concéntrese en uno de los zombis. Intente acercarlo más a la perfección.

Le miré con ceño fruncido.

—Cura a uno de los zombis, *ma petite*.

—No puedes curar a los muertos —indiqué—, pero puedo hacerlos más reales.

Dominic asintió.

—Eso sería muy amable.

—Por norma lo hago al comienzo del poder. Nunca he tratado de manipular un muerto una vez que está levantado.

—Por favor, inténtelo —insistió Dominic.

—Podríamos levantar el poder entre los tres y luego intentarlo —sugerí.

Dominic negó.

—No estoy seguro de lo que eso haría en el hechizo. Creo que es tomar un gran riesgo con sus compañeros.

Le miré fijamente durante un segundo, o dos.

—¿Se arriesgaría a dejar que Sabin se pudriera por salvar a nuestros amigos?

—Pidió mi ayuda, Anita. Creo que no es una mujer que pida ayuda a menudo. Sería un pobre pago de tal elogio si la dejara arriesgar a sus amigos por mí. Si puede curar a su muerto tal como era, que así sea. Si no puede, continuaremos salvando a estos tres vampiros.

—Un sentimiento muy honorable —dijo Jean-Claude.

—Hay momentos en los que el honor es todo lo que queda —contestó Dominic.

El vampiro y el hombre parecieron tener un momento de entendimiento perfecto. Una riqueza de historias no compartidas, pero sí similares, pasó entre ellos. Yo quedaba fuera.

Observé a Richard, teníamos nuestro propio momento de entendimiento perfecto. Valoramos nuestra útil vida mortal. El fatalismo de la voz de Dominic había sido espantoso. ¿Cuántos años tenía? Normalmente podía decir cuántos años tenía un vampiro, pero no un siervo humano. No pregunté. Había una buena carga de años en los ojos negros de Dominic que me hicieron tener miedo a preguntar.

Miré la seductora cara de Jean-Claude y me pregunté: ¿yo sería tan honorable o expondría a alguien, a todos, para curarle? Ver muerto a Jean-Claude sería una cosa, pero podrido como Sabin… sería peor que la muerte en muchas formas. Desde luego, Sabin se moría. Poderoso como era, no podría mantenerse unido siempre. O tal vez podía. Quizá Dominic podría coserlo como un gran saco, como los guantes que el vampiro lleva sobre sus manos. Tal vez Sabin podría continuar viviendo aún después de que le habían reducido a sólo líquido. Ese era un horrible pensamiento.

Miré fijamente al muerto que permanecía de pie. Ellos miraron hacia atrás. Uno de los zombis estaba casi intacto. La piel gris adherida a los huesos era más barro que carne. Un ojo azul me miraba fijamente. El otro

estaba arrugado como una pasa. Esto me recordó lo que le había pasado al ojo de Sabin.

Tendría más sentido si dijera que toque el ojo y lo curé. O pensé en ello y suavicé la carne como arcilla. Nada parecido a eso. Miré fijamente al zombi. Toqué aquella chispa interior que me permitía levantar a los muertos. Tiré de esa parte de mí hacia fuera, la alimenté como se alimenta una pequeña llama, y la lancé hacia fuera, al interior de aquel zombi.

—Vive, vive —susurré.

Lo he visto antes, pero nunca deja de asombrarme. La carne se rellenó con un sonido ahogado y suave. Una cálida carne sonrosada se extendió como fuego a través de la piel gris. El pelo seco, similar a la paja, creció y se rizó, marrón y suave. El ojo muerto se infló como un pequeño globo, llenando la cuenca. Dos ojos sanos me devolvieron la mirada. Incluso la ropa andrajosa se arregló. Vestía un chaleco del que prendía un reloj con cadena de oro. La ropa tenía cien años, o más, de antigüedad.

—Estoy muy impresionado —dijo Dominic—, si cambiara de ropa, podría pasar por humano.

Asentí.

—Creo grandes zombis, pero esto no ayudará a su maestro.

—Llame a uno de los vampiros del cuarto de los ataúdes.

—¿Por qué? —pregunté.

Dominic sacó un pequeño cuchillo de plata de una funda en su espalda. No sabía que tenía un arma. Fui descuidada.

—¿Qué va a hacer con eso? —indagó Jean-Claude.

—Con su permiso, cortaré a uno de los vampiros y le pediré a Anita que cure la herida.

Jean-Claude consideró la petición, luego asintió.

—Un pequeño corte.

Dominic asintió.

—Desde luego.

Los vampiros, tarde o temprano, se podían curar solos de un pequeño corte. Si yo no pudiera curarle, no quedaría señal. Aunque no estaba segura de que los vampiros estuvieran de acuerdo conmigo.

—Anita —dijo Dominic.

Llamé a uno.

—Damian, ven a mí.

Jean-Claude alzó las cejas ante mi elección, creo. Si esperaba que

llamara a Willie, es que no lo entendía. Willie era mi amigo. Incluso muerto, no quería ver cómo le cortaban.

Damian había intentado atrapar mentalmente a una mujer esa noche en el club. Dejaría que le cortaran sólo un poco.

Damian entró y se quedó mirándome fijamente cuando me encontró. La cara estaba todavía blanca y vacía. Más vacía que el sueño, vacía como sólo la muerte puede hacerlo.

—Damian, detente.

El vampiro se detuvo. Los ojos eran los más verdes que alguna vez había visto. Más verde que los de Catherine, más gato que humano.

Dominic se paró frente a Damian. Miró fijamente al vampiro. Colocó la hoja de plata contra la pálida mejilla y descendió bruscamente desde ese punto.

La sangre cayó en un delgado hilo carmesí sobre la perfecta palidez. El vampiro no reaccionó, ni parpadeó.

—Anita —me llamó Dominic.

Miré fijamente a Damian, no, a la cáscara que era Damian. Lancé el poder sobre él, en él. Quería que viviese. Esa era la palabra que susurré. La sangre fue más despacio, luego se detuvo. El corte se cerró a la perfección. Era… fácil.

Dominic borró la sangre con un pañuelo que había sacado del bolsillo de la chaqueta. La mejilla pálida de Damian estaba impecable de nuevo.

Fue Cassandra quien lo dijo primero.

—Podría curar a Sabin.

Dominic asintió.

—Podría… —Se dio la vuelta con una mirada de triunfo y alegría—. Necesitaría del poder de su triunvirato para levantar a Sabin de su sueño diurno, pero una vez levantado, creo que podría curarle.

—Un pequeño corte es una cosa —indiqué—, Sabin es un caos.

—¿Lo intentará?

—Si podemos devolver a estos tres vampiros ilesos, sí, lo intentaré.

—Mañana.

Asentí.

—¿Por qué no?

—No puedo esperar a decirle a Sabin lo que he visto hoy aquí. Ha estado sin esperanza durante mucho tiempo. Pero primero, debemos revivir a vuestros amigos. Os ayudaré todo lo que pueda.

Me reí.

—Sé bastante de magia, Dominic, para saber que todo lo que puede hacer es aconsejar en la lectura de la palma de la mano.

—Pero sería un consejo muy bueno —apuntó con una sonrisa.

Le creí. Por el bien de Sabin, él quería que tuviéramos éxito.

—Bien, vamos a hacerlo. —Extendí las manos hacia Richard y Jean-Claude. Ellos me las asieron obedientemente, era agradable cogerlas. Ambas estaban calientes y eran agradables, pero no había rastro de magia inmediata. Ninguna chispa. Comprendí que de alguna forma extraña, la interacción sexual suplía al ritual. Los rituales no son totalmente necesarios, en gran parte, para la magia, pero sirven de alguna manera para enfocar y prepararse para realizar el hechizo. No tenía ningún círculo de sangre por el que caminar, ningún sacrificio para matar, ni ningún protocolo a seguir. Todo lo que tenía era a los dos hombres ante mí, mi propio cuerpo, y el cuchillo en mi muñeca. Giré apartándome de ellos—. No pasa nada —dije.

—¿Qué espera que ocurra? —preguntó Dominic.

Me encogí de hombros.

—Algo. No lo sé.

—Lo intenta con demasiada fuerza, Anita. Relájese, deje al poder acudir a usted.

Giré los hombros tratando de aliviar la tensión. No funcionó.

—Realmente lamento que me haya recordado que algunos vampiros puedan levantarse antes de la noche. La tarde está cayendo y estamos bajo tierra. Podría ser muy tarde.

—Pensar así no es muy productivo —indicó Dominic.

Jean-Claude se acercó, y antes de que me tocara, hubo una subida de poder, como un retazo de calor sobre la piel.

—No me toques —ordené.

Le sentí vacilar detrás de mí.

—¿Qué va mal, *ma petite*?

—Nada. —Me di la vuelta para afrontarle. Sostuve mi mano justo encima de su pecho desnudo, y esa ola de calor viajó de su piel a la mía. Era como si su cuerpo respirara contra mí—. ¿Sientes eso?

Asintió bruscamente con la cabeza.

—Magia.

—Aura —contesté. Tuve que luchar contra el impulso de echar un

vistazo a Dominic, como buscando un guía, para saber si éste era el juego que quería. Tuve miedo de apartar la mirada, perder aquel hilo. Alcé la mano sin tocar a Richard.

—Camina hacia mí, pero no me toques.

Me miró perplejo, pero hizo lo que le pedí. Cuando mi mano estaba justo sobre su piel, subió el mismo trazo de calor, como un viento pequeño, contenido. Podía sentir la energía respirar contra mi piel, una en cada mano. Cerré los ojos y me concentré en la sensación. Allí. Podía sentir una diferencia, leve, casi imperceptible, pero allí estaba. Había un picor, un temblor casi eléctrico en Richard. Jean-Claude era fresco y natural. Bien, nosotros podíamos tocar auras, ¿y qué? ¿A dónde nos llevaba eso?

De repente ceñí mis manos contra sus cuerpos a través de la energía. La hice retroceder a ellos y logré un jadeo de ambos. El choque de poderes se extendió por mis brazos y doblé la cabeza, jadeando por el incremento de poder. Levanté la cara para encontrar sus ojos. No sé que mostró mi rostro, pero independientemente de lo que fuera, a Richard no le gustó. Comenzó a retroceder. Clavé las uñas en su estómago sólo lo justo para llamar su atención.

—No rompas la conexión.

Tragó. Tenía los ojos dilatados y había algo en ellos que rallaba el miedo, pero se quedó quieto. Me giré hacia Jean-Claude, no parecía asustado. Me miró tan tranquilo y controlado como se sentía.

—Muy bien, Anita. —La voz de Dominic llegó suave y baja—. Combine el poder como si sólo fueran otros dos reanimadores. Actúe como foco. Ha hecho esto antes. Ha puesto a los muertos a descansar mil veces. Esta es sólo una más.

—De acuerdo, entrenador —susurré.

—¿Qué? —preguntó Richard.

Sacudí la cabeza.

—Nada.

Me aparté despacio, con las manos extendidas hacia ellos. Tensando el poder entre nosotros como dos cuerdas. No había nada que ver, pero por la mirada en la cara de Richard, lo sentíamos. Desenvainé el cuchillo y cogí el tazón de oro sin mirar hacia abajo, mi mirada fija sobre ellos. Había una diferencia entre esto y combinar con otros reanimadores, había lujuria. Amor. Algo. Independientemente de lo que fuera, actuó como combustible, o pegamento. No tenía palabras para ello, pero estaba ahí cuando les miré.

Sostuve el tazón en mi mano izquierda, el cuchillo en la derecha. Me acerqué de nuevo a ellos.

—Mantened el tazón por mí, con una mano cada uno.

—¿Por qué? —preguntó Richard.

—Porque lo digo yo.

Parecía querer discutir. Puse la parte plana del cuchillo contra sus labios.

—Si preguntas cada vez que digo algo, destrozas mi concentración.

Aparté el cuchillo de su boca.

—No lo hagas otra vez —contestó, con voz suave, casi áspera.

Asentí.

—Bien. —Sostuve mi muñeca sobre el tazón vacío y deslicé el cuchillo por mi piel, hacia abajo, inclinado. La sangre manó del corte, cayendo en espesas gotas, salpicando los lados y el fondo del brillante tazón de oro. Sí, realmente dolió.

—Tu turno, Richard. —Mantuve la muñeca sobre el tazón, no había ninguna necesidad de malgastar sangre.

—¿Qué hago?

—Pon tu muñeca sobre el tazón.

Vaciló, luego hizo lo que le pedí. Colocó el brazo sobre él, su mano cerrada en un puño. La giré para exponer el lado interno de su brazo. La estabilicé con la mía aún sangrando. El tazón tembló donde la mano libre todavía lo sostenía junto a Jean-Claude.

Alcé la vista hasta su cara.

—¿Por qué te molesta más esto, que el que Jean-Claude te pruebe?

Tragó.

—Muchas cosas no me molestan cuando pienso en sexo.

—Dicho por alguien con un sólo cromosoma X —dije. Bajé el cuchillo por su piel con un corte firme mientras todavía me miraba a la cara. La única cosa que le impidió quitar la mano fue mi agarre.

No luchó tras la sorpresa inicial. Miró la salpicadura de sangre en el tazón mezclándose con la mía. El fondo quedó oculto a la vista cubierto por la sangre caliente. Le solté la mano y sostuvo su muñeca sangrante sobre el tazón.

—¿Jean-Claude? —le llamé.

Me dio su propia muñeca delgada sin pedirlo. Le sostuve la muñeca como a Richard. Encontré sus oscuros ojos azules, pero no había miedo en

ellos, salvo quizás una suave curiosidad. Le corté la muñeca y la sangre brotó carmesí contra su piel blanca.

La sangre salpicaba el tazón. Todas eran rojas. Humano, *licántropo* y vampiro. No se podía decir quién era quién sólo mirando. Todos sangramos de rojo.

Todavía no había bastante para crear un círculo de poder alrededor de los sesenta o más zombis. No había ninguna forma para, excepto de un auténtico sacrificio, conseguir tanta sangre. Pero lo que tenía en mis manos era un potentísimo cóctel mágico. Dominic creía que sería bastante. Yo también lo esperaba.

Un sonido apartó mi atención de la sangre y del creciente calor del poder.

Stephen y Jason estaban agachados cerca de nosotros, uno en forma humana, otro en lobo, con miradas casi idénticas en sus ojos; hambre.

Miré tras ellos, a Cassandra. Mantenía el control, pero las manos estaban apretadas en puños y un brilló de sudor perlaba su labio superior. La mirada en su cara estaba muy cercana al pánico.

Dominic mantenía su sonrisa natural. Era el otro único humano en la sala. Jason nos gruñó, pero no era un verdadero gruñido. Había ritmo en el sonido. Intentaba hablar.

Stephen se humedeció los labios.

—Jason quiere saber si podremos lamer el tazón.

Miré a Jean-Claude y a Richard. La mirada en sus caras era suficiente.

—¿Soy la única en esta habitación que no deseará la sangre después?

—Excepto Dominic, me temo que sí, *ma petite*.

—Haz lo que tengas que hacer, Anita, pero hazlo rápido. Es luna llena y la sangre fresca es sangre fresca —indicó Richard.

Los otros dos vampiros que había levantado se arrastraron hacia mí. Los ojos todavía vacíos de personalidad, como muñecas bien hechas.

—¿Los llamaste? —preguntó Richard.

—No —contesté.

—La sangre les llamó —explicó Dominic.

Los vampiros entraron en el cuarto. Esta vez no me miraron, miraron la sangre, y en el momento en que la vieron, algo llameó en ellos. Lo sentí. Hambre. No había nadie en casa, pero la necesidad todavía estaba allí.

Los ojos verdes de Damian miraron fijamente el tazón con la misma hambre. Su hermosa cara estaba reducida a algo bestial y primitivo.

Me lamí los labios y le ordené:

—Alto.

Ellos obedecieron, pero siguieron mirando fijamente la sangre recién derramada, nunca alzaron los ojos. Si no les hubiera detenido, podrían haberse alimentado. Alimentados como *Revenants*, vampiros deficientes que no conocen nada más que el hambre y nunca recuperan la humanidad o sus mentes.

Mi corazón martilleaba en mi garganta con el pensamiento de lo que casi había soltado sobre alguna persona confiada. El hambre no habría distinguido entre humano y *licántropo*. ¿No habría sido una buena lucha?

Tomé el sangriento tazón, acunándolo contra mi estómago, el cuchillo todavía en la mano derecha.

—No tenga miedo —dijo Dominic—, ponga a los zombis a descansar como lo ha hecho mil veces durante años. Haga eso y solo eso.

—Un paso cada vez, ¿verdad? —musité.

—Así es —contestó.

Asentí.

—Bien.

Todos, excepto los tres vampiros, me miraron como si creyeran que sabía lo que hacía. Yo querría saberlo. Incluso Dominic me miró confiado. Pero él no tenía que devolver a sesenta zombis a la tierra sin un círculo de poder. Yo sí.

Tuve que adecuar mi paso al suelo cubierto de escombros. Que no cayese y se derramase la sangre, todo ese poder. Porque eso es lo que era. Podía sentir a Jean-Claude y a Richard a mi espalda, como dos trenzas de una cuerda que se anudaba en mi interior mientras me movía. Dominic había dicho que sería capaz de sentirles a ambos. Cuando preguntó datos concretos sobre cómo sería, había sido vago. La magia es demasiado personal para tal exactitud. Si me dijera una forma y sintiera de otra, me habría hecho dudar. Había tenido razón.

Removí la sangre con el cuchillo y salpiqué con la hoja a los zombis expectantes. Sólo unas gotas cayeron sobre ellos, pero siempre que la sangre tocaba a uno, podía sentirlo, una convulsión de poder, una sacudida. Acabé en el centro, de lo que alguna vez fue una sala amurallada, rodeada de zombis. Cuando la sangre tocó al último, un temblor me traspasó, haciendo jadear mi garganta. Sentí la sangre cerca de los muertos. Era similar al cierre de un círculo de poder; pero no era un cierre externo, más

bien era interno.

—Volved —ordené—, volved a vuestras tumbas, todos. Volved a la tierra.

Los muertos se acomodaron a mí alrededor, situándose como sonámbulos en un juego de las sillas musicales. Cuando cada uno alcanzó su lugar, se acostó, y la tierra se vertió sobre ellos como agua. Les tragó y se niveló, como si una mano gigantesca lo hubiera arreglado todo sobre ellos.

Estaba sola en el cuarto con la tierra estremeciéndose aún, como un caballo lleno de moscas. Cuando la última ondulación se desvaneció, miré a los demás, hacia la maldita pared.

Jean-Claude y Richard estaban inmóviles ante la apertura de la pared. Los tres hombres lobo estaban agrupados alrededor de ellos. Incluso Cassandra se había arrodillado sobre la tierra, al lado de Jason en su forma de lobo. Dominic estaba de pie tras ellos, mirando. Me sonreía abiertamente, como un papá orgulloso.

Caminé hacia ellos, mis piernas parecían de goma, y tropecé, salpicando con la sangre un lado del tazón. Gotas escarlatas cayeron en sobre la tierra despejada.

En un instante, el lobo estuvo allí, lamiendo la tierra limpia. No le hice caso y seguí andando. Los vampiros serían los siguientes. Todos se movieron para dejarme pasar, como si tuvieran miedo de tocarme. Excepto Dominic. Él se arrimó casi demasiado cerca.

Sentí el crujido de su propio poder entre nosotros, temblando sobre mi piel, por debajo de las cuerdas del poder que me ataban a Richard y a Jean-Claude.

Tragué y dije:

—Retroceda.

—Perdón. —Retrocedió hasta que no pude sentirle tan fuerte—. ¿Suficiente?

Asentí.

Los tres vampiros esperaban con ojos hambrientos. Les rocié con la sangre que se enfriaba. Respondieron cuando les tocó, pero no había ningún pico de poder. Nada. Mierda.

Dominic frunció el ceño.

—La sangre todavía está caliente. Debería funcionar.

Jean-Claude se acercó. Podía sentirle sin darme la vuelta. Podía sentirle

moviéndose por la línea de poder entre nosotros, como un pescado siendo enrollado.

—Pero no funciona —expresó él.

—No —contesté.

—Entonces son irrecuperables.

Me negué. Willie miraba fijamente al tazón de sangre. Una mirada de hambre pura y salvaje. Simplemente pensé que lo peor que le podría pasar sería acostarse en su ataúd y quedar muerto de verdad. Me equivoqué. Ver como Willie se arrastraría de su ataúd, ansiando nada más que sangre, conociendo nada más que el hambre, era peor. No le abandonaría, todavía no.

—¿Alguna brillante idea? —pregunté.

—Aliméntales con la sangre del tazón —contestó Dominic—, pero apresúrate, antes de que se quede más fría.

No discutí, no había tiempo. Limpié el cuchillo en los vaqueros y lo enfundé. Tendría que limpiarlo más tarde, y también la funda, pero necesitaba las manos libres. Mojé los dedos en la sangre. Todavía estaba caliente, casi. Los ojos aún eran marrones mientras seguían mi mano, pero no era Willie quién miraba a través de ellos. Claramente, no lo era.

Levanté el tazón de oro hacia su boca.

—Willie, bebe —la garganta se movió, tragando con furia, y sentí aquel chasquido. Era mío otra vez—. Willie, detente.

Paró y aparté el tazón. No lo agarró, no se movió en absoluto. Los ojos estaban en blanco, vacíos, por encima de su boca sangrienta.

—Vuelve a tu ataúd, Willie. Descansa hasta la caída de la noche. Vuelve a tu ataúd para descansar.

Dio la vuelta y caminó por el vestíbulo. Tendría que confiar en que volvía al ataúd. Lo comprobaría más tarde. Uno abajo, dos por probar. Liv respondió como una buena y pequeña marioneta. Quedaba poca sangre en el tazón cuando lo subí a los labios de Damian.

Bebió, su la pálida garganta tragó. La sangre pasó por ella, y algo me arrolló. Algo que no era mi magia. Algo más. El pecho de Damian se elevó con un gran aliento, como un hombre que lucha tras un ahogamiento. Y algo me empujó hacia atrás, expulsó mi poder, lo regresó a mí. Fue como una puerta que se cerrara de golpe, pero era más que eso. Una energía fuerte me golpe, y el mundo se arremolinó a mi alrededor. Mi visión se redujo a meras manchas grises y blancas. Oí extremadamente ruidoso mi

propio. El estruendo me persiguió en la oscuridad y, a continuación, incluso eso se fue.



TREINTA Y TRES

Me desperté mirando las cortinas blancas que adornaban la cama de Jean-Claude.

Sobre mi frente tenía un paño doblado y húmedo, oí voces que discutían. Me quedé acostada durante unos segundos, sólo parpadeando. No podía recordar cómo había llegado hasta aquí. Recordaba la sensación de ser arrojada fuera de Damian. Fui expulsada como un intruso, algo contra lo que protegerse. La fuerza que me tocó no era malvada. Antes ya había sentido el mal, y eso no lo era. Pero tampoco era una fuerza del bien. Quizás era más bien neutral.

Las voces pertenecían a Jean-Claude y a Richard. Estaban discutiendo sobre mí. Qué sorpresa.

—¿Cómo podrías dejarla morir, cuando podrías salvarla? —preguntó Richard.

—No creo que se esté muriendo, pero aunque así fuera, no invadiré su

mente sin su permiso.

—¿Incluso si se estuviera muriendo?

—Sí —contestó Jean-Claude.

—No lo entiendo.

—No tienes que entenderlo, Richard. Anita estaría de acuerdo conmigo.

Me quité el paño de la cabeza. Quería sentarme, pero me pareció demasiado esfuerzo.

Richard se sentó en la cama, tomándome una mano. No estaba segura de querer que me la cogiera, pero aún estaba demasiado débil para detenerle.

Jean-Claude se quedó de pie detrás de él, observándome. Su cara carecía de expresión alguna, perfecta, una máscara.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Richard.

Tuve que tragar antes de poder hablar.

—No estoy segura.

Dominic apareció en mi campo de visión. Sabiamente, se había quedado fuera de la discusión. Además, ahora era el sirviente humano de un vampiro. ¿Qué iba a decir? Que la marca era el mal o que tampoco era para tanto. De cualquier forma era mentira. Mentira se viese por donde se viese.

—Me alegro de verla despierta.

—Me lanzó fuera —indiqué.

Asintió.

—En efecto.

—¿Qué la empujó? —inquirió Richard.

Dominic me miró. Me encogí de hombros.

—Cuando el poder que revivió al vampiro regresó y encontró a Anita todavía dentro del cuerpo, la expulsó.

Richard frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

—Porque no debería estar allí —contesté.

—¿Volvió el alma cuando le tocaste? —preguntó Jean-Claude.

—He sentido antes el contacto de un alma, y eso no lo era.

Jean-Claude me miró. Le devolví la mirada. Fue el primero en apartarla.

Richard me tocó la parte del pelo mojada por el paño.

—No me importa si era un alma o el coco. Pensé que te había perdido.

—Parece que siempre sobrevivo, Richard, sin importar quién más muere.

Frunció el ceño al oírme.

Le dejé hacerlo.

—¿Damian está bien? —pregunté.

—Eso parece —contestó Jean-Claude.

—¿Sobre qué discutíais?

—Dominic, ¿podría dejarnos a solas, por favor? —solicitó Jean-Claude.

Dominic sonrió.

—Encantado. Estoy impaciente por hablar con Sabin. Mañana, Richard y usted podrán levantarle. Y usted, Anita —me tocó ligeramente la cara—, podrá curarle.

No me gustaba que me tocara, pero casi había adoración en su cara. Eso me hacía difícil gritarle.

—Haré lo que pueda —comenté.

—Como siempre, creo. —Dicho lo cual, nos deseó un buen día y se fue.

Cuando la puerta se cerró tras él, repetí la pregunta.

—¿De qué discutíais?

Richard recorrió con la mirada a Jean-Claude y después a mí.

—Dejaste de respirar durante unos segundos, tu corazón tampoco latía. Creí que te estabas muriendo.

Miré a Jean-Claude.

—Cuéntamelo.

—Richard quería que te diera de nuevo la primera marca. Me negué.

—Vampiro listo —contesté.

Se encogió de hombros.

—Has sido muy clara al respecto, *ma petite*. No seré acusado otra vez de imponerme a la fuerza. En ningún sentido.

—¿Hizo alguien la reanimación cardiopulmonar?

—Empezaste a respirar por ti misma —explicó Richard apretándome la mano—. Me asustaste.

Aparté la mano de la suya.

—Así que me ofreciste a él para ser su sirviente humano.

—Creí que estábamos de acuerdo en hacer una tríada de poder. Quizás no entendí a qué te referías.

Quise sentarme, pero todavía no estaba segura de poder, así que tuve

que contentarme con fruncirle el ceño.

—Compartiré poder con ambos, pero no dejaré que Jean-Claude me marque. Si alguna vez lo hace, le mataré.

Jean-Claude inclinó la cabeza.

—Lo intentarías, *ma petite*. Pero es un baile que no deseo comenzar.

—Voy a dejarle marcarme antes de ir al combate de esta noche —indicó Richard.

Clavé mis ojos en él.

—¿De qué estás hablando?

—Jean-Claude no puede venir esta noche. No es un miembro de la manada. Si estuviéramos unidos, podría convocar el poder.

Luché por sentarme y, si Richard no me hubiera cogido, me habría caído. Yací en la cuna de sus brazos, clavando mis dedos en ellos, intentando hacer que me escuchara.

—No quieres ser su sirviente humano para toda la eternidad, Richard.

—La unión entre amo y animal no es la misma que entre amo y sirviente, *ma petite*. No es tan completa, ni tan íntima.

No podía ver al vampiro tras los amplios hombros de Richard. Traté de inclinarme, y Richard tuvo que ayudarme.

—Explícamelo —le pedí.

—No podré saborear la comida a través de Richard como podría hacerlo a través de ti. Es un efecto menor, pero que extrañaré. Disfruté saboreando la comida sólida de nuevo.

—¿Qué más?

—Richard es un lobo alfa. Es el equivalente a mi poder en muchas formas. Podrá tener más control sobre mis visitas a sus sueños, a su mente. Será capaz de dejarme fuera, por así decirlo.

—Y yo no puedo —apunté.

Me miró.

—Incluso entonces, antes de que exploraras tus poderes nigromantes, eras más difícil de controlar de lo que deberías haber sido. Ahora —se encogió de hombros—, ahora no estoy seguro de quien sería el amo, y quién el sirviente.

Me senté yo sola. Sólo me sentía un poco mejor.

—Esa es la razón por la que no me marcaste mientras tuviste la oportunidad, y también para echarle la culpa a Richard. Después de lo que hice hoy, temías que fuera la maestra y tú mi sirviente. ¿Cierto?

Sonrió suavemente.

—Quizás. —Se sentó en la cama al otro lado de Richard—. No he trabajado durante más de doscientos años para ser maestro de mis propias tierras, para darle mi libertad a alguien, incluso a ti, *ma petite*. No serías un maestro cruel, pero serías uno exigente.

—No todo se reduce a ser maestro o sirviente. Lo sé por Alejandro. No podía controlarme, pero tampoco podía controlarle.

—¿Lo intentaste? —preguntó Jean-Claude.

Eso me detuvo en seco. Tuve que pensarlo.

—No.

—Simplemente le mataste —indicó Jean-Claude.

Tenía un punto.

—¿De verdad sería capaz de manipularte?

—Nunca he oído que un vampiro haya escogido a un nigromante como sirviente humano.

—¿Y qué me dices de Dominic y Sabin? —apunté.

—Dominic no te llega ni a la suela de los zapatos, *ma petite*.

—Si estuviera conforme con la primera marca, ¿la harías? —pregunté.

Richard intentó abrazarme contra su pecho, pero me aparté. Tenía que apoyarme en ambos brazos, pero había conseguido sentarme por mi cuenta.

Jean-Claude suspiró, mirando al suelo.

—Si realmente nos uniéramos, nadie podría derrotarnos. Tanto poder es muy tentador. —De repente alzó la vista, dejándome ver sus ojos. Las emociones se sucedían en su rostro. La excitación, el miedo, la lujuria, y finalmente, sólo cansancio—. Los tres podríamos estar ligados para toda la eternidad. Unidos y luchando cada uno por el poder. No es un pensamiento agradable.

—Jean-Claude me dijo que no sería mi amo —comentó Richard—. Seremos socios.

—¿Y le crees? —pregunté.

Richard asintió, parecía terriblemente serio.

Suspiré.

—¡Jesús! No te puedo dejar solo ni un segundo, Richard.

—No es mentira, *ma petite*.

—Sí, claro.

—Si miente —expuso Richard—, le mataré.

Clavé los ojos en él.

—No lo dices en serio.

—Sí que lo hago. —Algo se manifestó en esos ojos marrones. Algo oculto, oscuro e inhumano.

—Una vez que decides matar a alguien, se vuelve más fácil, ¿verdad? —pregunté.

Richard no se estremeció ni apartó la mirada.

—Sí, es más fácil, pero no es eso. No seré el sirviente de nadie. Ni de Jean-Claude, ni tuyo, ni de Marcus, ni tampoco de Raina.

—¿Entiendes que una vez que estés unido a él, herirle puede hacerte daño? ¿Matarle, puede matarte?

—Mejor muerto que doblegado.

Observé la seguridad de esos ojos. Hablaba en serio.

—Esta noche matarás a Marcus —afirmé.

Richard me miró, nunca le había visto esa expresión en la cara, la fiereza que le llenó los ojos hizo que sintiera al poder recorrer la habitación.

—Si no se rinde, le mataré.

Por primera vez, le creí.



TREINTA Y CUATRO

Llamaron a la puerta. Richard y Jean-Claude contestaron al mismo tiempo.

—Entra.

—Adelante.

Se miraron el uno al otro mientras la puerta se abría.

Edward entró. Sus fríos ojos azules nos miraron fijamente durante un segundo.

—¿Qué te ha pasado?

—Es una larga historia —contesté—. No fue el asesino, si eso es lo que te preocupa.

—No lo hacía. Sus lobos están vigilando mi refuerzo. No me permiten traerle aquí sin la autorización de alguno de vosotros. —Miró a Jean-Claude y a Richard—. No tenían muy claro a quién, supuestamente, debían pedir permiso. —No sonrió mientras lo decía, pero le conocía lo suficiente como para ver la sombra de humor en su semblante.

—Ésta es mi casa —indicó Jean-Claude—. Es mi permiso el que necesitas.

Me deslicé hasta el borde de la cama y descubrí que podía sentarme. El movimiento me puso entre los dos. Richard estaba cerca para ayudarme por si me caía de bruces. Jean-Claude sólo se quedó donde estaba sentado, sin tocarme, sin ofrecerme ayuda. En muchas cosas me entendía mejor que Richard, pero me conocía desde hacía más tiempo. Era algún tipo de hábito adquirido.

Jean-Claude se levantó.

—Iré a escoltar a tu invitado.

—Será mejor que vaya contigo —dijo Edward—, Harley no te conoce, pero sabrá lo que eres.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté.

—Si un vampiro extraño se acercara a ti en este lugar y te dijera «sígueme», ¿lo harías?

Lo pensé.

—Probablemente no.

Edward sonrió.

—Tampoco Harley.

Edward y Jean-Claude salieron para ir a buscar al amigo de éste. Intenté ponerme de pie cuando se fueron, sólo para ver si podía hacerlo. Siempre me gusta tener una reunión con gente nueva sobre mis pies, especialmente si es nuevo músculo contratado.

Richard intentó ayudarme y me aparté. Tuve que agarrarme a la pared para no caer.

—Sólo intentaba ayudar —explicó.

—No te esfuerces tanto.

—¿Cuál es tu problema?

—No me gusta estar indefensa, Richard.

—No eres *superwoman*.

Le fulminé con la mirada.

—Me desmayé, por el amor de Dios. Nunca me desmayo.

—No te desmayaste —dijo Richard—, lo que fuera te lanzó lejos de Damian. Yo aún estaba agarrado a ti cuando sucedió. Sentí cómo me tocó. —Sacudió su cabeza, cruzando los brazos sobre su pecho—. No te desmayaste.

Me apoyé contra la pared.

—Yo también me asusté.

—¿De verdad? —Se puso enfrente—. No parecías asustada.

—¿Te asusta unirte a Jean-Claude?

—Eso te molesta más que el que esta noche termine matando por primera vez, ¿verdad?

—Sí.

La puerta se abrió antes de que pudiéramos continuar la conversación. Era lo mejor. Habíamos encontrado otro tema en el que discrepábamos. Permitir que alguien se enlace a mi mente, a mi alma, me asustaba mucho más que matar a alguien.

El hombre que seguía a Edward no parecía impresionante. Era delgado, sólo un par de centímetros más alto que Edward. Tenía el pelo rizado de color marrón cobrizo, formando una suave corona hasta casi la mitad de la cabeza. Iba encorvado incluso mientras caminaba, y no sabría decir si era por hábito o por alguna clase de problema en la columna vertebral. Vestía camiseta marrón sobre unos pantalones negros de pana y zapatillas de deporte. Parecía que hubiera salido del Ejército de Salvación. Llevaba puesta una chaqueta remendada de aviador que tal vez fuera original de la Segunda Guerra Mundial. Eché un vistazo a las armas bajo de la chaqueta.

Llevaba puesta al hombro una pistolera doble para llevar una 9 milímetros bajo cada brazo. Había visto fundas como esas, pero nunca conocí a nadie que usara una. Pensé que estaba alardeando. Muy pocos disparan igual de bien con ambas manos. Había correas entrecruzadas bajo la camiseta que no entendí, pero supe que eran para llevar algo letal. En una mano sostenía un bolso de lona, repleto y suficientemente grande para contener un cuerpo humano en su interior. Ni siquiera estaba sudando. Era más fuerte de lo que parecía.

Por último me encontré con sus ojos. Eran de un pálido verde pardusco con pestañas tan rojizas que eran casi invisibles. Esa mirada era la más vacía que había visto alguna vez en otro humano. Era como si cuando me miraba, no me viera en absoluto. No era como si estuviera ciego, veía algo, pero no estaba segura de qué. No a mí. No a una mujer. Era a otra cosa. Esa única mirada fue suficiente, supe que este hombre caminaba en otra realidad creada por él mismo. Veía una versión de la realidad que haría gritar al resto de nosotros. Pero a él le funcionaba y no gritaba.

—Éste es Harley —dijo Edward.

Nos presentó a todos como si se tratara de una reunión cualquiera.

Miré fijamente los pálidos ojos de Harley y comprendí que me intimidaban. Había pasado demasiado tiempo desde que otro humano me asustara con solo entrar en la habitación.

Richard le ofreció la mano, pero Harley simplemente le miró. Quise explicarle a Richard por qué no debió hacer ese gesto, pero no estuve segura de poder. Yo no le ofrecí la mía.

—Encontré el nombre de la persona que ofreció dinero para matarte —dijo sin preámbulos.

Los tres clavamos la mirada en él. Harley, ansioso, la mantenía fija en mí.

—¿Qué dijiste? —pregunté.

—Sé a quién tenemos que matar.

—¿A quién? —volví a preguntar.

—Marcus Fletcher. El líder de la manada local de hombres lobo —sonrió, satisfecho consigo mismo por el efecto que la noticia tenía en Richard.

—¿Estás seguro? —preguntó Richard—, ¿completamente seguro?

Edward asintió, estudiando la expresión de Richard.

—¿Te odia lo suficiente como para matar a Anita?

—No lo creo. —Richard giró para mirarme, su rostro reflejaba angustia y horror—. Dios mío, nunca pensé que haría algo así. ¿Por qué?

—¿Cómo de afectado habrías luchado esta noche con *ma petite* muerta? —inquirió Jean-Claude.

Richard le clavó la mirada tan evidentemente abrumado por la cobardía de lo que Marcus había hecho que quise acariciarle la cabeza y decirle que todo estaba bien. Casi me matan dos veces y quería consolarle. A veces el amor es francamente estúpido.

—Todo es tan conveniente —comentó Edward en tono alegre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Richard.

—Quiere decir que tendrás que matarle esta noche, Richard, así nosotros no tendremos que hacerlo —contesté.

—Es que no puedo creerme que Marcus hiciera algo tan…

—Malvado —sugerí.

Asintió.

—Esto parece más idea de Raina que de Marcus —dijo Jean-Claude.

—Es lo bastante retorcido para ella —añadí.

—Marcus podría haber dicho que no —contestó Richard. Se pasó las

manos por el pelo, retirándoselo de la cara. Su expresión se volvió obstinada—. Esto tiene que parar. Hará cualquier cosa que ella le diga, y ella está loca.

Mis ojos se dirigieron hacia Harley. No pude evitarlo. Captó mi mirada y sonrió. No sabía en qué estaba pensando exactamente, pero no era ni agradable ni bonito. Tener a Harley como refuerzo me hizo preguntarme si estaba en el bando correcto.

—Edward, ¿puedo hablar contigo un minuto en privado? —No quería ser tan obvia, pero Harley me incomodaba mucho.

Caminé lejos de los otros y Edward me siguió. Era agradable saber que podría alejarme, bajar mi voz y que la persona sobre la que susurraba no me oiría. Pero sí Jean-Claude y Richard.

Edward me miró con ese gesto burlón, como si supiera qué iba a decir y creyera que era gracioso.

—¿Por qué sigue mirándome así?

—¿Te refieres a Harley?

—Sabes muy bien a quien me refiero —respondí.

—Sólo te mira, Anita. No te hará daño.

—Pero ¿por qué a mí?

—¿Quizás porque eres mujer?

—Basta, Edward. Sea lo que sea lo que esté pensando, no es sexo. Y si lo es, no quiero saber los detalles.

Edward me observó.

—Pregúntale.

—¿Qué?

—Pregúntale porqué te mira.

—¿Se lo pregunto así?

Asintió.

—Posiblemente, Harley disfrute de ello.

—¿Quiero saberlo? —pregunté.

—No lo sé. ¿Y tú?

Respiré profundamente y lo expulsé despacio.

—Me estás tomando el pelo, Edward. ¿Cuál es el problema?

—Si algo me pasa durante la pelea, Harley necesita al menos otra persona que lo dirija.

—¿Dirija?

—Es absolutamente de confianza, Anita. Me protegerá la espalda,

nunca retrocederá y matará a quién le diga, pero no es bueno si no tiene órdenes explicitas. Y no recibe órdenes de cualquiera.

—¿Me elegiste a mí?

Edward negó con la cabeza.

—Le dije que escogiera a alguien de esta habitación.

—¿Por qué yo?

—Pregúntale.

—Bien.

Volví con los demás y Edward me siguió. Harley nos observaba como si estuviera viendo otra cosa. Me ponía de los nervios.

—¿Por qué me miras fijamente? —le pregunté.

Su voz era tranquila, como si nunca gritara.

—Eres la cabrona más aterradora de esta habitación.

—Ahora sí sé que no puedes ver.

—Veo lo que hay —dijo.

—¿Pero qué demonios te pasa?

—Nada.

Traté de pensar en una pregunta mejor y finalmente cuestioné:

—¿Qué es lo que ves en esta habitación cuando miras a todo el mundo?

—Lo mismo que tú, monstruos.

—¿Por qué creo que los monstruos que yo veo no son los mismos que tú ves?

Sonrió, desnudando los labios.

—Pueden parecer diferentes, pero todavía son monstruos. Todos son monstruos.

Tenía el carné de psicótico para alquilar una habitación con paredes acolchonadas. Para la mayoría de la gente que alcanzaba el nivel de no distinguir la realidad, ya estaban tan idos que no había forma de hacerlos regresar. A veces la terapia con drogas ayudaba, pero sin ella el mundo era un lugar aterrador, abrumador. Harley no parecía aterrado o sobrecogido. Se veía tranquilo.

—Cuando miras a Edward, ¿siempre parece el mismo para ti? Quiero decir, ¿le reconoces?

Harley asintió con la cabeza.

—¿Me reconocerías? —pregunté.

—Si hiciera el esfuerzo de memorizarte, sí.

—Por eso me mirabas fijamente.

—Sí.

—¿Qué pasaría si Edward y yo cayéramos?

Harley sonrió, pero sus ojos miraron hacia un lado, como si algo pequeño casi al ras del suelo recorriera la habitación. El movimiento era tan natural que miré. No había nada.

—Harley —le llamé.

Me volvió a mirar, pero sus ojos miraban un poco más arriba de mi rostro.

—¿Sí? —preguntó con voz muy tranquila.

—¿Qué pasa si a Edward y a mí nos matan?

Harley clavó los ojos en mí. Esos ojos se movieron por mi cara sólo un segundo, como si la neblina se hubiera despejado.

—Eso sería malo.



TREINTA Y CINCO

Esa noche no habría vuelta atrás para Marcus. Tenía que morir de una forma u otra. Richard no discutía más. Pero todavía había una posibilidad de que Raina liderara una revuelta con otros *Lukoi*. Su lealtad estaba suficientemente dividida por la guerra, incluso con Marcus muerto. Jean-Claude llegó con una solución. Nosotros teníamos que representar la mejor función. ¿Una mejor que la de Raina y Marcus? Tenía que estar bromeando. Richard estuvo de acuerdo en dejar que Jean-Claude lo disfrazara esa noche. Como su *Lupa*, eso significaba que también tenía que dejarme disfrazar.

Jean-Claude se llevó a Richard para vestirlo y envió a Cassandra con una caja blanca de ropa para mí. Supuestamente, debía ayudarme a cambiarme, o eso dijo ella.

Abrí la caja y todo lo que había en su interior era un montón negro de correas de cuero. ¿Estaba bromeando? Lo saqué de la caja y no parecía

mejor.

—No sé como meterme en esto, incluso si estuviera dispuesta a hacerlo.

—Iré a por Stephen —indicó Cassandra.

—No me quiero desnudar ante Stephen.

—Es stripper —comentó—, recuerda que anoche me desvistió en el *Danza Macabra*. —Acarició mi mano—. Stephen será un perfecto caballero.

Me senté en la cama y miré ceñuda hacia la puerta. No me iba a poner esa mierda.

Una hora más tarde, Stephen y Cassandra me hacían girar frente a los espejos del baño para que pudiera verme. Al principio era embarazoso tener la ayuda de un hombre para meterme dentro de eso, pero Cassandra tenía razón. Stephen no sólo era un perfecto caballero, sino que parecía no darse cuenta del hecho de que estaba básicamente desnuda. Era como tener la ayuda de dos amigas. Sólo que una no era una chica.

La parte superior consistía principalmente en un sujetador de cuero con forro para que fuera más cómodo. Era uno de esos que alzan y muestran tu escote con absoluta claridad. Pero era ceñido y ayudaba a mantener todo en su lugar. Nada se caía. Mi cruz era visible, aunque la pegué con cinta adhesiva y me la despegaría en cuando dejara el circo. Esa noche el menú consistía en hombres lobos, no vampiros.

La parte inferior era un pantalón corto de algún tipo de cuero, excepto que donde se sostenía, las correas ocupaban su lugar.

A mí no me pillarían ni viva ni muerta vestida con algo así, ni siquiera para realizar un buen espectáculo para Richard, exceptuado que ahí había beneficios.

Dos fundas de cuero cubrían la parte superior de mis brazos, cada una con su respectivo cuchillo. Los cuchillos eran de gran calidad, con gran contenido de plata. Las empuñaduras eran demasiado elaboradas para mi gusto, pero tenían buen equilibrio y eso era lo que contaba. Dos fundas más cubrían mis antebrazos con otros dos cuchillos pequeños, más equilibrados para tirar, aunque ambos tenían empuñaduras, no eran auténticos cuchillos para lanzar. Los Real McCoy eran delgados y parecían inofensivos hasta que los veías utilizar.

Llevaba un cinturón de cuero bordeando la parte superior de los pantalones cortos en el que mi funda de hombro de la Browning encajaba perfectamente. Edward me había comprado una Browning nueva. No era

mi pistola, pero aún así, era bueno tenerla. Harley había sacado de sus macutos una funda con un enganche para mi Firestar. Un pequeño broche colgaba cruzado a un lado de mi cintura.

Las correas sobre mis piernas tenían pequeños lazos de plata, fundas, dos cuchillos más; uno en cada muslo. No tenía más fundas de cuchillo debajo de las rodillas porque las botas venían con el traje. Jean-Claude por fin había conseguido quitarme mis Nikes. Las botas eran de suave ante negro con tacones sólo un poco más altos de lo que me habría gustado. Un pequeño vial con tapón encajaba en los pequeños lazos de plata justo por debajo de la parte superior de cada bota. Llevé uno a la luz y supe qué era. Agua bendita. Un encantador regalo de mi novio vampiro, ¿eh?

Me quedé mirándome frente al espejo.

—¿Cuánto tiempo lleva planeando Jean-Claude este traje?

—El suficiente —dijo Stephen.

Estaba arrodillado ante mí, poniendo las correas en su lugar.

—Nosotros apostamos que jamás conseguiría que te lo pusieses.

—¿Quiénes son *nosotros*?

—Sus lacayos. —Stephen se puso de pie, retrocedió y asintió—. Te ves increíble.

—Luzco como la foto de la mujerzuela del motorista del infierno enviada a un mercenario como regalo.

—Eso también —dijo Stephen.

Me volví hacia Cassandra.

—Di la verdad.

—Pareces peligrosa, Anita. Como el arma de alguien.

Me miré en el espejo, sacudí la cabeza.

—Te refieres al juguete sexual de alguien.

—Quizás una dominatrix, pero no el juguete de alguien —contestó Cassandra.

¿Por qué eso no me hacía sentir mejor?

Cassandra insistió en ayudarme con el maquillaje. A ella se le daba mejor que a mí. Años de práctica, me dijo. Mi pelo estaba estirado y enroscado de forma elegante, ahora caía justo por debajo de mis hombros. Necesitaba cortármelo. Pero esa noche mi cabello estaba perfecto. Mi rostro se veía hermoso. El maquillaje era algo maravilloso. Pero el conjunto de stripper era efectivo. Me veía como lo que era, algo que te mataría antes que darte un beso.

Salimos del cuarto de baño y nos encontramos esperándonos a Edward y a Harley. Habían colocado dos sillas de respaldo recto para sentarse sobre la alfombra blanca, frente a la puerta del baño. Me congelé cuando Edward me miró fijamente. No dijo nada, sólo se quedó sentado con una especie de media sonrisa en su cara.

—Bueno, di algo, caramba.

—Diría que no pareces tú, pero en cierto modo, sí lo eres.

Tomé una profunda bocanada de aire.

—Sí.

Harley me miraba con ojos distraídos. Sonreía, pero no al conjunto. Lo hacía a alguna música o visión interna que sólo él podía percibir.

Había un abrigo largo de cuero sobre la cama.

—Uno de los vampiros se lo dejó —explicó Edward—. Pensé que quizás querrías algo con lo que cubrirte hasta la gran inauguración.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—Me sentiría mejor si pudiera cubrirte las espaldas.

—Recuerda que lo vas a estar haciendo con un rifle desde la colina más cercana.

—Visión nocturna y largo alcance, bien, pero no puedo matar a todos a distancia.

—Tampoco podrías matarlos aún si me respaldarás de todos modos —dije.

—No, pero me sentiría mejor.

—¿Preocupado por mí?

Edward se encogió de hombros.

—Soy tu guardaespaldas. Si mueres bajo mi protección, los otros guardaespaldas se reirán de mí.

Me llevó un segundo darme cuenta que estaba bromeando. Harley lo miró de nuevo con una mirada casi de sorpresa. Dudaba mucho que alguien oyera a menudo bromear a Edward.

Caminé hacia él. El cuero hacía ese ruido característico parecido a un crujido. Me detuve frente a él, con las piernas separadas, mirándolo fijamente. Sus ojos se agrandaron un poco.

—¿Sí?

—No puedo imaginarme a nadie riéndose de ti, Edward.

Cogió una de las correas de cuero.

—Si caminara vestido así, sí que se reirían.

Tuve que sonreír.

—Probablemente irías vestido así si vineras con nosotros esta noche al evento.

Sus pálidos ojos azules se volvieron hacia mí.

—He usado cosas mucho peores, Anita. Soy buen actor cuando tengo que serlo.

El humor había desaparecido de su cara, dejando algo salvaje y determinado detrás. Edward todavía hacía cosas que yo no haría, todavía tenía menos reglas de las que yo tenía, pero en muchas cosas, Edward era un espejo de mí. Una advertencia de lo que estaba por venir, o quizás un avance.

Él habría dicho que era una advertencia. Yo no había tomado una decisión aún.

Hubo un golpe en la puerta. Richard entró sin esperar a que le invitaran. Tenía el ceño fruncido, pero dejó de estar malhumorado en cuanto me echó un buen vistazo. Sus ojos se agrandaron.

—Iba a quejarme por mi traje. —Richard sacudió la cabeza—. Si me quejo, ¿podrías golpearme? —Una sonrisa se extendió por todo su rostro.

—Nada de risas —le dije.

La sonrisa se hizo más ancha. Su voz estaba un poco ahogada, pero se las arregló para hablar.

—Impresionante, estás impresionante.

Sólo había dos cosas que se podían hacer cuando estabas vestida como una Barbie esclava, podías avergonzarte o podías ser agresiva. Adivina cuál fue mi elección.

Caminé con paso majestuoso hacia él, balanceando mis caderas mientras andaba. Las botas lo hacían más fácil, de alguna forma era justo lo que necesitaba para meterme en el personaje. Puse en mis ojos, en mi cara, lo que el traje prometía; sexo, violencia y pasión.

El humor desapareció de la cara de Richard, remplazado por pasión y vacilación, como si no estuviera muy seguro de si deberíamos hacer eso en público.

Richard vestía unos pantalones de cuero negro con botas negras de suave ante que casi combinaban con las mías. Su pelo estaba peinado hacia atrás, atado con una cinta negra. Su camisa de seda era de un vibrante color azul, entre turquesa y azul marino. Se veía esplendido en contraste con su bronceada piel.

Me detuve justo ante él, con mis piernas separadas. Le miré fijamente, desafiándole a pensar que era delicioso. Puse un dedo en sus labios, deslizándolo por su mejilla, su cuello, acariciando el borde de su clavícula, siguiendo su piel hasta que desapareció bajo los botones de la camisa.

Me dirigí a la cama, buscando el abrigo de piel. Lo lancé sobre mi hombro de forma que colgara como un lánguido cuerpo, sin esconder el traje demasiado. Abrí la puerta y me quedé parada sólo un segundo, congelada en el tiempo.

—¿Vienes? —le pregunté.

Me alejé sin esperar respuesta. La mirada de su cara era suficiente. Parecía como si fuera a golpear a alguien con un martillo.

Genial. Ahora lo único que tenía que hacer era probar el traje con Jean-Claude, y podíamos irnos.



TREINTA Y SEIS

Los bosques en mayo eran de una cálida y cerrada oscuridad. Richard y yo estábamos de fuera del granero donde Raina había disparado a unos cuadros sucios. El punto de encuentro de la manada estaba entre los árboles alrededor de la granja. Había tantos coches, que aparcaron sobre cada pedazo de tierra libre, unos tan cerca de los bosques que tocaban los árboles.

Podía haber luna llena en alguna parte allí arriba, pero las nubes eran tan espesas y la oscuridad tan completa, que parecía estar dentro de una cueva. Excepto que esa cueva tenía movimiento. Un leve viento fresco arrastró las hojas oscurecidas por la noche. Era como si un gigante invisible arrastrara sus dedos entre los árboles, doblándolos, sacudiendo ruidosamente sus hojas, dándole tal movimiento a la noche que hacía que se me tensaran los hombros. Era como si la misma noche estuviera viva de una forma que nunca había visto antes.

La mano de Richard estaba caliente y ligeramente húmeda. Había enfriado esa energía que se arrastraba de forma que no fuera incómodo tocarlo. Agradecí el esfuerzo. Su capa de cuero susurraba conforme se acercaba. Estaba atada cruzada sobre su cuerpo, cubriendo un solo hombro. La capa combinada con las mangas anchas de la camisa azul brillante, hacía que el conjunto entero pareciera antiguo.

Richard tiró de mi mano acercándome a su cuerpo, al círculo de sus brazos, al roce de la capa de cuero. Las nubes se deslizaron y de repente fuimos bañados de un intenso brillo plateado. Richard miraba fijamente hacia fuera. Parecía estar escuchando algo que yo no podía oír. Sus manos se estremecieron sobre las mías con un apretón casi doloroso. Volvió su mirada hacia mí como recordando que yo estaba allí.

Sonrió.

—¿Puedes sentir eso?

—¿El qué?

—¿La noche?

Comencé a contestar que no, luego me detuve. Miré la inquietud alrededor del bosque, la impresión de movimiento.

—Los bosques parecen más vivos esta noche.

Su risa se amplió dejando ver un breve destello de sus dientes, casi con un gruñido.

—Sí.

Traté de soltarme, pero sus manos me apretaron.

—Lo haces tú —dije.

Mi corazón subió de repente hasta en mi garganta. Pensé tener miedo de muchas cosas esa noche, pero no de Richard.

—Supuestamente, compartimos el poder. Eso es lo que estoy haciendo. Pero esto tiene que ser mi poder, Anita. La manada no se impresionará por unos zombis.

Tragué a pesar del latir de mi corazón y me obligué a guardar silencio. Devolví el apretón. No pensé en lo que eso significaba. No iba a ser responsable. No mi poder, pero sí el suyo. Yo iba a ser el combustible para su fuego, no al revés.

—Esto es la marca de Jean-Claude —indiqué—. Esto es lo que hace.

—Nosotros esperábamos que trabajara de ésta forma —explicó Richard.

Y yo sabía que el *nosotros* al que se refería no me incluía.

—¿Cómo funciona?

—Así.

Aquella vibrante energía se deslizó sobre su piel como una ráfaga cálida. Descendió rápidamente de sus manos a la mía. Cabalgó como una onda sobre mi cuerpo, y rozó por todas partes, erizando el vello y la piel de mi cuerpo. Tembló.

—¿Estás bien?

—Sí. —Pero mi voz era un susurro jadeante.

Me tomó la palabra. La barrera disminuyó y la energía de Richard chocó contra mí, como un puño. Recuerdo caer, y la percepción de los brazos de Richard alrededor de mi cintura, sujetándome, después me sentí como si estuviera en algún otro sitio. Estaba en otro lugar. Estaba en los árboles, que nos observaban fijamente con ojos que intentaban girarme y mirarme, pero yo no estaba allí. Era como el aura que salía de mi interior cuando recorría un cementerio, pero no era ese poder que se extendía hacia fuera. Era yo. Destellé ante una docena de ojos, rozando cuerpos, unos peludos y otros todavía con piel. Me apresuré a salir fuera, al exterior, y toqué a Raina. Supe que era ella. Su poder arremetió como un escudo, lanzándome lejos de ella, pero no antes de que sintiera su miedo.

Richard me llamó de regreso, aunque la llamada implicaba una voz. Caí dentro de mí en un torbellino de dorada energía. Podía ver el color tras mis ojos, aunque en realidad no hubiera nada para ver. Los abrí, aunque no estaba cien por cien segura de que hubieran estado cerrados. Esa energía dorada todavía estaba allí, girando dentro de mí, a lo largo de mi piel. Apoyé mis manos sobre los hombros de Richard y sentí como respondía la energía en él.

No tenía que preguntar qué era lo que acababa de experimentar. Lo sabía. Era lo que significaba, al menos para alguien tan poderoso como Richard, ser un alfa. Podía arrojar su esencia al exterior y tocar a su manada. Era por lo que había impedido el cambio hacía dos días. Era por lo que podía compartir su sangre. Marcus no podía, pero Raina sí.

El poder de Jean-Claude, incluso mi propio poder, nunca se había sentido tan vivo. Era como si dibujase la energía de los árboles, del viento, como ser conectado a una batería enorme, como si hubiese suficiente magia para continuar para siempre. Nunca había sentido nada como eso.

—¿Puedes correr? —preguntó Richard.

La pregunta implicaba más que esas palabras, y yo lo sabía.

—Oh, sí.

Él rió y sonó jovial. Tomó mi mano y nos lanzamos hacia los árboles. Aunque hubiera sido humano, no podría haber mantenido el ritmo de Richard en una carrera a muerte. Esa noche no corría, se deslizaba entre los bosques. Era como si tuviese un radar que le decía dónde estaba cada rama, cada raíz, cada tronco caído. Parecía que los árboles se apartaban ante él como el agua, o tal vez, él se movía como algo más, algo para lo que yo no tenía palabras. Tiró de mí. No precisamente con su mano, sino con su energía. Era como si hubiese entrado en mí y nos hubiera atado de alguna manera. Debería haber sido molesto y espantoso, pero no lo era.

Llegamos a un gran claro y el poder de Richard lo inundó, fluyendo sobre los *licántropos*, como un fuego saltando de una rama seca a otra. Los llenó y los hizo girarse. Sólo Marcus, Raina, Jamil, Sebastian y Cassandra se mantuvieron en su sitio. Sólo ellos tenían la suficiente fuerza de voluntad. Arrastró a todos los demás ante él, y supe que una parte de lo que le permitía hacerlo era yo. Distante, como un sueño o una pesadilla medio recordada, estaba Jean-Claude, bajo aquel torbellino de poder, casi enterrado bajo la brillante luz de Richard.

Sentí cada movimiento. De repente, parecía que el mundo era casi cristalino, como el efecto de una descarga de adrenalina o un shock, donde todo parecía esculpido y afilado, terriblemente inquietante. Era como estar sumergido en la realidad, como si todo fuese un sueño. Era casi doloroso.

Marcus se sentó en una silla tallada en roca, cuyos bordes, mucho tiempo atrás, habían sido redondeados por el clima, por manos y cuerpos. Sabía que ese claro era el lugar de encuentro para el *Lukoi* desde hacía mucho.

Marcus llevaba puesto un esmoquin de satén marrón con solapas. La camisa era de tela, de oro, no oro falso, sino verdadero, como si hubieran fundido una joyería y forjado una camisa. Raina estaba acurrucada sobre el borde de la silla de piedra. Su largo pelo castaño había sido peinado en un complicado remolino de rizos suaves en la cima de su cabeza, soltándolo hacia abajo alrededor de su cara. Una cadena de oro colgaba en su frente con un diamante del tamaño de mi pulgar. Llevaba más diamantes en su garganta que ardían como fuego blanco. Estaba desnuda completamente, excepto por un leve brillo dorado sobre su cuerpo, bastante denso en sus pezones, lo suficiente como para hacerlos parecer metálicos. Una esclava de diamantes brilló sobre su tobillo derecho. Tres cadenas de oro rodeaban

sus caderas, y eso era todo.

Y yo me había quejado de mi equipo.

—Bienvenidos, Richard, Anita —saludó Marcus—. Bienvenidos a nuestra feliz familia.

Su voz era profunda y fuerte. Fluyó con su propio filo de poder, pero no era suficiente. Nunca sería bastante. Richard podía haber llevado vaqueros y camiseta, y de todas formas los habría persuadido. Había ciertas cosas más allá de la ropa que te hacían rey.

—Marcus, Raina.

Richard liberó mi mano despacio, y aunque me dejó atrás, el lazo permaneció. Era una parte de la unión de las auras de Richard, Jean-Claude y algo más. Richard se movió unos pasos para quedar de pie ante mí. Podía sentirlo como un gran y reluciente ente. Su energía era asombrosa. Lo más parecido que había sentido era el poder de un *Daoine Sidhe*, un *fairie* del tribunal más alto.

—Tú, chico malo —dijo Raina—. La has hecho uno de nosotros.

—No —contestó Richard—, ella es lo que siempre ha sido, ella misma.

—¿Entonces cómo puedes portar su poder? ¿Cómo puede ella portar el tuyo?

Raina se apartó de la silla, caminado ante nosotros, yendo de un lado a otro como un animal enjaulado.

—¿Qué has hecho, Richard? —preguntó Marcus.

—Es mi compañera.

—Raina, compruébalo —indicó Marcus.

Raina sonrió, sumamente desagradable, y se contoneó desnuda sobre la tierra. Se balanceó, convirtiendo el caminar en un baile seductor. Esa noche sentía su poder. Su sexualidad cargó el aire como la amenaza de un relámpago que picaba a lo largo de la piel, secando la boca. Sentía como la miraba cada macho, incluso Richard. No me molestó. Al infierno, la miré. Era magnífica con su desnuda lujuria. El sexo para Raina era poder, literalmente.

Me quité el abrigo largo y negro, y lo dejé caer sobre la tierra. Hubo un colectivo jadeo humano. Coloqué mis manos sobre la piel desnuda de mi cintura, deslizándolas hacia abajo por mis muslos enfundados en cuero. Sonreí. Se oyó un fuerte crepitar. Era Raina. Estaba atrayendo su poder, bailando al filo de su energía.

Me acerqué, sin esperar, y me uní a ella, en mitad del círculo. Nos

movimos la una alrededor de la otra, y pude igualar su baile. Tiré de su aura de sexo y violencia hacia mí, lo extraje como si una mano alcanzara su interior y robase pedazos de ella. El miedo amplió sus ojos y comenzó a respirar más rápido.

Ella sabía cómo protegerse contra otro hombre lobo, pero mi tipo de energía era lo bastante diferente como para que no supiera qué hacer conmigo. Yo nunca había hecho nada como eso antes, no entendía exactamente qué hacía, hasta Raina se echó hacia atrás. No volvió corriendo a Marcus, pero su resplandor se había ido. Se escabulló hacia atrás, con la cola entre las piernas, y pude notar su sabor en mi mente, como si le hubiese lamido la piel.

Me giré hacia Richard y me acerqué a él sobre las botas de tacón alto. Sentía cada mirada de los hombres. Lo sabía. Lo envolví a mi alrededor y lo lancé de vuelta a Richard. Él permanecía de pie, casi congelado, sus ojos oscuros llenos de un calor que era, parte de sexo, parte de energía y parte de algo más. Y por primera vez, entendí. Oía la música, la sentía bailar dentro de mi cuerpo.

Aferré la capa de cuero y tiré. Nos besamos y ardió, como si algo más que carne se estuviese mezclando. Lo aparté bruscamente y mis ojos no fueron a su cara, pero cayeron hacia abajo. Sin tocarlo, sabía que estaba duro y listo. Todavía podía sentir la manada, distante, pero tangible. La gran cabeza de lobo de Jason rozó mi muslo. Hinqué mis dedos en aquella piel gruesa y supe que si Richard y yo hacíamos el amor, la manada lo sabría. Allí, esa noche, estarían por los alrededores. No sólo sería sexo. Sería mágico. Y no parecía vergonzoso o pagano o incorrecto.

—No puedes dejarles hacer esto —expuso Raina.

Marcus se puso de pie. Parecía cansado.

—No, supongo que no puedo. —Miró a Raina; desnuda, hermosa, temerosa—. Pero no es tu sangre la que será derramada ésta noche, ¿verdad, mi amor?

La ironía era bastante palpable, y por primera vez, comprendí que Marcus sabía lo que era Raina, quizás siempre lo había sabido.

Ella se puso de rodillas ante él, las manos aferraron sus piernas. Frotó su mejilla a lo largo de su muslo, una mano se aproximó peligrosamente cerca de la ingle. Incluso ahora, eso era lo que mejor sabía hacer. Sexo y dolor.

Él tocó su pelo con cuidado. Apartó la vista de ella, y la desnuda

ternura de su cara me hizo querer ver más allá. Eso era una mirada terriblemente íntima, más íntima que el sexo, más poderosa. El idiota la amaba.

Si no hubiera pagado para matarme, le habría compadecido.

Marcus dio un paso lejos de Raina. Comenzó a andar alrededor del claro. Su poder se abría como una puerta, fluyendo como agua eléctrica a través de los lobos, a través de mí. Deshizo su corbata y abrió los primeros botones de su camisa.

—No más preliminares, Richard. Déjanos hacer esto.

—Sé que trataste de matar a Anita —dijo Richard.

Marcus se detuvo en mitad de un movimiento. Sus dedos, pequeños y seguros, vacilaron. La sorpresa recorrió su cara, luego sonrió.

—Me has sorprendido dos veces ésta noche, Richard. A ver si puedes hacerlo una tercera vez.

—Te mataré ésta noche, Marcus, lo sabes.

Marcus se encogió bajo su chaqueta.

—Lo puedes intentar.

Richard asintió.

—Planeé la posibilidad de dejarte marchar.

—Intenté matar a tu compañera. Ahora no puedes dejarme vivo.

Se desabrochó los puños de la camisa.

—No, no puedo.

Richard deshizo el lazo de la capa, dejándola caerse al suelo. Sacó su camisa de los pantalones y la deslizó por la cabeza con un movimiento rápido. La luz de la luna produjo sombras sobre los músculos de sus brazos y pecho. De repente, no quise que lo hiciera. Yo podía pegarle un tiro a Marcus y estaría todo hecho. Richard nunca me perdonaría, pero él seguiría vivo. No se matarían el uno al otro con poder. Usarían garras y dientes para la lucha. Todos las vibraciones de Richard, su ardiente poder, no le mantendría en caso de que su garganta fuera desgarrada.



TREINTA Y SIETE

Richard se giró hacia mí, vistiendo únicamente los pantalones de cuero y las botas. Marcus pidió no desnudarse de cintura para abajo, por algo sobre salvar la dignidad de un viejo hombre. Puro cuento. Mierda. Había algo en el aire que no me gustaba, como si Marcus supiera lo que iba a pasar y estuviera preparado.

—Como *Ulfric*, Marcus puede escoger la forma en la que lucharemos —explicó Richard.

—¿Qué forma escogió?

Richard situó su mano ante mi cara.

—Toca mi mano.

Parecía serio para una petición tan sencilla. Se la toqué levemente por la parte de atrás.

—Agárrame la palma, Anita.

Cubrí sus dedos con los míos. Antes de que pudiera mirarle a la cara o

preguntar, lo sentí. Energía fluyendo de la palma hacia arriba, como aceite ascendiendo por la mecha de una lámpara. La piel se movía bajo mi mano. Sentí el alargamiento de los huesos. Sentí cambiar su cuerpo, como si los límites que confinaban su piel, sus huesos, su carne, se hubieran disuelto. Se sentía como si fuera a extenderse hacia fuera como yo lo había hecho antes, pero no era su esencia la que estaba fluyendo al exterior, no, era su cuerpo.

Levantó la otra mano y se la cogí. Cerré los dedos alrededor de ella y sentí crecer los huesos alrededor de mi piel, observé cómo se formaban las garras, la carne moldeándose como si fuera arcilla. Mentalmente sabía que debería estar asustada, o asqueada. El poder fluyó hacia abajo, de sus manos a las mías, deslizándose entre nosotros como fuego frío.

Se detuvo cuando sus manos eran garras humanas con unas uñas que podrían destrozarme. El poder no paró abruptamente, no era como apagar un interruptor. Era como cerrar un grifo, el flujo pasaba a un chorrito, luego un goteo y después nada.

Estaba sobre mis rodillas, no recordaba haber llegado hasta ahí. Richard se arrodilló delante de mí, sus manos todavía entrelazadas con las mías. Me tomó dos intentos ser capaz de hablar.

—¿Cómo puedes detener algo así?

Apartó cuidadosamente las manos recién transformadas lejos de las mías. Temblé cuando las puntas de las garras se deslizaron sobre mi piel.

—Controlar el cambio es lo que separa las ovejas de los lobos —contestó.

Me llevó un segundo darme cuenta de que había hecho un chiste. Se inclinó sobre mí y susurró:

—Si perdiese el control en mitad de la lucha, o si pierdo, cambiaré completamente de forma. Quiero que te acerques y me toques si te lo pido.

—¿Por qué?

Su aliento era cálido contra mi mejilla. Envolvió los brazos a mí alrededor, manteniéndome contra su cuerpo, sus garras acariciaban distraídamente las correas de cuero del traje.

—Quiero que sientas el ascenso del poder. Quiero que sepas como se siente ser uno de los nuestros. —Sus brazos me estrecharon—. Si pierdo, puedes dirigir ese poder y usarlo para conseguir sacar a mis lobos de aquí. Ellos matarán a cualquiera que crean que no es leal.

Le aparté lo suficiente para verle la cara.

—¿Cómo puedo usar el poder para hacerlo?

—Lo sabrás. —Me besó la frente muy suavemente—. Sálvalos, Anita. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Se puso en pie, mis manos fueron resbalando por su cuerpo cuando se incorporó. Cogí una de las suyas. Mi mano se deslizó bajo la garra, larga y curvada. Era dura, tan dura, asombrosa y sólida a la vista. Sentí cómo cambiaba su cuerpo, era desconcertante ver la hermosa cara de Richard y esas monstruosas manos. Aún así, le abracé. No quería dejarle ir.

—Cuidado con las garras, Anita. Ya no estoy en forma humana.

Quizá quería decir que un rasguño podría volverme peluda, quizá no. Era difícil de saber. Pero era suficiente para obligarme a soltarle. No importaba lo bien que Richard me hiciera sentir, no estaba lista para dejar atrás por completo mi humanidad.

Richard me miró, y en sus ojos había un mundo de palabras no dichas, inacabadas. Abrí la boca y la cerré.

—¿Tienes el mismo control con todas las partes de tu cuerpo?

Sonrió.

—Sí.

Estaba tan asustada que no podía hablar. Había hecho mi última broma. Lo único que quedaba era la verdad. Me levanté, colocando las manos en sus piernas para apoyarme, besándole la palma de la suya. La piel aún era suave, aún olía a Richard y sabía cómo Richard, pero los huesos bajo esa piel parecían de alguien distinto.

—No dejes que te maten.

Sonrió. Había una tristeza infinita en esos ojos. Incluso si ganaba la pelea, esto le costaría mucho. Asesinato, así era como lo vería. No importaba que estuviera justificado. Tener una gran moral era notable, pero podía hacer que te mataran.

Raina le dio un beso de despedida a Marcus, presionando fuertemente su cuerpo contra él, como si intentara atravesarle, abrirle como una cortina y resbalar dentro.

Le empujó lejos con una risa complaciente, gutural. Era la clase de risa que hace que se te pongan los pelos de punta. Un sonido jovial, ligeramente taimado. Raina se quedó mirándome fijamente, la risa todavía brillaba en esos ojos, en esa cara. Una mirada era suficiente. Si podía, me mataría.

Teniendo en cuenta que más o menos pensaba lo mismo de ella,

respondí con una pequeña inclinación de cabeza y un saludo. Veríamos quién no llegaría a mañana. Podría ser yo, pero alguien en la lista de los muertos sería Raina. Eso casi lo podía prometer.

Marcus levantó las garras por encima de la cabeza. Se giró en un círculo lento.

—Dos alfas pelearán aquí por ti, esta noche. Uno de nosotros dejará vivo el círculo. Uno de los dos se alimentará del otro esta noche. Beber de nuestra sangre, comer de nuestra carne. Somos la manada. Somos *Lukoi*. Somos uno.

Jason alzó la cabeza y aulló tan cerca de mí que salté. Gargantas cubiertas de piel lo repitieron, gargantas humanas se unieron al coro. Me mantuve de pie, sola entre la manada y no participé. Cuando el último eco se perdió en las colinas arboladas, Marcus habló.

—Muerte entre nosotros entonces, Richard.

—Te ofrecí vida, Marcus. Elegiste muerte.

Marcus sonrió.

—Supongo que lo hice.

Marcus saltó directamente sobre él, sin avisos, sin calentamiento, sólo una veloz mancha borrosa. Richard rodó sobre la tierra, lejos, cayendo a sus pies. Tres delgadas líneas sangraron sobre su abdomen. Marcus no le dio posibilidad de recuperarse. Cubrió la distancia entre ellos como una pesadilla. Ni siquiera pude seguirle con la vista. Ya había visto a *licántropos* moverse y pensaba que eran rápidos, pero Marcus era impresionante.

Acuchilló a Richard, forzándole a retroceder hacia el borde del claro donde Raina estaba de pie. No hería a Richard, pero la ráfaga de ataques le hacía retroceder, impidiéndole atacar. Necesitaba preguntar. Miré a Jason. Me miró con sus pálidos ojos de lobo.

—Si alguien ayuda a Marcus, es trampa, ¿verdad? —Me sentía vagamente estúpida por hablar a algo que parecía un animal, pero la mirada en sus ojos no lo era. No estaba segura de que fuera humano, pero tampoco era animal.

El lobo asintió torpemente con la cabeza.

El trasero de Richard estaba casi al alcance de Raina. Jamil, el hombre lobo negro que vi dos noches atrás se había unido a ella. Sebastian estaba casi a su lado. Mierda.

—Si hacen trampas, ¿puedo dispararles?

—Sí. —Cassandra se nos unió, caminando a través de la manada como un viento cálido. Tuve la primera sacudida real de poder y supe que podría haber sido *lupa* si hubiese querido.

Saqué la Browning y la sentí rara en mis manos, como si no la necesitara. Estaba tan metida en la manada que sentía como si no la quisiera. Otro peligro añadido. Envolví los dedos alrededor del extremo de la Browning, extendiendo la mano a su alrededor, recuperando la sensación. La memoria sensorial me lo recordó, apartando un poco el brillo del poder.

No veía ningún arma, pero a la espalda de Richard estaba Raina y Sebastian. Levanté la Browning, sin apuntar, todavía no. Y le grité:

—Detrás de ti.

Vi la sacudida de la espalda de Richard. Cayó sobre las rodillas. Todo se movió más despacio, como tallado en cristal. La mano de Sebastian se movió con un destello de metal plateado. Tenía la mira puesta en él. La garra de Marcus se desplazó hacia atrás para darle un golpe descendente a la desprotegida garganta de Richard. Apreté el gatillo y giré el arma hacia Marcus, pero era demasiado lenta, demasiado tarde.

La parte superior de la cabeza de Sebastian explotó. Tuve una fracción de segundo para preguntarme qué munición había puesto Edward en la pistola. El cuerpo empezó a caer hacia atrás. La garra de Marcus se aproximó descendiendo y Richard movió la mano por debajo del brazo, hacia la parte superior del estomago de Marcus. Éste se detuvo, congelado durante un segundo, igual que las garras enterradas en su estomago, bajo las costillas. La mano de Richard entró en el cuerpo de Marcus hasta la muñeca.

Mantuve la Browning apuntando hacia Raina, en caso de que se le ocurriera recoger el cuchillo.

Marcus arrastró las garras por la espalda de Richard. Él ladeó su cara y cuello contra el cuerpo del otro hombre, protegiéndose a sí mismo de las garras. Marcus se estremeció. Richard se separó de él, sacando las sangrientas manos fuera del pecho de Marcus. Arrancó el corazón, todavía latiendo, y lo arrojó a los lobos. Cayeron sobre el bocado con pequeños ladridos y gruñidos.

Richard cayó sobre sus rodillas al lado del cuerpo de Marcus. La sangre le cubría la parte baja de la espalda donde el cuchillo se había clavado. Caminé hacia él, con la pistola todavía apuntando a Raina. Me arrodillé,

manteniendo un ojo sobre ella.

—Richard, ¿estás bien? —Era una pregunta estúpida, pero ¿qué se suponía que debía decir?

—Baja la pistola, Anita. Se ha acabado.

—Ella intentó matarte —denuncié.

—Se ha acabado. —Giró su cara hacia mí, los ojos ya habían cambiado. La voz cayó en un gruñido—. Guárdala.

Miré a Raina, y supe que si no la mataba ahora tendría que matarla después.

—Nos quiere muertos, Richard.

De pronto, la mano de Richard estaba ahí, más rápida de lo que pude ver. Me golpeó la mano y la pistola salió girando. Tenía la mano entumecida. Traté de echarme hacia atrás, pero me sujetó, envolviéndome los brazos con sus garras.

—No más matanza… esta noche. —Echó la cabeza atrás y aulló. Una boca llena de colmillos.

Grité.

—Canaliza el poder, Anita. Canalízalo, o corre. —Sus manos se estremecieron alrededor de mis brazos.

Di marcha atrás, me afiancé en los talones y trate de soltarme. Cayó frente a mí, demasiado herido para luchar, demasiado cambiado ya para oponerse. Su poder rugió sobre mí, en mí. No podía ver nada excepto el brillo de poder tras sus ojos. Si hubiera podido respirar, hubiera gritado otra vez, pero no había nada excepto la fuerza de ese poder, y se extendía fuera de él como una roca en un río. Las ondas alcanzaron a la manada, y donde la tocó, el pelaje fluyó. Richard cambió y todos cambiaron con él. Todos. Sentí a Raina cerca de nosotros oponerse a ello. La sentí combatirlo. Oí su chillido, pero al final cayó al suelo y cambió.

Me agarré a los brazos de Richard y el pelaje fluyó como agua bajo mis manos. Los músculos formados y cambiados, los huesos rotos se quebraron y se volvieron a formar. La parte baja de mi cuerpo estaba atrapada bajo él. Un líquido claro salió a borbotones del cuerpo humano, manando sobre mí cómo una ola. Grité y luché para salir de debajo de él. El poder me rodeó, me llenó, hasta que pensé que mi piel no lo soportaría. No podría soportarlo.

Al final se alzó sobre mí, no un lobo, sino un hombre lobo cubierto de pelaje de color canela y dorado. Los genitales colgaban grandes y llenos

por debajo. Me miró con ojos ámbar, ofreciéndome una mano con garras mientras se alzaba a dos patas.

Ignoré la mano y me escabullí hacia atrás. Me puse en pie, un poco inestable, y observé. Ahora su forma de lobo era más alta que su forma humana, aproximadamente unos dos metros diez, musculosa y monstruosa. No quedaba nada de Richard. Pero sabía lo que había disfrutado al dejar suelta a la bestia. La había sentido alzarse fuera de él, como una segunda mente, una segunda alma, elevándose, ascendiendo, llenándole, derramándose por fuera de la piel.

Mi cuerpo todavía zumbaba con el alzamiento de la bestia. Podía sentir la espesa suavidad del pelaje bajo mis dedos, como una memoria sensorial que me atormentaría.

El cuerpo muy humano de Marcus descansaba sobre la tierra, a los pies de Richard. El olor a sangre fresca le traspasó, les traspasó a todos. Le sentí emocionarse a través de mi cuerpo. Miré fijamente al hombre muerto y quise arrodillarme y alimentarme. Tuve una nítida imagen visual de carne desgarrada, de cálidas vísceras.

Era un recuerdo. Me sacudió con fuerza y di un paso atrás.

Observé al hombre lobo. Observé a Richard y negué con la cabeza.

—No puedo alimentarme, no voy a hacerlo.

Habló, pero fue de manera tortuosa y gutural.

—No estás invitada. Celebraremos, luego cazaremos. Puedes observar. Puedes unirte a la caza o puedes irte.

Retrocedí lentamente.

—Me voy.

La manada avanzaba, gigantescos lobos en su mayoría, pero aquí y allí había hombres lobo observándome con extraños ojos. No podía ver la Browning que Richard me había quitado de la mano. Apunté con la Firestar y empecé a retroceder.

—Nadie te hará daño, Anita. Eres la *lupa*. Mi compañera.

Miré fijamente los fríos ojos del lobo más cercano.

—Ahora mismo soy sólo comida, Richard.

—Rechazaste el poder —contestó.

Tenía razón. Al final, había entrado en pánico y no había conseguido la dosis completa.

—Lo que sea. —Me moví atravesando la jauría de lobos, pero ellos no se movieron.

Salí andando y rozando pelajes, como si me estuviera abriendo paso por una fábrica de abrigos. Cada roce de respiración era un animal vivo que me asustaba. El pánico me subía por la garganta, todavía me quedaba suficiente poder como para saber que mi miedo les excitaba. Cuanto más asustada estaba, más olía como comida.

Mantuve la pistola preparada, pero sabía que si iban a por mí, estaba muerta. Había demasiados. Me observaron caminar. Tercamente rechazaron moverse, forzándome a rozarlos, a rozar sus peludos cuerpos. Comprendí que me estaban usando como alguna clase de aperitivo, mi miedo sazonaba la comida, el roce de mi cuerpo humano le daba sabor a la persecución.

Cuando dejé atrás al último cuerpo peludo, el sonido de carne desgarrada llegó a mi cabeza. No pude evitarlo. El hocico de Richard se alzó hacia el cielo, cubierto de sangre, lanzando una pieza de carne que intenté no reconocer.

Corrí. Los árboles por los que me había deslizado con la ayuda de Richard de repente se convirtieron en un obstáculo. Corrí y tropecé, caí, y luego corrí más. Finalmente regresé al aparcamiento. Había conducido porque nadie excepto yo iba a volver a casa esa noche. Ellos se quedarían allí a pasar la luna llena.

Edward y Harley lo habían observado todo desde una colina cercana. Me pregunté qué pensarían de la función.



TREINTA Y OCHO

Edward me hizo prometerle que volvería al circo una noche más. Marcus estaba muerto, así que no habría más dinero, pero si habían contratado a alguien más, quizás no lo sabría. Sería una vergüenza que me asesinaran después de todo el esfuerzo que habíamos hecho para salvarme. Bajé todas las malditas escaleras hasta la puerta de huesos de hierro antes de que me diera cuenta de que no tenía llave y de que nadie me esperaba.

El líquido claro que había salido a borbotones del cuerpo de Richard se había secado en una sustancia pegajosa, viscosa, que era una mezcla entre sangre y pegamento. Necesitaba un baño. Necesitaba ropa limpia. Necesitaba dejar de ver la boca de Richard mientras comía pedazos de Marcus. Cuanto más intentaba no recordarlo, mejor lo recordaba.

Golpeé ruidosamente la puerta hasta que me dolieron las manos, después la pateé. Nadie vino.

—¡Mierda! —grité a nadie y a todo el mundo—. ¡Mierda!

El sentimiento de su cuerpo encima del mío. Sus huesos y sus músculos deslizándose encima de mí como un bolso de serpiente. La cálida y rápida subida del poder, y ese momento cuando quise caer de rodillas y alimentarme. ¿Qué hubiera pasado si hubiera resistido todo ese poder? ¿Qué hubiera pasado si no hubiera retrocedido? ¿Me hubiera alimentado de Marcus? ¿Lo habría hecho y disfrutado de ello?

Grité silenciosamente, golpeando la puerta con mis manos, pateándola, empujándola. Caí sobre mis rodillas, mis palmas rasguñadas presionaban contra la madera. Apoyé la cabeza contra la puerta y lloré.

—*Ma petite*, ¿qué te ocurre? —Jean-Claude estaba tras de mí en las escaleras—. Richard no está muerto. Lo habría sentido.

Me di la vuelta y presioné mi espalda contra la puerta. Limpié las lágrimas de mi rostro.

—No está muerto, ni siquiera remotamente.

—Entonces, ¿qué sucede? —Bajó algunos escalones como si bailara, demasiado grácil para explicarlo con palabras, incluso después de haber pasado una tarde con los *cambiaformas*.

Su camisa era de un profundo y exquisito color azul, no tan oscura como para ser azul marino. Las mangas eran abultadas con amplios puños, el cuello alto pero suave, casi como si fuera una bufanda. Nunca le había visto vestido de azul de ningún tipo. Hacía que sus ojos azul medianoche se vieran más azules, más oscuros. Sus vaqueros eran negros y ajustados lo suficientemente para parecer piel, las botas llegaban hasta las rodillas, con un borde negro de cuero que flotaba cuando se movía.

Se arrodilló a mi lado, sin tocarme, casi como si tuviera miedo de hacerlo.

—*Ma petite*, tu cruz.

La miré fijamente. No estaba brillando, todavía no. Envolví mi mano alrededor de ella y tiré, rompiendo la cadena. La lancé lejos. Cayó contra la pared, brillando con luz suave.

—¿Contento?

Jean-Claude me miró.

—Richard vive. Marcus está muerto. ¿Cierto?

Asentí.

—¿Entonces por qué lloras, *ma petite*? Creo que nunca antes te he visto llorar.

—No estoy llorando.

Tocó mi mejilla con un dedo y se llevó una única lágrima temblorosa al final de él. La levantó hasta sus labios y la lamió con la punta de su lengua.

—Sabes como un corazón roto, *ma petite*.

Mi garganta se cerró. No podía respirar tras las lágrimas. Cuanto más trataba de no llorar, más rápido caían éstas. Me abracé a mí misma y mis manos tocaron la sustancia viscosa que me cubría. Las mantuve alejadas de mi cuerpo como si hubiera tocado algo sucio. Miré a Jean-Claude con mis manos apartadas de mí.

—*Mon Dieu*, ¿qué ha pasado? —Trató de abrazarme, pero lo empujé.

—Conseguirás que se te pegue.

Clavó los ojos en la sustancia pastosa, clara y gruesa de su mano.

—¿Cómo te acercaste tanto a un *cambiaformas* lobo? —Una idea se reflejó en su cara—. Es Richard. Lo viste cambiar.

Asentí.

—Cambió encima de mí. Fue… Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios.

Jean-Claude me atrajo a sus brazos. Lo empujé.

—Arruinarás tu ropa.

—*Ma petite, ma petite*, está bien, todo está bien.

—No, no está bien. —Me apoyé contra él. Le dejé envolverme en sus brazos. Lo agarré, mis manos se clavaron en su camisa de seda. Enterré mi cara contra su pecho y susurré—: Se comió a Marcus. Se lo comió.

—Es un hombre lobo, *ma petite*. Es lo que hacen.

Era algo tan rara de decir y tan terriblemente verdadero, que me reí bruscamente, fue casi un sonido furioso. La risa murió hasta ahogarse y se convirtió en sollozos.

Me aferré a Jean-Claude como si el fuese la última cuerda en el mundo. Descansé contra él y lloré. Era como si algo profundo en mí interior se hubiera roto y lloraba pedazos de mí sobre su cuerpo.

Su voz llegó hasta mí débilmente, como si hubiera estado hablando durante mucho tiempo y no lo hubiera escuchado. Hablaba en francés, con suavidad, susurrándolo contra mi pelo, acariciándome la espalda y meciéndome suavemente.

Me recosté en sus brazos, inmóvil. Ya no me quedaban lágrimas. Me sentía vacía y menuda, entumecida.

Jean-Claude me apartó el pelo de la frente. Pasó sus labios por mi piel, como antes esa noche había hecho Richard. Incluso ese recuerdo no podía hacerme llorar otra vez. Era demasiado pronto.

—¿Puedes permanecer de pie, *ma petite*?

—Eso creo. —Mi voz sonó distante, extraña.

Me quedé parada, todavía en el círculo de sus brazos, apoyada contra él. Lo empujé lejos amablemente. Podía estar de pie por mí misma, un poco temblorosa, pero mejor eso que nada.

Su camisa azul estaba pegada en su pecho, cubierta con la sustancia del hombre lobo y mis lágrimas.

—Ahora ambos necesitamos un baño —dije.

—Eso puede solucionarse.

—Por favor, Jean-Claude, nada de insinuaciones hasta que esté limpia.

—Por supuesto, *ma petite*. Fue indecoroso por mi parte. Mis disculpas.

Lo miré. Estaba siendo demasiado comprensivo. Jean-Claude era muchas cosas, pero comprensivo no era una de ellas.

—Si estás tras algo, no quiero saberlo. No puedo manejar nada profundo, ningún complot esta noche, ¿de acuerdo?

Sonrió y se inclinó respetuosamente, nunca apartando su mirada de mis ojos. De la misma forma en la que los contrincantes de judo se miran antes de un combate, como si tuvieras miedo de que te atacara si apartabas la vista.

Sacudí la cabeza. Estaba tramando algo. Era bueno saber que no todo el mundo se había convertido de repente en otra cosa. Algo de lo que siempre podría depender sería de Jean-Claude. Era como un grano en el culo, siempre parecía estar ahí. Responsable, a su manera propia y retorcida. ¿Jean-Claude responsable? Debía estar más cansada de lo que pensaba.



TREINTA Y NUEVE

Jean-Claude abrió la puerta del dormitorio y dio un paso al interior, indicándome el camino con un movimiento elegante de sus manos. La cama me detuvo. Había sido cambiada. Sábanas rojas la cubrían. Las cortinas carmesíes formaban medio dosel sobre la madera casi negra. Había todavía una docena de almohadas sobre la cama y todas eran de un rojo chillón y brillante. Rojizo. Incluso después de la noche que había tenido, era llamativo.

—Me gusta la decoración nueva, supongo.

—La ropa de cama necesitaba ser cambiada. Siempre te quejas que debería usar más color.

Contemplé la cama.

—Dejaré de quejarme.

—Prepararé tu baño. —Entró en el cuarto de baño sin hacerme una sola broma o comentario subido de tono.

Era casi inquietante.

Quien había cambiado las sábanas, también había quitado las sillas que Edward y Harley habían usado. No quería sentarme sobre las sábanas limpias mientras estuviera cubierta de la cosa con la que estaba cubierta. Me senté en la alfombra blanca y traté de no pensar. No pensar era mucho más difícil de lo que parecía. Mis pensamientos se mantenían persiguiendo unos a otros, como un hombre lobo que perseguía su cola. La imagen arrancó una risa en mi garganta y acabó casi con sonido, como un sollozo o un gemido. Cubrí mi boca con el revés de mi mano. No me gustaba aquel sonido que salía de mí. Sonaba desesperado, herido.

No estaba golpeada, maldición, pero estaba muy dolida. Si lo que sentía hubiera sido una herida real, habría muerto desangrada.

La puerta del cuarto de baño se abrió por fin. Un soplo de aire caliente y húmedo fluyó alrededor de Jean-Claude. Se había quitado la camisa y la cicatriz de la quemadura cruciforme estropeaba la perfección de su pecho. Sostuvo sus botas en una mano y una toalla de color escarlata, igual que las sábanas, en la otra.

—Lavé mis manos en el lavabo mientras la bañera se llenaba.

Caminó con los pies descalzos sobre la alfombra blanca.

—Temo que usé la última toalla limpia. Te traeré más.

Quité la mano de mi boca y asentí con la cabeza. Finalmente logré hablar.

—Bien.

Estuve de pie antes de que pudiese ofrecerme ayuda. No necesitaba ninguna ayuda.

Jean-Claude se hizo a un lado. Su pelo negro caía sobre sus pálidos hombros en espesos rizos, rizados por la humedad del cuarto de baño. Le ignoré tanto como me era humanamente posible y caminé dentro.

El cuarto de baño estaba caliente y lleno de vapor, la bañera de mármol negra llena de burbujas. Me ofreció una bandeja lacada y negra con los mejores productos de belleza. El champú, jabón, sales de baño y lo que parecía aceite, estaban agrupados sobre ella.

—Sal, así puedo desnudarme.

—Se necesitaron dos personas para vestirle ésta noche, *ma petite*. ¿No necesitarás ayuda para desvestirte? —Su voz era totalmente suave.

Su cara tan tranquila, sus ojos tan inocentes, me hicieron sonreír.

Suspiré.

—Si desatas las dos correas de la espalda creo que puedo manejar el resto. Pero nada de trampas.

Sostuve mis manos sobre el pecho porque una correa lo aflojaría. La otra correa, por lo que podía notar, era el punto de apoyo para el resto del traje.

Sus dedos se desplazaron a la correa superior. Lo observé en el espejo empañado. La correa fue desabrochada y el cuero cedió con un pequeño suspiro. Continuó con la segunda correa con algo parecido a una caricia extra. La deshizo y dio un paso atrás.

—Ninguna trampa, *ma petite*.

Regresó a la habitación y lo observé irse como un fantasma en los espejos cubiertos de vaho. Cuando la puerta estuvo cerrada, continué con el resto de las correas. Era como pelarme para quitarme el cuero empapado en la sustancia viscosa.

Coloqué la bandeja de accesorios de baño en el borde de la bañera y me deslicé en el agua. Estaba caliente, bastante caliente. Me hundí en ella hasta la barbilla, pero no pude relajarme. La sustancia pastosa estaba pegada a mi cuerpo en parches. Tenía que sacarla de mí. Me senté en la bañera y comencé a restregarme. El jabón olía a gardenias. El champú olía a hierbas. Confiaba en que Jean-Claude no comprara una marca en la tienda de comestibles.

Me lavé el pelo dos veces, hundiéndome bajo el agua y emergiendo a por aire. Estaba refregada y digna, o al menos limpia. Los espejos se habían despejado y me tenía sólo a mí misma para contemplarme. Había quitado todo el maquillaje cuidadosamente. Alisé mi grueso pelo negro, lo eché hacia atrás retirándolo de mi cara. Mis ojos eran enormes y casi negros. Mi piel tan pálida, que era casi blanca. Me vi conmocionada, etérea, irreal.

Hubo un golpe suave en la puerta.

—¿*Ma petite*, puedo entrar?

Eché un vistazo hacia abajo. Las burbujas todavía se mantenían. Atraje un conjunto de ellas un poco más cerca de mi pecho y susurré:

—Entra.

Me costó mucho esfuerzo no hundirme bajo el agua. Me enderecé, confiando en las burbujas. No me acurrucaría. Además, estaba desnuda en una bañera con espuma. Qué más daba. Nadie te podía avergonzar a menos que le dejases.

Jean-Claude entró con dos toallas gruesas y rojas. Cerró la puerta detrás

de él con una pequeña sonrisa.

—No queremos dejar salir el aire caliente.

Entrecerré mis ojos, pero le contesté:

—Supongo que no.

—¿Dónde quieres las toallas? ¿Aquí? —Comenzó a ponerlas en el estante.

—No puedo alcanzarlas —comenté.

—¿Aquí? —Las apoyó sobre el taburete.

Estaba de pie, con la mirada fija en mí, todavía llevaba puesto nada menos que los pantalones vaqueros negros. Sus pies estaban alarmantemente pálidos en contraste con la alfombra negra.

—Todavía demasiado lejos.

Se sentó al borde de la bañera, colocando las toallas en el suelo. Se quedó mirándome fijamente, como si pudiera apartar las burbujas.

—¿Están lo bastante cerca?

—Tal vez demasiado —le respondí.

Recorrió con sus dedos las burbujas del borde de la bañera.

—Te sientes mejor ahora, *ma petite*.

—Te dije que ninguna insinuación sexual, ¿recuerdas?

—Recuerdo que dijiste ninguna insinuación sexual hasta después de estar limpia. —Me sonrió—. Estás limpia.

Suspiré.

—Confía en ti para ser literal.

Pasó sus dedos por el agua. Giró sus hombros lo suficiente como para ver las cicatrices de látigo. Eran llanas y blancas, repentinamente deseé acariciarlas con mis dedos.

Se volvió para mirarme. Limpió sus dedos mojados en su pecho, dejando húmedas líneas brillantes sobre la cicatriz de la quemadura, descendiendo a lo largo de su abdomen. Sus dedos jugaron con la línea de pelo oscuro que desaparecía bajo sus pantalones.

Cerré mis ojos y dejé salir un suspiro.

—¿Qué te sucede, *ma petite*? —Lo sentí recostándose sobre mí—. ¿Te sientes débil?

Los abrí. Él había recostado completamente su torso sobre la bañera, su brazo derecho se encontraba en el borde a la izquierda, cerca de mi hombro. Su cadera estaba sobre el agua, tanto que si tocase su pecho, caería.

—No me desmayaré —dije.

Su cara se inclinó sobre la mía.

—Me alegra oírlo. —Me besó ligeramente, una caricia de labios, pero incluso el pequeño movimiento tiró de mi estómago.

Jadeé y lo aparté. Cayó en la bañera, hundiéndose completamente, sólo sus pies sobresalían. Aterrizó sobre mi cuerpo desnudo y grité.

Se irguió a por aire, su largo cabello negro caía alrededor de su cara, sobre sus hombros. Parecía tan sorprendido como nunca lo había visto. Gateó lejos de mí, básicamente porque lo estaba empujando. Se irguió con dificultad. El agua chorreaba por su cuerpo. Me miró. Me acurruqué contra un lateral con la mirada fija en él, enojada.

Sacudió su cabeza y se rió. El sonido llenó el cuarto, tocando mi piel como una caricia.

—He sido amante de mujeres durante casi trescientos años, Anita. ¿Por qué sólo contigo me siento torpe?

—Tal vez sea una señal —respondí.

—Quizás.

Me quedé mirándolo fijamente. Allí estaba, arrodillado en una bañera llena de espuma. Estaba empapado y debería verse ridículo, pero no lo parecía. Era hermoso.

—¿Cómo puedes ser tan malditamente hermoso aun cuando sé lo que eres?

Se arrodilló en el agua. Las burbujas cubrían su cintura, dando la impresión de que estaba desnudo. El agua caía por su pecho en finos riachuelos. Quería deslizar mis manos sobre él. Quería lamer el agua de su piel. Doblé mis piernas sobre mi pecho y las abracé, no confiaba en mí misma.

Se movió hacia mí. El agua se derramó y giró alrededor de mi cuerpo desnudo. Se mantuvo arrodillado, tan cerca de mí que sus pantalones rozaban mis piernas. La sensación de él, tan cerca en el agua, me hizo ocultar la cara en mis rodillas. Los latidos de mi corazón me delataron. Sabía que él podía saborear en el aire mi necesidad.

—Dime que me vaya*, ma petite*, y me iré.

Lo sentí sobre mí, su rostro estaba por encima de mi pelo mojado.

Lentamente, alcé mi cara.

Colocó una mano en el borde de la bañera, ambos brazos rodeándome, acercando su pecho peligrosamente a mi cara. Observé las gotas de agua en

su piel, de la misma forma que él algunas veces observaba la sangre en la mía: Una necesidad demasiado aplastante para negarla, un deseo tan fuerte que no quería decirle que no.

Aflojé los brazos alrededor de mis rodillas y me incliné hacia adelante.

—No te vayas —susurré.

Coloqué mis manos en su cintura, probando, como si me fuese a quemar, pero su piel era maravillosa y resbaladiza bajo el agua. Fría y lisa al tacto. Alcé mi mirada hacia su rostro y supe que en mi cara había algo que rallaba el miedo.

La suya era preciosa, e incierta, como si no supiese qué hacer a continuación. Tenía una mirada que nunca había visto en la cara de Jean-Claude cuando estuve desnuda entre sus brazos.

Me quedé observándola mientras dirigía mi boca hacia su estómago. Pasé mi lengua sobre su piel, un movimiento rápido, tentativo.

Él suspiró, sus ojos parpadearon y los cerró, su cuerpo casi se arqueó. Presioné mi boca contra su piel, bebiendo de un trago el agua sobre ella. No podía alcanzar su pecho. Me arrodillé, mis manos me estabilizaron sobre su delgada cintura.

El aire tibio rozó mis senos desnudos. Al arrodillarme los había dejado al descubierto. Me congelé, de pronto dudosa. Deseé desesperadamente ver su rostro y tuve miedo de alzar la mirada.

Las puntas de sus dedos acariciaron mis hombros, deslizándose por mi piel mojada. Temblé y alcé la vista. La apariencia de su rostro me congeló el aliento en la garganta. Ternura, necesidad, asombro.

—Eres tan bella*, ma petite*. —Colocó las puntas de sus dedos en mis labios antes de que pudiera protestar—. Eres bella. No miento.

Sus dedos se movieron por mis labios, por debajo de mi barbilla. Deslizó sus manos hasta mis hombros, pasándolas por mi espalda, despacio, dejando un rastro. Se detuvieron en mi cintura, advirtiendo las mías en la suya.

—¿Ahora qué? —Mi voz estaba un poco jadeante.

—Cualquier cosa, lo que desees, *ma petite*.

Masajeé su cintura con mis manos, sintiendo la piel debajo, sintiéndole bajo mis manos. Abrí ampliamente mis manos, extendiendo mis dedos contra su piel, deslizando mis manos hacia arriba por sus costillas.

Apretó con sus dedos mi cintura, presionando sus manos contra mis costillas. Las hizo avanzar poco a poco hacia arriba a lo largo de mis

costados. Sus firmes dedos me presionaban o justo como para hacerme suspirar. Se detuvo con sus pulgares bajo mis pechos. Su roce era ligero como una pluma, sin tocarme del todo. Pero ese ligero roce de su piel sobre mis pechos hacía que mi cuerpo reaccionase, tensándose, mis pezones se endurecieron. Mi cuerpo lo quería. Lo quería tan maliciosamente que mi piel dolía por tenerlo.

Mis manos se apretaron contra su pecho. Me di cuenta de que todavía se contenía, esperándome para seguir.

Alcé mi mirada hasta su rostro. Busqué en su hermosa cara, en esos oscuros ojos. No sentía ningún tirón de poder, nada salvo las gruesas líneas negras de sus pestañas, y el exquisito color como el cielo poco antes de que la oscuridad se tragara el mundo, cuando uno creía que todo era negro, pero al oeste había una sombra de azul oscuro y rico como la tinta. La belleza tenía su propio poder.

Deslicé mis manos hacia arriba por su pecho, mis dedos rozaban sus pezones. Clavé los ojos en su rostro mientras lo hacía, mi corazón golpeaba en mi garganta, mi aliento estaba acelerado.

Sus manos se deslizaron hacia arriba, ahuecando mis pechos. Su toque me hizo jadear. Se hundió un poco más en el agua, tocándome. Se inclinó sobre mis pechos y colocó un beso cortés sobre ellos. Lamió el agua que estaba sobre mi piel, sus labios me rozaban suavemente.

Me estremecí y tuve que estabilizarme sobre sus hombros desnudos. Todo lo que podía ver era su cabello, largo y oscuro, caído sobre mí. Nos vi reflejados en los espejos. Observé su boca muy cerca de mi pecho, lo sentí tomarlo hasta donde podía. Los colmillos presionados contra él. Por un segundo pensé que se hundirían en mi carne, sacarían sangre en una línea fina, pero se apartó. Se hundió aún más en el agua, lo que me hacía más alta, me dejó al mismo nivel que su rostro.

No había dudas en su cara. Sus ojos todavía eran preciosos, todavía humanos, pero ahora había conocimiento en ellos, una oscuridad creciente. Sexo, por falta de una palabra mejor, pero esa mirada en los ojos de un hombre era demasiado primitiva para el vocabulario. Era la oscuridad que todos teníamos en nuestro interior, mirando fuera a hurtadillas. Era la parte de nosotros que nos ponía trampas durante los sueños y a la que negábamos en las horas diurnas. Permanecía inclinado en el agua con esa fiera luz en sus ojos y fui hacia él.

Le besé ligeramente, un roce en sus labios. Le di un golpecito con mi

lengua a lo largo de su boca y él la abrió para mí. Ahuequé su cara entre mis manos y lo besé, lo saboreé, lo exploré.

Se alzó sobre el agua con un sonido entre un gemido y un grito. Sus brazos sujetaban fuertemente mi espalda y rodamos como un tiburón. Ascendimos, quedándome sin aliento. Se empujó lejos de mí, alejándose para apoyarse contra el borde de la bañera. Respiraba tan fuerte que temblaba. Mi pulso retumbaba en la parte de atrás de mi garganta. Podía saborearlo en la lengua, casi enrollar el golpeteo de mi pulso en mi boca como un caramelo. Me percaté que no era mi corazón lo que oía. Era el de Jean-Claude.

Podía ver el pulso en su cuello como algo vivo y aislado, pero no era sólo con mis ojos con lo que podía verlo. Lo sentía como si estuviera en mi interior. Nunca había sido tan consciente del movimiento de mi sangre por mi cuerpo. El calor que pulsaba en mi piel. El fuerte bombeo de mi corazón. Mi vida tronó en mi interior. El cuerpo de Jean-Claude latía sincronizado con el mío. Era como si él marcase mi pulso, mi sangre. Sentía su necesidad, y no era solamente sexual, como parecía a simple vista, tampoco era sólo por la sangre. Era todo de mí. Quería calentarse a sí mismo con mi cuerpo, como acunar con las manos una llama, recoger mi calor, mi vida, para él. Sentía su calma, una vida de profunda calma que no podía tocar, como una piscina quieta de aguas escondidas bajo la oscuridad. En un momento de claridad me di cuenta de que para mí, eso era parte de la atracción. Quería hundir mis manos en su calma, en ese lugar de mortal tranquilidad. Deseaba abrazarlo, enfrentarlo, conquistarlo. Quería sumirlo en un ardiente baño de vida, y sabía que en ese momento lo podía hacer, pero con el precio de beber algo de esas calmadas y oscuras aguas.

—Mis disculpas más profundas, *ma petite*, casi me perdí. —Se hundió en el agua, apoyándose contra el borde de la bañera—. No vine aquí a alimentarme, *ma petite*. Lo siento.

Sentía su latido alejándose, apartándose de mí. Mi pulso se desaceleró. El único corazón que sonaba pesadamente en mis oídos era el mío.

Se puso en pie, el agua goteaba por su cuerpo.

—Me voy, *ma petite* —suspiró—. Me despojas de mi control ganado a duras penas. Sólo tú puedes hacerme eso, sólo tú.

Gateé por el agua hacia él y dejé que la oscuridad llenara mis ojos.

—No te vayas —susurré.

Me observó con una mirada que en parte era diversión, asombro y

miedo, como si no confiase en mí o no confiase en sí mismo.

Me arrodillé a sus pies, recorriendo con mis manos hacia arriba la tela mojada de sus jeans. Clavé mis uñas ligeramente en la tela sobre sus muslos y me quedé con la mirada fija en él. Mi cara estaba peligrosamente próxima a lugares que nunca había tocado antes, ni siquiera con mis manos. Desde tan cerca no podía dejar de apreciar que estaba duro y firme bajo la tela pesada y apretada. Tenía un terrible deseo de colocar mi mejilla sobre su ingle. Pasé mi mano suavemente sobre él, apenas tocándole. Ese pequeño roce le arrancó un suave gemido.

Se quedó con la mirada fija en mí, como un hombre que se ahogaba.

Encontré su mirada.

—Ningún mordisco, nada de sangre.

Asintió con la cabeza lentamente e intentó hablar dos veces antes de que encontrara su voz.

—Como desee mi señora.

Coloqué mi mejilla sobre él, sintiéndole grande y firme contra mi piel. Sentí tensarse su cuerpo. Froté mi cara contra él, como un gato. Un pequeño sonido se le escapó. Miré hacia arriba. Sus ojos estaban cerrados, su cabeza echada hacia atrás.

Agarré la cinturilla de sus pantalones y la usé para impulsarme y ponerme de pie. El agua resbaló por mi cuerpo, las burbujas de jabón se aferraron a mi piel.

Sus manos rodearon mi cintura, pero sus ojos descendieron. Nos miramos y sonrió. Esa sonrisa que siempre tenía. La que indicaba que tenía pensamientos indecentes, cosas que uno sólo haría por provocación en la oscuridad. Por primera vez quería todo lo que prometía la sonrisa.

Tiré de sus pantalones.

—Quítatelos.

Los desabrochó cuidadosamente. Arrancó la tela mojada de su cuerpo. Si había tenido ropa interior, nunca la vi. Los pantalones vaqueros terminaron sobre la alfombrilla. Estaba desnudo de verdad.

Era como alabastro esculpido, cada músculo, cada curva de su cuerpo pálido y perfecto. Decir que era bello era redundante. Decir *recórcholis* sonaba demasiado infantil. Reír nerviosamente también estaba fuera de lugar. Mi voz llegó en pequeños fragmentos estrangulados, roncos por todas las palabras que no podía hallar.

—No estás circuncidado.

—No, *ma petite*. ¿Es eso un problema?

Hice lo que había querido hacer desde que la primera vez que lo vi. Mis dedos se envolvieron a su alrededor, apretándolo suavemente. Él cerró los ojos, estremeciéndose, sujetándose con las manos sobre mis hombros.

—No es problema —respondí.

Inesperadamente, me atrajo contra él, uniendo nuestros cuerpos desnudos. La sensación de él, duro y firme contra mi estómago, era casi apabullante. Clavé mis dedos en él intentando sostenerme en mis rodillas, repentinamente débiles.

Besé su pecho. Me levanté de puntillas y besé sus hombros, su cuello. Corrí mi lengua por su piel y lo saboreé, comencé a sentir su esencia, la sensación de él en mi boca. Nos besamos, un roce casi infantil en los labios. Coloqué mis manos en su cuello, arqueando mi cuerpo contra el suyo. Él hizo un pequeño sonido grave con su garganta.

Se deslizó por mi cuerpo, sus brazos me sujetaban fuertemente contra él, mientras bajaba por mi cuerpo y me dejaba de pie. Me quedé con la mirada fija en él.

Lamió mi estómago con golpecitos rápidos y húmedos de su lengua. Sus manos jugaron a lo largo de mis nalgas, azuzadoras. Lamió de acá para allá donde mi estómago finalizaba y comenzaban otras cosas. Sus dedos se deslizaron entre mis piernas.

Me quedé sin aliento.

—¿Qué estás haciendo?

Puso sus ojos en blanco, su boca todavía presionaba la parte baja de mi estómago. Alzó su rostro lo justo para hablar.

—Puedes suponer tres cosas, *ma petite* —susurró.

Colocó una mano en cada uno de mis muslos y abrió mis piernas un poco más. Su mano se deslizó allí, explorándome.

Mi boca se quedó seca repentinamente. Me relamí los labios y hablé:

—No creo que mis piernas me sostengan.

Él pasó su lengua por debajo de mi cadera.

—Llegado el momento, *ma petite*, te sujetaré.

Depositó en mi muslo un beso muy suave. Su dedo se deslizó en mi interior. Mi aliento salió en un jadeo.

Besó el interior de mis muslos, recorriéndolos con su lengua, con sus labios, a todo lo largo de mi piel. La sensación de sus dedos entre mis piernas tensó mi cuerpo y podía sentir el inicio de algo abrumador.

Se puso de pie con la mano todavía entre mis piernas. Se dobló y me besó, despacio y durante mucho tiempo. El movimiento de su mano iba al mismo ritmo que su boca. Lento y continuo, atormentando mi cuerpo. Grité cuando sus dedos se clavaron dentro de mí, me estremecí contra él.

Me dejó en el agua, sola y temblando, pero no de frío. Aún no podía pensar lo suficiente como para preguntarme a dónde iba. Reapareció con un condón en su mano balanceándolo en el aire. Pasó el paquete por mi cuerpo.

Lo toqué mientras lo desenvolvía. Lo sujeté en mis manos y sentí su suavidad aterciopelada. La piel era increíblemente suave. Se retiró elegantemente de mis manos con una risa emocionada.

Cuando estuvo listo, me alzó con sus manos en mi trasero. Se presionó contra mí sin entrar, frotarse donde su mano me había tocado. Gemí.

—Por favor.

Separó mis piernas y me penetró. Lento, muy lentamente, tan despacio como si temiera lastimarme, pero no dolía.

Cuando estuvo dentro de mí, me miró. La mirada en su cara era atormentada. Las emociones fluían por ella. Ternura, triunfo, necesidad.

—He querido esto durante tanto tiempo, *ma petite*, durante tanto tiempo.

Comenzó a moverse lentamente, casi a tientas. Observé su cara hasta que el cúmulo de emociones era demasiado, bastante honesta. Había en sus ojos algo parecido al dolor, algo que todavía no llegaba a comprender.

Los movimientos de sus caderas seguían siendo pausados, cuidadosos. Era maravilloso, pero quería más. Busqué su boca, besándolo, y le susurré:

—No me romperé.

Presioné mi boca contra la suya, lo suficientemente fuerte como para sentir la presión de sus colmillos.

Se puso de rodillas en el agua, presionándome contra un lado de la bañera. Su boca se alimentó de la mía y hubo un poco de dolor, específico. La dulce sangre cobriza llenó mi boca, llenó su boca y él se zambulló en mi interior, duro y rápido. Lo observé a través de los espejos. Observé el movimiento de su cuerpo, dentro y fuera. Me apreté contra él con mis brazos y piernas. Me sostuve, sintiéndolo dentro de mí. Sintiendo su necesidad.

Alguien gemía fuertemente y era yo. Envolví su cintura con mis piernas. Los músculos en mi bajo vientre temblaban, tensados.

Presioné mi cuerpo contra Jean-Claude, como si trepase a través de él, por él. Agarré un puñado de su cabello y observé su cara tan cerca a la mía.

Miré su rostro mientras su cuerpo bombeaba en el mío. Las emociones se habían ido. Su expresión era casi distraída por la necesidad. Le di a saborear mi sangre del borde de mi boca y él la lamió, tomándola, su cuerpo se tensó contra el mío.

Disminuyó su ritmo. Sentía la tensión de los músculos de sus brazos y espalda. Cada vez que empujaba en mí era como si pudiera sentirlo en mitad de mi pecho. Como si hubiera crecido imposiblemente en mi interior. Mi cuerpo tembló, agarrotándose como una mano. Él gritó y su cuerpo perdió el ritmo. Se zambulló dentro de mí más rápido, más duro, como si mezclase nuestros cuerpos, nos soldase en una sola carne, un solo cuerpo. Una oleada de placer se concentró en mí, por mi piel, sentí que un hormigueo recorría rápidamente mi cuerpo. Explotó sobre mí como una llama fría, pero él aún no había terminado. Cada empuje de su cuerpo alcanzó mi interior y acarició lugares que jamás habían sido tocados. Era como si su cuerpo pudiera alcanzar partes a los que sólo su voz podía llegar, como si fuera más que sólo su cuerpo lo que se zambulló en mí. El mundo se convirtió durante un instante en una brillante blancura, una pila ardiente. Clavé mis dedos en la espalda de Jean-Claude. Gemidos salieron de mi boca, que se convirtieron en un grito salvaje. Cuando me di cuenta que arañaba su espalda derramando su sangre, arañé mis propios brazos. No le había preguntado lo que pensaba sobre el dolor.

Me acurruqué a su alrededor, dejándole soportar totalmente el peso de mi cuerpo. Él avanzó por el borde de la bañera, sacándome del agua. Se deslizó por las baldosas llevándome en brazos. Se recostó en el suelo y me alejé. Se acercó a mí y le sentí tan duro y listo como cuando habíamos empezado.

Lo miré.

—No te corriste.

—No he esperado tanto tiempo para terminar tan rápido. —Se colocó junto a mí y recorrió con su lengua uno de los arañazos de mi brazo. Lamió sus propios labios con la lengua—. Si hiciste eso en mi beneficio, lo aprecio. Si lo hiciste para abstenerte a perjudicarme, no fue necesario. No me importa un poco de dolor.

—A mí tampoco.

Deslizó su cuerpo sobre el mío.

—Lo noté. —Me besó lentamente. Yacía a mi lado, y de pronto, se giró hasta quedar acostado sobre su espalda y yo casi pegada a la bañera—. Quiero observar cómo te mueves*, ma petite*. Quiero que estés encima de mí.

Subí sobre su cintura y me deslicé lentamente sobre él. Era más profundo en ese ángulo, en cierta forma, más intenso. Sus manos subían por mi cuerpo, sobre mis pechos. Se recostó debajo de mí. Su largo y rizado cabello negro estaba casi seco por completo. Se extendió alrededor de su cara como una cortina gruesa y suave. Eso era lo que yo quería. Verlo así. Sintiéndolo dentro de mí.

—Muévete para mí, Anita.

Me moví para él. Monté su cuerpo. Se tensó en mi interior y me quedé sin aliento. Nos observé en los espejos. Observé mis caderas balanceándose sobre él.

—Ma petite —susurró—, mírame directamente a los ojos. Déjalo suceder entre nosotros como siempre debió de ser.

Miré irremediablemente sus ojos azul profundo. Eran preciosos, pero sólo era ojos. Negué con la cabeza.

—No puedo.

—Debes dejarme entrar en tu mente, así como me dejas entrar en tu cuerpo. —Se movió dentro, y me costaba pensar.

—No sé cómo —respondí.

—Ámame a mí, Anita, ámame.

Me quedé con mi mirada fija en él y lo hice.

—Yo te amo.

—Entonces déjame entrar*, ma petite*. Déjame amarte.

Lo sentí como si una cortina fuera arrancada con fuerza. Mantuve su mirada y, repentinamente, en cierta forma me ahogué en un profundo océano azulado como la media noche interminable que logró quemarme. Estaba al tanto de mi cuerpo. Podía sentir a Jean-Claude dentro de mí. Lo podía sentir como un cepillo de seda dentro de mi mente.

El orgasmo me golpeó inesperadamente, abrió mi mente para él más de lo que había planificado. Me arrojó salvajemente sobre él y caí en sus ojos. Él gritó debajo de mí, y me percaté que todavía podía sentir mi cuerpo, sentir mis manos en su pecho, sentir mi pelvis montándole. Abrí los ojos y durante un fugaz segundo vi su cara quedarse inerte en ese momento de total abandono.

Sufrí un colapso sobre él, pasé mis manos por sus brazos, sentí su corazón golpear contra mi pecho. Nos quedamos inmóviles durante varios segundos, descansando, sujetándonos el uno al otro, y entonces me deslicé fuera de él, colocándome a su lado.

—Ya no puedes hechizarme más con tus ojos. Aún si te dejo, todavía puedo quebrantar el agarre en cualquier momento.

—Sí, *ma petite*.

—¿Te molesta?

Alzó un mechón de mi pelo, pasándolo entre sus dedos.

—Digamos que no me molesta tanto como podía haberlo hecho hace unas horas.

Me enderecé sobre un codo para poder ver su cara.

—¿Qué significa eso? ¿Que ahora que he tenido sexo contigo no soy peligrosa?

Se quedó con la mirada fija en mí. No podía leer sus ojos.

—Siempre serás peligrosa, *ma petite*. —Se irguió, inclinando su cintura, uniendo sus labios a los míos en un beso gentil. Se alejó lo suficiente como para hablar, sosteniéndose a sí mismo sobre un brazo—. Hubo un tiempo en que habrías tomado mi corazón con una estaca o un arma. —Llevó mi mano a la suya y la alzó hacia su boca—. Ahora lo has tomado con estas delicadas manos y el perfume de tu cuerpo. —Besó el dorso de mi mano delicadamente. Se recostó, arrastrándome con él—. Vamos, *ma petite*, disfruta tu conquista.

Detuve mi cara, evitando un beso.

—Tú no serás conquistado —repliqué.

—Ni tú tampoco, *ma petite*. —Recorrió con sus manos mi espalda—. Comienzo a darme cuenta de que nunca serás conquistada, y ese es el máximo afrodisíaco de todos.

—Un reto para siempre —añadí.

—Para toda la eternidad —susurró.

Lo dejé acercarme para besarme, una parte de mí todavía no estaba segura de si lo que había hecho era algo bueno o malo. Pero sólo por esa noche, no me importaba.



CUARENTA

Me desperté rodeada de sábanas de color rojo sangre, desnuda y sola. Jean-Claude me había dado un beso de despedida y se había ido a su ataúd. No discutí. Si hubiera despertado con él frío y muerto a mí lado… Sólo digamos que había tenido todas las emociones que podía tratar durante un rato por parte de uno de mis novios.

Novio. Esa era una palabra para alguien que te acompaña a clase. No parecía la palabra adecuada después de esa noche. Yacía allí, aferrando contra mi pecho las sábanas de seda natural. Podía oler la colonia de Jean-Claude en ellas, en mi piel, pero más que eso, podía olerle. Abracé ese olor, me rodeé de él. Había dicho que me amaba y esa noche le creí por un instante. A la luz del día, no estaba tan segura. ¿Cuán estúpida puedo ser por casi creer que un vampiro me ama? Ni cercanamente estúpida como para casi amarle. Pero todavía amaba a Richard. Una noche de excelente sexo no cambiaba eso. Esperaba que lo hiciera. La lujuria podía morir

fácilmente, pero el amor no. El verdadero amor es una bestia mucho más difícil de matar.

Hubo un suave golpe en la puerta. Tuve que encontrar la Firestar bajo dos almohadas rojas antes de salir fuera. La sostuve a un lado.

—Adelante —dije.

Un hombre entró en la habitación. Era alto, musculoso, con el pelo afeitado a ambos lados, de la parte de atrás salía una larga cola de caballo.

Lo apunté con el arma y sujeté las sábanas contra mi pecho.

—No le conozco.

Los ojos se abrieron ampliamente, la voz le tembló.

—Soy Ernie, se supone que debo preguntarle si quiere desayunar.

—No —contesté—. Ahora, salga.

Él asintió mirando la pistola. Vaciló en la puerta, con la vista aún fija en el cañón del arma. Traté de adivinar.

—¿Qué le dijo que hiciera Jean-Claude?

Era asombroso la cantidad de personas más asustadas de Jean-Claude que de mí. Apunté con la pistola al techo.

—Dijo que tenía que estar a su disposición, cualquier cosa que quiera. Dijo que debía dejarle muy claro esto.

—Está claro. Ahora, salga.

Todavía vaciló.

Había tenido suficiente.

—Ernie, estoy aquí, sentada, desnuda, en la cama, y no lo conozco. Salga o, en principio, le dispararé.

Le apunté con la pistola para darle más énfasis dramático.

Ernie corrió, dejando la puerta abierta. Estupendo. Ahora tenía que elegir entre andar desnuda hacia la puerta y cerrarla, o envolverme con la enorme sábana e ir tropezando hasta la puerta y cerrarla. Sábana. Cuando Richard apareció por la puerta, estaba sentada al borde de la cama con la sábana ante mí y la mayor parte de mi trasero al descubierto, y la pistola todavía aferrada en mi mano.

Estaba vestido con vaqueros, camiseta blanca, chaqueta vaquera y tenis blancos. Su pelo se arremolinaba alrededor de la cara en una masa de ondas marrones y doradas. Una garra le había cortado la cara, dejando brutales verdugones rojos que seguían por el lado izquierdo de su cara. La herida parecía de hacía días. Tenía que haber sucedido después de que me fuera esa noche.

Llevaba mi abrigo de cuero en una mano y la Browning en la otra. Sólo se quedó en la puerta.

Me senté en la cama. Ninguno de los dos dijo nada. No era lo suficientemente astuta o sofisticada para eso. ¿Qué le dices al novio *A* cuando te encuentra desnuda en la cama del novio *B*?

Especialmente si tu novio *A* se convirtió en un monstruo la noche anterior y se comió a alguien. Apuesto a que la Señorita Modales no aceptaba eso en absoluto.

—Dormiste con él, ¿verdad? —Su voz era baja, casi suave, como si intentara no gritar con mucha intensidad.

Mi estómago se tensó. No estaba lista para esa pelea. Estaba armada pero desnuda. Habría cambiado la pistola por ropa en un segundo.

—Diría que esto no es lo que parece, pero lo es.

Mi intento de humor no funcionó.

Caminó a zancadas por el cuarto acercándose como una tormenta, su ira llegó antes que él, en una ola que chispeaba. El poder se vertió sobre mí y quise gritar.

—Deja de filtrar todo eso sobre mí.

Lo detuve, casi literalmente, en mitad de un movimiento.

—¿De qué estás hablando?

—Tu poder, el aura, está cayendo sobre mí. Páralo.

—¿Por qué? ¿Se siente bien? Hasta que te asustaste anoche, se sentía bien, ¿verdad?

Aparté de un empujón la Firestar bajo la almohada y me puse de pie, agarrando firmemente la sábana.

—Sí, se sentía bien hasta que te transformaste sobre mí. Estaba cubierta de aquella sustancia pastosa, clara y espesa.

El recuerdo era lo suficientemente reciente y me estremecí, aparté la mirada de él.

—Así que follaste con Jean-Claude. Oh, eso tiene sentido.

Lo miré y sentí una respuesta a la ira. Si quería pelear, había venido al sitio correcto. Alcé la mano derecha. Estaba cubierta con una maravillosa magulladura multicolor.

—Hiciste esto cuando golpeaste mi pistola.

—Hubo suficiente matanza, Anita. Nadie más tenía que morir.

—¿De verdad crees que Raina dejará que tomes el control? De ninguna manera. Te verá muerto primero.

Sacudió la cabeza, su cara era un conjunto de tercas líneas.

—Soy *Ulfric* ahora. Tengo el control. Hará lo que yo diga.

—Nadie manda sobre Raina, no durante mucho tiempo. ¿Ya se ha ofrecido para follarte?

—Sí —respondió.

La forma en la que lo dijo me detuvo, hizo que mi aliento se paralizara momentáneamente.

—¿Lo hiciste después de que me marchara?

—Te estaría bien merecido si lo hubiera hecho.

No pude encontrar sus ojos.

—Si la haces tu *lupa*, lo dejará pasar. No quiere perder su posición de poder. —Me obligué a mirar hacia arriba para encontrar sus ojos.

—No quiero a Raina.

Algo pasó por su cara de manera cruel que trajo lágrimas a mis ojos.

—No me puedes querer ahora, no después de anoche.

—¿Es por eso por lo que dormiste con Jean-Claude? ¿Creíste que te mantendría a salvo de mí?

—No pensaba tan claramente —dije.

Colocó el abrigo y la pistola sobre la cama. Aferró uno de los extremos. La madera gimió bajo la fuerza de sus manos. Dio un tirón atrás como si no hubiera querido hacerlo.

—Dormiste con él en esta cama. Justo aquí.

Se tapó los ojos con las manos como si estuviera intentando borrar la imagen de la cabeza.

Gritó sin palabras.

Avancé un paso hacia él, con la mano alzada y me detuve. ¿Cómo podía consolarlo? ¿Qué podía decir que lo hiciera mejor? Nada.

Le dio un tirón a la sábana, tirando de ella hasta que se soltó. Asió el colchón y lo tiró de la cama. Asió el somier y lo levantó.

—¡Richard! —grité.

La cama era de roble macizo y antiguo, y él lo lanzó a un lado como si fuera de juguete. Arrancó la sábana bajera de la cama. La seda se desgarró con un sonido como de piel desollándose. Él estaba de rodillas con restos de seda en sus manos. Tendió las manos hacia mí y las sábanas cayeron como sangre.

Richard se puso de pie, un poco inestable. Se apoyó contra la cama y avanzó un paso hacia mí. La Firestar y la Browning estaban en algún parte

del suelo entre la confusión de seda roja y colchón.

Me retiré hasta llegar al rincón y ya no tenía más a dónde ir. Todavía sostenía la sábana alrededor de mí cuerpo como algún tipo de protección.

Alcé una mano hacia Richard, como si eso fuera a ayudarme.

—¿Qué quieres de mí, Richard? ¿Qué quieres que diga? Lo siento, siento haberte lastimado. Siento no haber podido manejar lo que vi anoche. Lo siento.

Caminó hacia mí, acechando, sin decir nada, sus manos se cerraron en puños. Me di cuenta de que tenía miedo de Richard. Que no estaba segura de lo que haría cuando me alcanzara, y no estaba armada. Una parte de mí sentía que me merecía ser golpeada por lo menos una vez, que se lo debía. Pero después de ver lo que había hecho con la cama, no estaba segura de si sobreviviría.

Richard asió la sábana, encerrándola en su puño, tirando de mí hacia él. La usó para levantarme, haciéndome quedar de puntillas. Me besó. Durante un segundo me congelé. Esperaba que me golpeara, que me gritara, pero no eso.

Su boca magulló mis labios, forzándola a abrirse. En el momento en que sentí su lengua, eché la cabeza hacia atrás.

Richard colocó una mano en la parte trasera de mi cabeza como si me forzara a besarle. La rabia de su cara daba miedo.

—¿Ya no soy suficientemente bueno para besarte?

—Anoche te vi comerte a Marcus.

Me dejó ir tan repentinamente que caí al suelo tropezando con la sábana. Intenté ponerme de rodillas, pero las piernas se me habían enredado. La sábana resbaló por debajo de un pecho. Luché para cubrirme. Avergonzada.

—Hace dos noches me permitiste tocarlos, lamerlos. Ahora ni siquiera puedo verlos.

—No lo hagas, Richard.

Se puso de cuclillas ante mí, así que estábamos al mismo nivel.

—¿No hacer qué? ¿No estar enfadado porque dejaste follarte a un vampiro?

Se arrastró hacia delante hasta que nuestras caras casi se tocaban.

—Anoche follaste con un cadáver, Anita ¿Fue bueno?

Lo miré fijamente, sin avergonzarme más. En vez de eso, estaba enfadada.

—Sí, me gustó.

Se echó hacia atrás como si lo hubiera golpeado. Su cara se contrajo y los ojos buscaron frenéticamente por la habitación.

—Te amo. —Me miró de repente, los ojos muy abiertos y llenos de dolor—. Te amo.

Mantuve los míos muy abiertos para que las lágrimas no cayeran y bajaran por mis mejillas.

—Lo sé, y lo siento.

Se giró lejos de mí, todavía arrodillado. Golpeó el suelo con sus manos una y otra vez hasta que la sangre manchó la alfombra blanca.

Me puse de pie. Me incliné sobre él, asustada de tocarlo.

—Richard, Richard, no, por favor, no.

Las lágrimas cayeron y no las pude detener.

Me arrodillé a su lado.

—Te estás haciendo daño. ¡Para!

Agarré sus muñecas, sosteniendo sus manos sangrantes en las mías. Me miró fijamente y la mirada en la cara era ruda, humana.

Le toqué la cara, trazando suavemente las marcas de las garras. Él se inclinó sobre mí, las lágrimas derramadas por sus mejillas. La mirada de sus ojos me dejó inmóvil. Sus labios rozaron los míos, suavemente. No me horroricé, pero tampoco le devolví el beso.

Él retrocedió, lo suficiente para verme la cara claramente.

—Adiós, Anita.

Se puso de pie.

Quería decirle tanto, pero nada de eso ayudaría. Nada mejoraría la situación. Nada borraría lo que había visto anoche o como me había hecho sentir.

—Richard… yo… lo siento.

—Yo también. —Caminó hacia la puerta. Vaciló con la mano en el pomo—. Siempre te amaré.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. No quedaba nada por decir.

—Te amo, Richard, y lo lamento tanto que no sé qué decir.

Abrió la puerta y salió por ella sin mirar atrás. Cuando se cerró tras él, me senté en el suelo, acurrucada en la sábana de seda. Podía oler la colonia de Jean-Claude, pero ahora también podía oler a Richard. Su *aftershave* se adhería a las sábanas, a mi boca.

¿Cómo podía dejarle ir así? ¿Cómo podía llamarlo para que volviera?

Me senté en el suelo y no hice nada, porque no sabía qué hacer.



CUARENTA Y UNO

Llamé al contestador de Edward y le dejé un mensaje. No podía quedarme donde estaba. No podía quedarme aquí, mirando el cuarto destrozado y recordando los ojos dolidos de Richard. Tenía que salir. Tenía que llamar a Dominic y decirle que no iba a ir. La tríada de poder no funcionaba sin al menos dos de nosotros. Jean-Claude estaba en su ataúd y Richard estaba fuera de vista. Ahora no estaba segura de lo que iba a pasar con nuestro pequeño triunvirato. No veía a Richard quedarse y mirar como sobaba a Jean-Claude, y tampoco si no le sobaba. No podía culparle por ello.

Extrañamente, el pensamiento de verle durmiendo con Raina aún me hacia poner verde. Ahora no tenía ningún derecho a estar celosa, pero lo estaba. Quién lo hubiera imaginado.

Me vestí con unos pantalones, una blusa de manga corta y una chaqueta, todo en negro. Tenía que trabajar esta noche y Bert me regañaría por usar ese color. Piensa que daba mala imagen. Que se joda. Esta noche

el negro iba a juego con mi humor.

La Browning en la pistolera del hombro, la Firestar en la pistolera *Uncle Mike's*, un cuchillo en cada brazo y el cuchillo en la columna. Estaba lista para trabajar.

Le iba a dar a Edward diez minutos más, luego me iría de allí. Si aún había un asesino al acecho, casi le daría la bienvenida; a él o a ella.

Sonó un golpe en la puerta. Suspiré.

—¿Quién es?

—Cassandra.

—Pasa.

Abrió la puerta, echó un vistazo a la cama destrozada y sonrió.

—Había escuchado hablar de sexo duro, pero esto es demasiado.

Llevaba un vestido blanco que caía hasta casi sus tobillos. Calcetines blancos y unas zapatillas de tela también blancas completaban el conjunto. Parecía etérea y veraniega, su largo cabello caía por su espalda.

Negué con la cabeza.

—Lo hizo Richard.

Dejó de sonreír.

—¿Se enteró que te acostaste con Jean-Claude?

—¿Es que todos lo saben? —pregunté.

—No todos. —Entró dentro de la habitación y cerró la puerta tras ella. Negó con la cabeza—. ¿Te hizo daño?

—No me golpeó, si es eso lo que quieres decir, pero me siento bastante mal.

Cassandra se acercó a la cama y la miró. Se quedó a los pies. La levantó con una mano e hizo presión con la otra. Levantó casi cien kilos de madera y metal como si nada. Puso la cama suavemente sobre la alfombra.

Alcé una ceja.

—Eso ha sido impresionante.

Sonrió casi con timidez.

—Uno de los beneficios adicionales de ser *licántropo* es poder levantar prácticamente lo que quieras.

—Veo el lado positivo.

—Sabía que lo harías —dijo.

Comenzó a recoger las almohadas y sabanas rasgadas. La ayudé.

—Posiblemente deberíamos poner primero el colchón —comentó.

—De acuerdo, ¿necesitas ayuda?

Rió.

—Lo puedo levantar, pero es incómodo.

—Por supuesto —cogí el otro lado del colchón.

Cassandra se acercó, levantando el colchón con la mano izquierda. Una mirada cruzó su rostro.

—Lo siento.

—Antes expresé lo que pensaba sobre Richard y tú. Quiero que sea feliz —dije.

—Es muy halagador. Me gustas, Anita. Me gustas mucho. Desearía que no lo hicieras.

Tuve tiempo de fruncir el ceño. Después, su delicado puño salió de alguna parte, como una mancha golpeando mi rostro. Me sentí caer de espaldas. Caí de lleno sobre el suelo y no pude salvar la cabeza del golpe extra contra la alfombra. No dolió. No sentí nada cuando la oscuridad se cerró sobre mí.



CUARENTA Y DOS

Salí de la oscuridad lentamente, arrastrándome pesadamente hacia arriba, como si hubiera sido despertada de un sueño profundo. No estaba segura de qué me había despertado. No podía recordar haberme ido a dormir. Intenté girar y no pude. Repentinamente estaba muy despierta, los ojos bien abiertos, el cuerpo tenso. Había sido atada antes, era una de las situaciones que más me asustaban. Tenía pocos momentos de puro pánico. Peleé contra las cuerdas que me ataban las muñecas y tobillos. Luché tirando, hasta que me di cuenta que los nudos se estaban apretando más mientras me resistía.

Me forcé a permanecer muy quieta. Mi corazón latía tan fuerte en mis oídos que no podía escuchar nada más. Tenía las muñecas atadas sobre la cabeza, en un ángulo lo suficientemente inclinado como para tensarme los hombros, presionándome hasta las muñecas. Incluso levantar un poco la cabeza, lo suficiente para verme los tobillos, era doloroso. Estos estaban atados juntos, al pie de una cama nada familiar. Moví la cabeza hacia atrás

y vi la cuerda que me ataba las muñecas a la cabecera de la cama. Era negra y suave, si tuviera que apostar, diría que era tejido de seda. Parecía como algo que Jean-Claude tendría dentro de un armario, en algún lugar. Lo considere durante medio segundo, luego la realidad entró en la habitación y mi corazón se detuvo por un segundo.

Gabriel se acercó a los pies de la cama. Llevaba unos pantalones negros de cuero, tan apretados que parecía que iban a estallar, y botas de plataforma que le llegaban hasta los muslos con correas en lo alto para mantener el suave cuero en su lugar. Estaba desnudo de la cintura para arriba, un aro de plata le atravesaba el pezón izquierdo, otro al borde del obligo. Llevaba más plata a lo largo de las orejas, brillando mientras caminaba alrededor de la cama. El largo y grueso cabello negro le caía alrededor del rostro, enmarcando los pálidos ojos gris tormenta. Caminó aproximándose detrás de la cabecera, fuera de la vista. Después, lentamente volvió al borde de la cama.

Mi corazón empezó a latir de nuevo. Latía tan rápido que me iba a ahogar en él. Se habían llevado la Browning y la Firestar, con fundas y todo. Las fundas de la muñeca habían desaparecido. Tensé la espalda y aún pude sentir la funda trasera. Cuando eché la cabeza hacia atrás no sentí el mango del cuchillo. Admito que estaba aliviada de que no me hubieran desnudado para quitarme la funda. Por la manera en que Gabriel estaba rodeando la cama, apostaba que llegaríamos a eso.

Intenté hablar, no pude. Tragué y lo intenté de nuevo.

—¿Qué está pasando? —Mi voz sonó sorprendentemente calmada. Incluso para mí.

Una risa de mujer, fuerte y sonora, llenó la habitación. Pero por supuesto no era una habitación. Estábamos en la granja donde hacían esas asquerosas películas. La habitación donde estaba atada solo tenía tres paredes. Las luces que colgaban sobre mí estaban muertas, aún apagadas.

Raina entró en mi campo visual con zapatos de tacón alto, puntiagudos, del color de la sangre. Traía puesto lo que parecía un picardías de cuero rojo que dejaba al descubierto la mayor parte de las caderas y sus largas piernas.

—Hola, Anita, te ves bien.

Respiré profundamente a través de la nariz y exhalé lentamente. Mi corazón se calmó un poco. Bien.

—Deberías hablar con Richard antes de hacer algo drástico. La

posición de *lupa* acaba de quedar libre.

Ladeó la cabeza hacia un lado, confundida.

—¿De qué estás hablando?

—Se acostó con Jean-Claude.

Cassandra estaba apoyada al borde de la falsa habitación, de espaldas a la pared. Se veía como siempre se veía. Si se sentía culpable por haberme traicionado con Raina, no lo parecía. La odié mucho por eso.

—¿No vas a dormir con ambos? —preguntó Raina.

—No lo había planeado —contesté.

Cada vez que abría la boca y no me tocaba nadie, me sentía un poco más calmada. Si Raina lo hacía para sacarme del camino, no necesitaría ir tan lejos. Era venganza por Marcus. Estaba de mierda hasta el cuello.

Raina se sentó al final de la cama, cerca de mis pies. Me tensé cuando lo hizo, no pude evitarlo. Lo notó y rió.

—Oh, vas a ser muy divertida.

—Puedes ser la hembra alfa. No quiero el trabajo —indiqué.

Raina suspiró, pasándome la mano a lo largo de la pierna, masajeando el músculo del muslo superior, casi ausentemente, como acaricias a un perro.

—Richard no me quiere, Anita. Cree que soy depravada. Te quiere a ti.

Me apretó el muslo hasta que pensé que iba a sacar las garras y desgarrar el músculo. Forzó un pequeño sonido en mi garganta antes de detenerse.

—¿Qué es lo que quieres?

—Tu dolor —sonrió cuando lo dijo.

Giré la cabeza hacia Cassandra. Tenía que haber alguien cuerdo en la habitación.

—¿Por qué les estás ayudando?

—Soy la loba de Sabin.

Entrecerré los ojos.

—¿De qué estás hablando?

Raina se arrastró hacia arriba por la cama, descansando junto a mí, insinuando su cuerpo contra el mío. Pasándome un dedo sobre el estomago. Era un gesto despreocupado, como si no estuviera concentrada. No quería estar cuando comenzara a concentrarse.

—Cassandra lo es desde el principio, ¿no es cierto, querida?

Cassandra asintió con la cabeza, acercándose para detenerse junto a la

cama. Sus ojos avellana estaban tranquilos, demasiado tranquilos. Cualquier cosa que estuviera sintiendo, estaba tras esa bonita cara, cuidadosamente controlada. El truco era, ¿había algo detrás de esa cara que pudiera ayudarme?

—Dominic, Sabin y yo somos un triunvirato. Somos lo que Richard, Jean-Claude y tú pudieron haber sido.

No me gustó que utilizara el pasado.

—¿Eres la mujer por la que dejó la sangre fresca?

—Creo en la santidad de la vida. Creía que valoraba eso por encima de todo. Ver pudrirse la belleza dorada de Sabin me ha convencido de lo contrario. Haré cualquier cosa para ayudarle a recuperarse.

Algo parecido al dolor cruzó sus ojos y desvió la mirada. Cuando volvió a mirar, la cara estaba forzadamente sin expresión, el esfuerzo temblaba en sus manos. Lo notó y pegó las manos a los brazos. Sonrió, pero no era una sonrisa feliz.

—Tengo que compensártelo, Anita. Siento mucho que tú y los tuyos hayáis sido involucrados en nuestros problemas.

—¿Cómo quedé involucrada?

Raina me deslizó los brazos sobre el estomago y colocó el rostro muy cerca del mío.

—Dominic tiene un hechizo para curar a Sabin de la enfermedad que le pudre. Una transferencia de esencia mágica, se podría decir. Todo lo que necesita es el donante adecuado.

Se inclinó tan cerca que sólo apartar mi cabeza fue lo que evitó que nuestros labios se tocaran. Susurró contra mi piel, cálido aliento.

—Un donante perfecto. Un vampiro que comparte exactamente los poderes de Sabin, una perfecta compatibilidad, y un sirviente, ya sea un macho alfa o reanimador, unido a ese mismo vampiro.

Giré y la miré. No podía evitarlo. Me besó, presionando la boca contra la mía, forzando su lengua a entrar. Le mordí el labio lo bastante fuerte como para probar su sangre.

Se apartó bruscamente con un grito de sorpresa. Puso la mano sobre la boca y me miró.

—Esto te va a costar mucho.

Escupió su sangre. Salpicó hasta mi barbilla. Fue una estupidez. Hacerla enfadar más no ayudaba, pero observar la sangre bajar por ese rostro encantador casi lo vale.

—Gabriel, entretén a la señorita Blake.

Eso captó mi atención. Gabriel se deslizó sobre la cama, doblándose contra mí, como había hecho Raina por el otro lado. Era más alto, metro ochenta, así que no se ajustaba igual de bien. Pero lo que le faltaba de espacio, lo compensaba con técnica. Montó mi cuerpo a horcajadas y se inclinó sobre mí en una especie de flexión, acercando su boca más y más cerca. Lamió mi ensangrentada barbilla, un rápido lengüetazo. Aparté la cabeza.

Me sujetó la barbilla con una sola mano, forzándome a mirarle. Me sostuvo la barbilla como un tornillo de banco, sus dedos clavándose cuando luchaba. La fuerza de esos dedos era suficiente para aplastarme la mandíbula si apretaba. Lamió lentamente la sangre de la barbilla y mis labios, lamidas largas.

Grité y me maldije mentalmente. Esto era lo que querían. El pánico no ayudaría. El pánico no ayudaría. Seguí repitiéndolo una y otra vez, hasta que deje de tensar las cuerdas. No entraría en pánico, aún no, todavía no.

Cassandra se arrastró hasta la cama. Por el rabillo del ojo sólo podía ver el vestido blanco. Gabriel aun me sostenía inmóvil.

—Suéltale el rostro para que pueda verme.

Gabriel la miro y siseó.

Un bajo y vibrante gruñido salió de sus labios.

—Estoy de humor para una pelea esta noche, gatito, no me lo pongas fácil.

—¿No te están esperando para la ceremonia? —preguntó Raina—. ¿Acaso Dominic no te necesita allí para que funcione?

Cassandra retrocedió, y la voz que salió fue baja, forzada a través de sus labios humanos.

—Hablaré con Anita antes de irme, o no iré.

Raina se situó al otro lado de la cama.

—Nunca encontrarás otro maestro vampiro que sea perfectamente compatible con tu amo como lo es Jean-Claude. Nunca. ¿Arriesgarías su única esperanza de cura?

—Haré lo que quiera sólo esta vez, Raina, porque soy la alfa. Cuando Richard se vaya, lideraré la manda. Que no se te olvide.

—Ese no fue nuestro acuerdo.

—Nuestro trato era que tú matarías a la Ejecutora antes de que llegáramos a la ciudad. Fallaste.

—Marcus contrató al mejor. ¿Quién se imaginaría que sería tan difícil de matar?

—Yo lo hice, la primera vez que la conocí. Siempre estás subestimando a las otras hembras, es una de tus debilidades.

Cassandra se inclinó sobre Raina.

—Intentaste matar a Richard antes de que Dominic pudiera usarle en el hechizo.

—Iba a matar a Marcus.

Cassandra negó con la cabeza.

—Entraste en pánico, Raina. Tú y Marcus. Ahora Marcus está muerto y tú no puedes liderar la manada. Muchos de ellos te odian. Y muchos aman a Richard, o al menos le admiran.

Quería preguntar donde estaban Richard y Jean-Claude, pero tenía miedo de saberlo. Una ceremonia, sacrificio, pero necesitaban a Cassandra para que funcionara. No quería que ella se diese prisa.

—Eras la cuartada de Dominic —dije—. No es que me este quejando, pero ¿por qué sigo aún viva?

Cassandra se agachó, mirándome.

—Gabriel y Raina te querían en una película. Si me das tu palabra de que no buscarás venganza contra ninguno de nosotros por las muertes de tus dos hombres, entonces intentaría liberarte.

Empecé a abrir la boca y a prometer.

Agitó un dedo frente a mi boca.

—Sin mentiras, Anita, no entre nosotras.

—Muy tarde para eso —contesté.

Cassandra asintió.

—Cierto, y eso me apena. Bajo otras circunstancias, tal vez podríamos haber sido amigas.

—Sí.

Por supuesto, eso hacía que doliera más. Nada frota sal en las heridas como la traición. Richard posiblemente podría comparar notas conmigo en este momento.

—¿Dónde están Richard y Jean-Claude?

Me miró.

—Incluso ahora crees que puedes salvarlos, ¿no es así?

Me hubiera encogido de brazos, pero no me podía mover.

—Era un pensamiento.

—Fuiste señuelo y prisionera para los dos hombres —explicó Cassandra.

Gabriel se había instalado sobre mí, su cuerpo presionaba la longitud de mi cuerpo. Era pesado. Nunca notas lo pesado que es un hombre cuando estás disfrutando. Se había hundido hacia abajo, así que los pies estaban en la cama y podía doblar los brazos sobre mi pecho. La barbilla descansaba en sus brazos y me miraba así, como si supiera que tenía todo el día, toda la noche y todo el tiempo del mundo.

—Estoy bastante sorprendida de que hoy rompieras con Richard, Anita —dijo Raina—. Le mandamos un mechón de tu cabello con una nota que decía después que mandaríamos una mano. Vino y no se lo contó a nadie, tal y como le dijimos. Realmente es tonto.

Sonaba como algo que haría Richard, pero de todos modos me sorprendió.

—No lograste que Jean-Claude se entregara con un mechón de mi pelo.

Raina se movió a un lugar desde el que podía verla mejor y sonrió. El labio comenzaba a curarse.

—Muy cierto, ni siquiera lo intentamos. Jean-Claude hubiera sabido que pretendíamos matarte, a pesar de todo. Hubiera venido con todos sus vampiros, todos los lobos que le son leales. Hubiera sido un baño de sangre.

—¿Entonces cómo le atraparon?

—Cassandra le traicionó, ¿no es así Cassandra?

Cassandra solo nos miró.

—Si Richard no hubiera roto contigo, tal vez hubieras sido capaz de curar a Sabin. Buscar tu ayuda sólo fue una excusa para entrar al territorio de Jean-Claude. Pero desde el principio fuiste más fuerte que Dominic. Nos sorprendiste soportando la marca del vampiro. Debías ser parte del sacrificio, pero sin al menos la primera marca, no funcionaría.

Hurra por mí.

—Me viste curando el corte de Damian y el zombi. Puedo curar a Sabin. Sabes que puedo, Cassandra. Lo viste.

Negó con la cabeza.

—La enfermedad se ha extendido dentro de Sabin. Su cerebro se está perdiendo. Si le hubieras curado hoy, quizá. Para que el hechizo funcione no puede estar loco. Incluso un día más sería muy tarde.

—Si matas a Richard y a Jean-Claude, no tendré el poder para sanar a

Sabin. Si Dominic viene planeando sacrificar a los tres, entonces el hechizo necesita que trabajemos los tres juntos.

Algo pasó por su rostro. Tenía razón.

—Dominic no está seguro si funcionará sin un sirviente humano en el grupo, ¿verdad?

Cassandra negó con la cabeza.

—Tiene que ser esta noche.

—Si les matas a ambos y eso no cura a Sabin, habrás destruido la única oportunidad real que tiene. Nuestro triunvirato le puede curar. Sabes que puede.

—No lo sé. Me prometerás la misma luna si crees que eso os salvará a todos.

—Cierto, pero aún creo que podemos curarle. Si matas a Jean-Claude y a Richard, la oportunidad se pierde. Déjanos al menos intentarlo. Si no funciona, les puedes sacrificar mañana. Dejaré que Jean-Claude me haga la primera marca. O curamos a Sabin mañana o seremos el perfecto sacrificio para el hechizo de Dominic.

La forcé a escucharme. A creer en mí.

—¿Será capaz Sabin de leer su parte del hechizo mañana por la noche? —preguntó Raina. Se movió muy cerca de Cassandra—. Una vez que se pudra su cerebro, no se podrá hacer más que encerrarle en una caja con cruces dentro. Y esconderle lejos.

Las manos de Cassandra se convirtieron en puños. Un ligero temblor le recorrió el cuerpo. Un miedo atroz apareció en su rostro.

Raina se giró hacia mí, casi comentando.

—Sabin no morirá, lo entiendes. Se derretirá en un charco de babas, pero no morirá. ¿O sí, Cassandra?

—No —casi gritó Cassandra—. No, no morirá. Sólo se volverá loco. Aún tendrá todos los poderes del triunvirato, pero estará loco. Le tendremos que encerrar y rezar para que el hechizo de Dominic pueda mantener su poder a raya. Si no podemos mantener prisioneros esos poderes, el consejo nos obligará a quemarle vivo. Sólo eso será una muerte segura.

—Pero si hacéis eso —dijo Raina—, tú y Dominic moriréis también. Todas esas marcas de vampiro os arrastraran al infierno con él.

—Sí, sí —repitió Cassandra—, sí.

Me miró con enfado e impotencia en su rostro.

—¿Se supone que debo sentir lástima por ti? —pregunté.

—No, Anita, sólo debes morir —contestó.

Tragué fuerte e intenté pensar en algo útil. Era difícil hacerlo con Gabriel sobre mí, pero si no pensaba en algo, estábamos todos muertos.

Cassandra se sobresaltó como si alguien la hubiera tocado. Un picor de energía subió por mi cuerpo desde su cuerpo, erizándome la piel donde tocaba. Gabriel pasó las puntas de los dedos sobre la piel de mis brazos, haciendo que la carne de gallina permaneciera un poco más.

—Debo irme —dijo Cassandra—. Antes de que la noche acabe, quizás desearás ser sacrificada. —Miró de Gabriel a Raina—. Un corte en la garganta será lo más rápido.

Estaba de acuerdo con ella, pero no estaba segura de qué decir. Estábamos discutiendo diferentes formas de matarme. Particularmente, ninguna me parecía buena opción.

Cassandra me miró.

—Lo siento.

—Si realmente lo sientes —expuse—, desátame y dame un arma.

Me sonrió con tristeza.

—Sabin me ordenó no hacerlo.

—¿Siempre haces lo que te dicen? —pregunté.

—Esta única vez, sí. Si vieras pudrirse ante ti la belleza de Jean-Claude harías cualquier cosa por ayudarle.

—A quién tratas de convencer, ¿a mí o a ti?

Se tambaleó ligeramente y sentí el pico de poder abandonar su cuerpo junto con el mío. Gabriel me lamió el brazo.

—Tengo que irme. El círculo pronto será cerrado.

Me miró, y también a Gabriel deslizando la lengua hacia arriba por mí brazo.

—Realmente lo siento, Anita.

—Si estás buscando perdón, reza. Dios tal vez te perdone, yo no lo haré.

Cassandra me miró otra vez durante un segundo.

—Que así sea. Adiós, Anita.

Corrió como en una mancha blanca, como un fantasma que avanza rápido.

—Bien —dijo Raina—. Ahora podemos encender las luces y hacer unas tomas de prueba.

Las luces titilaron con un brillo mareante.

Cerré los ojos ante el resplandor.

Gabriel movió mi cuerpo hacia arriba y abrí los ojos.

—Íbamos a desnudarte y a atarte con los brazos extendidos, pero Cassandra no nos dejó. Aunque ahora está muy ocupada con el hechizo.

Colocó las manos a cada lado de mi cabeza, reteniendo algo de mi pelo.

—Pusimos maquillaje en tu rostro mientras estabas desmayada. Podemos maquillarte el cuerpo como parte del espectáculo. ¿Qué piensas?

Traté de pensar en algo útil. Nada en absoluto. Nada llegó a mi mente. Se inclinó sobre mí, acercando más y más el rostro. Abrió la boca lo suficiente para mostrar los colmillos. No colmillos de vampiro, pero sí pequeños colmillos de leopardo. Richard una vez me había dicho que Gabriel pasó mucho tiempo en su forma animal, por lo que nunca regresó plenamente. Genial.

Gabriel me besó, suavemente, después más fuerte, forzando su lengua dentro de mi boca. Se alejó de mí.

—Muérdeme.

Me besó, después abrió los labios de nuevo, lo suficiente sólo para susurrar:

—Muérdeme.

El dolor excitaba a Gabriel. No le quería más excitado, pero con su lengua a mitad de mi garganta, era difícil no darle lo que quería. Me pasó las manos sobre los pechos, apretando fuerte, lo suficiente para que sonara un grito ahogado.

—Muérdeme y me detendré.

Mordí su labio. Mordí hasta que se apartó, la cuerpo presionaba el mío. La sangre fluyó de su boca a la mía. Le liberé y le escupí la sangre en la cara. Estaba lo suficientemente cerca para salpicarlo con una lluvia roja.

Rió, pasando los dedos sobre el labio ensangrentado, metiéndolos después en la boca, chupando la sangre.

—¿Sabes cómo me convertí en leopardo? —preguntó.

Le miré.

Me abofeteó leve e inesperadamente. Miles de estrellitas cruzaron mi visión.

—Contéstame, Anita.

Cuando pude enfocar, pregunté:

—¿Cuál era la pregunta?

—¿Sabes cómo me convertí en leopardo?

No quería jugar a ese juego. No quería participar en la idea de charla de almohada de Gabriel, pero tampoco quería ser golpeada de nuevo. No tardaría mucho en dejarme inconsciente. Si alguna vez despertaba otra vez, estaría peor de lo que estaba ahora. Difícil de creer, pero cierto.

—No —contesté.

—Siempre me gustó el dolor, incluso cuando era humano. Conocí a Elizabeth. Era leopardo. Tuvimos sexo, pero yo quería que cambiara mientras lo hacíamos. Dijo que tenía miedo de matarme.

Se inclino sobre mí. La sangre goteaba desde su labio en lentas y densas gotas.

Parpadeé, girando la cara, intentando mantener la sangre lejos de mis ojos.

—Casi muero.

Había girado la cara completamente hacia un lateral mientras la sangre caía sobre un lado del rostro.

—¿El sexo mereció la pena?

Se inclinó y empezó a lamer la sangre de mi rostro.

—El mejor sexo que he tenido.

Un grito empezó en mi garganta. Lo tragué, y dolió mientras bajaba. Tenía que haber alguna forma de salir de esto. Tenía que haberla.

Una voz de hombre dijo:

—Túmbate sobre ella como lo vas a hacer en la toma y hagamos algunas lecturas de luz.

Me di cuenta de que había un equipo. Un director, un cámara, una docena de personas atareadas, ninguna ayudándome.

Gabriel sacó un cuchillo de la bota alta y negra. El mango era negro, pero la hoja tenía un brillo plateado. Observé el arma, no pude evitarlo. Había estado asustada antes, pero no como ahora. El miedo me quemaba la parte trasera de la garganta, amenazando con desbordarse en gritos. No fue la vista de la hoja lo que me asustó. Un momento antes hubiera hecho lo que fuera para que cortara las cuerdas. Ahora hubiera dado lo que fuera para que no las cortara.

Gabriel me puso la mano en el estomago y deslizó una rodilla entre mis piernas atadas. No había mucho espacio. Estuve agradecida. Torció la parte superior de su cuerpo y se dirigió hacia abajo con el cuchillo. Ya sabía lo que iba a hacer antes de que sintiera las cuerdas ceder en los tobillos. Me

liberó los pies y al mismo tiempo, dejó caer la parte baja de su cuerpo sobre el mío. Sin tiempo para forcejear, sin tiempo para tomar ventaja. Había hecho esto antes.

Frotó las caderas contra mí, abriendo bien mis piernas, lo suficiente como para sentirle a través de los vaqueros. No grité, gimoteé y le odié. Mi rostro presionaba su pecho desnudo, justo debajo del pezón perforado. El vello del torso era áspero, raspaba contra mi mejilla. Su cuerpo me cubría casi completamente. Desde la cámara no podían ver más allá de las manos y las piernas.

Tuve una idea muy extraña.

—Eres muy alto —dije.

Gabriel tuvo que levantarse para mirarme directamente a la cara.

—¿Qué?

—La cámara nunca verá nada más que tu espalda. Eres muy alto.

Se deslizó hacia atrás levantándose sobre una rodilla. Parecía pensativo. Giró sin levantarse de encima de mí.

—Frank, ¿puedes ver algo de ella?

—No.

—Mierda —masculló Gabriel.

Me miró y sonrió.

—No vayas a ningún sitio, vuelvo enseguida.

Se apartó.

Con mis pies libres, me pude sentar. Las manos aún estaban sobre la cabeza, pero las pude poner contra la cabecera. Era un inmenso avance.

Gabriel, Raina y dos hombres con ropa desaliñada, estaban hablando en un reducido grupo. Alcancé a escuchar trozos de la conversación.

—¿Tal vez si la colgamos del techo?

—Entonces tendremos que cambiar la decoración de la habitación.

Había comprado algo de tiempo, pero ¿tiempo para qué? Había una larga mesa cerca de la habitación. Mis armas estaban sobre ella, colocadas claramente como atrezo. Todo lo que necesitaba estaba justo ahí, pero ¿cómo podía llegar a ellas? Raina no me iba a pasar un cuchillo para que me liberara. No, Raina, no lo haría, pero tal vez Gabriel sí.

Caminó hacia la cama, moviéndose como si tuviera más músculos, más de los que tenía un hombre. Se movía como un gato, si un gato pudiera caminar sobre dos patas.

Se arrodilló sobre la cama y comenzó a desatar la cuerda de la

cabecera, pero manteniendo las muñecas unidas.

—¿Por qué no cortas la cuerda? —pregunté.

—Frank se enfadó cuando corté la primera. Es seda autentica. Cara.

—Es bueno saber que Frank es monetariamente responsable.

Gabriel me sujetó la cara, forzándome a mantenerle la mirada.

—Vamos a cambiar la habitación y a atarte de pie. Te voy a joder hasta que te corras conmigo en tu interior, después voy a cambiar y a hacerte pedazos. Incluso puede que sobrevivas como yo sobreviví.

Tragué y hablé muy cuidadosamente.

—¿Es realmente tu fantasía, Gabriel?

—Sí.

—No es tu mejor fantasía —apunté.

—¿Qué?

—Despedazarme mientras estoy indefensa no es tu idea de buen sexo.

Sonrió mostrando los colmillos.

—Oh, sí que lo es.

«No entres en pánico, no entres en pánico, no entres en pánico». Me apoyé en él y me liberó el rostro para que pudiera hacerlo, pero movió la cuerda hacia arriba para apretarla, asegurándose de que mis manos estuvieran a la vista. Definitivamente, lo había hecho antes.

Me forcé a apoyarme sobre su pecho desnudo, las manos atadas presionaban contra su piel. Apoyé el rostro contra él y susurré:

—¿No quieres una espada dentro de ti cuando lo hagas? —Rocé el aro de plata de su pezón, lo apreté hasta que la piel cedió hacia fuera y él emitió un grito ahogado—. ¿No quieres sentir la plata quemando tu interior mientras empujas dentro de mí? —Me apoyé en las rodillas para que nuestros rostros estuvieran más juntos—. ¿No querrías saber que intento matarte mientras me estás follando? Tu sangre escurriendo por mi cuerpo mientras me jodes, ¿acaso no es esa tu fantasía?

Susurré eso último contra sus labios.

Gabriel se había quedado muy, muy quieto. Pude ver el pulso de su garganta palpitando contra la piel. Un latido rápido y fuerte contra mis manos. Tiré del aro del pezón y dejó salir un gemido bajo. La sangre le corría hacia abajo por el pecho. Alcé el aro y él soltó la cuerda para así poder mover mis manos. Alcé el ensangrentado aro entre nuestros labios, casi como si ambos lo besáramos.

—Solo tendrás una oportunidad de acostarte conmigo, Gabriel. De una

manera u otra, Raina me verá muerta esta noche. Nunca tendrás ninguna oportunidad conmigo de nuevo.

La punta de su lengua se enroscó y agarró el aro, lamiéndolo de mis dedos. Lo metió en la boca y lo sacó de nuevo, limpio y sin sangre. Me lo acercó con la punta de la lengua. Cogí el aro y envolví los dedos a su alrededor.

—Sólo quieres que te dé un cuchillo —dijo.

—Quiero enterrar una hoja de plata tan profundamente en ti que la empuñadura te haga moretones en la piel.

Se estremeció, su aliento escapó con un largo suspiro.

—Nunca encontraras a nadie como yo, Gabriel. Juega conmigo, Gabriel, y seré el mejor sexo que jamás hayas tenido.

—Lo intentarás y me matarás —indicó.

Deslicé los dedos a lo largo de la parte superior de los pantalones de cuero.

—Oh, sí, pero ¿de verdad has estado en peligro de morir desde esa primera vez con Elizabeth? Desde que cambió debajo de ti, ¿alguna vez has temido por tu vida durante el sexo? ¿Alguna vez te has subido a esa delgada y brillante línea, entre el placer y la muerte, otra vez?

Se volvió hacia otro lado, sin querer encontrar con mis ojos. Le toqué el rostro con las manos unidas, haciéndole girarlo de nuevo hacia mí.

—Raina no te ha dejado, ¿o sí lo ha hecho? Así como no te dejará esta noche. Eres el alfa, Gabriel, lo puedo sentir. No dejes que te robe eso. No dejes que te prive de mí.

Gabriel me miró, nuestros cuerpos aun tocándose, los rostros lo suficientemente cerca para besarse.

—Me matarás.

—Quizás, o me mataras tú.

—Tal vez sobrevivas —dijo—. Yo lo hice.

—¿Aún te acuestas con Elizabeth, ahora que sobreviviste?

Le besé suavemente, mientras pasaba los dientes a lo largo de su piel.

—Elizabeth me aburre.

—¿Me podrías aburrir, Gabriel? Si sobrevivo, ¿serías aburrido?

—No —susurró.

Sabía que le tenía. Así de fácil. O tenía el principio de un brillante plan o acababa de conseguir algo de tiempo. Algunas opciones. Era una mejoría. La verdadera pregunta era: ¿Cuánto tiempo tenían Jean-Claude y Richard?

¿Cuánto tiempo hasta que Dominic les cortara? Si no podía llegar a tiempo, no quería llegar en absoluto. Si ambos morían, casi quería que Gabriel terminara conmigo. Casi.



CUARENTA Y TRES

Me mantuvieron atada a la cama, pero Gabriel volvió a meterme los cuchillos en la funda de la muñeca. Sacó la espada y la enfundó a lo largo de mi columna. Por un momento pensé que no me la devolvería, pero al final, me apartó el pelo a un lado y la introdujo en su funda.

—No cortes las cuerdas hasta que esté a tiro. Quiero que la cámara sepa por qué estás asustada. Prométeme no estropearlo.

—Dame un arma y esperaré hasta que estés encima de mí para apretar el gatillo.

Sonrió y agitó un dedo ante mi cara, igual que si le regañase a un niño.

—Uh, uh, uh. Que violencia.

Respiré hondo y solté el aire.

—No puedes culpar a la chica por intentarlo.

Gabriel se rió, fuerte y nervioso.

—No, no puedo culparte por intentarlo.

Teníamos luces y cámaras, todo lo que necesitamos era acción. Gabriel se había limpiado la sangre del pecho y se había colocado de nuevo el aro de plata. Comenzábamos para la cámara. Habían limpiado la sangre de mi boca y retocado el maquillaje. Fue la chica joven *licántropo*, Heidi, la que me lo retocó. Tenía los ojos demasiado sobresaltados. Las manos le temblaban cuando me tocó.

Me susurró cuando me frotó ligeramente la cara.

—Ten cuidado cuando te bese. Una vez se comió la lengua de una chica.

—¿Puedes conseguirme un arma?

Tembló, los ojos rodaron hasta quedarse en blanco y aterrorizados. Sacudió la cabeza.

—Raina me mataría.

—No si está muerta.

Heidi sacudió la cabeza repetidas veces y retrocedió alejándose de la cama.

La mayoría del equipo se había largado. El director ofreció sobresueldos cuando advirtió que iba a perder a demasiadas personas para poder continuar. Enormes sobresueldos, algunos se quedaron. El resto se fue. No harían películas *snuff*. No se quedarían a contemplar cómo me mataba Gabriel, pero tampoco le detendrían. Tal vez alguno llamase a la policía. Era una idea atractiva, pero no puse ninguna esperanza en ella.

El poder se precipitó sobre mí como una ola, hormigueando por mi piel. Tiró de algo interno y profundo en mí interior. La sensación se fue casi tan rápidamente como llegó, pero un olor perduró sobre mi piel, como si hubiera atravesado el fantasma de alguien. Olí el *aftershave* de Richard. Trataba de decirme algo, a propósito o a causa del miedo. De una u otra forma, el tiempo corría velozmente. Tenía que salvarles. Tenía que hacerlo. No había ninguna otra opción. Salvarles implicaba atraer a Gabriel lo suficiente para matarle. Cerca de mí. Una retorcida bendición como mucho.

—Continúa —indiqué.

—Estás demasiado impaciente para alguien a punto de morir de una muerte realmente horrible —comentó Raina.

Sonreí. Fingí en esa sonrisa todo lo que Gabriel esperaba que fuera; segura, peligrosa y sexual.

—No tengo planeado morir.

Gabriel soltó un suspiró.

—Hagámoslo.

Raina asintió y retrocedió un paso, fuera de la línea de tiro.

—Fóllatela, Gabriel, hazle gritar tu nombre antes de que la mates.

—Será un placer —susurró. Caminó con paso solemne por el falso dormitorio.

Desenvainé el cuchillo de la muñeca y corté la cuerda que me mantenía sujeta al cabecero. Las muñecas todavía estaban atadas. Le miré mientras giraba el filo para cortar entre las manos. Podría haber saltado sobre mí en ese momento, pero no lo hizo. Se deslizó alrededor de la cama mientras yo liberaba mis manos.

Terminó de rodillas al lado, observándome. Retrocedí ante él, el cuchillo en la mano derecha. Iba a levantarme de la maldita cama.

Gabriel gateó lentamente por ella mientras yo retrocedía. Imitó mis movimientos, pero los hizo elegantes y dolorosamente lentos. Exudaba energía contenida. No estaba haciendo una mierda salvo avanzar lentamente por encima, pero la promesa de violencia y sexo crecía en el aire como un relámpago.

Era más rápido que yo. Su envergadura era casi dos veces la mía. Seguramente era más fuerte. Lo único que jugaba a mi favor era el hecho de que yo planeaba matarle tan rápido como me fuera posible y él planeaba violarme primero. Eso quería decir que estaba dispuesta a hacer cosas que él no. Al menos al principio. Si no terminaba rápidamente, estaría acabada.

Me dejé caer sobre una rodilla y me preparé, con un cuchillo en cada mano. Él quería estar cerca. Quería que le hiciera daño, no se apartaba, no intentaba probar las habilidades de cada uno. Le haría acercarse a mí, y le rajaría.

El poder me oprimió el estómago. Explotó sobre mí con una onda de sensaciones. El olor de los bosques de verano era tan fuerte que me ahogaba. Durante un segundo no pude ver la habitación. Tenía una visión de otro lugar, retazos confusos y piezas de un rompecabezas lanzado por el suelo. Me aparté con tres sensaciones; miedo, impotencia y necesidad.

Mi visión se aclaró para ver a Gabriel frunciendo el ceño sobre mí.

—¿Qué pasa, Anita? ¿Cassandra te golpeó con demasiada fuerza?

Sacudí la cabeza y respiré temblorosamente.

—¿Sois todos de mucho hablar y poco morder, Gabriel?

Sonrió, una sonrisa lenta, perezosa, mostrándome los colmillos. De repente estaba ante mí. Apuñalé sin pensarlo, puro instinto, sin razonar.

Saltó y la sangre le cayó por el estómago, un fino hilo carmesí. Frotó los dedos en ella, despacio y sensualmente, luego los lamió con movimientos largos y lentos. Actuando para la cámara. Avanzó lentamente por la cama y se envolvió las sábanas blancas alrededor del cuerpo, rodando por ellas hasta que estuvo enredado. Se inclinó hacia atrás, exponiendo el cuello. Casi a mi alcance.

—Ven a jugar, Anita.

Era tentador, y así se suponía que debía ser, pero le conocía mucho mejor. Había visto antes el desgarrón que Richard hizo en las sábanas, como si fueran de papel.

—Me quedo aquí, Gabriel. Vas a tener que ser tú el que venga.

Rodó sobre su estómago.

—Creí que conseguiría perseguirte. Esto no es divertido.

Sonreí.

—Acércate y será mucho más divertido.

Se levanto sobre las rodillas. Cuando avanzó perezosamente sobre las sábanas, éstas quedaron manchadas de sangre. De repente, Gabriel estaba justo ante mí de nuevo, demasiado rápido para poder verle. Estaba delante y después detrás antes de que pudiera reaccionar.

Extendí la mano a un lado, tratando desesperadamente de mantenerle a la vista. Pero allí estaba, de pie, fuera de mi alcance. Un segundo más tarde, un dolor agudo me traspasó el brazo derecho. Miré y estaba sangrando, tenía marcas de garras en la parte superior.

Levantó una mano delante de su cara y las garras salieron de debajo de las uñas.

—Miau.

Traté de relajar el latido de mi corazón, no pude. Eso significaba que, incluso si no me mataba, en un mes a partir de ese momento podría tener pelaje.

No fue un grito que pudieras escuchar. No fue un sonido. No tenía ninguna palabra para ello, pero sentí el grito de Richard en mi interior. Su poder manó sobre mí, y bajo esa larga línea, sentí a Jean-Claude. Algo tenso y doloroso le dominó. Traté de ponerme en pie y tropecé.

—¿Qué te ocurre, Anita? No te hice tanto daño.

Sacudí la cabeza y me puse de pie. Él no iba a venir hacia mí. Richard se desesperaba. Tiré de esa llamarada de poder y pude sentir el hechizo de Dominic. Había estado ocultándolo de alguna manera, pero no podía

esconderse de mí. El hechizo crecía. El momento del sacrificio se acercaba. No tenía tiempo para que Gabriel jugara conmigo.

—Deja de jugar, Gabriel, ¿o es que no me quieres?

Sus ojos se estrecharon.

—Estás tramando algo.

—Tenlo por seguro. Ahora, fóllame, Gabriel, si es que tienes huevos.

Coloqué la espalda contra la pared y esperé que fuera suficiente, aunque supiera que no lo sería. Arrojé un hilo de poder a Richard, esperando que entendiera la indirecta y no interrumpiera durante los siguientes minutos. Si me distraía en el momento incorrecto, todo acabaría.

Gabriel caminó con paso majestuoso por delante de mí, desafiándome a que me apartara de la pared y le atrapara. Hice lo que pensó que haría. Intenté acercarme y él ya no estaba allí. Fue como intentar cortar el aire.

Estiró la mano y me cortó la palma de mi mano izquierda. Corté con mi cuchillo de la mano derecha, tratando de sostener el izquierdo. Me golpeó la mano otra vez, no con garras, pero sin dudarlo. Mi mano se estremeció y el cuchillo saltó girando.

Me golpeó con el cuerpo, tirándome al suelo. Empujé el cuchillo derecho en su estómago antes de que mi espalda tocara tierra. Pero al empujar el cuchillo recibí todo el impacto de la caída. Eso me atontó durante un segundo. Todo lo que él necesitó.

Me metió las manos bajo los brazos sin tratar de sujetarlas, sólo apartarlas del cuchillo de su estómago. Me clavó al suelo con su cuerpo. Esperaba que sacara el arma, pero no lo hizo. Presionó la empuñadura contra mi cuerpo y empujó. Lo empujó hasta el fondo y siguió presionando. El puño me amoratό el estómago, él lo comprimía entre nosotros.

Se estremeció sobre mí. Levantó la parte superior del cuerpo, fijándome con la inferior, acurrucándose entre mis piernas para que pudiera sentirle, duro y firme. Extrajo la hoja con un destello carmesí y lo hundió tan rápido, que a mis brazos solo les dio tiempo a llegar a mitad de camino para protegerme la cara cuando la hoja atravesó la alfombra. Clavó el cuchillo profundamente en el suelo de madera, tan cerca de mi cabeza que pilló mi pelo por un lado.

Me desabrochó el botón de los vaqueros. No trataba de controlarme las manos, pero sólo me quedaba un cuchillo. Si lo perdía no podría matarle. Estábamos a punto de averiguar lo buenos que eran mis nervios.

El poder de Richard fluyó sobre mí otra vez, pero no igual. Era menos

frenético, como si tratara de susurrarme algo, ofrecerme algo. Entonces me di cuenta de lo que era. La primera señal. Jean-Claude y Richard no podrían hacerlo ahora sin mi permiso. Era demasiado poderosa para ser forzada, al menos psíquicamente.

Gabriel me mantuvo las piernas quietas con las caderas y me agarró el frente de los vaqueros, los dedos apuntando hacia afuera, lejos de mi cuerpo. Las garras atravesaron la tela y rasgó hacia arriba, cortándola casi hasta el hueso púbico.

Grité y dejé que Richard me la hiciera. Mejor al monstruo que conoces, que al que intenta entrar en tus pantalones. Una línea de calor me traspasó el cuerpo. Fue más sencillo cuando Jean-Claude lo hizo solo, hacía tiempo. Incluso sabiendo lo que era, no se pareció mucho.

Pero me sentí mejor al instante, con la cabeza más despejada, más… algo. Gabriel vaciló sobre mí.

—¿Qué demonios fue eso? —Sus brazos desnudos tenían la piel de gallina. Había conseguido un eco del poder.

—No sentí nada —contesté. Agarré el cuchillo clavado en el suelo, tirando de él. Gabriel me rompió los vaqueros con ambas manos, partiéndolos por la mitad, no dejando nada entre nosotros, salvo las bragas y sus pantalones de cuero. Yo estaba en un mal ángulo para agarrar el cuchillo, y estaba sólo a mitad de camino cuando me deslizó la mano bajo las bragas.

Grité. Grité.

—¡Richard!

El poder fluyó sobre mí. Con Jean-Claude había visto sus ardientes ojos azules entrar en mí. Richard fue como un foco, no había nada que ver, pero había olores; el bosque, su piel, el perfume de Jean-Claude. Podía probarlos a ambos en mi boca, como una bebida. Dos vinos fuertes, un trago después del otro.

La mano de Gabriel se congeló ante mi cuerpo. Se quedó con la vista fija en mí.

—¿Qué hiciste? —Su voz era un susurro.

—¿Pensaste que violarme sería fácil?

Me reí y eso le acobardó. Vi algo parecido al miedo en esos tormentosos ojos grises. Había apartado la mano. No tenerle dentro de mi ropa interior era una mejoría demasiado grande para expresarla en palabras. Deseé que nunca volviera a tocarme así otra vez. Nunca.

Tenía dos opciones. Engañarle y esperar que pudiera escapar, o podría continuar con el sexo y matarle. La segunda señal no me dio mucho más poder. De hecho, les dio a los chicos más de mi poder que al revés. Eso significaba que elegiría sexo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Raina fuera de cámara.

—Gabriel tiene los pies fríos —contesté. Me levanté sobre los codos. El cuchillo, el que había clavado en el suelo, sostuvo mi pelo fijo, pero seguí levantándome, arrancando un mechón. Fue un poco doloroso, pero sabía que eso atraería a Gabriel. Lo hizo.

Me encontraba con las piernas a ambos lados de sus muslos. Me sujetó, deslizando sus manos sobre mi ropa interior, agarrándome las nalgas. Se inclinó hacia atrás, sobre las rodillas, aguantando mí peso. Me miró y vi cruzar algo en sus ojos, sentí el temblor de sus manos. Por primera vez comprendió que realmente podría matarle, y eso le animó. El miedo fue el empujón.

Me besó suavemente a un lado de la cara.

—Ve a por el último cuchillo, Anita. Ve a por él. —Se inclinó hacia mí mientras lo decía, mordiéndome suavemente la cara. Sentí la presión de los colmillos en mi mandíbula, en mi cuello. Colocó los dientes a un lado de mi cuello, clavando, fuerte y más fuerte, una presión lenta, creciente. Su lengua me lamió la piel.

No cogí el cuchillo. Le pasé las manos por el denso pelo, retirándoselo de la cara. Sus dientes siguieron presionándome la piel. Sus manos se deslizaron dentro de mi ropa interior, agarrándome las nalgas desnudas. Me puse rígida, luego me obligué a relajarme. Funcionaría. Tenía que funcionar.

Pasé los dedos por su cara. Sus dientes mordieron lo suficiente para sacar el primer hilo de sangre. Jadeé, y las garras se clavaron en mí. Llevé mis dedos a ambos lados de su cara, acariciándole las mejillas, las cejas. Se separó, sus ojos dilatados y desenfocados, los labios medio separados. Le acaricié la cara y la sujeté para un beso. Regresé a las pobladas cejas. Cuando me besó, cerró los ojos y coloqué mis pulgares sobre sus párpados. Las pestañas revolotearon contra mi piel. Empujé los pulgares en ambos ojos, clavando, tratando de introducirlos en su cerebro y llegar al otro lado.

Gabriel retrocedió, gritando. Las garras me rasgaron la espalda. Resoplé, pero no tenía tiempo para gritar. Retiré el cuchillo grande de la funda trasera.

Raina gritó al instante.

Empujé la hoja bajo las costillas de Gabriel. Lo empujé a su corazón. Él trató de caer de espaldas, pero mi peso sujetó sus rodillas, luego dobló la espalda hacia atrás, pero no cayó. Le atravesé con el cuchillo. Sentí como la punta llegaba al otro lado.

De repente Raina estaba allí, aferrándome por el pelo, apartándome de él. Volé por el aire, estrellándome contra la falsa pared y seguí cayendo. La pared se rompió. Me encontré sobre mi estómago, intentando respirar de nuevo. El pulso resonaba tan fuerte en mi cabeza que me quedé sorda durante unos segundos. Mi cuerpo se desentumeció por etapas, y me di cuenta de que estaba arañada y magullada, pero no tenía nada roto. Debería haberlo tenido. Dos marcas y de pronto era Anita, la máquina humana. Cuando ocurrió por primera vez, no caí. Ahora lo hice. No me habían hecho demasiado daño. ¡Hurra! Pero todavía tenía que vencer a Raina. Todos los demás huirían a la carrera si la mataba. La pregunta era: ¿cómo lo conseguiría?

Busqué y descubrí que estaba en el lado correcto de la mesa, donde se encontraban todas mis armas. ¿Estarían cargadas? Si iba por ellas y no lo estaban, Raina me mataría. Por supuesto, si me quedaba quieta y sangrado, me mataría de todos modos.

Oí sus tacones dirigiéndose hacia mí. Me puse de rodillas, de pie, y me acerqué a la mesa. Todavía no podía verme detrás del tabique, pero podía oírme. Alcanzó rápidamente el otro lado de la pared con aquellos ridículos tacones altos.

Agarré la Firestar y derribé la mesa cuando me moví. Terminé sobre la espalda, mirando hacia arriba cuando ella saltó sobre la mesa. Retiré el seguro con el pulgar y apreté el gatillo. El arma explotó en mi mano y le dio en la parte superior del estómago. La bala pareció reducir la velocidad a mitad del movimiento y tuve tiempo de disparar otra vez, a la parte superior del pecho.

Raina cayó sobre sus rodillas, sus ojos ámbar sobresaltados por el golpe. Extendió la mano y retrocedí, aún en mi lado de la mesa y en el suelo. Vi cerrarse sus ojos, apagarse aquella luz. Cayó por el otro lado, su largo pelo derramado como agua castaña rojiza por el suelo.

El equipo había huido. Sólo Heidi permanecía agachada contra la pared, llorando, cubriéndose los oídos como si tuviera miedo, tanto de marcharse como de quedarse.

Me puse de pie, usando la mesa como apoyo. Ahora podía ver el cuerpo de Gabriel. La sangre y un líquido claro fluían por su cara desde los ojos. Su cuerpo todavía no se había derrumbado. Permanecía arrodillado en una extraña imitación de vida, como si pudiera abrir los ojos y todo hubiera sido fingido.

Edward entró por la puerta camuflada. Llevaba una escopeta al hombro. Harley le seguía con una ametralladora. Observó la habitación y finalmente se giró.

—¿Está Anita en esta habitación?

—Sí —afirmó Edward.

—No puedo reconocerla —comentó Harley.

—No dispares, la encontraré por ti. —Caminó hacia mí, sus ojos recorriéndolo todo—. ¿Cuánta de esta sangre es tuya? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—¿Cómo me has encontrado?

—Traté de devolverte el mensaje. Nadie sabía donde habías ido. Después, nadie sabía donde había ido Richard, o Jean-Claude, o Raina.

Sentí el grito de Richard en mí y esta vez no luché contra él, dejé que me saliera por mi boca. Si Edward no me hubiera cogido, me habría caído.

—Tenemos que llegar hasta Jean-Claude y Richard. ¡Ahora mismo!

—Aún no puedes andar —comentó.

Le agarré por los hombros.

—Ayúdame y correré.

Edward no discutió, sólo asintió y me deslizó un brazo alrededor de la cintura.

Harley me dio los cuchillos, y la Browning a Edward. Estaba sólo a unos centímetros, pero no trató de tocarme. Su mirada pasó sobre mí como si no estuviera allí. Tal vez para él no lo estaba. Corté las perneras de los vaqueros, lo que me dejo sólo con la ropa interior y las Nikes de cintura para abajo, pero ahora podría correr, y teníamos que correr. Podía sentirlo. Podía sentir el poder creciendo en esa noche de verano. Dominic preparaba la hoja. Podía saborearlo. Recé mientras corríamos. Recé para llegar a tiempo.



CUARENTA Y CUATRO

Corrimos. Corrí hasta que creí que mi corazón se quemaría, saltando árboles y eludiendo cosas en la oscuridad que a medias sentía y para nada veía. Ramas y hierbas me arañaban las piernas en finos rasguños. Una rama me golpeó en la mejilla y me hizo tropezar. Edward me agarró. Harley preguntó:

—¿Qué es eso?

Había un brillo claro y resplandeciente a través de los árboles. No era fuego.

—Cruces —contesté.

—¿Qué? —insistió Harley.

—Han atado a Jean-Claude con cruces. —Mientras las palabras dejaban mi boca, me di cuenta de que era cierto. Corrí hacia el brillo. Edward y Harley me siguieron.

Corrí hasta el borde del claro con ellos a mi espalda. Saqué la

Browning sin dudarlo. Tuve un segundo para procesarlo todo. Jean-Claude y Richard estaban atados tan fuertemente con cadenas que apenas se podían mover, mucho menos escapar. Una cruz había sido colocada alrededor del cuello de Jean-Claude. Brillaba como una estrella cautiva, descansando en los pliegues de la cadena. Alguien le había vendado los ojos, como si temiera que el brillo se los lastimase. Lo que era raro ya que estaba destinado a morir. Asesinos considerados.

Richard estaba amordazado. Se las había arreglado para liberar una mano, y él y Jean-Claude se estaban tocando la punta de los dedos, esforzándose por mantener el contacto.

Dominic estaba de pie, sobre ellos, con una túnica blanca ceremonial. La capucha estaba retirada hacia atrás, los brazos extendidos, sosteniendo una pequeña espada la mitad de larga que mi cuerpo. Sostenía algo negro en la otra mano. Algo que palpitaba y parecía latir. Era un corazón. El corazón del vampiro Robert.

Sabin estaba sentado en la silla de piedra de Marcus, vestido como lo había visto la última vez, con la capucha puesta, escondiéndose en las sombras. Cassandra era una blancura brillante al otro lado del círculo de poder, formando el último punto de un triangulo con sus dos hombres. Mis dos hombres atados, tendidos en el suelo.

Apunté con la Browning a Dominic y disparé. La bala dejó el arma. La escuché y la vi, pero no llegó a Dominic. No parecía ir a ningún lado. Dejé escapar el aliento y lo intenté otra vez.

Dominic me miró. El oscuro rostro barbudo estaba tranquilo, sin ningún temor.

—Eres de los muertos, Anita Blake, ni tú, ni ninguno de los tuyos podrá pasar este círculo. Sólo has venido a verles morir.

—Perdiste, Dominic, ¿para qué matarles ahora?

—Nunca encontraremos lo que necesitamos de nuevo —dijo el reanimador.

Sabin habló, con voz torpe, como si el hablar le fuera difícil.

—Tiene que ser esta noche.

Se puso de pie y tiró la capucha hacia atrás. La piel estaba casi totalmente ausente, y sólo quedaban trozos irregulares de cabello y tejido expuesto, putrefacto. Líquido negro le salía de la boca. Quizás no tuviera una noche más de cordura. Pero ese no era mi problema.

—El Consejo de Vampiros os ha prohibido pelear entre vosotros hasta

que la ley de Brewster sea aprobada o rechazada. Os mataran por desobedecerles.

Lo estaba medio suponiendo, pero había estado lo bastante cerca de los amos de la ciudad para saber lo serio que se tomaban la desobediencia. En general, el consejo era, de hecho, el más grande y malvado amo de la ciudad. Serian menos indulgentes, no más.

—Correremos el riesgo —contestó Sabin. Cada palabra fue dicha con cuidado, mostrando el esfuerzo que le suponía hablar.

—¿Cassandra te comentó mi oferta? Si no podemos curarte, mañana dejaré que Jean-Claude me marque. Esta noche sólo tienes parte de lo que necesitas para el hechizo. Me necesitas, Sabin, de una forma u otra, me necesitas.

No le dije que ya estaba marcada. Ellos, obviamente, no lo habían sentido. Si supieran que ya estaba marcada, todo lo que podía ofrecer era morir esta noche con los chicos.

Dominic negó con la cabeza.

—He buscado en el cuerpo de Sabin, Anita. Mañana será muy tarde. No habrá nada que salvar. —Se arrodilló junto a Richard.

—No estás seguro de eso —dije.

Dejó el aún palpitante corazón encima del pecho desnudo de Richard.

—Dominic, ¡por favor! —Era demasiado tarde para mentiras—. Estoy marcada, Dominic. Somos el perfecto sacrificio. Abre el círculo y entraré.

Me miró.

—Si eso es verdad, entonces eres demasiado peligrosa para confiar en ti. Los tres juntos sin el círculo nos aplastaríais. Verás, Anita, he sido parte de un verdadero triunvirato durante siglos. Ni en sueños te imaginas el poder que puedes alcanzar. Tú y Richard son más poderosos que Cassandra y yo. Hubieras sido una fuerza considerable. El consejo mismo te hubiera temido —rió—. Sólo por eso, podrían perdonarnos.

Dijo palabras que ondearon el poder sobre mí.

Caminé hasta el borde del círculo y lo toqué. Era como si mi piel intentara separarse de los huesos. Caí hacia delante y resbalé sobre algo que no debía estar ahí. Jean-Claude se encogió. Me dolió demasiado como para gritar. Permanecí acurrucada junto al círculo, incluso cuando respiraba, podía saborear la muerte, la vieja muerte pudriéndose en mi boca.

Edward se arrodilló junto a mí.

—¿Qué pasa?

—Sin tus compañeros, no tienes el poder para forzar este círculo, Anita.

Dominic se puso en pie, levantando la espada con las dos manos para dar un golpe descendente.

Dolph había cruzado el círculo en la habitación donde habían conseguido el corazón de Robert. Agarré la camisa de Edward.

—Cruza el círculo. Ahora. Y mata a ese hijo de puta.

—Si tú no puedes, ¿cómo voy a poder yo?

—Tú no eres mágico.

Era uno de esos raros momentos en los que te dabas cuenta de lo genial que la confianza podía llegar a ser. Edward no sabía nada de la ceremonia, e incluso así, no discutió. Aceptó lo que le dije, y simplemente lo hizo. Ni yo estaba al cien por cien segura de que funcionaria, pero tenía que hacerlo.

Dominic dejó caer la espada. Grité. Edward cruzó el círculo como si no estuviera ahí. La espada entró en el pecho de Richard, sujetando el palpitante corazón contra su cuerpo. El dolor de la hoja me hizo caer de rodillas. La sentí entrar en el pecho de Richard. Después no sentí nada, como si un interruptor hubiera sido apagado. El disparo de Edward le dio a Dominic en el pecho.

Dominic no cayó. Miró el agujero de su pecho y después a Edward. Sacó la espada del pecho de Richard y el palpitante corazón de ella. Encaró a Edward con la espada en una mano y el corazón en la otra. Edward disparó de nuevo y Cassandra saltó sobre su espalda.

Entonces Harley cruzó el círculo. Agarró a Cassandra por la cintura y la alejó de Edward. Cayeron rodando al suelo. Un arma sonó y el cuerpo de Cassandra se estremeció, pero su delicado puño se elevó y golpeó hacia abajo.

Edward disparó el arma hasta que la cara de Dominic desapareció en un rocío de sangre y huesos y se derrumbó lentamente sobre sus rodillas. La mano extendida tiró el corazón al suelo, junto al cuerpo terriblemente inmóvil de Richard.

Sabin levitó hacia arriba.

—Tendré tú alma por eso, mortal.

Con los dedos recorrí el círculo, aún estaba ahí. Edward comenzaba a dirigir el arma hacia el vampiro. El corazón desnudo palpitó y brilló al destello de la cruz.

—¡El corazón, dispárale el corazón!

Edward no dudó. Giró y le disparó al corazón, explotando en muchos

pedazos. Sabin lo golpeó un segundo después y voló. Terminó muy quieto sobre el suelo, con Sabin sobre él.

Empujé la mano hacia delante. Me encontré con aire vacío. Disparé con ambas manos a Sabin mientras caminaba hacia él. Coloqué tres disparos en su pecho, forzándole a caer sobre sus rodillas, lejos de Edward.

Sabin levantó una mano sobre su esquelética cara, casi un gesto suplicante. Bajé el cañón del arma a su único ojo bueno y apreté el gatillo. La bala le golpeó justo por encima de los despedazados restos de la nariz. Hizo una bonita herida de salida, como se debe de hacer, regando sangre y cerebro sobre la hierba. Sabin cayó hacia atrás, sobre el césped. Disparé dos tiros más en el cráneo, hasta que pareció que lo había decapitado.

—¿Edward? —era Harley. Estaba parado sobre una muy quieta, muy muerta, Cassandra. Sus ojos buscaban como locos a una persona que reconocer.

—Harley, soy yo, Anita.

Negó con la cabeza, como si fuera una mosca zumbando.

—Edward, aún veo monstruos ¡Edward!

Levantó el arma hacia mí, sabía que no podía dejarle disparar. No, era más que eso, o menos. Levanté la Browning y disparé antes de que tuviera tiempo de pensar. El primer disparo le puso de rodillas.

—¡Edward!

Hizo una ronda de disparos que fueron a dar por encima de las cabezas de los chicos. Disparé a su pecho, y otra vez en la cabeza antes de que cayera.

Me acerqué a él, el arma lista. Si se movía, tendría que disparar otra vez. No se movió. No sabía nada de Harley, excepto que estaba genuinamente loco, y era muy bueno con las armas. Ahora nunca lo sabría porque Edward no daba información. Pateé el arma lejos de la mano muerta de Harley y fui a por los otros.

Edward estaba sentado, frotándose detrás de la cabeza. Me observó alejarme del cuerpo de Harley.

—¿Lo hiciste?

Le enfrenté.

—Sí.

—He matado a gente por menos.

—También yo —contesté—, pero si vamos a pelear, ¿podemos desatar a los chicos primero? Ya no siento a Richard. —No podía decir la palabra

muerto en voz alta, no aún.

Edward se puso de pie, un poco tembloroso, pero de pie.

—Pelearemos después.

—Después —repetí.

Edward fue a sentarse junto a su amigo. Yo me fui a sentar junto a mi amante y mi otro novio.

Guardé la Browning en su funda, deslicé la cruz del cuello de Jean-Claude y la arrojé hacia el bosque. La noche fue de repente terciopelo, intensa. Me incliné para desenredar las cadenas y uno de los eslabones saltó girando hacia mi cabeza.

—Mierda —dije.

Jean-Claude se sentó, quitándose rápidamente las cadenas del cuerpo como una sábana. No se deshizo de la venda de los ojos hasta el final. Ya me movía hacia Richard. Había visto como la espada perforaba su corazón. Tendría que estar muerto, pero busqué el fuerte pulso en su cuello y lo encontré. Palpitó contra mi mano como un débil pensamiento y me desplomé hacia delante con alivio. Estaba vivo. Gracias a Dios.

Jean-Claude se arrodilló al otro lado del cuerpo de Richard.

—Pensé que no podías soportar su toque, eso fue lo que me dijo antes de que le amordazaran. Tenían miedo de que llamara a su manada y le ayudaran. Ya llamé a Jason y a mis vampiros. Pronto estarán aquí.

—¿Por qué no puedo sentirle en mi cabeza?

—Le estoy bloqueando. Es una herida horrible y tengo más práctica para lidiar con estas cosas.

Quité la mordaza de la boca de Richard. Le toqué suavemente los labios. El recuerdo de cómo antes, ese día, me negué a besarle, me molestó.

—Se está muriendo, ¿verdad?

Jean-Claude rompió las cadenas de Richard, con más cuidado que las suyas. Le ayudé a quitarlas del cuerpo inerte de Richard. Éste yació sobre el suelo, con la camiseta con la que lo había visto la última vez manchada de sangre. De pronto, era Richard otra vez. No pude imaginar la bestia que había visto. Y de repente no me importó.

—No puedo perderle, no de esta forma.

—Richard se está muriendo, *ma petite*. Siento cómo se escapa su vida.

Le miré.

—Aún no dejas que lo sienta, ¿verdad?

—Te estoy protegiendo. —Hubo una mirada en su rostro que no me

gustó.

Le toqué el brazo. La piel estaba fría al tacto.

—¿Por qué?

Se giró.

Tire de él fuertemente, forzándole a mirarme.

—¿Por qué?

—Incluso con sólo dos marcas, Richard puede intentar mantenerse con vida, drenándonos a ambos. Lo estoy previniendo.

—¿Nos estas protegiendo a los dos? —pregunté.

—Cuando muera, puedo proteger a uno de nosotros, *ma petite*, pero no a ambos.

Le miré.

—Estás diciendo que cuando muera, ¿ambos vais a morir?

—Me temo que sí.

Negué con la cabeza.

—No, ambos no. No de una vez. Maldita sea, se supone que eres capaz de no morir.

—Lo siento, *ma petite*.

—No, podemos compartir el poder, igual que cuando levantamos a los zombis, a los vampiros, igual que lo hicimos esa noche.

Jean-Claude se desplomó repentinamente, con una mano en el cuerpo de Richard.

—No te arrastraré a la tumba conmigo, *ma petite*. Prefiero pensar en ti viva y bien.

Enterré los dedos en el brazo de Jean-Claude. Toqué el pecho de Richard. Un respiro estremecedor ascendió de él por mi brazo.

—Estaré viva, pero no estaré bien. Prefiero morir que perderos a ambos.

Me miró durante un largo segundo.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Ahora somos un triunvirato. Podemos hacerlo, Jean-Claude. Podemos hacer esto, pero tienes que mostrarme cómo.

—Somos poderosos mas allá de mis sueños más salvajes, *ma petite*, pero incluso así, no podemos burlar a la muerte.

—Me debes una.

Jean-Claude se estremeció como si le doliera.

—¿Quién te debe?

—Muerte.

—*Ma petite*…

—Hazlo, Jean-Claude. Lo que sea, lo que suponga. ¡Hazlo, por favor!

Se derrumbó sobre Richard, su cabeza apenas alzada.

—La tercera marca. O nos unirá para siempre, o nos matará a todos.

Le ofrecí la muñeca.

—No, *ma petite*. Si va a ser nuestra única vez, ven a mí.

Permaneció medio incorporado sobre el cuerpo de Richard, con los brazos abiertos para mí. Permanecí en ese círculo, y me di cuenta cuando toqué su pecho que no había latido. Giré y miré su rostro a escasos centímetros.

—No me dejes.

Los ojos azul medianoche se llenaron con fuego. Me apartó el cabello a un lado y habló:

—Ábrete para mi, *ma petite*, ábrete para ambos.

Lo hice, abriendo mi mente de lado a lado, dejando caer cada protección que podía tener. Caí hacia delante, imposiblemente hacia delante, hacia abajo, a un largo y oscuro túnel, hacia un ardiente fuego azul. El dolor cortó la oscuridad como un cuchillo blanco y me oí jadear. Sentí los colmillos de Jean-Claude enterrarse en mí, su boca cerrándose sobre mi piel, chupándome, tomándome.

Un viento se movió a través de la decreciente oscuridad, atrapándome como una red antes de que tocase ese fuego azul. El viento olía a tierra revuelta y a pelaje húmedo. Sentí algo más; pena. La pena de Richard. Su dolor. No de su muerte, sino de mi pérdida. Muerto o vivo, me había perdido, y entre sus muchas faltas estaba la lealtad que iba más allá de la razón. Una vez enamorado, era un hombre que permanecía, a pesar de lo que la mujer hiciera. Un caballero andante en todo el sentido de la palabra. Era un tonto y le amaba por eso. A Jean-Claude le amaba a pesar de sí mismo. A Richard le amaba por quién era.

No podía perderle. Envolví su esencia como si me estuviera enredando en una sábana, excepto que no tenía cuerpo. Lo sostuve en mi mente, en mi cuerpo, y le dejé sentir el amor, mi pena, el arrepentimiento. Jean-Claude también estaba cayendo ahí. Medio esperaba que protestara para sabotearlo, pero no lo hizo. Ese fuego azul se esparció hacia arriba, por el túnel, para encontrarnos, y el mundo estalló en formas e imágenes demasiado confusas. Fragmentos y trozos de memoria, sensaciones, pensamientos,

como tres rompecabezas, temblando y mezclándose en el aire, y cada pieza que se tocaba formaba una imagen.

Caminé a gatas silenciosamente por el bosque. Sólo los olores ya eran intoxicantes. Hundí los colmillos en una delicada muñeca y no era mía. Vi el pulso bajo el cuello de una mujer y pensé en sangre, piel cálida, en sexo remoto y distante. Los recuerdos aparecieron rápidamente, después más rápido, fluyendo como algo parecido a las atracciones de feria. La negrura aumentó en las imágenes, como tinta llenando el agua. Cuando la oscuridad lo engulló todo, floté por un increíble segundo, después se apagó como la llama de la vela. Nada.

Ni siquiera tuve tiempo para estar asustada.



CUARENTA Y CINCO

Desperté en la habitación rosa pastel de un hospital. Me sonrió una enfermera con bata rosa que combinaba. El miedo fluyó como un exquisito champagne. ¿Dónde estaba Richard? ¿Dónde estaba Jean-Claude? Finalmente me las arregle para preguntar.

—¿Cómo llegué aquí?

—Tu amigo te trajo —señaló con la cabeza.

Edward estaba sentado en una silla junto a la pared más alejada, hojeando una revista. Alzó la vista y nuestros ojos se encontraron. Su cara no me dijo nada.

—¿Edward?

—Mis amigos me llaman Ted, Anita, ya lo sabes.

Tenía la sonrisa de niño bueno que sólo quería decir que estaba fingiendo ser Ted Forrester. Era su única identidad legal que nunca había conocido. Incluso la policía pensaba que esta persona era Ted.

—Enfermera, ¿podemos tener unos minutos a solas?

La enfermera sonrió, nos miró curiosamente a ambos y se fue, aún sonriendo.

Intenté sujetar la mano de Edward y encontré que mi mano izquierda estaba sujeta a un tablero y clavada a una IV. Le agarré con la mano derecha y me la sostuvo.

—¿Están vivos?

Sonrió, un mero estiramiento de labios.

—Sí.

Un alivio que nunca había conocido fluyó por mi cuerpo. Me recosté débil contra la cama.

—¿Qué pasó?

—Llegaste con arañazos de *licántropo* y una muy fea mordedura de vampiro. Casi te drenó hasta dejarte seca, Anita.

—Quizás era lo que se necesitaba para salvarnos.

—Tal vez —contestó Edward. Se sentó en la borde de la cama. La chaqueta estaba lo suficientemente abierta para mostrar la pistolera del hombro y el arma. Me pilló mirando.

—La policía está conforme en que los monstruos debieron tener una pelea. Incluso hay un policía en tu puerta.

Ahora ya no nos cogíamos de las manos. Me miró y algo frío pasó por su rostro.

—¿Tenías que matar a Harley?

Empecé a decir que sí, pero me detuve. Lo replantee mentalmente. Finalmente le miré.

—No lo sé, Edward. Cuando te dejaron inconsciente, él no podía verme. Intenté hablarle, pero no podía escucharme. Comenzó a levantar el arma. —Me encontré con los azules ojos vacíos de Edward—. Le disparé. Viste el cuerpo. Incluso puse una en su cabeza, un tiro de gracia.

—Lo sé. —Su cara y su voz no demostraban nada. Era como estar contemplando hablar a un maniquí, excepto que este maniquí estaba armado y yo no.

—Nunca se me ocurrió no disparar, Edward, ni siquiera dudé.

Edward tomó un profundo aliento por la nariz y lo dejó salir por la boca.

—Sabía que eso era lo que había pasado. Si me mientes, tendré que matarte. —Se alejó hacia el estante al pie de la cama.

—¿Mientras estoy desarmada? —Intenté decirlo a la ligera, pero no funcionó.

—Revisa tu almohada.

Deslicé la mano debajo y saqué la Firestar. La puse en mi regazo, descansando sobre las piernas cubiertas por las sábanas.

—¿Ahora qué?

—Me debes una vida.

Levanté la mirada ante eso.

—Anoche salvé tu vida.

—Nuestras vidas no cuentan, nos apoyamos los unos a los otros sin importar nada.

—Entonces no sé de qué estás hablando.

—De vez en cuando necesitaré ayuda como la de Harley. La próxima vez que la necesite, te llamaré.

Quise discutir, no estaba completamente segura de los problemas en los que Edward me podía meter, pero no lo hice. Observando esos ojos vacíos, sosteniendo el arma que colocó bajo mi almohada, sabía que lo había hecho. Si rechazaba su oferta, mejor dicho, su intercambio, me abatiría y averiguaríamos de una vez por todas quien era mejor.

Miré el arma en mis manos.

—Ya tengo el arma fuera, todo lo que tengo que hacer es apuntar.

—Estás herida. Necesitas descansar. —Acercó la mano a la culata de su arma.

Puse la mía sobre las sabanas junto a mí y le miré. Me recosté de nuevo en las almohadas.

—No quiero hacerlo, Edward.

—Entonces, ¿vendrás cuando te llame?

Lo pensé por otro escaso segundo y le contesté:

—Sí, iré.

Sonrió. La sonrisa de Ted, chico bueno, Forrester.

—En realidad, nunca averiguaré lo buena que eres hasta que me derrotes.

—Podemos vivir con eso —indiqué—. Por cierto, ¿por qué ahora me invitas a la caza de monstruos? Y no me digas que es por Harley.

—Le mataste, Anita. Le mataste sin pensarlo. Incluso ahora, no hay ningún arrepentimiento en ti, sin duda.

Tenía razón. No me sentía mal por ello. Espeluznante, pero cierto.

—Así que me invitas a jugar porque ahora soy tan sociópata como tú.

—Oh, soy mejor sociópata —comentó—. Nunca dejaré a un vampiro hundir los colmillos en mi cuello. Y no saldría con un peludo en fase terminal.

—¿Alguna vez sales con alguien?

Sólo sonrió, esa sonrisa irritante que significaba que no iba a contestar. Pero lo hizo.

—Incluso la muerte tiene sus necesidades.

¿Edward saliendo con alguien? Eso era algo que necesitaba saber.



CUARENTA Y SEIS

Salí del hospital sin ninguna cicatriz permanente. Era todo un cambio. Richard había tocado con una cara muy seria las heridas que Gabriel me había provocado. Nadie tenía que decirlo en voz alta. En un mes lo sabríamos. Los doctore, por primera vez, se ofrecieron a ubicarme en una de las casas de rehabilitación de *cambiaformas* peludos —léase prisiones. Tenía que ser voluntario, pero una vez que firmas para entrar, es imposible firmar para salir. Les dije que cuidaría de mí misma. Me regañaron y les dije que se fueran al infierno.

Pasé la noche de mi primera luna llena con Richard y la manada, esperando a ver si me iba a unir a la danza asesina. No lo hice. O me había vuelto increíblemente afortunada, o era como los vampiros, que tampoco podían contagiarse de licantropía. Richard no tiene mucho que hacer conmigo después de eso. No le puedo culpar.

Aún le amo. Y creo que aún me ama. También amo a Jean-Claude.

Pero no es la misma clase de amor. No lo puedo explicar, pero extraño a Richard. Lo olvidé durante un breve instante en los brazos de Jean-Claude. Pero extraño a Richard.

El hecho de que ambos estemos unidos a Jean-Claude no ayuda. Richard ha invadido accidentalmente mis sueños dos veces. Teniéndole tan cerca, es demasiado doloroso para discutirlo. Richard luchó, pero finalmente accedió a dejar que Jean-Claude le enseñara el suficiente control como para no colarse dentro de nosotros. Habla más con Jean-Claude que conmigo.

El triunvirato no funciona. Richard está muy enfadado conmigo. Demasiado lleno de auto aborrecimiento. No sé cómo le está yendo con la manada. Ha prohibido a todos hablarme de sus asuntos, pero no ha escogido ninguna nueva hembra alpha.

Willie McCoy y el resto de los vampiros que levanté accidentalmente parecen estar bien. Un gran alivio. El bebé de Mónica nace en agosto. El líquido amniótico salió limpio. Ningún síndrome de Vlad. Ella parece creer que ahora soy su amiga. No lo soy, pero la ayudaré algunas veces. Jean-Claude está actuando como un buen maestro, cuidando de ella y su bebe. Mónica me sigue hablando sobre hacer de niñera. Espero que esté bromeando. Tía Anita me llama. Ahóguenme con una cuchara. Lo más gracioso es el tío Jean-Claude.

Papá me vio por televisión en los brazos de Jean-Claude. Llamó y dejó un muy preocupante mensaje en mi contestador. Mi familia es católica devota. Para ellos no existen los vampiros buenos.

Tal vez tienen razón. No lo sé. ¿Seguiré siendo el azote de la raza de los vampiros cuando duermo con el cabeza de los chupasangres?

Pueden apostarlo.